

MÉXICO 2010

Bicentenario Independencia
Centenario Revolución

GOBIERNO
FEDERAL

SEP



ADMINISTRACIÓN FEDERAL DE SERVICIOS EDUCATIVOS EN EL DISTRITO FEDERAL

DIRECCIÓN GENERAL DE OPERACIÓN DE SERVICIOS EDUCATIVOS

COORDINACIÓN SECTORIAL DE EDUCACIÓN PRIMARIA

Leemos mejor día a día

ANTOLOGÍA

Quinto grado



La antología de lecturas *Leemos mejor día a día. Quinto grado*, fue elaborada en la Coordinación Sectorial de Educación Primaria.

Luis Ignacio Sánchez Gómez
Administrador Federal de Servicios Educativos en el DF

Antonio Ávila Díaz
Director General de Operación de Servicios Educativos

Germán Cervantes Ayala
Coordinación Sectorial de Educación Primaria

Coordinación del proyecto:

Felipe Garrido
Academia Mexicana de la Lengua
Laura Nakamura Aburto

Selección de textos:

Lilia Irma Mares Varela
Simón Trejo Valdez
Herlinda Robles Castillo
Yolanda Morales

Colaboración:

Patricia Díaz Flores

Portada:

Ricardo Muciño

La mayoría de los textos reunidos en esta antología proceden de los libros que se hallan en las bibliotecas escolares y de aula. La lectura que se hace al inicio de cada jornada escolar es una invitación para que los alumnos –y los maestros– busquen el libro y lo lean completo.



<http://ayudaparaelmaestro.blogspot.com/>

PRESENTACIÓN

“Leer de a de veras es una tarea que ocupa toda la vida; siempre es posible ser un **mejor lector**.”

Felipe Garrido

La lectura es el instrumento esencial para la mayor parte de los aprendizajes que ofrecen la escuela y la vida. La lectura es la entrada a la cultura escrita, y sobre la cultura escrita se ha levantado nuestro mundo. Leyendo podemos aprender cualquier disciplina y abrirnos múltiples oportunidades de desarrollo, lo mismo personal que comunitario. Una población lectora es una población con mayores recursos para organizarse y ser productiva.

La aspiración es que la escuela forme lectores que lean por voluntad propia; personas que descubran que la lectura es una parte importante de su vida y que, a través de la lectura, desarrollen el pensamiento abstracto, la actitud crítica y la capacidad de imaginar lo que no existe –tan útil en la política, el comercio y los negocios como en la medicina, las comunicaciones y la poesía. Personas capacitadas para ser mejores estudiantes, pues sabemos que, en general, el fracaso o el éxito escolares tienen una relación directa con las capacidades lectoras de cada alumno.

Por todo lo anterior, la Administración Federal de Servicios Educativos en el Distrito Federal ha puesto en marcha el programa “Leemos mejor día a día”. El propósito de este programa es impulsar el desarrollo de las competencias comunicativas de los alumnos, de manera enfática en la lectura y la escritura. Para ello se proponen seis acciones:

1. Lectura de los maestros ante el grupo como la primera actividad del día. En voz alta, que sirva de modelo, que muestre al grupo cómo se lee, cómo se da sentido y significado a un texto.
2. Veinte minutos de lectura individual o coral tres días a la semana.
3. Veinte minutos de escritura libre dos días a la semana.

4. Publicación en cada salón, escuela y zona escolar de los avances mensuales en velocidad de lectura. Comunicación bimestral a padres de familia en los días de firma de boleta.
5. Veinte minutos de lectura en voz alta en casa. Los padres de familia “certifican” con su firma que sus hijos leyeron día a día 20 minutos en casa.
6. Consejos técnicos centrados en la mejora de la competencia lectora.

La primera acción es la lectura de los maestros ante el grupo como actividad con la que se inicia el día. Se propone que el maestro inicie la jornada escolar con una breve lectura. Es sabido que una de las más eficaces y sencillas maneras de acercar a los niños – y a los adultos– a la lectura es leyéndoles en voz alta, compartiendo con ellos toda clase de textos, lo mismo literatura que divulgación científica, historia, tradición; la lectura en voz alta, además, es el mejor modelo para que el alumno vaya descubriendo cómo se lee, cómo se le da sentido y significado a un texto.

Para que esta lectura diaria cumpla con su propósito debe ser variada; de temas, tonos, atmósferas y climas diferentes; provocar risa un día, y al siguiente nostalgia, o curiosidad, o reflexión, o asombro, de manera que despierte en los niños el deseo de seguir leyendo y la convicción de que en los libros puede encontrarse la sorprendente variedad del universo y la vida.

Con la publicación de esta antología se pretende que el maestro cuente con un texto para leer a sus alumnos cada día del ciclo escolar. Los textos reunidos se caracterizan por su variedad de temas y géneros, así como por su atención a los valores – la educación no se constriñe a la información que reciban los alumnos; requiere trabajar en la formación de su carácter y sus actitudes.

La mayoría de los textos seleccionados proceden de los libros que se hallan en las bibliotecas escolares y de aula. La intención es que sea más fácil que los alumnos –y los maestros– respondan a la invitación a la lectura que es cada uno de los textos que día tras día lea el maestro. Los fragmentos que se leen al comenzar el día deben propiciar que los alumnos –y los maestros– busquen el libro, lo lean completo y luego... pasen a otro... o vuelvan a leer el primero.

La extensión de los textos está calculada para que su lectura, más los comentarios del maestro para iniciar y para concluir la actividad, no lleven más de tres o cuatro minutos, y que la lectura que se haga sea eso: una manera amable, interesante, intrigante, conmovedora de comenzar el día; una lectura en voz alta que abra la jornada escolar.

Algunos de los textos llevan, *en cursivas*, comentarios o informaciones para abrir y cerrar la lectura. La intención es que sirvan de modelo a los maestros, no que sean seguidos al pie de la letra. Lo importante es recordar que conviene decir unas cuantas palabras antes de comenzar a leer: para preparar el ambiente, decir lo que significa alguna palabra rara, informar dónde se encuentra una ciudad o quién es un personaje, o cualquier otra cosa que permita a los alumnos entender bien el texto –no entender lo que se lee es la razón más frecuente para aborrecerlo; la comprensión es la meta más importante de la lectura.

Igualmente, hace falta, al terminar la lectura, plantear alguna cuestión que guíe la curiosidad o la capacidad de reflexión de los alumnos, que les permita vincular lo que han escuchado con lo que viven dentro y fuera de la escuela.

La mayor parte de los textos han sido retocados: para aclimatar el léxico y la sintaxis a los usos del español de México y para ajustar su extensión al tiempo previsto para la actividad.

Algunas lecturas son breves, el propósito es que en ellas haya más tiempo para interactuar con los alumnos. Si se están leyendo adivinanzas o trabalenguas, hará falta que los alumnos intenten adivinar las respuestas o repetir los trabalenguas.

La aspiración es que todos los días, maestros y alumnos del Distrito Federal compartan y disfruten este momento de lectura, que favorezca la creación de un ambiente de lectura y de complicidad alrededor de los textos.

Un equipo de docentes de las diferentes direcciones operativas del Distrito Federal se formó para elegir los textos. Su experiencia como maestros, su conocimiento de los alumnos en las diversas etapas de su desarrollo, su sensibilidad como lectores se ha aprovechado para integrar las lecturas. La coordinación de este trabajo estuvo a cargo del maestro Felipe Garrido, quien con su larga trayectoria y experiencia como formador de

lectores ha brindado acompañamiento y asesoría a este equipo en la tarea de selección y en la preparación de los materiales.

Ahora que esta antología llega a manos de los maestros, tenemos la oportunidad de que todos los que quieran participen: pueden solicitar el cambio de una lectura por otra; pedir que alguna sea suprimida; resaltar las virtudes o las ventajas de algunas; solicitar la inclusión de ilustraciones y materiales que no están en el libro que se ha tomado, como mapas, cuadros, fotos... Entre todos, iremos haciendo de esta antología un acompañante irremplazable de cada uno de nuestros días de clases.

La intención de la antología es facilitar las lecturas. Pero los docentes pueden sustituir algunos de estos textos por otros que ellos prefieran.

Lo importante es entender y disfrutar cada lectura. Conviene leer, y hasta ensayar, cada día lo que se leerá al día siguiente. Conviene leer los libros de donde se han tomado los fragmentos. Conviene leer otros libros, por lo que aprendamos en ellos y por el interés, por el gusto de leerlos.

I. Don Quijote de la Mancha

Don Quijote de la Mancha es una novela que desde hace más de cuatrocientos años ha sido leída por toda clase de gente, que encuentra en ella inspiración para su vida. Vamos a leer el prólogo o la introducción a una adaptación de esta obra para niños.

Un día Don Quijote decide imitar a los caballeros andantes de los libros que había leído... Se pone una armadura, monta a caballo, se hace acompañar de un escudero, y sale a los caminos en busca de injusticias para ponerles remedio.

Su valor no tiene límites: lo impulsa a realizar empresas que parecen imposibles, a enfrentarse a gigantes y magos perversos, con tal de que el bien triunfe sobre el mal. Es un hombre de palabra: se esfuerza por cumplir lo que dice, y le basta decir algo para sentirse comprometido. Vive, además, enamorado, porque un caballero andante sin amores es como un árbol sin hojas ni frutos. Un enamorado siempre fiel, que nunca –aunque lo persigan las muchachas más bellas– traiciona el amor por su dama.

Con todo esto, Don Quijote no es soberbio, porque sabe que está al servicio de los ideales de la caballería, que se hallan por encima de cualquier caballero en lo individual, y sabe que es el amor de su dueña, la sin par Dulcinea del Toboso, lo que da fuerza a su brazo. Su ambición mayor es dedicar la vida a perseguir esos ideales, y decir de su amor que "en tan hermoso fuego consumido, nunca fue corazón".

La ambición más grande de Sancho Panza es satisfacer las necesidades de la vida diaria: tener que comer, un lugar donde dormir, ropa limpia, dinero... Lo tienta la idea de resolver de una vez por todas los apremios económicos y por eso se deja convencer de su vecino para irse con él, como su escudero, tras la promesa de que lo hará gobernador de una isla.

Sancho es un hombre prudente y pacífico, enemigo de pleitos. Se permite sentir miedo. No le interesa meterse con nadie ni que se metan con él. Tiene un perfecto sentido de la justicia y sobre todas las cosas ama a su familia. Respeta y quiere a su mujer, Teresa, con un amor tan sólido, tan pegado a la tierra como los refranes que continuamente dice.

Sancho es un hombre leal, dispuesto a hacer casi todo por su amo –no a dejarse azotar, por ejemplo–; vence sus temores y sus fatigas por lealtad y termina contagiado por los ideales de su patrón, a quien él llama el Caballero de la Triste Figura.

Don Quijote y Sancho Panza son dos buenos modelos; es mucho lo que podemos aprender de ellos. Es importante tener ideales, y es importante ocuparse de los asuntos de todos los días.

Felipe Garrido, “Prólogo a Miguel de Cervantes Saavedra” en *Don Quijote de la Mancha*. México, SEP-Océano, 2005.

2. En México

En México los niños de ayer teníamos las vacaciones en diciembre y enero. Cuando yo era chica, pasábamos en casa Navidad y Reyes, y después salíamos fuera de la ciudad.

Íbamos a Chapala y a las haciendas de Jaral de Berrio y de Santa Inés de la Borbolla, cerca de San Andrés Chalchicomula, que colinda con la Hacienda de Santiago Ocotepéc, pues pertenecían a dos hermanas de la familia Mier, y estaban unidas por un trenecito de mulas que nos divertía mucho. Al administrador, honrado y trabajador, todos lo querían y lo llamaban *el amo*.

Recuerdo que al amanecer nos despertaba el Alabado, oración cantada por los campesinos cuando se dirigían a sus labores, y que cada día nos traía nuevas ilusiones. Estando allí, un día discurrieron hacer tamales; la cocina fue ese día el centro de atracción. Era una de esas cocinas poblanas que tienen el brasero en el centro y las paredes tapizadas de cazuelas.

La cocinera molió el maíz cacahuazintle en un enorme metate oaxaqueño y después se puso a preparar las salsas de mole verde y colorada con pollo y carne de puerco.

Y mientras decía “cuidado y me hagan amuinar, porque los tamales no se esponjan; la masa se escurre y hay que contenerla rociándola con pulque y bailándole a la olla alrededor mientras los tamales se están cociendo”.



Mis hermanas y yo nada más pelábamos los ojos, pues cada una de las palabras de la cocinera nos impresionaba.

Por fin, cuando la masa estuvo lista y empezó a envolver los tamales, muchas manos le ayudaron, pues la cocina había sido invadida por distintos personajes que habían llegado atraídos por el sabroso olor que despedían los chiles tostados.

Felipa, que así se llamaba la cocinera, puso en el suelo un anafre de los buenos, de los de antes, lo encendió y acomodó en él una olla tamalera poblana y después de ponerle agua, una moneda y la parrilla, fue metiendo los tamales y acomodándolos para que se cocieran. Todos nosotros nos sentamos entonces alrededor a esperar que estuvieran listos, para entretenernos, cada uno de los que estaban allí contó un cuento.

El primero en hablar fue el caporal, a quien llamábamos *el Vale*, era un simpático viejecillo que había sido arriero entre Morelia y Tierra Caliente. Él empezó por decir: “Y ahora, muchachos, a echar cuentos, porque estas cosas tienen sabor en la noche y hay que contarlas para saber pasar el rato...”

Teresa Castelló Iturbide, “En México” en *El pozo de los ratones*. México, SEP-FCE, 1991.

3. ¿Por qué tienen melena los leones?

En la lectura de hoy vamos a enterarnos de cómo las hormonas son un factor decisivo para el desarrollo de los seres vivos. Atención.



La gran melena de los leones creció por la influencia de una hormona llamada testosterona. Los leones no son las únicas criaturas que tienen hormonas. Tú tienes hormonas también. Estas hormonas (mensajeros químicos) se encargan de tu crecimiento y desarrollo. La testosterona hace que crezca la barba en el hombre y que algunos pájaros machos tengan plumas de muchos colores. En los venados macho, la hormona controla el crecimiento de los cuernos.

Los leones macho adultos son los únicos de la familia de los felinos que tienen melena. Los machos jóvenes pueden tener un poco de pelo alrededor de la cabeza, pero hasta que

no son adultos maduros no les crece completamente la gran melena en la cabeza y el cuello. Esto sucede cuando cumplen los cinco años.

Los zoólogos, que estudian a los animales, piensan que las melenas de los leones tienen varios propósitos. Un león de melena grande puede impresionar a los otros machos, haciendo que parezca más grande, más fuerte y más amenazante de lo que realmente es. Puede que la melena proteja el cuello del león durante las peleas con otros machos, y la melena muestra la masculinidad del león, igual que la barba en los hombres.

Pedro Larios Aznar, “¿Por qué tienen melena los leones?” en *Los porqués de la gente*. México, SEP, 2002.

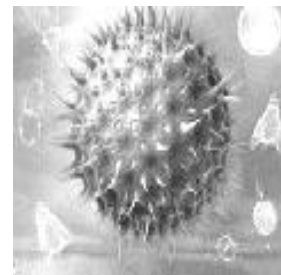
4. Labor detectivesca

Hasta los criminales más cuidadosos pueden dejar pistas diminutas que a menudo son demasiado pequeñas para distinguirse a simple vista. Por eso, los microscopios prestan una ayuda inestimable a la policía.

Los científicos de la policía utilizan microscopios ópticos para examinar posibles pruebas buscando pistas. Esta labor les ayuda a decidir qué hacer a continuación: por ejemplo, volver a examinarlas con un microscopio electrónico, o tomar muestras de sangre o de suelo para realizar más comprobaciones.

La prueba del delito

En el escenario de un robo o un asesinato suelen quedar partículas de la ropa del culpable, como por ejemplo fibras de lana de un suéter. Si las fibras halladas en el lugar del crimen coinciden con las de una prenda perteneciente a un sospechoso, pueden ayudar a la policía a solucionar el caso.



Cuando buscan pruebas, los investigadores policiales pueden también examinar pelos, fibras de alfombra o los cristales de una ventana rota.

Microscopios sobre ruedas

Para examinar objetos grandes como, por ejemplo, un coche, la policía utiliza el microscopio de operaciones. Se trata de un microscopio unido a un brazo articulado, que va montado en una plataforma con ruedas. Ésta última se arrima al objeto y el

microscopio se regula para poder examinarlo desde distintos ángulos. A veces los ladrones de coches repintan la carrocería, pero un cuidadoso examen al microscopio puede ayudar a la policía a identificar un vehículo robado.

Más pistas

También se usan microscopios para examinar cadáveres hallados en circunstancias sospechosas. Un ejemplo: si encontramos ciertas algas minúsculas en los pulmones de un cuerpo sacado del río, seguramente la persona murió ahogada; si no encontramos este tipo de algas, es probable que la víctima estuviese muerta antes de entrar en el agua.

Armas y culpables

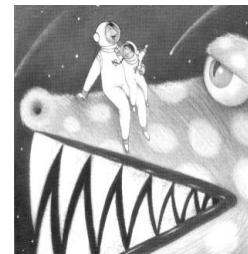
Un microscopio puede ayudar a resolver casos en los que intervinieron armas de fuego. El cañón de un arma de fuego tiene unas estrías que hacen que la bala gire sobre sí misma y vaya recta hacia el blanco. Al disparar un arma, las estrías rayan los lados de la bala y dejan unas marcas tan únicas como las huellas dactilares de una persona. Estas marcas microscópicas pueden compararse con las marcas de otras balas para saber si provienen de la misma arma.

Kirsteen Rogers, "Labor detectivesca" en *El gran libro del microscopio*. Gary Bine, Kim Lan, Peter Bull, illus. México, SEP-Océano 2003.

5. Rolf y Rosi

Rolf era repartidor de leche. Con lluvia o sol, a las cuatro y media ya estaba vestido para comenzar su ruta.

Rosi tenía nueve años. Rolf era su papá. Casi todas las mañanas ella dormía profundamente cuando Rolf salía, pero durante las vacaciones y los fines de semana se levantaba para acompañarlo. Su mamá ya no vivía con ellos, así que Rolf y Rosi tenían que ver el uno por el otro.



En el verano todo salía a pedir de boca. A las cuatro y media ya clareaba y cantaban los pájaros, pero en invierno era espantoso. Hacía frío y estaba oscuro, llovía, helaba, o soplaba el viento. A veces, si nevaba durante la noche, había que quitar la nieve del

camioncito repartidor antes de poderlo poner en movimiento. Tenían que manejar con mucho cuidado, y las manos se les enfriaban con las botellas heladas, y la gente se quejaba de que la leche llegara tarde. Rosi odiaba el invierno. Le alegraba no tener que hacer la ronda todos los días, como Rolf.

Una tarde, cuando Rosi llegó de la escuela, Rolf le dijo:

–No puedo más, Rosi. Hoy tardé seis horas en hacer la ruta. Seis gélidas horas.

Era el mes de enero y una gruesa capa de nieve cubría el suelo.

–Me lo imagino –repuso Rosi–. A mí me entró nieve en las botas y se me mojaron los calcetines. Me voy a cambiar mientras pones el té. Nos sentiremos mejor después de una taza de té bien caliente.

–Tengo una idea mejor –dijo Rolf.

– ¿Cuál? –preguntó Rosi.

– ¿Qué te parecería marcharnos de aquí definitivamente? Vivir en un lugar donde siempre haga calor.

Pero cambiarse de ciudad no es sencillo. ¿Alguno de ustedes se ha cambiado de ciudad? Me gustaría conocer su experiencia.

Robert Swindells, *Rolf y Rosi*, Claudia Legnazzi, ilus. México, SEP-FCE, 1996.

6. Una mirada al espacio

Para ser astronauta

Los astronautas viajan al espacio para reparar equipos, realizar experimentos o explorar. En 1961, el ruso Yuri Gagarin fue el primer astronauta en el espacio y viajó en órbita alrededor de la Tierra con la *Vostok 1*. Desde entonces, muchos astronautas han pasado incluso meses en el espacio.

Sentirse sin peso

Lejos de la Tierra, donde las naves espaciales vuelan, no hay gravedad. Las personas y los objetos no pesan nada; flotan, y por eso todo el equipo en el interior de la nave tiene que ser



almacenado en alacenas o sujetado a las paredes.

Trajes espaciales

No hay aire en el espacio. Por eso, el traje espacial está lleno de oxígeno para respirar. Los gases en el espacio son gélidos y los rayos del Sol son muy calientes. El traje espacial protege al astronauta del frío espacial y del calor del Sol.

Para trabajar en el exterior, el astronauta se sujeta a una silla móvil, llamada Unidad Tripulada de Maniobra (MMU).

Parte del entrenamiento de los astronautas se lleva a cabo bajo el agua, donde el peso es más ligero.

Lleva años de entrenamiento prepararse para la jornada en el espacio. Los astronautas aprenden a usar el equipo que los mantendrá con vida. Deben ser capaces de responder a cualquier emergencia y practican experimentos que luego realizan a bordo.

¿Por qué es importante el entrenamiento de los astronautas?

David Glovert, *Una mirada al espacio*, Stuart Trotter, illus. México, SEP-Promociones de Don d'Escrito, 2002.

7. Charles Darwin

Charles Darwin fue un investigador que planteó la teoría de la evolución: las especies animales y vegetales, a lo largo del tiempo, sufren transformaciones. Algunas se extinguen, y aparecen otras nuevas. Para hacer sus estudios, Darwin realizó viajes muy largos, por las islas del Pacífico.

Cada vez más intrigado por sus descubrimientos Darwin decide iniciar la búsqueda de otras especies y explorar una nueva isla. Sobre las rocas, ve aparecer un reptil con cabeza de dragón.

De hecho se trata de un extraño lagarto negro de cresta blanca y largas patas con garras; su tamaño sobrepasa apenas el metro y, a pesar de su fealdad parece inofensivo.

Este lagarto me recuerda la iguana verde de los bosques de América del Sur. Se alimenta de algas que encuentra en el fondo marino. Un día, uno de los marineros ata una piedra a una de estas criaturas y la mantiene bajo el agua una hora, para probar su resistencia, pero, para nuestra sorpresa, cuando sacamos la iguana a la superficie está

perfectamente bien y nos escupe agua a la cara; después nada a toda prisa hacía la orilla, trepa por la lava rugosa de los acantilados y vuelve a escupir con ganas antes de tenderse al sol.

Adentrándose más por el terreno, Darwin descubre las huellas dejadas sobre la arena por una cola larga y cuatro patas con garras. No pueden ser las garras de un lagarto acuático, que nunca se aleja mucho de la orilla del mar.

¿Debe haber, como en el caso de las tortugas, dos especies diferentes según vivan cerca del agua, en la orilla o tierra adentro?

Darwin sigue la pista de este animal misterioso.

Serge Strosberg, "Charles Darwin" en *En el reino de los dragones*. México, SEP-Juventud, 2004.

8. El puercoespín y el invierno

Hoy vamos a leer un mito. Un relato que cuenta el origen de algo. En este caso, el origen de la duración del invierno. Es un mito de una etnia india de Norteamérica.

El mundo estaba recién creado. El cielo y las estrellas, la tierra y los mares ocupaban ya su lugar. Los espíritus lo habían creado todo; sólo faltaba definir las estaciones del año.

Tres animales estaban reunidos para tomar esa decisión: el castor, el puercoespín y el cuervo. Empezaron a discutir sobre las estaciones. Al castor le gustaba mucho el frío.

—El invierno es la estación más hermosa —dijo—, por eso durará tantos meses como rayas tiene mi cola.

Las rayas de su cola eran ocho. La idea de un invierno tan largo hizo temblar a los otros dos, que odiaban el frío. Por eso no iban a dejar que el dientón se saliera con la suya. El puercoespín levantó la mano y gritó:

—¡El invierno no puede ser tan largo! ¿Quieres que todo el mundo muera de frío? ¿Quién podrá resistir tanto tiempo? ¡Nadie! Será de cinco meses porque cinco son los dedos de mi mano.

El castor se enfureció al oír al puercoespín; con voz tremenda contestó:

–Si eso quieren, ¡acepto el reto! El más valiente decidirá la duración del invierno. ¿Cómo van a demostrarme que ustedes son más valientes que yo?

El cuervo se espantó con los gritos del castor, se hizo el disimulado y volteó hacia el puercoespín, a ver si contestaba. El puercoespín no contestó, se erizó todo, se puso las manos en la boca y con los dientes se arrancó un dedo de cada una sin demostrar dolor. Levantó otra vez la mano diciendo:

–No durará cinco meses, durará cuatro porque ahora son cuatro los dedos de mi mano.

El castor aceptó su derrota: el puerco espín había demostrado su valentía y había ganado el derecho a decidir. Por eso el invierno dura tantos meses como dedos tiene el puerco espín en la mano. Pero ahí no termina esta historia. El puercoespín mandó al cuervo con los hombres para decirles que al final de cada invierno debían reunirse a contarse adivinanzas, y que si las resolvían correctamente, ese invierno sería más corto.

Por eso la gente de los bosques sigue reuniéndose cuando llega la fecha y en medio de sus inmensos bosques nevados se sientan a resolver adivinanzas. Y si tienen suerte y conocen las respuestas, a veces la primavera llega antes de tiempo, para mayor derrota del castor.

Federico Navarrete, “El puercoespín y el invierno” en *Hijos de la primavera: vida y palabras de los indios de América*. Felipe Dávalos, ilus. México, SEP-FCE, 2001.

9. Cuento del tonto que comió pollo

Había una vez tres hermanos. El mayor y el segundo estaban bien, y el tercero era un tonto.

Tenían un pollo, pero siempre que hablaban de matar al pollo decían que no le iban a dar ningún pedazo al tonto por tonto. Llegó el día que mataron al pollo y los hermanos que estaban bien ya tenían un plan para no darle nada al tonto. Lo prepararon y lo dejaron listo para meterlo al horno y llamaron al tonto, y ya reunidos los tres le dijeron al tonto: “El que sueñe un bonito sueño se come el pollo”. “Bueno”, dijo el tonto.

Metieron el pollo dentro del horno y se fueron a dormir. Pasó un buen rato y cuando los dos hermanos ya estaban bien dormidos el tonto se levantó y fue a la cocina y se comió el pollo; terminó y se fue a dormir.

Al otro día temprano se levantaron y el mayor dijo: “Vamos a hablar del sueño que tuvimos anoche. Yo voy a empezar. Pues yo anoche fui a la Gloria y vi al Señor.” “Sí –dijo el otro hermano-, yo vi cuando te ibas volando, me agarré de la manga de tu camisa y nos fuimos los dos.” “Sí –contestó el tonto-, yo vi cuando se iban, y como pensé que ya no iban a regresar fui a la cocina y me comí el pollo; sólo quedaron dos huesitos para que los chupen.”

Joaquín Martínez Mendoza, “Cuento del tonto que comió pollo” en *Las narraciones de niños y niñas indígenas*. México, SEP-Dirección General de Educación Indígena, 2001.



10. Romance de la doncella guerrera

Los romances son poemas formados por versos de ocho sílabas, donde en cada estrofa riman los versos pares: Dios, varón, inclinación, [escribir estas palabras en el pizarrón hace más clara la explicación] tienen rimas asonantes: en su última sílaba tienen una o tónica, acentuada. En México, los romances se convirtieron en corridos. Muchas veces, los corridos y los romances cuentan historias.

Hoy vamos a leer el de la doncella guerrera. Ella es una muchacha que se disfraza de hombre para que su padre tenga un hijo que vaya a servir al rey en la guerra.

En Sevilla, a un sevillano [Sevilla es
una ciudad española]
siete hijos le dio Dios,
y tuvo la mala suerte
que ninguno fue varón.

La más chiquita de ellas
le llevó la inclinación
de ir a servir al rey
vestidita de varón.

—No vayas, hija, no vayas,
que te van a conocer;
que tienes el pelo muy largo
y dirán que eres mujer.

—Si tengo el pelito largo,
madre, córtelo usted,
y con el pelo cortado
un varón pareceré.

Y al subir al caballo
la espada se le cayó;
por decir ¡maldita sea!
dijo “maldita sea yo”;
siete años estuvo en guerra
y nadie la conoció,
si no fue el hijo del rey
que de ella se enamoró.

“Romance de la doncella guerrera” en Teresa de Santos (comp.), *Romancero para niños*. México, SEP-De la Torre, 2005.

11. La espada en la piedra

Una leyenda inglesa cuenta que, una vez, hace mucho, el rey murió sin dejar un hijo que lo heredara. Los nobles comenzaron a pelear entre ellos para apoderarse del trono, pero el mago Merlín sabía que el rey debía ser quien pudiera sacar del yunque o de la piedra donde estaba clavada una espada mágica que tenía nombre: se llamaba Excalibur.



El rey había muerto. El trono estaba vacante, no había un heredero para la Corona y el miedo iba extendiéndose por el reino. Todos sabían que sin rey no había autoridad ni mando. Los enemigos buscarían invadirlos; los nobles ya estaban peleando entre ellos por el trono; bandas de asaltantes y asesinos arrasaban los pueblos y se llevaban muchachas, niños y ganado. Hacía falta la autoridad de un rey.

Mientras tanto, por los senderos del bosque, iba caminando un mago. Su nombre era Merlín.

Merlín era tan viejo como las raíces de los robles; podía componer poemas con los sonidos del viento; sus ojos negros leían el futuro y sus hechizos podían cambiarlo. En ese momento, mientras se dirigía a la ciudad, veía la época radiante que tendría el reino si llegaba al trono quien debía llegar. Merlín sabía el nombre de ese rey y dónde se hallaba oculto. Con sus poderes había dispuesto que el niño naciera y lo había escondido para protegerlo de todo peligro. El momento de ese muchacho había llegado. Pero tendría que pasar una prueba.

Cuando Merlín llegó a las murallas de la ciudad, los nobles se preparaban para combatir entre ellos, en un torneo. Quien eliminara a todos los demás tendría la corona. Merlín no estaba de acuerdo; la lucha provocaría muertes y divisiones. Merlín se encaminó a la gran plaza donde se celebraría la justa. Los caballeros, cubiertos con sus armaduras, estaban ya montados y enarbolando sus enormes lanzas. Merlín se plantó entre ellos y señaló hacia el otro lado de la plaza.

—¡Hermanos míos! ¡Miren! ¡Allí! —exclamó, y todos se dieron vuelta para mirar.

Sobre el césped recién cortado había aparecido algo extraño y maravilloso. Era un gran bloque de mármol. Sobre la piedra había un yunque de hierro, y clavada en el yunque había una espada.

La espada resplandecía, era hermosa. Tallada en la piedra de mármol había una inscripción en letras de oro: “¿Dónde está el hombre que pueda sacar la espada de la piedra? Él es el rey.”

Todos miraban la espada asombrados, Merlín les volvió a hacer una reverencia:

–Paz, hermanos míos –les dijo–. Que todos vengan aquí. No debemos pelear entre nosotros. ¡Permitan que el nuevo rey retire su espada!

Aquí dejamos la historia. Pero voy a contarles que quien sacó la espada fue un muchacho humilde que en ese momento era un simple escudero. Se llamaba Arturo. Lo conocemos como el rey Arturo.

Rosalind Kerven, “La espada en la piedra” en *El rey Arturo*, Tudor Humpheries, ilus. México, SEP-Dorling Kindersley, 2005.

12. Barros y espinillas

Un día soleado nos levantamos, nos dirigimos al baño y, ¡Oh desgracia!, vemos que nuestra cara está llena de granos.

Pero no hay de qué preocuparse: durante la pubertad, nuestro organismo produce enormes cantidades de hormonas que suelen alterar el funcionamiento de las glándulas sebáceas (estas glándulas segregan una delgada capa de grasa, el sebo, que se encarga de mantener la piel lisa y suave).



Cuando ocurre esto, un exceso de sebo bloquea las glándulas sudoríparas y los folículos pilosos (por donde sale el pelo), por lo que las oportunistas bacterias empiezan alimentarse de los ácidos grasos que quedan atrapados en los conductos... y un enorme grano hace su aparición.

Posteriormente, nuestro cuerpo se da cuenta de la “emergencia” que tenemos en la cara y envía una instrucción a los leucocitos o glóbulos blancos para que combatan la infección, y a otros soldados del sistema inmune, llamados fagocitos y que tienen la

función de comerse a las bacterias. Entonces, en el grano se forma una mezcla de sebo, aceite, células muertas, bacterias y fagocitos, mejor conocida como pus.

Lo primero que se nos ocurre es exprimirnos el barro o la espinilla, pero, ¡oh desgracia!, ¡es lo peor que podemos hacer!, porque dañaremos los alrededores del grano y no permitiremos que los fagocitos acaben con él.

Así que la mejor recomendación es no exprimirse los granos, sino dejarlos madurar y lavarse con agua y jabón, pero no muy frecuentemente porque se reseca la piel y eso produce un exceso de aceite que las bacterias agradecerán cumplidamente.

Para los adolescentes debería ser un orgullo tener barros; eso los distingue de sus padres, que se morirían de ganas de portar un símbolo tan evidente de juventud.

Juan Tonda y Julieta Fierro, "Barros y espinillas" en *El libro de las cochinadas*, José Luis Peredo, ilus. México, SEP-ADN, 2006.

13. Los dos viejos



Vivían en la misma aldea dos ancianos. Uno era honrado y dulce; el otro, de avinagrada voz y ojos astutos, era envidioso y avaro. Como las dos casas estaban frente a frente, el envidioso se pasaba el día observando a su vecino. Se enojaba cuando advertía que las hortalizas del buen viejo estaban más lozanas que las suyas, o si llegaban a su casa más gorriones.

El aldeano de buen corazón tenía un perro al que quería mucho. Cierta día observó que escarbaba en un rincón del huerto y no cesaba de ladrar.

—¿Qué te pasa? —le preguntó el viejo.

Y el fiel animal, sin dejar de escarbar, siguió ladrando y dando aullidos. Al fin, el buen anciano cogió un azadón y comenzó a cavar. Al poco rato su herramienta chocó con algo duro: era un antiguo cofre, cubierto de moho. Lo abrió, y en su interior encontró un maravilloso tesoro.

El vecino envidioso había visto todo. “¿Por qué —se decía— siempre le saldrán bien las cosas a ese vejete?” Por la tarde, dominando su rabia, se presentó con el agraciado.

—Amigo, no soy fisgón, bien lo sabes, pero los aullidos de tu perro eran tan insistentes que quise ver si pasa algo. ¿Me prestas a tu perro unos días?

El buen viejo estuvo de acuerdo, y el envidioso se llevó el perro.

A los pocos días lo vio escarbar junto al tronco de un árbol, y creyó que había encontrado otro tesoro. Al fin iba a ser rico y poderoso. Corrió en busca de un azadón. Al regresar vio que el can seguía aún escarbando.

Se puso a cavar ansiosamente, pero no encontraba nada. Luego de descansar un rato, volvió a la tarea. De pronto, el azadón golpeó con algo. ¡Al fin! Dejó la herramienta y escarbó ávidamente con las manos. ¿Sería su cofre? Entre la tierra aparecieron sólo trozos de madera carcomida, piedras rotas, trapos sucios. El viejo volvió a cavar con el azadón, pues las manos le sangraban. Pasó más de una hora y abrió, al fin, un hoyo muy profundo, pero no halló más que escombros.

Soltó la herramienta y se sentó en el suelo. Lo inundaba el sudor y le dolía la espalda. Entretanto, el perro, que se había sentado, no lejos del hoyo, miraba al viejo con ojos de burla pues sabía que no había ningún tesoro.

María Manent (adaptación), “Los dos viejos” en *Cuentos del Japón*. México, SEP-Celisia, 2005.

14. El hombre es ingenio y el ingenio es hombre

Una vez, cuando el mundo era casi nuevo, el Asno fue con el León para quejarse del Hombre.

—El Hombre —dijo el Asno— me pone cargas muy pesadas en el lomo y me golpea para que vaya más rápido, aunque él no puede cargar ni siquiera con la mitad de lo que yo llevo.

A León le pareció que aquello era injusto y que Asno recibía un trato muy duro.

—Yo me encargaré de esa criatura que llamas Hombre. ¿Qué aspecto tiene?

—Para empezar —dijo el Asno— sólo tiene dos patas en vez de cuatro, además no puede ni rebuznar, ni rugir, ni tiene mucho pelo.

—¿Y escamas? ¿Plumas, concha, alas? —preguntó el León.

–Nada de eso –respondió el Asno–, aunque sí tiene manos. Son parecidas a las garras, pero sin uñas. –Bueno, no será demasiado difícil dar con él –dijo el León, y partió para darle una lección al Hombre, por ser tan cruel.

Muy pronto León se cruzó con el primer hombre; la descripción del Asno había sido buena. Pero el León quería asegurarse de que no estaba a punto de devorar a una criatura inocente. Después de todo, los pájaros sólo tenían dos patas y tampoco podían rebuznar ni rugir.

–¿Eres el Hombre? –le preguntó el León.

El Hombre por fortuna era algo astuto. No, soy Ingenio. Pues es a Hombre a quien busco, no a Ingenio. ¿Por qué estás aquí?

Voy de camino a ver a Asno. Me ha pedido que le construya una jaula, aquello enojó a León, recuerda que todo esto sucedió cuando el mundo era casi completamente nuevo, y que León sabía tan bien lo que era una jaula como lo que era un Hombre, aún así pensó, que siendo un León, y, por lo tanto un animal más importante que un Asno, debía ser el primero en tener una jaula.

Si quieres llegar a mañana, será mejor que te olvides de Asno, amenazó el León. Es a mí a quien debes construir una jaula.

Estoy de acuerdo, dijo Hombre, en mi opinión a ti te conviene una jaula mucho más que a Asno.

Hombre se dispuso a construir una jaula tan resistente como pudo, y cuando la hubo terminado invitó a León a subirse en ella. León le complació y Hombre cerró de golpe la puerta de la jaula.

¿Por qué me haces esto? Rugió León. Mi enemigo es Hombre, no Ingenio.

El Hombre es ingenio, contestó el Hombre.



15. La casa del abuelo

Apenas recuerdo la casa de los abuelos, estaba en donde ahora se encuentra el cine Ópera sobre la calle de Serapio Rendón, en la colonia San Rafael, a media cuadra de la Ribera de San Cosme, y en donde, por cierto, ya no pasan películas.

Desde que fue el temblor de 1985 dejó de funcionar como cine y ahora sirve como sala de conciertos para cantantes y grupos modernos. Pues precisamente allí estaba la casa de los abuelos.

Ni te imaginas lo que era eso: ¡parte del convento de San Cosme!

Resulta que el abuelo lo compró así como estaba, es decir, como convento. Con la compraventa se quedó sin dinero y no lo pudo arreglar, de tal forma que así se metió a vivir con su familia.

En ese tiempo sólo quedaban mis abuelos y dos tías jóvenes solteras, los demás hijos ya estaban casados. Me acuerdo que cuando los íbamos a visitar, todos los primos nos poníamos a jugar a las escondidas en el montón de cuartitos que había, ahora sé que eran celdas de las monjas, incluso, algunos ya no tenían ni siquiera techo, así que a todos los chamacos nos gustaba mucho ir allí, nos la pasábamos muy bien.

Cuando obscurecía, el abuelo, nos platicaba historias de espantos. Ya te imaginarás como salíamos de allí. La entrada era un pasillo que a mí se me hacía inmenso, largo, largo y bien oscuro, y al final tenía una lucecita que para nada servía, con un foco chiquitito. Cuando salíamos en la noche para irnos ya a nuestra casa, yo me apretujaba contra mi mamá porque sentía que si me acercaba a la pared, iba a salir una mano para agarrarme o iba a sentir en mi oído el soplo de los muchos espíritus que supuestamente vivían allí.

Me acuerdo que a veces veíamos unas monjas caminando por los pasillos que unían a los cuartitos, en medio de nuestros juegos.

Cómo me llamaba la atención su largo hábito negro y blanco, y el rosario que les colgaba de la cintura y casi tocaba el suelo; siempre traían las manos metidas en las mangas de su vestido. Al principio se me hacía raro verlas allí, pero luego tanto mis primos como yo nos acostumbremos a su presencia, hasta las saludábamos, sin embargo, nunca nos contestaban, ni siquiera levantaban los ojos del suelo.

Jamás les vi la cara, se me figuraba que estaban tan feas que les daba pena que las viéramos.

Cecilia Colón, "La casa del abuelo" en *La bailarina del Astoria y otras leyendas*. México, SEP-Plaza y Valdés, 2004.

16. ¿Tienes hambre?

¿Por qué tienes que comer?



¿Tienes hambre? Esa es la forma que tiene tu cuerpo de decirte que necesitas comer algo. La comida contiene muchas sustancias imprescindibles que tu cuerpo usa para crecer, permanecer sano y reparar las partes que lo necesiten.

Los alimentos, además, te aportan energía.

Tu cuerpo necesita energía para funcionar, del mismo modo que un coche necesita gasolina.

Te sientes hambriento cuando tus depósitos de energía se vacían.

Comes un trozo de sabrosa pizza, pero, ¿A dónde va el alimento? Antes de que tu cuerpo pueda usar las sustancias que extrae de él, tiene que romperlo en porciones diminutas, que tienen que ser lo bastante pequeñas como para penetrar en tu sangre; tu sangre las transporta a todas las partes del cuerpo donde sean necesarias. Este proceso se llama digestión.

Tu comida es digerida según viaja por todo el cuerpo. Viaja por montones de conductos diferentes, que van de tu boca a tu trasero.

Anita Ganeri, *¿Tienes hambre?*, Steve Sholt, ilustraciones. México, SEP-Everest, 2005.

17. Domingo siete

Había una vez dos compadres jorobados, uno rico y otro pobre. El rico era muy mezquino. El pobre iba todos los viernes al monte a cortar leña para venderla.

Un viernes se extravió, y vio una casa iluminada, en un claro del bosque. Parecía que en ella había una gran fiesta. Se oían música, cantos y carcajadas.

Detrás de una puerta se puso a curiosear: la sala estaba llena de brujas que bailaban pegando brincos y cantaban a gritos esta canción:

Lunes y martes

y miércoles tres...

Pasaron las horas y las brujas no se cansaban.

Aburrido, el hombre se atrevió a cantar con su vocecita:

Jueves y viernes

y sábado seis

Gritos y brincos cesaron...

—¿Quién canta? —preguntaban unas.

—¿Quién ha mejorado nuestra canción? —decían otras.

—¡Qué cosa más linda! ¡Quien canta así merece un premio!

Se pusieron a buscar y dieron con el compadre pobre, que temblaba detrás de la puerta.

Unas lo levantaban, otras lo bajaban y besos por aquí y abrazos por allá. Una gritó:

—¡Le vamos a quitar la joroba!

Se la quitaron, luego sacaron sacos de oro y se los dieron por haberles completado su canto.

Él trajo su burro, cargó los sacos de oro y partió por donde las brujas le indicaron. Al alejarse las oía desgañitarse:

Lunes y martes

y miércoles tres;

jueves y viernes

y sábado seis

Sin dificultad llegó a su casita, donde su mujer y sus hijos lo esperaban temerosos de que le hubiera pasado algo.

El compadre pobre, que era un hombre que no mentía, contó su aventura al rico.

¡El rico volvió a su casa con una envidia!

Su mujer le aconsejó que fuera al monte a cortar leña:

Una noche estaban las brujas en lo mejor de su canto:

Lunes y martes

y miércoles tres

jueves y viernes



y *sábado seis*

Cuando la vocecilla del rico cantó, temblorosa:

y *domingo siete...*

¡Para qué lo hizo! Las brujas se pusieron furiosísimas a gritar:

–¿Quién es el atrevido que ha echado a perder nuestra canción?

–¿Quién es quien ha salido con ese domingo siete?

Encontraron al hombre y lo sacaron a jalonazos.

–Vas a ver lo que te va a pasar, jorobado –dijo una que salió corriendo. Volvió con la joroba del compadre pobre y ¡pan! la plantó en la nuca del infeliz. Al amanecer fue llegando a su casa con dos jorobas, dolorido y sin sus cinco mulas; por supuesto a la vieja se le regó la bilis de la envidia.

Marín Medero, “Domingo siete” en *De Maravillas y encantamientos*. México, SEP, 1996.

18. La historia de Sputnik y David

Ésta es la historia de un caimán, o yacaré, lagarto o cocodrilo. Todas éstas son, en realidad, diversas especies, pero quitando las diferencias que los conocedores señalan, ésta es, decíamos, la historia de un caimán. Y de un niño que lo tomó como mascota.

Ésta es la historia, que me contó mi sobrino Juan, del caimán Sputnik y su amigo David.

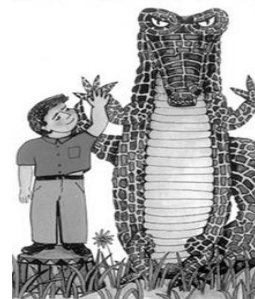
Pues muy recién salido del cascarón, y tan pequeño que cabía aun en la palma de la mano, le regalaron este caimán a David, que también era un niño muy pequeño. Él le puso ese nombre, tan sonoro, que al caimán le gustó bastante.

“Sputnik –pensó– es un buen nombre de caimán.”

Los dos crecieron, Sputnik y David. Su familia educaba a David. David educaba a Sputnik.

David aprendió a comer con cuchara, tenedor y cuchillo; a multiplicar, sumar y restar. A escribir. ¡Hasta a dividir aprendió!

También supo muchas cosas del padre Hidalgo y de los campanazos y el grito de Dolores; nada más no estaba claro si de veras algo le dolía o nada más así se llamaba el pueblo.



Sputnik aprendió a beber sidral deteniendo la botella en la boca. Fue varias veces a jugar futbol y daba colazos al balón y hacía gol; corría muy aprisa en línea recta, pero tardaba mucho en dar la vuelta y se tragó el balón dos veces; así ya no se podía jugar con él (ni con nadie, ¿con cuál pelota?). Como ven, Sputnik había crecido bastante.

Él y David se acompañaban y paseaban juntos. Juntos fueron un día a nadar a la alberca y la gente gritó y se salió, protestó además: no querían bañarse con ese animal en la misma agua. Una señora gorda abrazaba a sus hijos, lloraba y se quejaba:

–¡Ese monstruo se los va a comer!

–Ya parece, guácala –dijo David.

Pero Sputnik los observó y sí se le ocurrió que podrían estar más sabrosos que el balón. David era socio y tenía derecho a llevar un amigo. Los echaron al fin, porque el reglamento prohibía nadar sin traje de baño.

–Te voy a comprar uno –consolaba David a su saurio que sí, lloró dos o tres lágrimas de cocodrilo. Como se ve, ya no se trataba de un caimancito sino de todo un don Caimán, de bastante buen tamaño y que, además, no paraba de crecer.

Ésta es una de las historias más divertidas que conozco. ¡A quién se le ocurre tener un lagarto de mascota! Les recomiendo el libro, espero que lo lean.

Emilio Carballido, *La historia de Sputnik y David*, María Figueroa Flores, ilus. México, SEP-FCE, 2001.

19. Una niña de tu tamaño

Érase una vez una niña. No era una niña de este tamaño. Pero tampoco era una niña de este tamañón. Era una niña así, más o menos de tu tamaño. Su problema era que no lograba saber a ciencia cierta cuál era su verdadero tamaño. A veces mama decía:

–Helena, ya estás demasiado grande para hacer esas cosas. ¿Cuándo se ha visto que una niña de tu tamaño llegue a la casa tan sucia por estar jugando en el pasto? Ve a bañarte.

Así era cuando le decían que estaba muy grande.



Pero a veces papá también decía:

—Helena, todavía estas demasiado chiquita para hacer estas cosas. ¿Cuándo se ha visto que una niña de tu tamaño juegue en una rama tan alta del árbol? Bájate porque te puedes caer.

Entonces Helena se sentía que era un bebé incapaz de hacer las cosas ella sola.

Eso le pasaba a diario. Cuando tenía que ayudar a sembrar, era muy grande. Pero a la hora de bañarse en el río y nadar en lo hondo, era muy pequeña. Cuando los grandes se quedaban de noche conversando en el patio hasta tarde, era pequeña y tenía que irse a dormir. Pero si se lastimaba el pie con una espina y quería llorar en las piernas de alguien, para que la consintieran y la mimaran, siempre le decían que ya estaba muy grande para ser tan caprichosa.

Si hubiera tenido un espejo mágico, como el de la madrastra de Blanca Nieves, le habría preguntado:

—¡Espejito, espejito, de qué tamaño soy yo?

Pero no tenía espejo mágico. Ni siquiera era fácil mirarse en un espejo no mágico. En su casa sólo había un espejo, pequeño y muy alto, sobre la pila. Apenas alcanzaba a verse un pedacito cada vez, y eso, cuando alguien la alzaba. Se veía la cara, el cuello, las manos. Pero la rodilla, el pie, las piernas, sólo los podía ver si se miraba hacia abajo, sin espejo. Y nunca se había visto la espalda.

A veces pensaba que era pequeña adelante y grande atrás. O grande adelante y pequeña atrás. O que tenía un tamaño a cada lado: por eso todos la veían de una manera distinta, dependiendo del pedazo que estuvieran mirando. Pero ella se tocaba, se golpeaba, se miraba y se daba cuenta de que así no era. Grande o pequeña, sólo tenía un tamaño, estaba segura de eso. Pero no sabía cuál de los dos.

¿Alguno de ustedes se identificó con Helena?

20. Una fiesta chipocluda

¿Cuántos tipos de chiles conoces? Descúbrelos

Un chilito jalapeño
que era un poco parrandero
un festejo le hizo un día
a su primo el habanero.
Invitó a todos los chiles
los parientes, los hermanos.
Y vinieron los Morita,
los Huajillo, los Manzanos.
El señor chile poblano,
rellenito, el muy sabroso,
saludó al chile serrano,
chiquitín pero picoso.
No invitaron al morrón
porque casi no picaba,
pero dijo el muy gorrón
que él solito se invitaba.
Platicaba el chile de árbol
con su prima la chilaca:
¡Qué milagro que te veo,
pero cómo estás de flaca!



Puros chistes bien picosos
contó el viejo cascabel,
hasta que doña Pasilla
lo pateó bajo el mantel.
La bailada está en su punto
todo el ritmo allá en la pista.
Toca junto a la rajita,
Enlatado, el baterista.
se lució el chile piquín
con un rap muy aplaudido.
Bailó bien, sólo que al fin
acabó todo molido.
El mulato y el costeño
bailaban rumba, bailaban mambo,
Pero nunca el Cuaresmeño,
porque alega que está zambo.
Para un grupo tan picado
el festejo fue un instante,
a pesar de que bailaron
tanta salsa y tan picante.

¿Cuántos fueron?

Nuria Gómez Benet, "Una fiesta chipocluda" en *El berrinche de Moctezuma y otros poemas*. México, SEP-Verdehalago, 2006.

21. Carta de amigo

Volteen a ver a sus compañeros, ¿cuántas caras nuevas ven? ¿Les gustaría conocer una experiencia de un niño en que su mejor amigo, tuvo que cambiarse a otra escuela?

¡Epa Guillermo!

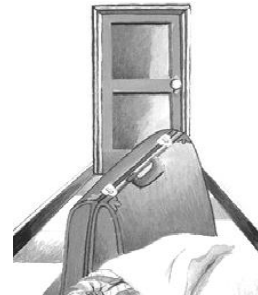
El otro día miré el mapa para ver dónde queda Pelotas ¡Uy! Cómo quedamos lejos de repente, ¡ay! ni siquiera se me había ocurrido que Pelotas quedara allá, en la punta de Brasil.

Mi papá dice que los cariocas se mueren de frío allá en el sur cuando llega el invierno. Por eso se me ocurrió que tú tienes que venir a pasar vacaciones de julio en Río. Aquí en mi casa, claro. Primero para que no te mueras de frío. Segundo, para que vayamos juntos a la playa como lo hacíamos antes.

Hoy fue el primer día de clases.

Me pareció muy raro que tú no estuvieras ahí. ¿Te acuerdas? Nosotros nos conocimos en primero, después pasamos juntos a segundo. Y tú dijiste: ¿el año que viene pasaremos juntos a tercero? Y así fue. Y entonces nos pusimos de acuerdo en que juntos pasaríamos a cuarto. Y así fue también.

Y entonces ya ni siquiera nos pusimos de acuerdo porque era claro que juntos pasaríamos a quinto. Y entonces tú llegas y te mudas para Río Grande del Sur.



Oye francamente, sólo tú te fuiste, el resto del grupo sigue siendo el mismo. Pero entraron dos niñas nuevas. Una es muy presumida pero, en compensación se llama Renata, que me parece un nombre bonito. La otra parece simpática, pero no se desprende del lado de Renata. Así es muy difícil hablarle.

¡Ah! Hay una novedad, nuestra escuela está dando becas de estudio para pobres. Por eso también ahora hay un niño nuevo: un becario. Oí decir que vive en las barriadas; se llama Toribio Carlos y se sentó en el mismo puesto en el que tú te sentabas, pero no habla ni mira a nadie.

Tal vez el trabajo de tu papá deje de ser bueno y ustedes vuelvan aquí a Río. No es que quiera que tu papá pierda el empleo, nada de eso, pero es que me parece muy aburrido no verte a mi lado en clase.

¿Es buena la escuela allá?

Un gran abrazo de Rodrigo.

¿Quién de ustedes se ha cambiado de escuela?

Lygia Bojunga, *¡Chao!*, Ivar Da Coll, ilus. México, SEP-Norma 2005.

22. Adivinanzas

Dientes

pero no de hombre

barbas

pero no de cabello.

(ETOLE LE)

O la encuentras en el mar

o la dices al hablar,

pero si viajas en barco

muy fácil la encontrarás.

(ALO AL)

Si lo entregas no te cuesta,

si lo recibes te halaga,

detalle es de gente noble

pues con nobleza se paga. (ODULAS LE)

Hay dos niñas, hay dos globos,
y dos cristalinos jueces,

que con tristeza o contento,
agüita sueltan a veces.

(SOJO SOL)

Es tan sólo un bastidor

con un cuero restirado,

tiene de metal rueditas

y alguien tendrá que tocarlo.

(ORED NAP LE)

Si un color tuviera un hado

y ese hado color tuviera,

¿qué hado en color sería

si fuera un color y un hado?

(ODAROLOC)

Por encima sí,

por abajo no,

por debajo agua,

por encima yo.

(ETNEUP LE)



Antonio Salgado, *Tito Tito Capotito*. México, Selector, 2005.

23. ¿Sueñan los perros y los gatos?

Las mascotas son pequeños o grandes seres que alegran la vida de las personas. ¿Tienes alguna mascota? ¿Has mirado alguna vez a tu mascota cuándo está dormida? ¿Te has percatado que hace movimientos extraños? Esta narración trata de por qué las mascotas hacen algunas acciones cuando están dormidas.

Si "Don Gato" se hubiera caído realmente del tejado, con seguridad lo habría soñado esa misma noche. Los perros y los gatos sí sueñan. En sus sueños, probablemente reviven los sucesos emocionantes o los sustos del día.

Los científicos estudiaron a un grupo de gatos mientras dormían y descubrieron que, primero, entraban en un estado de sueño lento: sus ojos se movían lentamente bajo los párpados. Luego, los ojos comenzaban a moverse rápidamente y a sacudidas. El registro de sus ondas cerebrales demostró que los animales se encontraban en un estado de sueño rápido (REM) (del inglés, *rapid eye movement*). A lo largo de su sueño, los animales alternaron entre el sueño lento profundo y el REM.



El ser humano tiene los mismos estados de sueño. Se ha demostrado que únicamente soñamos durante REM y se piensa que los perros y los gatos también lo hacen. Se cree que el período de REM resulta útil para los gatos y los perros, pues durante él, los animales tienen un sueño ligero. Se despiertan de vez en cuando para observar si hay peligro.

El perro que sueña puede gemir, jadear, ladrar mover la cola. A veces, hace movimientos como si corriera. El gato es más callado, pero puede retorcerse, dar zarpazos.

Si tu mascota parece inquieta mientras duerme, no te preocupes. Está en el mundo de los sueños.

Ahora ya sabemos que cuando nuestra mascota está durmiendo no la tenemos que despertar bruscamente, porque le interrumpimos sus dulces sueños.

24. Doña Josefa y sus conspiraciones

En nuestras juntas habíamos elegido al cura Hidalgo como cabeza del movimiento. Ignacio Allende lo mantenía informado de nuestros proyectos a favor de una insurrección.

Nos comunicábamos con cautela, pero había muchos soplones. ¡Era tiempo de actuar! La mañana del 13 de septiembre me horroricé.



¡Hasta se me cayó la peineta del susto! Recibí la funesta noticia de boca de mi esposo: habían encontrado pólvora escondida entre los costales de harina de la tienda de los hermanos Gómez. Ellos solían acudir a las reuniones secretas de mi casa. ¿Nos delatarían?

La confusión se apoderó de nosotros. Mi esposo se vio obligado a rendir cuentas ante las autoridades españolas.

Salió a toda prisa y, preocupado por mi seguridad, me dejó encerrada en nuestra casa.

¡Se llevó consigo el manojo de llaves de todas las puertas! ¡Caray! ¡Parece que estoy condenada a los encierros!

Desesperada toqué tres veces con el tacón de mi zapato en la pared de la habitación. Desde su vivienda, el alcalde Pérez escuchó mi llamado.

Rápidamente corrí por el pasillo, bajé las escaleras y, casi sin aliento, llegué hasta el zaguán. Ignacio Pérez estaba afuera. A través de la cerradura le pasé un papelito que decía: ¡Pérez vaya ahora mismo a San Miguel y dé aviso al capitán Allende de que la conspiración ha sido descubierta.

Ignacio Pérez obedeció mi orden de cabo a rabo. En cuanto vio un caballo ensillado frente a una barbería, lo montó y cabalgó sin tregua dieciséis leguas hasta San Miguel el Grande.

Ésta fue una de las situaciones que dio origen a la lucha por la Independencia de México.

Claudia Burr y Rebeca Orozco, *Doña Josefa y sus conspiraciones*. México, SEP-Tecolote, 2001.

25. El arco embrujado, el ciervo mágico y el pájaro parlanchín

Un rico mercader azteca tenía tres hijos. Los reunió alrededor de su lecho de muerte y les dijo:

–Queridos hijos, mi vida llega a su fin, les dio algunos consejos. Además, les dejo tres objetos muy preciosos, que les serán más útiles que cualquier tesoro: un arco, con el que toda flecha da en el blanco; un ciervo, que puede llevar a su amo a donde desee; un pájaro parlanchín, que puede decir a su amo todo aquello que sabe.

Después de la muerte de su padre, el mayor de los hijos afirmó:

–Soy el primogénito y debo ser el primero en elegir. Me quedaré con el arco embrujado. El segundo dijo:

–Entre el pájaro que habla y el ciervo mágico, elijo el ciervo. En consecuencia, el tercero, a quien le había tocado el pájaro parlanchín, pensó:

–No me servirá de nada, pero igualmente lo cuidaré, porque lo he recibido en herencia de mi padre.

Después del reparto, los tres hermanos se separaron y se fueron por el mundo en busca de fortuna.

El mayor se convirtió en un famoso cazador y tuvo mucha suerte. El segundo, gracias al ciervo, se convirtió en un mensajero muy conocido y tuvo incluso más suerte que el primero. Pero el más joven, ayudado por el pájaro parlanchín, llegó a ser primer ministro del rey.

Sus hermanos, cuando lo supieron, se dejaron dominar por la envidia y tramaron matarlo y robarle el pájaro parlanchín; sin embargo, el pájaro parlanchín estaba cerca de ellos, en una rama, y los oyó. Naturalmente fue enseguida a advertir a su amo. El hermano menor se echó a llorar diciendo:

–No les tengo miedo a mis hermanos, pero pienso como se revolvería mi pobre padre en su tumba viendo lo mal que se comportan. Esperemos a ver qué ocurre.

Esa noche el pájaro parlanchín advirtió al joven de una guerra que planeaba el país vecino; enseguida habló con el rey y le comunicó el peligro que corrían.

–Pobres de nosotros –suspiró el rey–.

–Majestad –respondió el joven–: si promete elevar a mis hermanos a la nobleza, lo salvaré yo.

–Te lo prometo –dijo el rey, pero en su espíritu no albergaba muchas esperanzas. No creía que tres hombres solos pudiesen enfrentar al poderoso ejército enemigo.

El joven fue a despertar a sus hermanos y les contó lo que había sucedido y propuso lo que debían hacer.

–Tu ciervo –le dijo al segundo– nos llevará rápidamente hasta el campo enemigo. Tendremos tiempo suficiente, porque un gran ejército no puede avanzar con tanta rapidez como tu ciervo. Cuando lleguemos, el pájaro parlanchín nos dirá dónde se esconde el enemigo. Y entonces tú –añadió dirigiéndose al hermano mayor– lanzarás tus flechas, contra el líder.



Así lo hicieron a la perfección, los tres hermanos.

El ejército enemigo fue presa del terror y huyeron rápidamente.

Los tres hermanos regresaron triunfantes y la ciudad los recibió jubilosamente. Todos cantaban, bailaban y lanzaban vivas. El rey concedió a los tres hermanos títulos de nobleza y los recompensó con tierras, casas, caballos y piedras preciosas.

Desde aquel día, los hermanos vivieron juntos en armonía. Habían comprendido que podían actuar mejor uniendo sus fuerzas que divididos y que, además, no hay bien más precioso que un buen hermano.

Gianni Rodari, *Biblioteca de los cuentos*, Judit Morales, ilus. Barcelona, Edebé, 2006.

26. Introducción al Ajedrez

Hace muchísimo tiempo, unos 1400 años, en la tierra de la inteligencia, un lugar donde la gente gusta mucho de pensar, leer y estudiar, había dos reyes, uno blanco y uno negro. Ambos estaban enojados por la forma de pensar que cada uno tenía. Estaban tan enojados que decidieron hacer la guerra, pero no sería una guerra común. Se encontraban en el país de la inteligencia y no deseaban pelear como animales salvajes, tal como lo hacen los reyes

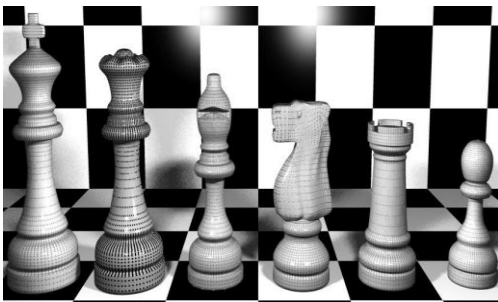
en el mundo. Ellos eran inteligentes y sabían que la vida es lo más importante en el universo.

Así que estos dos reyes se dispusieron a hacer la guerra de una manera inteligente y estipularon las reglas, para que ninguno de los dos pudiera hacer trampa, pues sabían que los tramposos no son inteligentes. En primer lugar, decidieron que el campo de batalla fuera plano y cuadriculado, en blanco y negro.

Se pusieron de acuerdo en que cada uno debía tener ejércitos de igual poder: dieciséis por bando, así que seleccionaron a sus mejores soldados y ellos mismos se pusieron al mando, no como en las guerras humanas en que otros son los que pelean y los jefes permanecen en sus escondrijos.

Los reyes blanco y negro decidieron que cada uno efectuaría una maniobra por turno y sin hacer trampas. Como ambos querían comenzar, el primer turno lo echaron a la suerte.

Cada uno se aseguró de tener dos castillos, a los que llamaron torres.



Cada ejército tenía también dos capitanes dragones, llamados alfiles.

Lo que no esperaban los reyes es que en una lucha de inteligencia también las mujeres tienen mucho que decir, y ambos se sorprendieron cuando sus respectivas esposas, las reinas decidieron entrar en la contienda.

También los reyes entraron en la lucha junto a sus huestes (ejércitos). Por ser sabios, ellos acordaron ser los más débiles para demostrar su humildad a sus respectivos pueblos, les hicieron saber a sus súbditos que perderían la guerra sin el apoyo y auxilio de sus hombres, pues no tenían fuerza ni poder.

En los respectivos ejércitos no podían faltar los caballeros, mejor conocidos simplemente como caballos.

En la primera línea de ataque cada rey colocó a los peones, los soldados más valientes y son tan osados que nunca retroceden ante el peligro.

Al llegar a la última casilla de su recorrido, el peón se transforma en caballo, alfil, torre o reina, a elección del jugador.

¿Te gustó la guerra inteligente?, pues a jugar en tus ratos libres, pero ya sabes que sin trampas.

Jesús Isarrarás Gutiérrez, *Los niños también juegan ajedrez*. México SEP-Trillas. 2004.

27. Obras de ingeniería

Después de ser arrastrado hasta lo más alto de una pronunciada pendiente, el tren de coches de una montaña rusa se desliza cuesta abajo, aumentando su velocidad a medida que la gravedad tira de él. Cuando vuelve a ascender para tomar el primer rizo, sus ocupantes sienten una gran euforia.



El tren se lanza cuesta arriba, hasta quedarse colgado unos segundos en la parte superior del rizo. Los coches se deslizan de nuevo hacia abajo, pero delante hay otro rizo que encogerá el estómago de los pasajeros. Esta mezcla de miedo y anticipación es quizá lo que hace que las montañas rusas sean tan populares.

El trabajo de los ingenieros consiste en conseguir que estas atracciones sean aterradoras y, al mismo tiempo, totalmente seguras.

Las montañas rusas modernas están dotadas de muchas medidas de seguridad, desde resistentes soportes para la estructura, hasta frenos especialmente diseñados para los coches.

Las primeras montañas rusas eran muy emocionantes, pero también peligrosas, llegó a haber hombres lanzados al vacío desde el coche de una montaña rusa en Saint-Cloud, Francia, en 1891. Los coches de las montañas rusas modernas tienen barras de seguridad acolchadas, hechas de acero, que se colocan sobre los hombros de cada pasajero, sujetándolos en su posición hasta el final del recorrido.

Los coches de las montañas rusas se desplazan sobre ruedas como los vagones de ferrocarril, pero disponen de varios mecanismos de seguridad para evitar que se salgan de la pista, o que rueden pendiente abajo si la cadena de tracción falla. En este diseño, un segundo conjunto de ruedas proporcionan una seguridad adicional.

Philip Wilkinson, *Obras de ingeniería*, Grafilia S.L., illus. México, SEP-SM, 2003.

28. Los agujeros negros

Al igual que los seres vivos de la Tierra, las estrellas tienen ciclos de vida. Todas nacen, brillan un tiempo y se apagan. Se cree que las estrellas se forman en nubes de gases y polvo. Lo que sucede después depende de su masa.

La masa es una cantidad de materia que contiene un objeto. Si una estrella pequeña contiene más materia que una grande, la estrella pequeña es más masiva. Las estrellas brillan porque queman parte de su masa como combustible. Las estrellas más masivas queman el combustible más rápidamente. Son las de vida más corta.

El núcleo, o centro, de la estrella sirve de caldera. Al acabarse el combustible, el núcleo empieza a desplomarse. La gravedad, la fuerza que te mantiene sobre la tierra, sostiene a la estrella. La gravedad comprime la materia del núcleo cada vez más y más.

¿Has tomado alguna vez un pedazo de pan apretándolo hasta que quede una bola? No cambiaste la cantidad de materia del pedazo de pan, pero sí disminuiste el espacio que ocupaba la materia. La masa que apretaste se volvió más densa.

Algo parecido ocurre en el núcleo de una estrella que se desploma al enfriarse. Se vuelve más densa y, al hacerlo, su gravedad se vuelve más fuerte. Se produce un tira y afloja cósmico dentro de ella. Al calentarse los gases en el núcleo se expanden. Al mismo tiempo, la gravedad trata de juntarlos.

En estrellas como nuestro Sol, el tira y afloja dura mucho tiempo. La estrella emite luz y otras señales por miles de millones de años. Los astrónomos dicen que nuestro Sol tiene entre 4 000 y 4 500 millones de años. Esperan que brille por unos 5 000 millones más.

Catherine O'Neill, *Grandes misterios de nuestro mundo*. México, SEP-Promociones Don d'Escrito, 2002.

29. Diario secreto de Susi

7 de septiembre

Yo creía que este diario no lo usaría porque no tenía pensamientos secretos. Pero estaba equivocada.

Ahora tengo muchos secretos, que no se los puedo contar a nadie, porque nadie me comprende. Mamá me ha dicho: “No seas ridícula”. Y papá “¡Ya quisiera yo tener tus preocupaciones!”

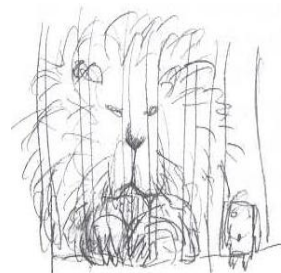
Pues yo preferiría no tenerlas. Estoy celosa. Estoy tan celosa, que no hago caso de lo que dice la señorita. Miro constantemente hacia el tercer pupitre de la fila de la ventana. Allí se sientan Alexander y Anna. No paran de reír y cuchichear. En el recreo estaban al lado de la papelería y Alexander ha rodeado con su brazo los hombros de Anna. Todos se han dado cuenta. “¡Enamorados-novios-esposos!”, ha gritado hoy Michi señalando a Alexander y a Anna. ¡Y toda la culpa la tiene Paul! Si no hubiera vuelto, la señorita no lo habría colocado a mi lado. Yo me habría sentado con Alexander y Alexander no se habría hecho amigo de Anna. ¡Está claro! En el parque, Alexander sigue jugando conmigo. Seguramente porque Anna no va. Ella acude a un hogar infantil y sólo va a los parques los sábados y los domingos. Mañana quedará claro si Alexander prefiere jugar conmigo o con ella. Llaman a la puerta. Será Paul otra vez. Le he pedido a mamá que no lo deje pasar, que le cuente alguna excusa. Que estoy en el dentista. O que he ido a la piscina. Mamá me ha dicho que no lo haría. “Paul es un pobre chico”, ha dicho. Tengo que tratarle bien.

Christine Nöstlinger, *Diario secreto de Susi*. México, SEP-SM, 2002.

30. El león y el perrito

En Londres hubo alguna vez una exposición de fieras salvajes. A cambio de cada visita se recibían dinero o perros y gatos, para alimentar a los animales.

Un día un hombre quiso ver las fieras. Entonces, atrapó un



perrito callejero y lo llevó a La Casa de las Fieras. Lo dejaron entrar, recibieron en pago al perrito y lo soltaron dentro de la jaula del león, para que se lo comiera.

Apenas estuvo adentro, el perrito metió el rabo entre las piernas y se hizo un ovillo en la esquina de la jaula. El león se acercó despacio y lo olfateó.

En seguida, el perrito se volteó, levantó las patas y empezó a batir la cola.

El león lo tocó con la garra y le dio la vuelta.

Después, el perrito se levantó de un salto y se sentó sobre las patas traseras, mirando al león.

El león le hizo una caricia, movió la cabeza de un lado para otro y lo dejó sin hacerle daño.

Cuando el amo le dio carne a la fiera, el león la compartió con el perrito.

Más tarde se acostaron a dormir, el perrito puso la cabeza sobre la garra del león y se quedó enroscado.

Desde entonces, el perrito vivió en la misma jaula del león. El león no le hacía daño y compartía con él sus alimentos, dormía a su lado y a veces, jugaba con él.

Pero un día el señor regresó a La Casa de Fieras y reconoció a su perrito. Alegó que se trataba de un perro de su propiedad, y le pidió al dueño de La Casa de Fieras que se lo devolviera.

León Tolstoi, *El león y el Perrito y otros cuentos*, Alekos, ilustr. México, SEP-Panamericana, 2002.

31. La vida en la Tierra

Existen unas cuatro mil especies de mamíferos. Algunos pasan la vida nadando en los océanos, y otros jamás se aventuran en el agua. La mayor parte tienen el cuerpo cubierto de pelo o piel en algún momento de sus vidas. Algunos andan sobre dos piernas y otros a cuatro patas. Lo que todos los mamíferos tienen en común, es que son animales de sangre caliente y que respiran aire. Las madres de los mamíferos alimentan a sus crías con la leche de sus glándulas mamarias.

Los mamíferos también tienen pulmones, un corazón con cuatro compartimientos y unos cerebros bien desarrollados.

Aunque las crías de los ornitorrincos salen de un huevo, en realidad pertenecen a la clase de los mamíferos, por lo que después de nacer se alimentan igualmente de la leche materna. Los huevos se depositan en madrigueras subterráneas, donde la madre cuida de ellos hasta que las crías son capaces de nadar y alimentarse solas.

El mamífero más grande de la tierra no es un animal terrestre, sino la ballena azul. El mamífero terrestre más grande es el elefante africano que puede llegar a pesar casi 7 toneladas.

Los seres humanos podemos volar, pero solamente con la ayuda de las máquinas. Los únicos mamíferos que vuelan son los murciélagos, que tienen unas membranas de piel entre sus patas delanteras y traseras que hacen las veces de alas. Otros mamíferos como las zarigüeyas y las ardillas, pueden extender sus cuerpos y planear por el aire, pero en realidad no vuelan.

Hay 1600 especies de roedores, lo que les hace el orden más numeroso entre los mamíferos. Los roedores tienen unos dientes frontales en forma de cincel (incisivos) que utilizan para roer. La mayoría de los roedores son pequeños, pero el tupi o capibara de América del Sur puede tener un metro de longitud.

Nicola Baxter, *La vida en la tierra*. México, SEP-EuroMéxico, 2004.

32. Los insectos bajo el microscopio

Una cicindela acaba de lanzar su ataque, pero la víctima, una hormiga carpintera que no acepta la derrota, de repente baña a la depredadora con una sustancia pegajosa. Es un fenómeno extraño pero sumamente efectivo.

Algunos insectos parecen muy gentiles, pero si se ven amenazados recurrirán al veneno que tienen para paralizar al enemigo. Sin embargo, al tratar de defenderse así pueden explotar y morir.



Una gran actriz es la hembra de avispa sin alas que se mimetiza y parece una especie de hormiga. Como esta hormiga es terrible cuando muerde, es menos probable que los depredadores la ataquen, porque la asocian con malas experiencias.

Una polilla del gusano de seda, para asustar a un depredador, exhibe los grandes puntos negros, que parecen ojos, de sus alas posteriores.

Algunos insectos son tan frecuentemente presa de animales más grandes o de otros insectos, que si no tuvieran una buena forma de defensa definitivamente no sobrevivirían por mucho tiempo. Por otro lado, la enorme variedad de insectos que hay en nuestro planeta da cuenta de la gran variedad de métodos de protección, algunos de ellos muy especializados.

Una opción es ocultarse bajo tierra o incluso dentro de su abasto de alimentos, otra sería el camuflaje.

Algunos insectos se hacen incomedibles alimentándose de plantas que son venenosas para otras criaturas y después avisan el hecho por medio de su colorido. Otros pican, lanzan un chorro terrible de veneno o liberan una sustancia química tan apestosa que el enemigo se retira. ¡Vaya magníficas estrategias!

Tamara Green, *Los insectos bajo el microscopio*, Neil Lloyd y otros, ilus. México, SEP–Correo del Maestro, La Vasija, 2002.

33. Microvida

Aunque no lo notas, algunas de tus células están cambiando de forma constantemente. Los glóbulos blancos recorren sin cesar el cuerpo en busca de intrusos microscópicos, dispuestos a engullir todos los que encuentren.



Fuera de nuestros cuerpos, las células que cambian de forma son muy comunes. Muchas viven en el agua, y otras se deslizan por la fina película de agua que recubre las partículas del suelo.

Los glóbulos blancos viajan por todo el cuerpo a través de la sangre, pero también pueden salir de los vasos sanguíneos y moverse entre las células de otros tejidos. Como puede adelgazarse, se introducen por los resquicios entre las células para llegar hasta las bacterias o virus.

Un glóbulo que ha localizado un grupo de bacterias, estira sus pseudópodos, consigue atrapar las bacterias y destruirlas.

El glóbulo blanco cuando ha rodeado algunas bacterias, une los pseudópodos, que son como brazos. La célula se traga la bacteria y la digiere. A veces, el glóbulo blanco no puede pegarse a las bacterias. Entonces las empuja hacia algo sólido, como la pared de un vaso sanguíneo, para engullirlas allí.

Casi todas las bacterias mueren en los quince primeros minutos tras ser engullidas por el glóbulo blanco. Durante la lucha contra la infección, pueden morir millones de glóbulos blancos, que se acumulan formando un líquido blanquecino, el pus. Sin embargo, algunas son tan peligrosas que matan al glóbulo blanco.

David Burnie, *Microvida*. México, SEP-SM, 2004.

34. Diario del universo

¿Es el Sol una estrella como las demás?

Hemos llegado a la estrella más increíble de todas: el Sol. Aunque haya otras muchas que se parezcan, el Sol es especial. ¡Es nuestra estrella! Es la que nos da luz y calor. Sin su calor, nuestro hermoso planeta no sería más que una roca congelada y sin vida.

Para muchas civilizaciones antiguas, el Sol era visto como un regalo de los dioses y a veces, incluso era venerado como un dios. Los mayas en Centroamérica, construyeron magníficos templos hace más de 1400 años en honor del dios Sol.

La temperatura del núcleo del Sol supera los 15 millones de grados Celsius. A esa temperatura las partículas de gas del Sol se unen, provocando la llamada fusión nuclear. La reacción entre los gases produce enormes cantidades de energía y de luz. Al igual que el resto de las estrellas, algún día el Sol se extinguirá. Pero no te preocupes ¡aún puede darnos luz y calor por otros 5 000 mil millones de años más!

Comparado con el planeta tierra, el Sol es gigante. Fíjate: si el Sol fuera hueco, en él cabrían más de un millón de planetas como el nuestro. Pero ¿qué hay realmente dentro del Sol?

Aunque los científicos nunca han visto su interior, por el estudio de su superficie y de sus capas externas saben de que está hecho. Las capas principales que han identificado son: el núcleo, Zona radiactiva, Zona convectiva, Fotosfera, Cromosfera y Corona.

Hubert Reeves, *Diario del universo del Dr. Genio*. México, SM, 2005.

35. Baño de temascal

El baño de temascal se construye con piedras y barro. Las piedras son planas y el barro se prepara con agua y le agregan paja. Cuando ya tienen todo el material preparado, empiezan la construcción.

Primero se hace una cocinita de palma dentro la construcción del baño que es el temascal. Se van poniendo los horcones, que son palos atravesados para sostener las



piedras. Se van poniendo piedra por piedra y con un poco de barro le van dando forma al baño, que es medio círculo con un hueco y una puerta para que las personas se bañen.

Atrás hay una hornilla donde se prende la lumbre para calentar el temascal. Sirve para curar los dolores del cuerpo, el cansancio o cuando una persona se alivia de un bebé.

Se bañan y cuando una persona entra al baño de temascal se ocupan materiales o yerbas medicinales y se ocupan los chamizos para caldearse mejor el cuerpo con el agua o vapor del baño. Para que del baño salga vapor le avientan agua a la hornilla y como está caliente salen vapores calientes. Las otras yerbas se ponen en una cubeta para hervirlas y son encino o capolincillo y la yerba del tomatito.

Antes de entrar al baño la puerta se cubre con una manta o cobija. Las personas cuando se enferman tienen que entrar tres veces al baño de temascal.

Si es alguna dolencia de la espalda, los brazos, es porque a veces las personas alzan cosas pesadas y para que se curen entran al baño.

Elisa Ramírez Castañeda (adaptación), *Oficios y ocupaciones*. México, SEP-CONAFE, 2005.

36. La noche de los espantos

Es de noche y en el bosque
un silencio aterrador
el viento se paraliza
todo pierde su color

La luna llena en el cielo
en la tierra un suave canto

El Sombrerón va diciendo:
la noche es de los espantos.

Con cabellos de hojas secas
y verdes ramas su manto
camina la Madremonte
la noche de los espantos.

Se escucha un repiqueteo
alguien que va caminando
La pata va sola
la noche de los espantos.

El Patetarro se anuncia
con su grito más macabro
La Llorona llora y llora
La noche de los espantos.

María la larga me lleva
camino del camposanto.

Madre de agua está en el río
la noche de los espantos.

A ritmo lento y medroso
avanzan y a cada paso



despiden gritos de angustia
y de dolor y de espanto.

La luna está en letanía
la noche entona su rezo

Llueve y los espantos vagan
por el bosque más espeso.

El río ruge con furia
y en cada momento crece,
los espantos se congregan
y la tierra se estremece.

Pero no todos están:
hay un espacio vacío
las miradas se confunden
el secreto está en el río.

Cerca del agua, en un recodo
blanca entre la blanca bruma
una figura se yergue
dibujada por la espuma.

Tiene las barbas muy blancas
y el pelo, y largo el vestido.

Fuma que fuma tabaco, Mohán el
hijo del río.

Están todos y ellos son
canta un pájaro agorero.

Son las doce de la noche,
cada bicho a su agujero.

Alexis Forero, *Espantajos*, Alexis Forero, ilus. México, SEP-Panamericana, 2005.

37. Viruela... pero no boba

Hay dos tipos de viruela humana. Una es la llamada "boba" o varicela, que se cura con facilidad. La otra, hasta que pudo prevenirse mediante vacunación, solía ser mortal. Ambas son producidas por virus.

¿Sabías que la humanidad le debe el descubrimiento de la primera vacuna de la historia a Edward Jenner? Fue en 1796 cuando logró inocular (contagiar) con éxito a un niño, inmunizándolo contra la viruela humana. Así descubrió la vacuna antivariólica. ¡Han pasado ya dos siglos!



Edward Jenner era un médico muy observador de la naturaleza, y por ello descubrió la forma de liberar a los seres humanos del flagelo de la temible viruela. Había observado que las mujeres que ordeñaban las vacas se salvaban de contraer esa terrible enfermedad. Pero nadie sabía por qué. Un día, Jenner decidió investigar científicamente como podía esto ser posible. Pensó que la explicación no sería tan complicada para un médico, después de todo.

Descubrió algo extraño. Comprobó que todas las ordeñadoras, que nunca contraían la mortal viruela, se habían enfermado alguna vez de un mal de las vacas, conocido entonces como cowpox (viruela de las vacas). Ésta producía pústulas, al igual que la viruela humana, pero a diferencia de ésta, quien contraía cowpox se recuperaba en pocos días. Además, no producía graves daños a quienes la padecían, ni dejaba aparentes secuelas.

Convencido de que allí estaba la clave de la inmunidad, Jenner decidió raspar parte de las pústulas de Sara Nulmes, una ordeñadora que se había enfermado de cowpox. Luego *inoculó* (inyectar o introducir de algún otro modo, bajo la piel, un germen que produce una enfermedad) con dos rasguños este material en la piel de un niño de ocho años que jamás había contraído ni ese mal ni la viruela humana. Jenner lo había convencido de que, si dejaba que él le hiciera esa aplicación, jamás contraería la viruela mortal. ¡Fue muy valiente en confiar en Jenner cuando todo el mundo había entrado en pánico por la terrible enfermedad!

Jimmy se enfermó levemente de cowpox, pero al poco tiempo se recuperó. Jimmy nunca contrajo viruela humana y vivió muchos años. Jenner llamó a esta prueba vacunación, porque las pústulas que habían producido la prevención milagrosa provenían de las vacas.

Aún no se sabía que era un virus, pero este hecho histórico fue el origen de la "vacunación". Así, hoy, el suministro de toda la inyección preventiva (contra enfermedades virales o producidas por algún otro agente infeccioso) se conoce genéricamente con ese nombre.

Irene Wais de Badgen et al., *Virus, ¿Cómo afectan al hombre y a los animales?*, Guillermo Tomati, ilus. México, SEP-Lumen, 2005

38. El espejo de los monstruos

(Entran tres niños corriendo por detrás del público. Están muy agitados y asustados. Buscan donde esconderse.)

Niño 1:

Yo me voy a esconder aquí, debajo de esta mesa.

Niño 2:

No, que ahí te va a ver. Vamos a meternos en el cuarto de los trastos.

Niña:

Ahí no, que es donde primero mira. Escondámonos en el armario de nuestra clase. ¡Rápido! ¡Y no hagan ruido!

(El escenario representa un salón de clase. Los tres niños se esconden en el armario haciendo mucho ruido. Por el mismo lugar por el que entraron los niños entra la maestra aparentando estar enfadada.)

MAESTRA:

¡Alberto, Sofía, Juan! ¿Dónde se han metido? ¡Salgan inmediatamente de donde quiera que estén! ¡Sé que están aquí! (Dirigiéndose al público) ¿Alguien los ha visto?

(Si hay respuesta del público busca donde le digan. La maestra sube al escenario y mira por detrás de los objetos) (Alzando la voz) El conserje me ha dicho que venían corriendo por el pasillo. Los ha visto entrar en el salón. Vale más que salgáis ya. Tarde o temprano los voy a encontrar. Cuanto más tarden en salir más me voy a enfadar. (La maestra se dirige de nuevo al público) Estoy harta de estos niños. Siempre son los mismos. Si se rompe un cristal, son ellos. Si hay una pelea en el recreo, allí seguro que están Juan, Sofía y Alberto. Si se inundan los baños, es que estos tres imposibles han estado jugando con el agua. Hago todo lo que puedo por ellos, pero me superan. ¡Vaya lotería que me ha tocado con este trío! Y eso que son niños muy inteligentes. Lo que pasa es que en su casa se lo consienten todo. Bueno, como decía mi madre, (poniendo la supuesta voz tranquila de su madre) "con los niños hay que tener paciencia, Margarita, mucha paciencia, la paciencia tiene que ser tu ciencia". (Como hablando con su madre) De acuerdo, mamá, tendré paciencia (Se oye un estornudo, un ruido de objetos cayéndose y, de repente, se abre la puerta del armario. Los tres niños caen al suelo uno encima de otro con gran estrépito) (La maestra con ironía) ¡Vaya! Mira a quienes tenemos aquí. Acaban de aterrizar mis tres angelitos preferidos como caídos del cielo. ¿Dónde están vuestras alas? (En tono firme) ¡Ahora, ángeles caídos, os vais a sentar en las sillas de estar castigados! (Los tres se dirigen a donde están las sillas de estar callados).

Paco Abril, *El espejo de los monstruos*. México, Everest, 2005.

39. Exploradores robot

Es posible crear robots que exploren lugares muy peligrosos para los humanos. Los robots fotografían y envían información útil sin necesidad de que nadie se arriesgue.



Robot-reportero

Este robot de prueba, Afgani Explorer, algún día podrá visitar zonas de guerra. Como reportero, enviaría fotos y entrevistas a un estudio ubicado en un lugar seguro.

Dentro del volcán

Dante II se llama este robot de ocho piernas. Puede escalar el cráter de un volcán, recolectar muestras de gas y tomar fotos con sus ocho cámaras.

En el frío y en el calor Nomad Rover es del tamaño de un auto pequeño. Ha recorrido candentes desiertos y heladas tierras, reuniendo información para los científicos. En Antártida descubrió 5 meteoritos. (Trozo de roca o de metal que cae en la Tierra desde el espacio)

Robots subacuáticos.

Muchos robots operan bajo el agua: hacen mapas submarinos, registran la vida allí y buscan restos de naufragios. Se sumergen a mayores profundidades que las personas y sin riesgos.

Submarino sin tripulación. Los robots pueden estar bajo el agua muchos días. También pueden viajar cientos de kilómetros explorando el océano.

Explorador del fondo marino

Robots como Deep Drone llegan al fondo del océano y permiten recuperar aviones derribados o barcos hundidos. Alcanza profundidades 40 veces mayores que los buzos humanos.

Medusa robot

Algunos robots acuáticos se parecen a las criaturas marinas. Esta medusa robot tiene un pequeño motor eléctrico que le permite emerger y sumergirse en el agua como si fuera real.

Clive Gifford, *Robots*, Kingfisher, illus. México, SEP-Altea, 2005.

40. La sal y el azúcar

Los dos sólidos cristalinos que los humanos consumimos en mayor cantidad son la sal y el azúcar y, aunque su apariencia es semejante, son dos sustancias totalmente diferentes. La sal produce en nuestra lengua una sensación especial, no hay en nuestra alimentación ninguna otra sal o mineral que provoque esa respuesta. Hay varios sustitutos del azúcar pero ninguno de la sal.

La sal.

El nombre científico de la sal que consumimos en casa para conservar o condimentar los alimentos es cloruro de sodio, está formada por los elementos cloro y sodio, y se obtiene, generalmente evaporando el agua de mar, sin embargo, ésta es una de las sales que usamos en la vida cotidiana, pero hay otra: carbonato de sodio (cristal de sosa), sulfato de aluminio (alumbre) y fosfato de calcio (el alimento de los huesos).

El sodio que contiene la sal es vital. Todas las células de nuestro organismo necesitan un poco de sodio y hay partes de nuestro cuerpo, como los músculos y la sangre, que necesitan mucho. El sodio junto con el potasio, son las sustancias responsables de propagar los impulsos eléctricos a lo largo de las fibras nerviosas.

El azúcar

El azúcar también forma parte de una familia de compuestos llamados azúcares o carbohidratos que son el combustible preferido de nuestro organismo, los elementos que lo forman son: carbono, hidrógeno y oxígeno, los carbohidratos son los compuestos orgánicos más abundantes en la naturaleza, las plantas verdes y las bacterias los producen en la fotosíntesis.

Los azúcares más comunes en nuestra dieta son: la glucosa, que nuestro organismo utiliza para obtener energía y es el azúcar que circula en nuestro torrente sanguíneo, la fructuosa conocida como el azúcar de las frutas, la sacarosa que se obtiene de la caña de azúcar y la remolacha, que es el azúcar que utilizamos para endulzar nuestros alimentos y bebidas; el almidón, abundante en semillas, papas y plátanos, que es el compuesto de reserva de energía de los vegetales, y la celulosa, que da rigidez a las plantas y constituye la fibra que ayuda a nuestra digestión.

Glinda Irazoque, *La ciencia y sus laberintos*. México, SEP-Santillana, 2004.

41. El sueño interminable

La astucia del detective John Chatterton es indiscutible. Después de haber resuelto dos de los más difíciles casos policiales: el de la niña vestida de rojo y el de la misteriosa desaparición de la hijastra, ahora se le presenta un nuevo reto. Esta vez le han encargado

el no perder de vista a una encantadora joven que corre el inminente peligro de pincharse el dedo con una antigua rueca de hilar.

Un miércoles de abril, a las nueve de la mañana, el detective John Chatterton llama a la puerta del señor y la señora Rosepín...

Señor Rosepín: –Mi hija cumplirá pronto quince años. Ahora bien, una mala hada nos predijo que a esa edad ella se sumergiría en un sueño interminable, después de pincharse el dedo con el huso de una rueca. Mire, señor Chatterton, mi hija es lo que más quiero en esta mundo...–No veo cómo ni dónde podría encontrar una de estas máquinas antiguas, pero no quiero descuidar nada. Le pido entonces que la siga discretamente y que la aleje de todo aquello que pueda parecerse de cerca o de lejos a una rueca. Ella sale para la piscina en cinco minutos.

Detective: –Cuenta conmigo. Señor Rosepín. La esperaré afuera para seguirla, pero pienso que nada inoportuno le ocurrirá.



Ah... Con que la señorita Rosepín mintió a sus padres... ¡No va a ninguna piscina!, Prefiere tomarse una granadina al lado de un joven que bebe menta. Aparte de esto, como los había previsto, nada de qué alarmarse: ¿Por qué habría de pincharse el dedo con el huso de una rueca? Ese huso, esta joven está amenazada por un largo y profundo sueño, ¡Alto! la señorita va de compras a una tienda de antigüedades en donde se vende una rueca vieja como nueva, en lo que la vi acercarse al huso, me precipité; pero no pude evitar que se pinchara. Se durmió frente a mis ojos, entonces, mi cabeza se puso a dar vueltas. Logré a pesar de todo, salir de ese lugar.

Yvan Pommaux, *El sueño interminable*. México, SEP-Ekaré, 2004.

42. Payaseando

Algunas personas disfrutan haciendo reír a los demás. Los payasos son expertos comediantes. Frecuentemente tienen una caja llena de trucos y la cabeza llena de chistes. Muchos son talentosos acróbatas. Saben cómo hacer malabares y cómo mantener el

equilibrio. A menudo actúan una serie de divertidas escenas satíricas, llamadas improvisaciones, en donde todo parece salir mal.

La mayoría de los payasos usan colorido maquillaje tupido y brillante, o pintura grasosa cuando se presentan en el espectáculo. Un payaso trabaja mucho para crear su propia cara de payaso o payasa. La cara de payaso y su disfraz son una parte importante de su personaje.

Mi diario:

Queridos abuela y abuelo:

¡Ustedes siempre dijeron que yo podría ser un payaso! Bueno aquí me tienen con mi propio disfraz de payaso. Decidí ser un payaso chistoso. Camino de una forma chistosa y uso una chistosa peluca de payaso. ¡También he ido mejorando al ponerme un maquillaje divertido de payaso!

Estoy ansioso de que vengan a ver el espectáculo que estaremos montando al término del campamento.

Del payaso de su nieto, Jack.



Cada calle es un escenario.

Para muchos actores, entretener a una multitud es más que un trabajo, es una forma de vida. Mientras que algunos actúan en desfiles locales y festivales, otros se convierten en un espectáculo ambulante yendo por las calles, proporcionando entretenimiento instantáneo por donde quiera que van. Si los actores callejeros son muy talentosos pueden cantar, bailar, contar historias, hacer malabares, e incluso hacer acrobacias.

Los artistas viajeros se han presentado frente al público desde los tiempos medievales. En Europa, los trovadores y pequeños grupos de actores frecuentemente viajaban de aldea en aldea representando obras de teatro, usando la calle o el mercado como si fuera un escenario. Sus vagones estaban llenos de disfraces, accesorios y maquillaje, así como objetos de uso diario.

43. Drácula (Día 8 de mayo)

Comienzo a temer que el castillo sea una cárcel... y yo su prisionero.

Cuando comprendí que era prisionero del conde, subí y baje corriendo todas las escaleras del castillo como una rata encerrada en una trampa. Luego, la enorme puerta del castillo se cerró con un golpe sordo y supe que el conde había regresado. Volví arrastrándome a mi cuarto y lo vi haciendo la cama a través de una hendidura en la puerta. ¡No tenía sirvientes! Entonces... él era el cochero que conducía el carruaje y fue él quien controló a los lobos con un gesto de su mano. La idea es terrible. ¿Por qué la gente de Bistritz y los pasajeros de la diligencia temían por mi suerte? Bendigo a la buena mujer que colgó el crucifijo de mi cuello porque me consuela cada vez que lo toco. Debo averiguar todo lo que pueda sobre el conde Drácula.

Esta noche hablamos acerca de la historia de Transilvania y el conde, describió las valientes hazañas de todos sus nobles ancestros.

Luego se retiró a trabajar y yo regresé a la habitación que mira al sur. Por el rabillo del ojo vi que algo se movía un piso más abajo. Era la cabeza del conde asomando por una ventana. Presa del asco y el terror, vi que detrás de la cabeza salía todo el cuerpo de ese hombre y que comenzaba a reptar lentamente por la pared del castillo, cabeza abajo, con su capa desplegada a los costados del cuerpo como un par de alas inmensas. Al principio me fue imposible creer lo que veían mis ojos. Pensé que se trataba de una ilusión óptica producida por la luz de la luna, o de algún extraño efecto de las sombras... pero vi como los dedos de las manos y de los pies se aferraban a las salientes de las piedras. Tomándose de cada resquicio, el conde descendía a gran velocidad... como un lagarto se desliza por una pared. ¿Qué clase de hombre es éste... o qué clase de criatura con forma de hombre? Siento la maldad de este lugar horrible y sé que estoy rodeado de cosas aterradoras en las que ni siquiera me atrevo a pensar...

Bram Stoker, *Drácula*. México, SEP-Dorling Kindersley, 2005.

44. La vasija que hizo Juan

Juan Quezada nació en Santa Bárbara Tutuaca, México, en 1940. Cuando apenas tenía un año de edad su familia se trasladó a Mata Ortiz, un pueblo de caminos polvorientos y casa de adobe en las desprotegidas planicies de Chihuahua. Fue allí donde Juan redescubrió el proceso de alfarería de la cultura de Casas Grandes, que desapareció de esa región de México hace seiscientos años

Son éstas las llamas que nunca están fijas que crepitan, titilan y cuecen la vasija, la hermosa vasija que hizo Juan.

Juan se convirtió en un alfarero profesional en la década de los setenta, antes de eso trabajó como granjero, ferrocarrilero, jornalero agrícola, incluso como boxeador; nunca le tuvo miedo al trabajo duro. Se siente orgulloso de utilizar métodos antiguos y materiales naturales en la fabricación de sus piezas de alfarería, Juan enseñó a ocho de sus diez hermanos y hermanas y a muchos de sus vecinos a hacer vasijas. Cada uno desarrolló su propio estilo. El descubrimiento de Juan hizo que Mata Ortiz se transformara de un pueblo arruinado de trabajadores mal pagados en una próspera comunidad de artistas.

Juan cuece sus piezas de alfarería en la forma tradicional: aprovechando el estiércol de vaca como combustible, reúne el estiércol en los pastizales de los alrededores donde pasta el ganado, haciendo experimentos, Juan aprendió que el estiércol de las vacas que comen pasto, y no alimentos comerciales, se quema a la temperatura ideal para convertir sus vasijas de barro en obras de arte perfectamente cocidas.

Juan produce sus pinturas a partir de minerales locales como manganeso negro y óxido de hierro rojo, fabrica sus pinceles con cabello humano, dice que sus mejores pinceles son de cabello de niño especialmente el de su nieta. Como se necesita muy poco cabello para hacer un pincel, a nadie le importa regalar a Juan un mechón para que diseñe una vasija.



45. Tu boca...y otras coplas

De tu boca quiero un beso,
de tu camisa un botón,
de tus manos un anillo
y de tu pecho el corazón.

Dices que no chupas miel
porque no eres abejita,
la noche en que te besé
tenías dulce en la boquita.

Qué bonitas trenzas tienes,
ayer tarde te las vi,
pero no te dije nada
pa' que te quedes aquí.

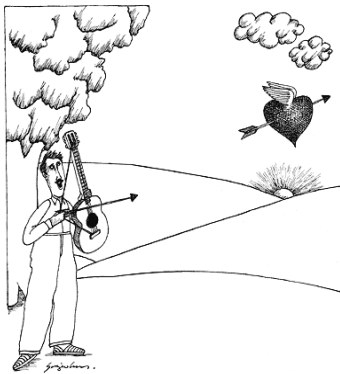
Dicen que lo negro es luto,
yo digo que no es verdad:
porque tus ojos son negros
y son mi felicidad.

No te escribo con amarillo
porque no eres un zorrillo,
pero te escribo con rosa
porque tienes cara hermosa.

Al pasar por tu ventana
te pinté un número tres.
Te he de quitar la manía
De querer a cuantos ves.

Me dijiste que era un gato
el que entró por el balcón:
yo no he visto gatos prietos
con sombrero y pantalón.

Yo le pregunté a Cupido
que con cuántas se contenta
y me contestó afligido:
“Amigo, ni con cincuenta,
de tantas que he tenido
ya se me olvidó la cuenta”.



Luis de la Peña (selección), *Coplas al viento*. México, SEP-CONAFE, 2004.

46. Cuentos mágicos

La luna había oído siempre historias acerca de lo que sucedía en las tierras cenagosas cuando ella volvía la espalda. Por fin se decidió a bajar para verlo por sí misma. Al finalizar el mes, dejando únicamente un gajo de luz en el cielo, se envolvió en un manto de nubes,



se echó la capucha sobre el brillante cabello plateado y se deslizó hasta la tierra.

El lugar que eligió era fangoso y resbaladizo. El sendero estaba bordeado de matas de hierbas y juncos y, a cada lado, grandes charcas oscuras e insondables se ondulaban bajo la brisa. Estaba oscuro como boca de lobo. La única luz era un reflejo de los zapatos de plata de la mima Luna, un resplandor tan débil como la llama de una vela en la lúgubre oscuridad. Cuando la luna echó a andar por el camino, las sombrías criaturas de la noche –búhos, murciélagos y luciérnagas– revolotearon a su paso. La luna oyó los horripilantes gemidos de los bogles, los habitantes de la ciénaga, y vio danzar sus fuegos fatuos en el campo brumoso. Alguna que otra vez, cuando el pie de la Luna se acercaba demasiado al borde del estrecho sendero, unos dedos huesudos se alzaban rápidamente desde el fondo del agua: los bogles estaban alerta ante su presa.

Al principio nada podía sujetarla. Su paso era tan ligero como las telarañas: andaba ágilmente, con facilidad; los bogles se esforzaban en vano. Después los zapatos de plata de la Luna resbalaron en una piedra. Ella se agarró a un puñado de juncos para mantenerse de pie y, en un momento, éstos se enroscaron en sus muñecas y la sujetaron. Más y más juncos brotaban de la oscuridad, hasta que la Luna se encontró prisionera, atrapada y temblando.

De repente oyó a distancia el débil sonido de una voz humana que pedía ayuda. Un hombre se había perdido en las ciénagas, chapoteaba entre lagunas y charcas y se retorció para liberarse de las manos de los bogles mientras gritaba desesperadamente pidiendo ayuda. La luna sabía, que a menos que el hombre tuviera luz para encontrar su camino, pronto sería pasto de los bogles. Sacudió su cabeza para librarse de la capucha y dejó caer sobre su espalda un torrente de cabellos plateados. A su luz repentina, el hombre vio tierra firme ante él, saltó agradecido al sendero y corrió a casa sano y salvo.

47. Cantos y cuentos en maya

La aventura de un niño.

Un niño que se sentía muy valiente fue a pescar llevando un cantarito de agua y frutas; después de un rato se sintió cansado y se fue a sentar debajo de una palmera donde había flores. Se quedó dormido y después entre sueños oyó que tocaban un instrumento musical y unas campanadas que hicieron que se despertara.

Al abrir los ojos vio de pronto como una araña se balanceaba entre las ramas de una palmera de “humano” y empezó a sentir miedo. De repente escuchó un silbido como si alguien lo estuviese llamando; al voltear le pareció ver a un hombre vestido de rojo, debe ser el diablo, pensó.

Pero como estaba medio oscuro no pudo distinguir bien quien chiflaba.

Debido a la intensa luz que reflejaban las estrellas, se espantó aún más y se echó a correr. En el camino encontró a un músico y le platicó lo que había visto.

Se le ocurrió también pedirle ayuda a un hombre que se vestía de color verde.

Entre los tres: el niño, el músico y el de ropa verde decidieron regresar a investigar qué había ocurrido. Ellos como el niño, sólo encontraron un montón de huesos en ese lugar.

Sandra Guadalupe Ac Chi, et al., *K'aayo'ob yéetel tsikbalob cantos y cuentos en maya*. México, SEP-DGEI, 2002.

48. Pinocho, un muchacho

Cuando el pescador estaba precisamente a punto de echar a Pinocho en la sartén, entró en la gruta un gran perro que había sido guiado allí por el fortísimo y apetitoso olor de la fritura.

¡Vete de aquí! Le gritó el pescador, amenazándolo y teniendo siempre en la mano al polichinela enharinado.

Pero el pobre perro que tenía hambre por cuatro, aullando y meneando la cola parecía que dijese “Dame un bocado de fritura y te dejo en paz”

¡Vete, te digo! le repitió el pescador y alargó la pierna para darle una patada. Entonces el perro, que cuando tenía hambre de veras sabía sacudirse las moscas de la nariz, se revolvió furioso contra el pescador, mostrándole sus terribles colmillos.

En aquel momento se oyó en la gruta una vocecita muy débil que decía: ¡Sálvame, Alidoro! ¡Si no me salvas me fríen!...

El perro reconoció en seguida la voz de Pinocho y, con gran asombro suyo, se percató de que la vocecita había salido de aquél bulto enharinado que tenía en la mano el pescador.

Pega un salto, coge con la boca aquella masa enharinada y sosteniéndola ligeramente con los dientes, sale corriendo de la gruta huyendo como un relámpago.

El pescador furiosísimo al ver que se le iba de las manos un pescado que él se habría comido tan a gusto, intentó perseguir al perro, pero, a los pocos pasos le vino un golpe de tos y tuvo que volverse atrás ¡Si llego a tardar un minuto más! ¡No me lo digas!

Entre tanto, Alidoro, una vez encontrada la callejuela que conducía al pueblo, se paró y puso delicadamente en tierra al amigo Pinocho.

¡Cuán agradecido te estoy! Dijo el polichinela, tú me salvaste a mí, y las deudas se pagan. Ya se sabe. En este mundo nos tenemos que ayudar los unos a los otros.

Alidoro riendo, tendió la pata derecha al polichinela, quién se la estrechó fuertemente en señal de amistad; después, se separaron.

49. El petróleo, un viejo conocido

En el siglo XX se descubrieron todas las cosas que se pueden fabricar a partir del petróleo, además de su uso como combustible, por eso, mucha gente piensa que el uso del petróleo es reciente, aunque realmente es un viejo conocido. Desde hace mucho tiempo el ser humano aprecia las propiedades de este líquido. En América, antes de la llegada de los españoles, se le conocía como el oro negro.

Cuando el petróleo sale a la superficie debido a una grieta en la corteza terrestre, se solidifica y es lo que conocemos en México con el nombre de chapopote.

Los totonacas que habitaban la región de Papantla, Veracruz, lo recogían de la superficie de las aguas de algunos charcos o pantanos para utilizarlo como medicina y como incienso para sus ritos.

En otras regiones de la costa mexicana, los indígenas lo usaban para impermeabilizar sus canoas, para decorar sus esculturas y, a pesar de su color oscuro, masticaban chapopote para limpiar y abrillantar sus dientes, costumbre que se conservó hasta la época colonial, ya que se le consideraba una magnífica pasta dental y se obtenía a precios bajísimos, todas las damas tenía siempre a mano un poco de pasta de petróleo para lucir una radiante sonrisa.

Los egipcios lo usaron para embalsamar a sus muertos; los asirios y los babilonios, para alumbrar sus ciudades y como cemento; los hebreos y los árabes descubrieron sus propiedades medicinales. Los chinos fueron los primeros en utilizar para alumbrar el gas que se encuentra junto con el petróleo en estado natural.

No es extraño que todos estos pueblos lo conocieran, ya que la zona donde se ubican es abundante en yacimientos petrolíferos.

Glinda Irazoque, *La ciencia y sus laberintos*. México, SEP-Santillana, 2004.

50. El pollo Chiras

Esto dijo el Pollo Chiras
cuando lo iban a matar:
“¡Ponga el agua a calentar!”
un carbón eche a la estufa
y no cese de soplar,



Que nos va cogiendo el día
y el señor viene a almorzar.
Pero escúcheme una cosa
que le quiero suplicar:
El pescuezo no me tuerza
como lo hace Trinidad.

Hay mil medios más humanos
de dormir a un animal
y de hacer que dure el sueño
por toda la eternidad.

Cumpla, pues, buena señora
mi postrera voluntad,
y despácheme prontito
sin dolor y sin crueldad.”

La señora que era dama
de extremada caridad,
se quedó muy confundida
al oír lo dicho atrás.

Estudió el asunto a fondo,
consultó una autoridad,
se leyó varios volúmenes
en inglés y en alemán;
compró frascos, ingredientes,
un termómetro, un compás,
dos jeringas hipodérmicas
y no sé qué cosas más.

Y en ensayos y experiencias
en tubitos de cristal,
y en lecturas y consultas
todo el tiempo se le va.

Mientras tanto el Pollo Chiras
canta alegre en el corral:
“¡Ponga el agua a calentar!”

51. Fidencio, aprendiz

La estampa que vamos a leer muestra la vida de un niño que está comenzando a prepararse para ser zapatero, hace más de cien años, en la capital del país.

Don Teófilo quería que su hijo perfeccionara el oficio de zapatero en la Escuela Industrial de Artes y Oficios de San Jacinto, que acababa de abrir sus puertas. El establecimiento poseía un edificio muy grande, casi de una manzana; tenía por lo menos dos pisos y ofrecía clases para artesanos de diversos oficios.

Don Teófilo fue a entrevistarse con el director, y le dijo:

—Éste es mi hijo Fidencio, ya sabe leer y está aprendiendo el oficio de zapatero conmigo. Quisiera que estudiara por las tardes, aquí con ustedes.

—Ahora sólo tenemos lugar para alumnos internos —lo atajó el hombre de barba y bigote engominado, y agregó—. Venga en enero.

Como su papá lo necesitaba en el taller, Fidencio se conformó con tomar clases de dibujo dos noches por semana en la Academia de San Carlos. La mayoría de los compañeros de Fidencio eran artesanos. Cerca de ochenta tomaban clases en un salón de paredes despintadas y mal alumbrado. Para complementar las clases, cuando podían, los jóvenes acudían al gabinete de lectura para artesanos que había en la biblioteca de Catedral.

El hijo del zapatero juntaba los materiales que sobraban en el taller. Poco a poco reunió la cantidad suficiente para hacer unos zapatos, los primeros que elaboraba íntegramente. Cuando remató las últimas puntadas, Fidencio pensó para sí: “Los voy a llevar al tianguis de San Hipólito a ver quién quiere comprarlos.”

El joven esperó con impaciencia la llegada del domingo. Aquel día se levantó más temprano que de costumbre, sirvió agua en una palangana y rápidamente se lavó la cara. Después, se sentó a desayunar un poco de atole y pan que le sirvió su madre.

—¿Por qué estás tan nervioso? —le preguntó en la mesa doña Remedios.

—Yo creo que no va a ir a Tacubaya con nosotros porque quiere vender en el mercado los zapatos que hizo —interrumpió Dolores con picardía.

—¡Ten cuidado!, el jefe militar decretó antier el estado de sitio y hay que guardarse temprano en las casas —dijo su padre, preocupado.

—Regreso pronto —contestó con resolución el muchacho.

Tacubaya era una villa cercana a la ciudad. Sin embargo, ir a pie resultaba cansado. Sólo los que tenían dinero hacían el viaje a caballo o en diligencia y arribaban a la villa en menos de media hora.

Carlos Illades, *El niño zapatero*. México SEP-FCE, 2004.

52. Volver a clases

Sin saber cómo ni cuándo, se me acabaron las vacaciones. Siento otra vez lo mismo que el año pasado, que el año antepasado, que todos los años desde la primera vez que fui a un colegio (el estómago, la cabeza, el corazón me cambian de lugar a mil por minuto). Hoy me siento peor que nunca: acabo de llegar a esta ciudad. Nada es igual: el colegio es nuevo, la gente es nueva, el pupitre, el salón, todo es nuevo. En este colegio no conozco a nadie... y nadie me conoce a mí.

Abro y cierro los cuadernos nuevos, recién marcados. Miro las caras de los niños que desfilan frente a mi por el patio y no reconozco a ninguno. A las niñas no las miro ni de reojo (en el tema de las niñas debe de ser igual vivir en el pueblo que en la ciudad: los niños y las niñas sólo pueden hablarse cuando llegan a séptimo grado, no sé por qué).

Supongo que en los recreos de este colegio se juega fútbol (prefiero el beisbol, pero los de la costa somos los únicos que sabemos jugarlo) y se cambian figuritas del álbum (me traje un arsenal de repetidas en el bolsillo). Por lo menos, hoy no tengo que ponerme al día con las tareas que no entendí en la casa (en Tolu tenía que corretear a los mejores de la clase para que me prestaran los cuadernos). Como me sobra tiempo para pensar, todo se me revuelve por dentro mientras suena la campana. Aquí y allá odio los primeros minutos de colegio, los más difíciles del año, porque nunca sé lo que me va a pasar, pero siempre me imagino lo peor. A ratos me siento grande, a ratos chiquito. No valen los conjuros ni las oraciones que me enseñó la abuela. No vale que cruce los dedos ni que saque la cuenta de las promesas de toda la semana pasada.

Sigue el desfile de niños a mi alrededor y cada vez me siento más solo (y más asustado, aunque me duela reconocerlo) en este patio lleno de extraños.

Desde ahí puedo mirar lo que pasa dentro y fuera (casi siempre me interesa más lo de afuera: padres asustados que llegan a entrevistas, alumnos enfermos que salen antes de la campana, vendedores de refrescos, señoritas cargadas de muestras de libros...) sin que la profesora se fije en mí.

—¿Encontraré en este salón una ventana para volverme invisible...?

Y a ustedes ¿les sucede lo mismo?

Irene Vasco, *Las sombras de la escalera*. México, SEP-FCE, 2007.

53. La calle es libre

Un día, estaban brincando en la calle cuando pasó el camión del verdulero. El chofer les gritó:



—¡Quítense del medio que no dejan pasar los carros!

—¡La calle es libre! —contestaron los niños. Pero el camión era mucho más grande y poderoso que ellos, así que fueron a la parte alta del barrio a volar papalotes. En media hora, todos, toditos los papalotes se perdieron, enredados en los cables de la luz.

Los niños volvieron a bajar y se quedaron en una escalinata jugando pelota. Pero la pelota siempre caía en un patio o en los techos de las casas.

Una vecina muy enojada se asomó a la puerta.

—¡Se me bajan de ahí o les doy un escobazo!

—¡La calle es libre! —contestaron bajito. Pero no les quedó más remedio que irse.

Cabizbajos, los niños volvieron a las escaleras de la biblioteca y allí se sentaron a pensar.

—Y si la calle es libre, ¿por qué no podemos jugar? —preguntó uno.

–Vamos a ver al gobernador y le pedimos una cancha –dijo otro.

–¿Dónde vive? –preguntó Carlitos, el más chiquito. Los niños se miraron. Nadie sabía.

–Vamos al Consejo Municipal, que queda cerca.

–Pero hay que ir con la gente del barrio, para que nos escuchen –dijo Camila, que tenía unos grandes ojos tristes.

Y los niños fueron de casa en casa a pedir a los vecinos que los acompañaran al Consejo Municipal. Era más grande de lo que habían imaginado. La puerta era muy alta, y tenía un hombre ancho y gordo parado enfrente.

–Por aquí no pueden pasar –dijo.

–Venimos a pedir un parque –contestaron los niños.

–Váyanse a sus casas a hacer sus tareas, y no molesten –gruñó el hombre gordo.

–Queremos ver a los señores del Consejo. Los que nos pueden hacer un parque...

Hay que buscar este libro para ver si lo consiguieron. Ustedes, ¿juegan en la calle? ¿Hay algún parque cerca de sus casas? La calle es peligrosa, ¿y los parques?

Kurusa, *La calle es libre*, Monika Doppert, ilus. México, SEP, 2003.

54. Amigos del alma

No puede haber dos amigos mejores que Lulai y Arturo; van juntos a la escuela, se sientan



juntos, juegan juntos en el patio y a los dos les entran juntos ganas de hacer pis.

Tan amigos son que un día decidieron casarse. Los casó Adrián Carro, que dijo que sabía casar, porque su padre trabajaba en el Ayuntamiento y ya había casado a un montón de gente. Y sí que es verdad que Adrián Carro sabía casar, porque lo hizo mejor que cualquier cura y cualquier alcalde, con unas frases tan bien dichas que parecía que se había pasado la vida casando a la gente.

–Arturo, ¿quieres a Lulai por siempre y por jamás en el calor y en el frío, en enero y en agosto y hasta que después de la Resurrección?

Y los invitados, que eran Pedrito Gómez, Carbajo y Paula, exclamaron impresionados:

–iOoohhhhhh!

Era un ¡Oh! de admiración, como diciendo: “¡Qué bien habla este juez!”

Y Arturo contestó:

–Sí; si, pero ¿le puedo dar ya el beso a la novia, que tengo mucha prisa?

–No, todavía no, aprovechado –dijo Adrián Carro–, que la novia todavía no ha contestado a las preguntas.

–Lulai –empezó Adrián–, ¿quieres a Arturo para casarte con él y quererlo por la noche y por la mañana, una hora detrás de otra aunque haya días que no te apetezca ni una pizca?

Ante tal pregunta, la novia se quedó dudando un rato y al final contestó:

–Bueno, pero estaré casada un día sí y un día no, porque si no me aburro.

Y los invitados a la boda, que dieron esta respuesta por buena, no dejaron que Adrián Carro dijera aquello de “yo los declaro marido y mujer”. Tiraron cada uno un puñado de tierra en las cabezas de los novios, y entonces sonó la campana y echaron todos a correr hacia la clase, todos menos el novio que fue muy despacio y muy desilusionado, porque cuando uno se hace la ilusión de besar a su novia es muy difícil volver a clase.

Pero bueno, no hay que dramatizar, porque después de este día Lulai y Arturo se casaron unas cuantas veces más y Arturo siempre procuraba que la ceremonia fuera rápida para llegar al beso, que era lo que a él de verdad más le importaba.

Elvira Lindo, *Amigos del alma*. Emilio Urberuaga, ilus. México, SEP-Santillana, 2005.

55. ¿Seguiremos siendo amigos?

Que nuestro mejor amigo tuviera que irse a vivir a otro lado y ya no pudiéramos verlo sería una catástrofe. ¿O no?

—¿Y dónde está tu novio, si es que se puede saber? —me dice Jaime, quien se ha acercado a mi pupitre para hacerme rabiar—. ¿Cómo que lleva tres días sin aparecer por el colegio? ¿Ya se cansó de ti?

—Déjala en paz —le dice Brenda. Lo que acabas de hacer es una crueldad. El maestro nos dijo que Justo, su madre y su hermano se fueron en avión a visitar a su padre y a buscar una nueva casa.

Empiezo a comerme un mechón de pelo.

—Anoche volvieron tardísimo. Hubo niebla, o algo por el estilo, y no pudieron aterrizar; luego perdieron una conexión o algo así y llegaron a casa a las tres de la mañana. Eso es lo que la mamá de Justo le dijo a mi madre cuando llamó por teléfono esta mañana. Y también le dijo que iban a intentar dormir un poco.

—¡Vaya! Eso suena muy emocionante —dice Brenda—. El viaje, quiero decir, no lo de irse a dormir.

—Sí, claro, emocionante —digo yo, con una voz que mi madre llama "la voz sarcástica de la señorita Ámbar". Justo va y se monta en un avión de verdad antes que yo. Te digo que la vida no es justa a veces..., muchas veces.

El maestro dice:

—Sigan con el trabajo sobre China.

Meto la mano en el pupitre y saco medio *sandwich* de crema de cacahuete y de chocolates MyM. Lo hice un día que mi madre se quedó dormida y me pidió que yo misma me preparara la comida.



Mirando el bocadillo me acuerdo del chiste que me contó Justo antes de irse... Uno sobre un empleado al que despidieron de su trabajo en la fábrica de MyM por tirar a la basura todos los chocolates que llevaban una W, porque el muy tonto no se dio cuenta de que M al revés se lee W.

Por fin encuentro el cuaderno de actividades debajo de un libro que debía haber devuelto a la biblioteca hace tiempo.

Paso las hojas del cuaderno y me doy cuenta de que es posible que Justo ya no se quede conmigo el tiempo necesario para terminarlo. Dentro de poco tal vez incluso tenga que mandarle a él las postales.

Intento seguir con el trabajo pero no hay manera. No puedo. Estoy demasiado triste.

¿Habrá alguien tan o más triste que Ámbar en este lugar?

Paula Danziger, *¿Seguiremos siendo amigos?*, Tony Ross, ilus. México, SEP, 2003.

56. Trabajo en equipo

Todos los sistemas de órganos se encuentran relacionados entre sí. Cada uno depende del otro para realizar sus funciones. Por lo tanto, deben trabajar en forma coordinada y complementarse unos con otros.

En el sistema circulatorio, la sangre transporta sustancias entre los diferentes órganos. Del sistema digestivo recibe los alimentos digeridos y del sistema respiratorio, el oxígeno. Estas sustancias viajan con la sangre por todo el cuerpo y, después de utilizarlas, las células eliminan los desechos (dióxido de carbono, urea y ácido úrico). La sangre transporta también el dióxido de carbono hacia el sistema respiratorio, y la urea y el ácido úrico a la piel y al sistema excretor, para su posterior eliminación.

Por último, la sangre conduce las hormonas producidas por el sistema endocrino y los anticuerpos provenientes del sistema inmunológico. Las hormonas influyen sobre el crecimiento y el desarrollo y regulan todos los procesos orgánicos. Por ejemplo, la hormona anti diurética actúa sobre el riñón e impide que orinemos demasiado. Los anticuerpos, por su parte, nos defienden de los agentes extraños que ingresan al organismo y causan enfermedades. El sistema nervioso es el que coordina el funcionamiento de todos los demás sistemas.

Elena Adragn. *Enciclopedia Didáctica de las Ciencias Naturales*. México, SEP, 2002.

57. El pequeño ogro y el niño

[Con voz clara y potente] ¡Vengan todos! ¡La extraña comedia de los ogros está a punto de comenzar! [puede leerse a dos voces, e incluso a tres: el ogro, que se llama Veermer, el niño, que es Pablo, y el autor].

Cuando a Veermer, el pequeño ogro, le sale el diente setenta y tres, exige un regalo... ¡Y qué regalo! ¡Quiere un pequeño ser humano! Te estremecerás al descubrir las aventuras de Pablo, el niño capturado por una familia de ogros gigantes.

Acto I – Escena IV

La lechuza oye como Pablo el niño, desafía a Veermer, el pequeño ogro, y eso, naturalmente, le interesa.

Pablo: ¡Yo llevo el Canto del Mar en mi bolsillo! (Veermer se queda perplejo con los brazos cruzados)

Veermer: No es posible.

Pablo: (saca una caracola de su bolsillo, la lleva a su oreja y murmura): ¡Qué agradable es el Canto del Mar, todavía más bello que el del viento en los árboles!

Veermer: (esboza una sonrisa, se acerca y de repente se entusiasma): ¡A ver! ¡Dame, dame eso!

Pablo: ¡Eh, eh, eh! ¡Ni hablar! Es mi amuleto. O, si no, con una condición: me dejas volver a mi casa.

Veermer: ¡Estás bromeando! (se pone a reír) ¡Has visto el tamaño de mi pie? Si quiero te aplasto y así tendría el Canto del Mar para mí solo.

Pablo: Puede que tengas pies grandes, pero nunca te servirán para ver el mar sin mí. Escucha, te llevo hasta el mar sin que nadie nos vea. Luego tú vuelves solo y yo regreso a casa de mis padres y de mi hermanita.

Veermer: (en voz baja y mirando de reojo) No tengo permiso, está prohibido salir del bosque...

Pablo: Toma, Veermer, escucha primero. Es una caracola, viene del fondo del mar.

Vermeer: (muy emocionado, lleva cuidadosamente la caracola a su oreja, escucha, vuelve a escuchar, su cara se relaja; sonrío y vierte una lágrima) ¡Quiero ir allí!

Pablo: ¡Cuando tú quieras, Vermeer!

¿Han escuchado el sonido del mar en un caracol?

Fred Bernard, *La comedia de los ogros*. México, SEP-Juventud 2004.

58. Turistas en Egipto

Hace miles de años que Egipto recibe visitantes extranjeros atraídos por las maravillas de su milenaria civilización. A los griegos y romanos les fascinaba todo lo relacionado con el antiguo Egipto, y un viaje a las pirámides era parte de la educación de los estudiantes ricos.

Cuando conquistaron Egipto, los romanos construyeron caminos y crearon una fuerza policiaca. Así fue más fácil y seguro viajar para los turistas. Aparecieron los primeros viajes guiados y los alojamientos para visitantes; y a lo largo del Nilo surgieron empresas que ofrecían botes y animales de carga. Había nacido la industria turística. En Luxor se construyeron varios hoteles de lujo para los visitantes del extranjero y del mismo Egipto.

El turismo actual

El turismo es una importante industria en Egipto. En 2008 lo visitaron trece millones de personas [*México recibió ese año veintitrés millones de turistas*]. Van principalmente a las pirámides, en las afueras de El Cairo, y muchos hacen recorridos a lo largo del río Nilo. Barcos de lujo, que parecen pequeños hoteles flotantes, van y vienen entre Luxor y Asuán, y hay otros que llevan a los viajeros a través del lago Nasser para ver los templos.

La vida en el río

Los turistas extranjeros no son los únicos que disfrutan del Nilo. Los egipcios privilegiados toman cruceros por el río y se hospedan en hoteles de Luxor y Asuán. La mayoría de los egipcios no pueden costearse estas actividades, pero sí pasean a lo largo de la ribera con amigos y familiares al atardecer, cuando el calor del día se ha ido y hace un fresco agradable.

La mayor parte de las viviendas de las aldeas a lo largo del río Nilo no recibe agua por tuberías, por ello los aldeanos lavan su ropa y sus enseres a la orilla del río. A fin de pasar el rato más agradable, conversan y así se ponen al tanto de los asuntos locales. Los agricultores bañan sus animales en el río y los conductores de camiones y autobuses también van al Nilo cuando sus vehículos se ensucian.

Los niños que viven a lo largo del Nilo suelen utilizar el río para divertirse. Casi todos estos niños provienen de familias humildes y tienen pocos juguetes. El río Nilo les sirve para nadar y hacer toda clase de juegos.

David Cumming, *El Nilo*. México, SEP-Signo, 2004.

59. El cortejo

Así como los jóvenes buscan conquistar a sus novias o a sus novios, los animales cortejan a sus parejas.



En el mundo animal, suele ser tarea del macho atraer a su pareja, para lo que, a menudo, adopta una conducta y una apariencia especiales, llamadas de cortejo. Con ellas el macho pretende demostrar que es fuerte y sano, y que pertenece a la especie adecuada. Si el cortejo surge efecto sobre alguna hembra, ésta permitirá al macho acercarse y aparearse con ella.

Las conductas y las señales de cortejo varían enormemente de unas especies a otra. Algunos machos desarrollan órganos muy vistosos para la ocasión; otros llaman la atención mediante ruidos u olores.

Señales en la playa

Los cangrejos violinistas viven en las orillas fangosas de los manglares. Cuando baja la marea, salen de sus agujeros en el barro, y los machos agitan su pinza gigante para atraer a las hembras. Cada especie de cangrejo violinista emplea una secuencia diferente de movimientos, así las hembras pueden identificar al macho adecuado. Aunque estos cangrejos son muy pequeños, es fácil ver el movimiento de cientos de pinzas durante su cortejo en las fangosas riberas de los manglares.

Atracción animal

Los machos de ciertas aves, se reúnen durante la época de cría sobre montículos, y exhiben su vistoso plumaje. Las hembras los contemplan a cierta distancia. Más tarde se acercan hacia el montículo y se aparean con el macho que más las ha impresionado.

El cortejo del gato

Entre los felinos, el cortejo suele ser un asunto lento y, a veces, ruidoso. El macho marca con su olor su territorio, y corteja a las hembras con maullidos y gruñidos que suelen resultar muy poco agradables para el oído humano.

El canto de la rana

Para las ranas y sapos, el sonido desempeña un papel muy importante en el cortejo. Muchas especies, como la rana tungara de América Central y del Sur, tienen unos sacos vocales para amplificar sus llamados. Las ranas suelen cantar de noche, cuando a los depredadores les resulta más difícil localizarlas. Aun así, ante el menor ruido sospechoso, las ranas dejan de croar y desaparecen bajo el agua.

¿En qué se parecen el cortejo de las personas al cortejo de los animales?

David Burnie, *La reproducción de los animales*. México, SEP-SM 2004.

60. La niña de los hongos

Una vez, dos niñas volvían a su casa después de recoger hongos. Por el camino tenían que atravesar la vía del ferrocarril, y pensaron, que como el tren todavía estaba lejos, podían subir al terraplén y caminar por los rieles.

Pero de repente retumbó una máquina. La niña menor corrió hacia atrás y la mayor atravesó la vía corriendo.

La niña mayor le gritó a su hermana: “No te devuelvas”.

Pero la locomotora estaba tan cerca y sonaba tan fuerte, que la niña menor no escuchó y creyó que le pedían correr hacia atrás. Y lo hizo: se devolvió a través de los rieles, se tropezó, dejó caer los hongos y se puso a recogerlos.

La locomotora ya estaba muy cerca y el maquinista pitaba sin descanso.

La niña mayor gritaba: “Deja los hongos”, y la menor pensaba que le estaban pidiendo recoger los hongos y se arrastró por la vía.

El maquinista ya no podía detener la locomotora que silbaba con todas sus fuerzas y se acercaba a la niña.

La niña mayor gritaba y lloraba. Los pasajeros miraban por las ventanas mientras el conductor corría al final del tren para ver qué había pasado con la niña.

Al pasar el tren, todos vieron que la niña estaba acostada entre los rieles temblando con la cabeza abajo.

Cuando ya éste se estaba alejando, la niña levantó la cabeza y se arrodilló, recogió los hongos y corrió hacia su hermana.

León Tolstoi, *La niña de los hongos y otros cuentos*. México, SEP-Panamericana, 2002.

61. Las primeras armas

Es un hecho que guerras y peleas fueron parte de la vida de la Edad de Piedra. Los esqueletos prehistóricos suelen revelar heridas recibidas en peleas.

Por ejemplo, en un cementerio de Egipto que data de 12000 a.C. se hallaron 58 esqueletos de hombres, mujeres y niños; muchos tienen puntas de pedernal que los mataron y aún están clavadas en sus huesos. En Sudáfrica hay un relieve donde dos bandos pelean con arcos y flechas. No se sabe por qué.

Después de 8000 a.C., al crecer la población de agricultores, la lucha por la tierra aumentó. Los primeros pueblos de agricultores con frecuencia estaban rodeados por paredes de tierra y adobe o altas cercas de madera a modo de protección.

En América del Norte los indígenas cazadores-recolectores cazaban bisontes con armas que llevan una punta llamada Folson, que data de 8000 a.C. y que también emplearon para pelear entre ellos.



Quizás las primeras puntas de flecha se hicieron de madera endurecida con fuego; luego descubrieron que las de pedernal eran más filosas. Puntas de flecha semejantes se hallaron en Bretaña o Francia. Las armas podían ser la diferencia entre la vida y la muerte.

Muerte violenta

En la Edad de Piedra muchos murieron de modo violento. En algunos cráneos se han encontrado puntas de flecha en las fosas nasales, que quizás fueron clavadas durante las peleas.

Los cazadores-recolectores prehistóricos portaban arcos con los que podían lanzar muchas flechas, y que eran más poderosas que las lanzas.

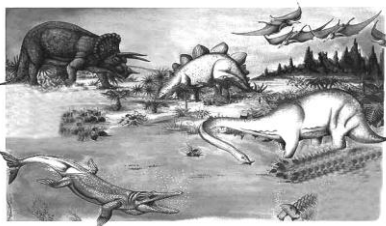
Navajas y puntas

Las puntas de pedernal de Egipto muestran un trabajo excelente. Trozos de pedernal de unos 20 centímetros se usaban como puntas de lanzas; los más cortos, para jabalinas, cuchillos y flechas. Las puntas se montaban en varas, con pegamento hecho de resina de árboles y tiras de piel.

Charlotte Hurdman, *Un viaje a la Edad de Piedra*. México, SEP-La vasija 2004.

62. ¿Dominaron la tierra los dinosaurios

Durante los 150 millones de años que los dinosaurios vivieron, fueron las criaturas más



grandes de la Tierra y los más feroces cazadores. Pero no fueron en modo alguno los únicos animales que había en la Tierra.

Había también muchas especies de insectos y los primeros animales con alas podían verse surcando los aires. Los océanos estaban llenos de peces y de otras formas de vida, y los primeros mamíferos comenzaron a vivir. Pero los enormes dinosaurios eran los más visibles.

El iguanadonte era un animal herbívoro que arrancaba las hojas de las ramas más altas.

El baryonyx tenía unas garras y unos dientes enormes; es muy probable que se alimentase de peces de ríos y lagos.

El polacanthus era otro dinosaurio herbívoro que pastaba cerca del suelo, las espinas que cubrían su cuerpo le ayudaban a protegerse de los ataques.

Las huellas fósiles muestran que algunos dinosaurios, como el hysilophodon, parecen haberse movido en grupos, lo mismo que hacen muchas especies actuales de herbívoros que van en manadas. Ello les permitía estar más a salvo de los ataques de los depredadores.

¿De qué color eran los dinosaurios?

Los fósiles de dinosaurios, incluso cuando muestran cómo era la piel del animal, no pueden decirnos de qué color era. Los dinosaurios fueron seguramente de color verde y café, para de este modo poder confundirse entre las hojas y las rocas. También es posible que algunos de ellos fueran de vivos colores, como lo son algunos de los lagartos tropicales que viven actualmente.

Durante el período Cretácico, en muchas partes del mundo corrían arroyos abundantes y ríos caudalosos, con grandes llanuras pantanosas entre ellos. Una vegetación exuberante permitía a los dinosaurios herbívoros adquirir dimensiones cada vez más grandes.

Nicolas Baxter, *La Vida en la tierra*. México, SEP-EuroMéxico, 2004.

63. El tiempo

El tiempo es algo misterioso: no puedes verlo, no puedes oírlo, no puedes atraparlo con una red y ponerlo en un frasco, pero sabes que el tiempo existe porque puedes sentir cómo pasa.

En cierto modo, el tiempo es como el viento; no puedes ver el viento, pero puedes ver qué pasa cuando sopla: los papalotes vuelan en el aire, las nubes se mueven en el cielo, y los veleros navegan en el mar.

También puedes ver qué ocurre cuando pasa el tiempo, las flores se transforman en manzanas, los oseznos se convierten en osos, y las orugas en mariposas.

Pero el tiempo es más misterioso que el viento; es tan misterioso que ni los más grandes pensadores y científicos han podido explicar exactamente qué es, pero aún así, es un misterio que podemos medir, no lo podemos medir con una cinta métrica, claro, esto es lo que utilizarías para medir un caimán.

Un reloj puede medir el tiempo, ¡Pero antes no había relojes!

Hace mucho, mucho tiempo, la gente medía el tiempo con el Sol; observaban la posición del Sol a medida que se movía en el cielo, y muy pronto la gente pudo saber de cuánto tiempo disponía para recoger comida o leña antes de que oscureciera.

Nuestros antepasados no sabían por qué el Sol aparecía y desaparecía. No sabían, tal y como hoy lo sabemos nosotros, que la Tierra es redonda y gira como un trompo, y que la parte que está frente al Sol está iluminada y la otra parte está en la oscuridad. Más adelante, se idearon unos métodos sencillos para medir el tiempo.

Los egipcios utilizaron los gnómones, los relojes de sol. Al moverse el Sol en el cielo, la sombra de un simple palo se desplazaba en el suelo y unas piedras servían para marcar distintos momentos del día. Por las noches usaban clepsidras, el agua caía de una vasija a otra, las dos con marcas para medir el tiempo. Los egipcios fueron de los primeros en dividir el tiempo en horas.

Robert E. Wells, *¿Cómo se mide el tiempo?* México, SEP-Juventud, 2004.

64. Charles Darwin

En un jardín de Shrewsbury, Inglaterra, a principios del siglo XIX, un niño caza mariposas.

No es un alumno aplicado; las matemáticas lo aburren, no entiende ni una palabra de lenguas extranjeras y no confía demasiado en él mismo. Su papá lo tiene claro: quiere que su hijo sea médico, como todos los hombres de la familia... pero él caza, caza mariposas. No lo hace por el placer de correr tras ellas ni para jugar. Las caza para estudiarlas, para comprender cómo funcionan. Esto es lo que le interesa: las plantas, los insectos, los peces, todos los seres vivos.

Este niño difícil se llama Charles Darwin y va a convertirse en uno de los mayores sabios de todos los tiempos.

Cuando Charles Darwin tiene veintidós años. En la Universidad se ha apasionado por las ciencias naturales. Su padre renuncia a hacer de él un médico y le aconseja la carrera eclesiástica. Charles no se opone: el trabajo de cura de aldea deja tiempo para cazar, pescar y observar las presas.

Se dispone a tomar los hábitos cuando la reina Victoria decide enviar una expedición científica alrededor del mundo y, por recomendación de su profesor de botánica, le proponen embarcar como naturalista a bordo del *Beagle*: será el encargado de estudiar las plantas, los animales y los fósiles que la expedición descubra en el curso de su viaje. Dos días después de la Navidad de 1831, el *Beagle*, un magnífico bergantín de treinta y cinco toneladas, deja las costas de Inglaterra...

Al final de una larga travesía que ha conducido la expedición de la selva virgen brasileña al extraordinario yacimiento fósil de Punta Alta, en la Patagonia, el *Beagle* dobla el cabo de Hornos y remonta la costa oeste de América del Sur. Su destino: las Galápagos, un misterioso archipiélago que intriga a los científicos. Parece ser que ahí se han visto dragones...

Serge Strosberg, *En el reino de los dragones*. México, SEP-Juventud, 2004.

65. El país de Juan

Algunas colonias de nuestra ciudad se fueron poblando por gente que venía de otras zonas del país. Esta lectura presenta a un niño que se hizo cartonero ¿Y quiénes son los cartoneros? Vamos a verlo.

Villa Cartón está donde está desde que el mundo es mundo. Nadie sabe quién le dio ese nombre, ni tampoco cuándo, pero hace mucho que se pusieron las primeras láminas y los primeros cartones y alguien colocó piedras y ladrillos sobre los techos para que no se volaran.

A Villa Cartón van a parar los que llegan desde el Norte a buscar trabajo en la ciudad. Y a ese sitio también llegaron Juan y sus padres.

Y se hicieron cartoneros, como todos los que viven en la Villa, porque allí, hasta los niños más pequeños separan los cartones sanos de los rotos, los mojados de los secos y los venden.

Al comienzo las cosas fueron difíciles. Después empeoraron. Y Juan comenzó a ir como los otros niños, por las noches, a juntar cartones y botellas por el centro.

Hurgaba en los cestos de basura, amontonaba papeles, cartones y botellas al costado de la calle, junto a la banqueta, y ahí se quedaba hasta que pasaba su padre con el carro.

Entonces cargaban todo entre los dos y regresaban a la casa, cantando esa canción que habla de penas y vaquitas.

A veces, en el corazón de la noche, Juan encontraba, entre los restos de comida, una lámpara, una cantimplora vieja, una botella panzona... y las separaba del resto, las llevaba a su casa, las guardaba para él.

Una noche de invierno, encontró una caja forrada de tela azul. Una caja tan linda que parecía nueva. Y decidió que ahí guardaría sus 22 cosas más secretas: una goma, una piel de oveja, un lazo que había trenzado su abuelo, unas semillas... porque Juan extrañaba el Norte, la fila de cerros a lo lejos, los tunales bajando el llano, el cielo sin edificios ni cables... Y, entonces...

¿Cómo era el lugar de dónde venía Juan? Seguramente ahí si se ven las estrellas en la noche, las luciérnagas, no como en las ciudades donde el smog ya no deja ver nada. ¿Donde ustedes viven, no hay cartoneros?

María Teresa Andrueto, *El país de Juan*. México, SEP, 2005.

66. Piropos

Piropo es el nombre de una piedra preciosa, el granate, de un fascinante color rojo. Y también significa algo bonito que se dice al paso de una mujer. Y de ahí surgió el verbo piropear, decir piropos. Así que se me ocurre que el mejor piropo para un amorcito puede ser: ¡Eres un piropo! ¿Qué les parece?

Quisiera ser pajarito
y volar siempre a tu lado...

Para ti, yo aletearía
gorjeándote enamorado.

Un ramo de palabritas
para ti voy a sumar,
por la atractiva cartita
que ayer me hiciste llegar.

Palabras como azaleas,
con pájaros allí unidos,
palabras “abracadabras”
de tus sueños más queridos.

Para tus años tempranos
(tu niñez, que es mi canción),
palabras hechas a mano...

Y al borde del corazón.

Secreto de confesión:

Te quiero... No te lo quito...

¡Pero eres un ladroncito,
me robaste el corazón!

Muñeca de carne y hueso,
tan hermosa que yo siento...

Si sólo te diera un beso...

¡me moriría contento!

Corazón de chocolate
tengo desde que te ví:
se derrite cuando late...

¿Lo probarías por mí?

Por mirarte, a toda hora
ando rondando tu casa.

Todo el tiempo te vería...

¿Adivinas qué me pasa?

¿Qué dirías si tu nombre
suelto en el campanario,
y publico aunque te asombre
que yo te quiero, en el diario?

Te veo veo
es mi deseo:

Mañana, tarde y noche
te veo veo
imaginero,
tu personita invento
cuando yo quiero.

Lejana... Ausente...

¡Aunque ni lo sospeches
estás presente!

Y a ustedes, ¿qué piropos les gustan?

67. El cerebro

El cerebro del *Homo sapiens* -nuestro cerebro— pesa alrededor de un kilo, trescientos gramos, es tan blando como la mantequilla y de color rosáceo. En una parte ha aumentado su tamaño, en la parte frontal, donde se controlan la personalidad y la imaginación.

Otra característica única del cerebro humano es la parte dedicada al lenguaje, que nos permite comunicarnos mediante el habla. Conforme el cráneo (la parte del esqueleto que corresponde a la cabeza) ha incrementado su tamaño para almacenar un cerebro cada vez mayor, nuestra cara se ha hecho más pequeña, comparada con las de nuestros primos los monos y de nuestro antepasados extintos.

Ideas tempranas

Los pueblos antiguos nunca tuvieron dudas respecto a la existencia del cerebro —los hombres siempre se han partido la cabeza— pero sí acerca de su función. Los antiguos egipcios prestaban poca atención al cerebro. Pensaban que la mente y el alma estaban en el corazón y en el hígado.

Cuando los embalsamadores egipcios preparaban los cuerpos de los muertos para la momificación, sacaban el cerebro a través de las fosas nasales y lo tiraban. Los demás órganos se preservaban cuidadosamente en jarrones y se guardaban en la tumba junto con la momia.

Puntos de vista

Estas ideas egipcias fueron aceptadas por los antiguos griegos hasta el siglo V a.C., cuando el filósofo Alcmeón de Crotona sugirió que era el cerebro y no el corazón el que estaba a cargo de las sensaciones. Esta idea se tuvo hasta que otro filósofo, llamado Aristóteles (siglo IV a.C.), puso todo de cabeza diciendo que el corazón controlaba los pensamientos y las emociones, y que el cerebro servía para enfriar la sangre.

Al parecer comer ciertos pescados beneficia nuestro cerebro. Los científicos han descubierto que los aceites de pescados como el atún y la sardina ayudan a que el cerebro se desarrolle.

Richard Walker, *El cerebro: cómo funciona la materia gris*. México, SEP-Planeta Junior, 2003.

68. José Martí

Los padres siempre sueñan con que sus hijos sean fuertes y sanos, nobles y valientes, inteligentes y generosos.

El 28 de enero de 1853 nació en La Habana, Cuba, un niño que llegó a ser todo eso y mucho más. Ese niño era José Martí. Lo llamaban Pepe. Ésta es su historia.

El padre de Pepe tuvo que ir a trabajar al campo, y se lo llevó con él. A Pepe le encantó el campo: los verdes cañaverales, las altas palmas reales y las noches llenas de estrellas.

Un amigo le regaló un gallo fino. Pero lo que más alegría le daba era su caballo. Lo cuidaba mucho y lo enseñó a andar bonito. De todo esto le contaba a su madre en las cartas que le escribía.

Cuando Pepe y su padre regresaron a la Habana, Pepe tuvo que empezar a trabajar para ayudar a su familia. Tenía entonces doce años.

Primero trabajó en una tienda. Como quería seguir aprendiendo, buscó trabajo en un colegio.

El director del colegio, Rafael María Menvive, un gran maestro, comprendió que Pepe era muy inteligente y le ayudó para que pudiera seguir estudiando.

Rafael María Menvive era un patriota, y por eso fue encarcelado. Los patriotas querían que Cuba tuviera su propio gobierno. Cuba era una colonia de España. Los cubanos no podían participar en su gobierno: todos los alumnos de Menvive eran buenos patriotas.

Pepe y su buen amigo Fermín Valdés Domínguez le escribieron una carta al director. Le decían que un alumno de Menvive tenía que amar a Cuba y amar la libertad.

La carta llegó a las autoridades. Se llevaron presos a Martí y a Fermín. En vista de que los dos amigos tenían letras muy parecidas, no se sabía quién había escrito la carta. Fermín dijo que la había escrito él para salvar a Pepe. Pepe dijo que la había escrito él para salvar a Fermín.

Después de pasar un año en la cárcel, el padre de Pepe consiguió que le cambiaran el castigo.

Las autoridades lo expulsaron de Cuba y lo enviaron a España. No tenía permiso para regresar a Cuba.

Durante el viaje a España, Martí escribió un libro acerca de las cosas terribles que había visto en la cárcel. El libro se publicó más tarde en España.

En España, José Martí se encontró con Fermín. Con él estudió derecho en la Universidad de Zaragoza.

A Martí le gustó mucho España, la tierra de sus abuelos y de sus padres. Conoció a muchas personas y comprendió que había españoles que deseaban la libertad tanto como él.

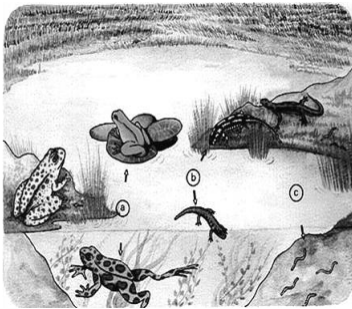
Martí decidió dedicar su vida a luchar por la libertad, contra la tiranía, contra los malos que hacen daño a los pobres, contra la injusticia.

Como ven, los padres de Martí tuvieron un hijo fuerte, sano, noble, valiente, inteligente y generoso.

Alma Flor, Isabel Campoy, *Caminos de José Martí, Frida Kahlo, César Chávez*. México, SEP-Santillana 2004.

69. Guarderías ambulantes

Muchos animales protegen sus huevos haciendo nidos, pero hay otras especies que tienen



una forma distinta de mantener sus huevos a salvo. Después de la puesta uno de los padres los recoge y los lleva con él hasta que están listos para nacer.

Entre estas hueveras vivientes hay crustáceos, insectos, arañas y ranas. Entre éstas, la más extraña es la pipa, o rana de Surinam. En esta especie la hembra pone sus huevos en el agua, y el macho los coloca sobre la espalda de ella. Una vez en su sitio, alrededor de los huevos crece una capa especial de piel esponjosa que los oculta mientras se desarrollan. De los huevos nacen renacuajos, que siguen bajo la piel de la madre hasta que experimentan un cambio total en la forma de su cuerpo. Después de muchas semanas, las jóvenes ranitas abandonan su casa móvil.

Alas sobrecargadas

En ciertas chinches acuáticas gigantes, la hembra pega los huevos a las alas de su compañero, quien los transporta hasta que eclosionan [se rompen]. Las chinches acuáticas vuelan muy bien, pero un macho que transporta huevos no puede usar sus alas.

Pipa de Surinam

Este anfibio, llamado también cucurú, vive en Sudamérica, en las corrientes de agua turbia de los trópicos, donde busca sus presas al tacto. Cuando la hembra está a punto de poner sus huevos, el macho la sujeta por la cintura y, tras realizar juntos una serie de volteretas bajo el agua, la hembra pone los huevos mientras está cabeza abajo. Con las patas y el cuerpo el macho oprime los huevos contra la espalda de la hembra; poco después la piel hinchada de la hembra recubre los huevos para protegerlos.

Sapo partero

Cuando la hembra del sapo partero pone su cadena de huevos, el macho la enrolla sobre sus patas traseras. Durante un mes, lleva consigo los huevos y los mantiene húmedos metiéndose de vez en cuando en una charca. Cuando los huevos están a punto de eclosionar, el macho los deja en un lugar adecuado dentro del agua, donde los renacuajos pueden salir nadando.

David Burnie, *La reproducción de los animales*. México, SEP-SM, 2004.

70. Sadako y las mil grullas de papel

Sadako nació para ser una gran corredora. Su madre solía decir que la niña había aprendido a correr aun antes de saber caminar.

Una mañana de agosto de 1954, Sadako se despertó, se vistió de prisa y salió corriendo a la calle. El sol de la mañana reflejaba mechadas de color castaño rojizo en su pelo negro. No había ni una sola nube en el cielo azul, lo cual era una buena señal. Sadako siempre buscaba señales de buena suerte.

En la casa, su hermana y sus dos hermanos todavía dormían plácidamente. Sadako se acercó a su hermano mayor, Masahiro, y le dijo:

—¡Despiértate, holgazán! Hoy es el Día de la Paz.

Masahiro protestó entre bostezos. Quería seguir durmiendo, pero, como a la mayoría de los muchachos de catorce años, no le faltaba el apetito. Apenas le llegó el rico olor de la sopa de verduras, se levantó. Mitsue y Eiji lo hicieron poco después. Sadako entró como un torbellino en la cocina, gritando:

–Mamá, ¡me muero de ganas de ir al carnaval! ¿Está listo el desayuno?

Su madre estaba cortando los rábanos para servirlos con el arroz y la sopa. Se detuvo, miró a Sadako severamente y le dijo:

–Tienes once años. Ya eres suficientemente grande para saber que hoy no es carnaval. Todos los años, el 6 de agosto recordamos a los que murieron cuando la bomba atómica cayó sobre nuestra ciudad. Hoy es un día conmemorativo.

El señor Sasaki entró en ese momento por la puerta de atrás.

–Así es –dijo–. Sadako *chan*, debes ser más respetuosa. Tu propia abuela murió ese horrible día.

–Pero yo respeto a *Oba chan* –se excusó Sadako–. Todas las mañanas rezo por su espíritu. Lo que sucede es que hoy me siento contenta...

–Por cierto, es hora de rezar –dijo su padre.

Sadako bajó la cabeza al instante. Mientras su padre hablaba, ella se entretenía moviendo los dedos de los pies. El señor Sasaki rezó para que los espíritus de sus antepasados hubiesen encontrado la paz y la felicidad. Dio gracias por su peluquería y por los hijos tan buenos que tenía. Y rogó para que su familia fuese protegida de aquella enfermedad tan terrible, producida por la bomba atómica, que se llamaba leucemia.

Eleanor Coerr, *Sadako y las mil grullas de papel*. México, SEP-Everest, 2003.

71. Ascós y monstruos

Del otro lado de la frontera las cosas son muy diferentes. Si hay algo que Felipe Mus detestó siempre son las flores con que Cecilia llena las paredes. El reino de Felipe era otra cosa. Para empezar, nada de blanco, rosa o azul. Una pared roja y la otra violeta, y rogó y rogó hasta que le dieron permiso para pintar un pedazo (el que contenía la colección) ¡de

negro! Silvia Mus suspiraba y decía que jamás iban a poder volver a darle un color decente a una pared que fue negra, pero Sebastián Mus insistió en que Felipe se diera el gusto. En fin, que la pared negra de Felipe fue motivo de una más de las tantas peleas a que nos tienen acostumbrados los Mus. Eso hizo que Cecilia la detestara especialmente y que Felipe se apurara a pegarle encima su colección de Ascós y Monstruos.

En realidad, la colección de Ascós y Monstruos no pertenece sólo a Felipe; también pertenece a su amigo Antonio Burruchaga, alias Burrucha. La fueron armando juntos. Empezaron hace un buen tiempo, cuando estaban terminando tercer grado, si mal no recuerdo. Pero, aunque la colección les pertenece a los dos, el museo estuvo siempre exclusivamente en casa de Felipe. El día en que al pobre Burrucha se le ocurrió pegar uno de sus Ascós en el vidrio de su ventana, la madre tuvo un ataque de nervios verdaderamente espantoso. Tan espantoso que Burrucha comprendió de una vez y para siempre que no sólo estaba condenado a no andar jamás en patineta, a no vivir jamás con un perro, un gato, un ratoncito o tan siquiera una tortuga, y a no tomar jamás leche chocolatada, sino que, además, jamás nunca y por ningún motivo podría pegar en su cuarto ni un solo Asquito (para no hablar de los aterradoros recuerdos del Monstruo).

Graciela Montes, *La batalla de los monstruos y las hadas*. México, SEP-Alfaguara, 2003.

72. Una escena de teatro

Entra Zenaida, con una carta en la mano.

Zenaida: ¡Don Rosalío! ¡Don Rosalío! ¡Don Rosalío!

Don Rosalío: *(Desde fuera)* ¿Qué se ofrece?

Zenaida: Venga su merced, que necesito un favor.

Don Rosalío: *(Desde fuera)* ¿Un favor?

Zenaida: Sí, señor.

Don Rosalío: *(Desde fuera)* Un favor, ¿como de qué?

Zenaida: Venga usted y le diré.

Don Rosalío: *(Desde fuera)* Si se trata de dinero, pierde esperanza, que no tengo un tlaco.

Zenaida: No es de dinero.



Don Rosalío: *(Desde fuera)* Si es de levantar algo muy pesado, tampoco se va a poder.

Zenaida: No hay nada que levantar.

Don Rosalío: *(Desde fuera)* Si hay que ir a buscar un buey al monte, no me da la gana.

Zenaida: No hay nada que buscar.

Don Rosalío: *(Desde fuera)* Entonces, ¿qué es lo que quieres, muchacha?

Zenaida: Que mi marido me escribió una carta, y no sé leer.

Entra don Rosalío calándose unas gafas, tiene pelo y barba blancos.

Don Rosalío: Eso sí que me dará mucho gusto, muchacha, que yo para leer es para lo único que sirvo, porque ya estoy muy viejillo. Y más una carta de un muchacho como Juan tu marido, que quiero mucho, por trabajador. A ver, dame acá.

Zenaida le entrega la carta.

Don Rosalío: *(Leyendo)* "Querida Zenaida, esposa mía: Después de saludarte y de besarte por medio de estas líneas, te digo lo siguiente: que ya acabé mi contrato aquí donde estoy trabajando, aquí a donde vine a buscar el pan para ti y para mí y para nuestros hijos; que todo salió bien, y sin novedad, y que tuve suerte: de manera que regreso..."

Zenaida: *(Encantada)* ¡Regresa!

Don Rosalío: *(Leyendo)* "... Llego el día 17..."

Jorge Ibargüengoitia, *Piezas y cuentos para niños*. México, SEP-Joaquín Mortíz, 2003.

73. Las montañas de plata

—¿Estás loco? —replicó Alonso— La justicia te atraparé y de nuevo serás enviado a trabajar en donde sea. Sólo te faltan dos años más de servicio obligatorio y luego serás libre.

—Mira, Alonso, tú no comprendes, yo soy indio; pero un indio sin familia, sin gente, sin tierra, no es nadie. No sé de dónde vengo y no puedo recordar ni a mis padres. Tengo que buscarlos. Por eso huyo.

—Es imposible, Martín. Recuerda que nadie sabe en qué batalla te capturaron y tú eras muy pequeño. ¿Por dónde podrías comenzar?

—Por aquí —contestó Martín, mientras se subía el pantalón y le mostraba una curiosa cicatriz con la forma de una media luna que tenía marcada en la pierna.

—¿Qué es eso? —preguntó Alonso— ¿Por qué nunca me la habías enseñado?

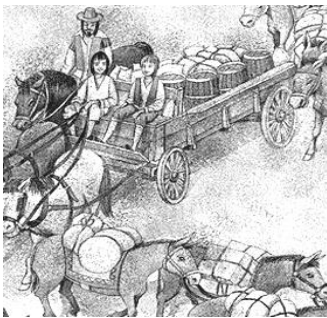
—No sé lo que sea, ni tampoco lo que signifique —le dijo Martín—, pero tal vez me sirva para encontrar a mi pueblo.

—¿Tú crees? —preguntó Alonso ya con entusiasmo—. ¿Alguien en San Felipe podría reconocerla?

—No lo creo, por eso he pensado escapar; tal vez me ayuden en San Luis Xilotepec, allí viven muchos chichimecas.

—¡Claro que sí! —exclamó Alonso— Allí vive el gran capitán don Nicolás, el más valiente de los otomíes; a él podríamos preguntarle.

—¿Podríamos? —inquirió Martín—. Gracias Alonso, pero este asunto es sólo mío. No



puedes abandonar todo por esta aventura incierta.

Alonso tardó poco en convencer a su amigo. Él también quería huir pues lo aburrido de su trabajo le parecía insoportable. El comercio daba grandes fortunas pero, seguramente, habría otras oportunidades más divertidas y rápidas para enriquecerse.

Al día siguiente, aprovechando la confusión que provocaban las numerosas caravanas de San Felipe, Alonso y Martín se unieron a un grupo de arrieros con destino a San Luis Xilotepec. Iban felices y, muy emocionados, empezaron a recordar las historias que sabían del gran capitán don Nicolás. Los muleteros escuchaban embobados. Los muchachos les contaron cómo, muchas veces, don Nicolás se había enfrentado contra los pames, los copuces, los guamares y guachichiles, y cómo por fin había capturado y matado al terrible Macorro, jefe indio muy peligroso.

74. La Atlántida

Para el gran filósofo griego Platón, la Atlántida era una isla hermosa, la más bella de la Tierra. La gente vivía en paz. Sus campos eran ricos y las leyes, justas.

Pero la gente se volvió codiciosa y falsa. Enojaron al dios del mar, que les había dado la tierra y las leyes. En su enojo, el dios hizo que la isla temblara durante un día y una noche, y que se hundiera en el océano profundo para siempre.

¿Existió alguna vez este lugar? ¿Lo inventó Platón para llamar la atención sobre algún punto en uno de sus diálogos?

Durante años, los historiadores, los arqueólogos y los geólogos han tratado de encontrar pruebas de la existencia de la isla de Platón. Para él, la Atlántida era una isla grande más allá de las Columnas de Hércules, el nombre antiguo del estrecho de Gibraltar.

Platón escribió que La Atlántida, en un día y una noche, “fue sacudida por terremotos” y “tragada por el mar”. Algunos científicos han intentado encontrar una isla que hubiera sufrido una explosión volcánica en la antigüedad.

Para un científico griego moderno, Thera, una isla griega en el Mar Egeo, debió ser la Atlántida. Parte de Thera se hundió en el mar después de una explosión volcánica mucho más poderosa que la del Monte Santa Helena en los Estados Unidos. Y Thera había formado parte de una civilización muy avanzada que existió antes que la griega.

Catherine O'Neill, *Grandes misterios de nuestro mundo*. México, SEP-Promociones Don d'Escrito, 2002.

75. El hada electricidad

Desde el comienzo del siglo XX, como un hada buena, la electricidad ha transformado nuestra vida diaria: sin ella, la mayor parte de los aparatos domésticos no existirían. En general, la electricidad no se almacena; se transporta a medida que se produce. La corriente eléctrica tiene una intensidad que podemos comparar con el caudal de una cascada. También tiene una tensión, que equivaldría a la altura de la cascada.

Para una misma cantidad de energía eléctrica, la tensión puede ser alta y la intensidad pequeña, o a la inversa. Si la tensión es alta y la intensidad pequeña, la corriente viaja con más facilidad.

En una central hidroeléctrica, el agua retenida por una presa desciende por una tubería, a gran presión, hasta la central. Allí hace girar una rueda de paletas, la turbina, que mueve el alternador y produce la corriente. Las presas almacenan agua, que luego se aprovecha para generar electricidad.

En una central térmica, la turbina es movida por vapor de agua a presión, que se obtiene del agua calentada en grandes calderas con la energía del carbón, el gas, el petróleo o el átomo.

A la salida de la central, un transformador eleva la tensión de la corriente eléctrica hasta los 400,000 voltios. Luego la electricidad se transporta por las líneas de alta tensión. Los aisladores impiden que la electricidad escape por los postes a la tierra.

Los pájaros que se posan en los cables eléctricos no se electrocutan porque la electricidad que reciben no puede salir por otro cable. Al no hacer circuito la corriente no pasa por ellos. Si tocaran dos hilos a la vez, provocarían un cortocircuito.

Diane Costa de Beauregard y Catherine de Sairigné-Bon, *Del "big bang" a la electricidad*, México, SEP-SM, 2002.

76.Óyeme con los ojos

La gente que no puede hablar, u oír, o ver, tiene más dificultades que los demás para comunicarse, estudiar, trabajar. Sus esfuerzos son siempre admirables y, muchas veces, sus resultados no le piden nada a ningún otro.

Una tarde, al volver de la sesión de fisioterapia, Beatriz pidió a Horacio que le enseñara el alfabeto de los sordos. El niño aceptó encantado.



Poco a poco, Beatriz fue aprendiendo a hablar. Horacio se desternillaba de risa con las equivocaciones de la alumna, pero siempre le pedía excusas, porque, según él, un profesor no debía reírse jamás de los errores de sus discípulos.

Un día Ofelia entregó a Beatriz una carta, delante de Horacio. Beatriz abrió el sobre con mucha prisa.

París, 14 de abril

Querida Bea:

El señor Sáenz, ése que es amigo tuyo y de papá, escribió hace poco contando lo de tu accidente. Papá y mamá están furiosos contigo por no habernos avisado. Te van a mandar una carta no muy simpática. Bea, espero que estés mejor. ¿Ya has vuelto a caminar? Te quiero mucho. Abrazos. Diana.

Beatriz dobló la carta y miró a Horacio con los ojos brillantes.

—Gracias, Horacio... —le dijo al niño.

—¿Gra... cias... por... qué?

Beatriz le habló entonces de Diana; le dijo que, como él, era una niña sorda. Le contó también por qué se había alejado de ella. Le habló del miedo que le había producido toda la vida los defectos físicos. Le describió su sufrimiento en el hospital, cuando creía que no volvería a caminar o que se quedaría coja para siempre.

—To... da... vía... ca... mi... nas... co... mo... un... pa... to —le dijo Horacio muerto de la risa.

—Ya se me pasará, Horacio, y, si no, no importa.

—¿Le volverás a escribir a Diana? —le preguntó el niño, esta vez con las manos.

—Sí, y le hablaré de ti —le dijo Beatriz tomando la cara de Horacio entre sus manos.

Al día siguiente, Beatriz redactó en presencia de Horacio una breve carta para Diana.

Querida Dianita:

¿Crees que podrás servirme de guía en París durante las próximas vacaciones? Tengo que contarte muchas cosas. Sobre todo, tengo que hablarte de Horacio. Te quiere Bea.

Beatriz metió en el sobre el poema del niño mudo que Horacio había copiado para Diana.

Gloria Cecilia Díaz, *Óyeme con los ojos*, Chata Lucini, ilustr. México, SEP—Anaya, 2001.

77. Egipto, dioses, templos, faraones

El nombre de Karnak, tomado del poblado que actualmente se alza ahí al lado (el Karnak), es un vasto conglomerado de templos, capillas y otras construcciones en ruinas que pertenecen a diferentes períodos y que ocupan una extensión de más de un kilómetro cuadrado.

Karnak constituye lo que en egipcio antiguo se denominó *Ip̄et-isut*, “El más venerado de los lugares”, el sitio principal en que se adoraba a los dioses de la antigua Tebas egipcia, encabezados por el dios Amón. No hay otro lugar en Egipto que produzca una impresión más abrumadora y duradera que este aparente caos de muros, obeliscos, columnas, estatuas, estelas y bloques decorados.

Después de que los faraones tebanos y el dios Amón alcanzaron el predominio a comienzos del Imperio Medio, y sobre todo a partir de los comienzos de la XVIII dinastía, cuando la capital de Egipto se estableció en Tebas, en Karnak se levantaron templos, se agrandaron, se volvieron a demoler, y hubo ampliaciones y restauraciones a lo largo de más de dos mil años. El templo de Amón fue el más importante de todo Egipto, ideológica y económicamente.

El complejo puede dividirse en tres grupos, divididos por los restos de muros de ladrillo que enmarcan los recintos del templo. El mayor y más importante es el recinto central, el templo de Amón propiamente dicho. Y también es el mejor conservado. El sector septentrional [*norte*] pertenece a Montu, el dios originario de Tebas, mientras que el de Mut queda al sur y enlaza con el recinto de Amón mediante una avenida de esfinges con cabeza de carnero. Otra avenida bordeada de esfinges enlazaba Karnak con el templo de Luxor, y unos canales conectaban los templos de Amón y de Montu con el Nilo.

John Baines, Jaromir Malck, *Atlas culturales del mundo Egipto dioses, templos y faraones* Vol. I, Ediciones Folio, S.A, España 1993.

78. Cuentos de terror

Una noche llamaron violentamente a mi puerta. La anciana ama fue a abrir, y un hombre de tez cobriza y ricamente vestido, aunque según una moda extranjera, y armado con un largo puñal, se dibujó a la luz de la linterna de Bárbara. La primera reacción del ama fue de pavor; pero el hombre la tranquilizó y le dijo que tenía necesidad de verme en el acto para un asunto que concernía a mi ministerio. Bárbara lo hizo subir. Yo iba a acostarme. El

hombre me dijo que su señora, una gran dama, se hallaba in *articulo mortis* y que reclamaba a un sacerdote. Respondí que estaba listo a seguirlo; recogí lo que necesitaba para administrar la extremaunción y bajé a toda prisa. Ante la puerta hacían ruidos de impaciencia dos caballos negros como la noche; brotaban de sus pechos intensas oleadas de vapor.

El hombre sostuvo mi estribo y me ayudó a montar en uno de ellos; saltó luego al otro, apoyando tan sólo una mano en el pomo de la silla. Apretó las rodillas y soltó las riendas a su caballo, que partió como una flecha. El mío, cuya brida tenía él sujeta, emprendió asimismo el galope y se mantuvo perfectamente emparejado con el suyo.

Devorábamos el camino; la tierra se deslizaba, gris y borrosa, bajo nosotros, y las negras siluetas de los árboles huían como un ejército derrotado. Atravesamos un bosque de una oscuridad tan opaca y glacial que sentí correr sobre mi piel un escalofrío de supersticioso terror. Las estelas de chispas que las herraduras de nuestros caballos arrancaban a las piedras iban dejando a nuestro paso como un reguero de fuego, y, si alguien, a esa hora de la noche, nos hubiera visto, nos habría tomado por espectros cabalgando en una pesadilla.

De cuando en cuando, se atravesaban fuegos fatuos en nuestro camino, y las cornejas chillaban lastimeramente en la espesura del bosque, donde brillaba de tarde en tarde los ojos fosforescentes de algunos gatos monteses.

Las crines de los caballos se desgredaban cada vez más, el sudor chorreaba por sus flancos, y el aliento salía ruidoso a presión de sus ollares [*los orificios de sus narices*]. Sin embargo, cuando los veía desfallecer, mi acompañante, para reanimarlos, lanzaba un grito gutural que nada tenía de humano, y la carrera proseguía con furia.

Mauricio Molina, *Cuentos de terror*. México, SEP–Alfaguara, 2002.

79. Diario secreto de Paul

Ya leímos una página del diario de Susi. Ahora vamos al de Paul.

25 de septiembre

Estoy solo en casa. Mamá ha ido a ver al doctor Prikopa, el veterinario con el que va a trabajar. Hoy le va a ayudar con las visitas. Dijo que así verá si el trabajo le gusta. He explorado el patio que hay detrás de la casa. Es pequeño y oscuro. Aparte de los botes de la basura, no hay nada más. Esta tarde vi a una niña en la escalera. Abrió la puerta número diecisiete. El letrero dice Hubatka. Un perro ladró detrás de la puerta. Tiene que ser muy grande. Los perros pequeños ladran de otra manera. “¡Yago, cállate!”, dijo la niña. Seguro que el perro es enorme. A un faldero no se le pone Yago.



El colegio es horrible. Ayer llegué tarde, porque mamá me despertó a las siete. Y aún tuve que buscar las cosas del colegio.

Luego, un tranvía se me escapó delante de mis narices. Y el tranvía no tarda siete minutos en llegar al colegio, como aseguraba mamá. ¡Tarda diez!

Llegué al colegio a las ocho y cuarto.

Ojalá no hubiera entrado. Pero, desgraciadamente, en el tranvía estaba la profesora de religión y bajó conmigo. Así que no me quedó más remedio que entrar con ella. Le conté a la profesora que había tenido que ir con mi padre a visitar un perro enorme. Porque ese perro me quiere mucho y sólo se deja sujetar por mí cuando papá le mira dentro de la boca. ¡No es ninguna mentira! Cuando al perro de los Huber le picó una abeja en la garganta, papá me llevó y yo sujeté al perro. Y papá dijo que yo lo hacía mucho mejor que el resto de la gente.

80. Niños y niñas

Querer decirlo todo en masculino y en femenino es una manía de gente que no sabe hablar. Esta lectura ridiculiza esa obsesión cambiando el género de las palabras. Escuchen con atención y podrán entender el sentido de cada frase.

Queridos alumnas y queridos alumnos: en nuestra escuela hubo demasiadas peleas entre los niños y las niñas. Deberían ser buenos compañeros y, sin embargo, se presentaron muchos problemas. Los niños de cuarto grado dijeron unas palabras feas a los niños de quinto grado. Pero estos niños de quinto grado, antes, ya habían escrito unas frases feas en



el pared de sexta grado. Hablamos con el madre y la padre de estos alumnas y estas alumnos; pero sin una resultado. Después de un semana de tranquilidad, unos graciosas rompieron el ventana de la laboratorio por querer hacer un broma que les salió mal. ¿Por qué no juegan al muñeca o la futbol? ¡Si están en un edad precioso, queridos niños! El conducta ya no es como antes en esta establecimiento. La respeto que había, el educación en la trato se perdieron.

Pero el escuela no está para castigarlas o castigarlos, pensamos en fomentar el amistad entre ustedes. Organizamos una concurso de dibujos con esta tema: Mi amigo la niña y mi amiga el niño. Podrán participar todos y todas. Las temas de las dibujos pueden ser el amistad, el familia, el casa, el mascota, el ciudad, el naturaleza.

Les dejamos algunas ejemplos:

- Tengo una gran amigo con una novio que quiere ser bombera.
- El perra juega con la gato, encima del cama de la departamento de mi tía querido.
- La cenicero, el camisa, la árbol, la semáforo y el corbata. ¡Todo puse en la dibujo que regalar a mi buena amigo!
- Fuimos de pic-nic con la grupo del escuela, ¡y se nos olvidaron los servilletas!
- Te quiero más que al Luna y la Sol. ¡Te quiero hasta la cielo por la amor que experimento!
- ¡Que hermosa cuerpo tiene la hermano de mi querida amigo!

¿Entendiste? Es divertido jugar con las palabras, ¿verdad?

Luis María Pescetti, *Nadie te creería*, O' Kif, ilustr. México, SEP-Santillana, 2005.

81. Murmullos de la selva

A veces, por las tardes, cuando el viento pasa por los mascarones de la gran pirámide de Xpuhil, es como si a través de ellos hablara la selva, como hace cientos, miles de años. ¿Qué murmura, qué dice a los oídos de quienes saben escuchar? Pasa y susurra: *balam, Kikul...* y sigue caminos invisibles entre las ramas de los árboles, por encima de ellos, sin un momento de reposo.

La noche se extendía sobre Xpuhil. Las nubes eran tan densas y pesadas que ni una estrella había sobre la faz del cielo y en la selva sólo se oían los aullidos de los monos; con prisa trepaban a los árboles mientras retumbaban los truenos y a la luz de los relámpagos aparecían y desaparecían los ojos de jaguares y pumas. Todos buscaban dónde guarecerse, dónde resistir la tormenta.

Los habitantes de Xpuhil se refugiaron en sus chozas; cerraron y atrancaron puertas para que el viento y el agua no pudieran entrar.

Toda la noche y toda la mañana diluvió. Tal era la oscuridad, que el día era como noche cerrada. Tanto llovió, que los sembradíos se anegaron y la aldea se llenó de lodo, de mosquitos y de ranas, y las enfermedades atacaron a niños y ancianos. La corriente arrastraba ramas, árboles enteros y de vez en cuando el cuerpo de algún animal.

Entonces el huinic, que así se le dice al gobernador, y el akin, como llaman al sacerdote, deliberaron toda una noche y al amanecer decidieron enviar a Kikul, hijo mayor del huinic, a otras tierras, a ver si él podía hacer algo por su pueblo.

Esa misma mañana Kikul se despidió de su padre y su hermano. Como no sabía hacia dónde dirigir sus pasos, a la salida de Xpuhil dibujó en la tierra una cruz con las cuatro direcciones del mundo: tomó luego una piedrecilla y la arrojó para que la suerte lo guiara. Cayó la piedra hacia un lado y hacia ese lado dirigió sus pasos.

82. La Muralla

Para hacer esta muralla,
tráiganme todas las manos:
Los negros, sus manos negras,
los blancos, sus blancas manos.

¡Ay!

¡Ay!

Una muralla que vaya
desde la playa hasta el monte,
desde el monte hasta la playa,
allá sobre el horizonte.

Tun, tun

¿Quién es?

Una rosa y un clavel.

Abre la muralla.

Tun, tun

¿Quién es?

El sable del coronel.

¡Cierra la muralla!

¡Tun, tun!

¿Quién es?

La paloma y el laurel...

¡Abre la muralla!

¡Tun, tun!

¿Quién es?

El alacrán y el ciempiés...

¡Cierra la muralla!

Al corazón del amigo,

abre la muralla;

al veneno y al puñal,

cierra la muralla;

al mirto y la yerbabuena,

abre la muralla;

al diente de la serpiente,

cierra la muralla;

al ruiseñor en la flor,

abre la muralla...

Alcemos una muralla

juntando todas las manos;

los negros, sus manos negras,

los blancos, sus blancas manos.

Una muralla que vaya

desde la playa hasta el monte,

desde el monte hasta la playa, bien,

allá sobre el horizonte...



Nicolás Guillén "La Muralla" en Marín Medero (comp.), *Volvamos a la palabra*, México, SEP, 1991

83. El truco de Alejandro

Cuando la gente piensa en los magos, lo primero que se le viene a la cabeza es, por supuesto, lo que podría hacer si tuviera poderes mágicos, inalcanzables para la mayoría de los mortales. ¡Abracadabra!: cosas que aparecen y desaparecen. ¡Tachaaaaan!: objetos que cambian de forma. ¡Alakazaam!: cosas que vuelan, desafían las leyes de la gravedad y se desplazan de un lugar a otro sin ser vistas.

Los impresionantes juegos de manos y trucos de magia que practica cualquier mago forman parte de una antiquísima tradición de brujos e ilusionistas. Durante siglos, en todo el mundo, magos de todas clases han asombrado a la gente haciendo cosas que parecen imposibles, y al hacerlo ¡bien que se han divertido!

La mayoría de los mejores trucos que seguimos practicando fueron inventados hace cientos (y hasta miles) de años. Según dice la leyenda, la magia se llama así porque es el arte de los *magi*, los sacerdotes de la antigua Persia. Pero la verdad es que los persas aprendieron todo lo que sabían de los egipcios, y también que los trucos de magia proceden de todas las partes del mundo.

A lo largo de la historia se han presentado algunos trucos que han sido totalmente irrepetibles. Y aquí va un ejemplo: la historia del rey Gordias y su famoso nudo.

El rey Gordias fue un monarca que inventó el nudo más complicado del mundo: tan complicado que nadie, ni el mago de la corte, pudo deshacerlo. En una ocasión, Alejandro Magno, el gran conquistador de Macedonia, fue a visitarlo y supo de una profecía que afirmaba que aquél que lograra deshacer el nudo llegaría a ser rey de Asia. Alejandro desenvainó su espada y cortó el nudo: y la profecía se cumplió, pues Alejandro llegó a gobernar en gran parte de Asia.

Como ven, Alejandro no se andaba con cuentos: deshizo el nudo a su manera. En memoria de este episodio, cuando se tiene una dificultad muy grande puede decirse que eso es “un nudo gordiano”.

84. Lola y el fantasma

Cuando el capitán volvió en sí, tuvieron que convencerlo de que efectivamente no había ningún fantasma en el dormitorio. Luego, él contó a Lola y al abuelo los terribles sucesos que lo habían llevado a abandonar su casa en medio de la noche.

–Mi torre se ha vuelto inhabitable –concluyó–. Ya no tengo hogar.

–Exactamente –dijo Lola–. Eso mismo dice el periódico. Que mucha gente ha tenido que abandonar sus casas porque ya no podían soportarlo.

El capitán Jonás, con la mirada absorta y melancólica, murmuró:

–Tener que dormir debajo de un puente...

–¡Cómo crees! –dijo el abuelo–. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, capitán. Desde luego, puedes contar conmigo. Y con Lola también, ¿verdad?

–Claro– dijo Lola.

Pero el capitán Jonás se limitó a menear tristemente la cabeza.

–Un *sin techo* –dijo–. ¡A mi edad! Un vagabundo solitario que va pidiendo limosna de puerta en puerta...De noche durmiendo en algún establo y de día recorriendo carreteras llenas de barro...



–¡Cómo crees! Todo se arreglará –dijo el abuelo–. Encontraremos una solución. ¿Verdad, Lola? –Claro –asintió Lola.

–Escucha –dijo el abuelo–. Si ya no puedes vivir en tu torre, te vienes a vivir con nosotros. Muy sencillo. ¿Verdad, Lola?

–Claro –asintió Lola de nuevo.

–Y Lola te dejará su dormitorio.

–¡Ni hablar! ¡Ni lo pienses! –gritó Lola.

–Cómo eres, Lola –dijo el abuelo–. ¿Qué te cuesta hacerle ese pequeño favor al capitán?

–¡Que duerma en tu habitación!

–Yo renunciaría a ella con gusto; tú lo sabes, Lola –dijo el abuelo–. Pero seguro que la abuela no estaría conforme.

El capitán Jonás se puso de pie.

–Ni una palabra más –dijo–. He comprendido. Si a nadie le molesta, pasaré esta noche fuera, en la escalera. Cuando amanezca, ya no estaré aquí.

Pobre capitán. A la hora del hora, nadie quiere dejarle su cuarto. ¿Qué le habrá pasado? Vamos a tener que leer el libro para enterarnos.

Ole Könnecke. *Lola y el fantasma*. México, SEP–SM, 2003,

85. El hombre lobo

Hace más de mil años, durante el reinado de Egberto el Sajón, vivió en Bretaña una hermosa joven que se llamaba Isolda.

Todo mundo admiraba su bondad y su belleza. La muchacha tenía multitud de pretendientes. Pero, Isolda había entregado su corazón al conde Haroldo, un joven apuesto y valiente que amaba a la bella Isolda más que a su propia vida y con la que pronto iba a contraer matrimonio.

Pero había otro hombre, llamado Alfredo, que estaba locamente enamorado de la muchacha. Alfredo era el lugarteniente de Haroldo, y sentía unos celos terribles de su señor. Un día lo vio ensimismado, pensando. Se acercó a él y le dijo:

–Veo que está usted preocupado, señor conde, y me atrevería a decir que es por el retraso de su boda con Isolda. No entiendo por qué no se decide usted a casarse de una vez. ¿Acaso lo retiene la maldición del viejo Sigfrido?

–¿Qué sabes tú de mi abuelo? –preguntó Haroldo.

–Lo que cuenta la gente –contestó Alfredo–. Pero, ¿por qué palideció usted ante la sola mención de su abuelo?

–Cuando era pequeño –dijo Haroldo–, mi abuela me contó unas historias que quedaron grabadas en mi mente para siempre.

Su abuelo, había sido un hombre cruel y violento, sobre el que había caído una terrible maldición. Se contaba que un espíritu diabólico se había apoderado de él y lo obligaba a ejecutar actos atroces. La leyenda decía que la maldición caería sobre sus descendientes.

El espíritu del viejo conde había permanecido adormecido durante casi un siglo, pero en cualquier momento podía despertar en la sangre de su nieto Haroldo. Algo más que había quedado de la leyenda del viejo era una extraña arma que le había regalado una hechicera: una lanza corta de acero, que conservaba intacto su brillo original, a pesar del paso de los años. Se decía que su punta jamás podría perder el filo.

Isolda, que amaba ciegamente al conde, aceptaba de buen grado todos sus pretextos, pero las escapadas de Haroldo eran cada vez más frecuentes y prolongadas, por lo que la muchacha pensó que su amado podría estar cortejando a otra mujer.

Por las mismas fechas, una horrible bestia había comenzado a asolar la comarca. Las gentes decían que se trataba de un hombre lobo que devoraba a sus víctimas en las noches de luna llena. Decían que tenía aspecto humano durante el día, pero cuando se ocultaba el sol se transformaba en un lobo y sembraba el terror por donde pasaba.

Eugene Field, "El hombre lobo" en Steven Zorn (comp.), *Relatos de monstruos*. México, SEP-Limusa, 2004.

86. Frankenstein

Tengo que darles un chisme: Frankenstein NO es el nombre del monstruo que está hecho con partes de cadáveres y que casi todos ya conocemos. Frankenstein es el nombre del doctor que arma al monstruo y consigue darle vida, según esta novela de ciencia-ficción de una escritora inglesa, Mary Shelley.

En una oscura noche de noviembre concluyó el largo proceso de mis estudios y vi al fin el resultado de mi trabajo. Atrás quedaban los días y noches sin dormir y sin abandonar el laboratorio, salvo para procurarme los libros y los utensilios que requerían mis experimentos.



Todo había comenzado cuando apenas tenía quince años. Retirado en una casa de campo a donde solía ir con mi padre durante los periodos vacacionales, un día tuve la ocasión de contemplar una tormenta eléctrica. Avanzaba desde detrás de las montañas, retumbando como si los cielos fueran a resquebrajarse; yo permanecí inmóvil, observando cómo se aproximaba, con una mezcla de pánico, curiosidad y placer.

De repente, un rayo pulverizó un viejo roble que se levantaba frente a mi ventana. De esa experiencia nació mi interés por la electricidad. Mis estudios posteriores en medicina, ciencias naturales, química y física me permitieron aprender las oscuras leyes que gobiernan la Naturaleza, pero mis ansias no se detuvieron aquí.

Más allá del mundo físico, mis intereses y aspiraciones se dirigieron hacia los rincones más recónditos del alma humana.

Para mí el mundo era como un enorme secreto que yo debía descubrir, como un antiguo emblema cuya solución me estaba reservada.

Mi inquieto espíritu científico hizo que me preguntara por la fuente de la energía, por el misterio del origen de la vida, pero, para comprender las causas de la vida, primero debía desentrañar las razones por las que se corrompe el cuerpo humano. A través de la electricidad logré dominar el paso de la vida a la muerte y la hasta entonces inaccesible transformación de la muerte en vida. Por la expresión de tu rostro, mi querido amigo, puedo deducir qué te gustaría que te revelase los detalles de mi hallazgo; pero mi historia te convencerá de que la humanidad entera agradecerá mi silencio.

El caso es que para demostrar científicamente la tesis de mi descubrimiento decidí traer a la vida a un ser hecho a partir de materia muerta.

87. Trabalenguas

Un día, los amigos de Derek, que se habían reunido en su casa para jugar y divertirse, se quedaron sin televisión y computadora y menos aún, video juegos, porque se apagó la luz y entonces todos se inquietaron pensando que se iban a aburrir si no tenían en qué entretenerse, y como ya era tarde, a punto de anochecer, tampoco podían salir al jardín a jugar futbol o subirse al brincolín o andar en bicicleta.

—¿Qué vamos a hacer?

—Preguntaron.

—Juguemos a las adivinanzas, dijo uno.

Y el otro respondió:

—No, ya me las sé todas.

—A ver, ¿quién se sabe más canciones?

—No, yo no me sé ninguna.

—Ya sé,— dijo Derek—, ya sé: ¡a los trabalenguas!

—¿Cómo es eso? —dijo un niño que no los conocía.

—*Como poco coco como, poco coco compro*— le dio una probadita Derek—.

A ver, repite.

Y el niño no pudo porque no estaba acostumbrado a desenredar la lengua de esa manera.

—Yo me sé éste, dijo otro niño:

Pablito clavó un clavito
en la cabeza de un calvito.
En la cabeza de un calvito
un clavito clavó Pablito.

Y aunque los niños trataron de repetirlo, la lengua se les atoró a algunos entre los dientes, pero pudieron destrabarla, aunque de ahí en adelante, como los trabalenguas se volvieron más complicados, se les empezó a enredar la boca.

–A ver, repitan éste –Recordó Derek uno que le había enseñado su abuelo:

Tres grandes tigres tragaban
tres gruesos trozos de grasa
y tres hombres los buscaban
con ganas de darles caza.

Tres tristes tigres tragaban
trigo en un trigal.

En tres trastos trozados
tres tristes tigres
trigo trillado tragaban
de un trigal,
tigre tras tigre
tigre tras tigre
tigre tras tigre.

Uno de los niños que intentó repetir lo que Derek decía, ya no pudo volver a hablar porque la lengua se le trabó entre una lengua y un colmillo, y al tratar de sacarla se le volteó totalmente y le tapó la boca.

Porque algunos trabalenguas son capaces de enredarse para siempre en la boca y ya no le permiten al que se equivoca recuperar su lengua. Así que hay que empezar poco a poco a entrenarse.

Conviene empezar, por ejemplo, con “Abracadabra, patas de cabra”, o bien con:

Erre con erre cigarro,

rápido ruedan los carros

erre con erre barril

cargados de azúcar del ferrocarril.

Una vez entrenada de esa manera, tal vez la lengua pueda salir sana y salva de algo más difícil:

Poquito a poquito

poquitas copitas

Copete empaqueta

en este paquete.

Y ya en esas condiciones, atreverse a repetir:

Érase una vieja

vieja y sorda,

teca, meca, chiribingorda,

tampoco sus hijos hubieran sido

vieja y sorda.

tecos, mecos chiribingordos,

Si la vieja no hubiera sido

viejos y sordos...

teca, meca chiribingorda,

88. Canción del que no sabe Geografía

¡Ay, mi madre! ¡Ay mi tía!
No sé ni jota de Geografía.
¿Dónde queda Singapur,
para contratar un tour?
¿Dónde queda Guadalquivir,
que yo quiero un souvenir?

Lará, lará, lará.
Me da igual si viene o va.
Leré, leré, leré.
Que me inviten a tomar té.
Lira, lira, lira.
Es más lo que obtuve que lo que di.
Loró, loró, loró.
Por qué diablos canto yo.
Lurú, lurú, lurú.
Es mejor que cantes tú.

(Pero volvamos a la canción, para no
perder el ton...)

¡Ay, mi madre! ¡Ay mi tía!
No sé ni jota de Geografía.
¿Cómo es la forma de una bahía,
para visitarla un día?
¿Cómo distinguir un fiordo?
¿Petiso, alto, delgado, gordo?

Lará, lará, lará.
Todo, todo igual me da.
Leré, leré, leré.
No quiero perder la fé.
Lirí, lirí, lirí.
Díganme, nomás, que sí.
Loró, loró, loró.
Díganme, nomás, que no.
Lurú, lurú, lurú.
Que la vaca diga mu.

(Y no volvamos a la canción,
que ya las siete son...)

Oche Califa, "Canción del que no sabe Geografía" en *Para escuchar a la tortuga que sueña*. México, SEP-Colihue, 2006.

89. Relatos de terror

Hacía tiempo que la Muerte Roja devastaba el país. Nunca hubo peste tan mortífera ni tan horrible. La sangre era su emblema y su sello; el rojo horror de la sangre. Se sentían dolores agudos y un vértigo repentino, y luego los poros exudaban abundante sangre, hasta acabar en la muerte. Las manchas escarlatas en el cuerpo, y sobre todo en el rostro

de la víctima, eran el estigma de la peste; en cuanto se mostraban, todos se alejaban, nadie sentía compasión por sus congéneres. En media hora se cumplía todo el proceso: síntomas, evolución y término de la enfermedad.

Pero el príncipe Próspero era intrépido, y quería seguir siendo feliz. Sus dominios ya estaban medio despoblados, cuando un día llamó a su presencia a un millar de amigos sanos y joviales de entre las damas y caballeros de su corte, y con ellos se recluyó en el apartado retiro de una de sus abadías amuralladas. Era un conjunto de edificios amplio y magnífico, concebido por el gusto excéntrico del propio príncipe. Lo rodeaba una alta y sólida muralla con portones de hierro.

Una vez dentro los cortesanos, se trajeron fraguas y enormes martillos y se soldaron los cerrojos. Decidieron que no hubiese modo alguno de entrar o salir. Había abundancia de provisiones. Con tales precauciones los cortesanos podían desafiar el contagio. Que el mundo de fuera se ocupase de sí mismo. Mientras tanto, era estúpido lamentarse o pensar. Había bufones, trovadores, bailarinas, músicos, belleza, vino. Dentro había todo eso, y también seguridad. Fuera estaba la Muerte Roja.

Fue hacia el final del quinto o sexto mes de su encierro, y mientras la peste se cebaba con furia en el exterior, cuando el príncipe Próspero ofreció a sus mil amigos un baile de máscaras de rara vistosidad.



Aquel baile fue un espectáculo voluptuoso. Pero permítaseme hablar primero de los salones en que se celebró. Eran siete: todo un ámbito imperial.

¿Qué sucedió en este baile? ¿Alguien ya leyó este libro? Si no es así, que alguien lo lea, por favor, y que nos lo diga.

90. Explorador de Monte Albán

En esta lectura vamos a escuchar a un niño, el hijo de un arqueólogo que está explorando Monte Albán, la antigua ciudad de los zapotecas, muy cerca de la actual Oaxaca.

Esa noche cenamos tarde porque estuvimos esperando a mi papá, pero él no llegó; mi mamá dijo que seguramente seguía en Monte Albán y qué mejor nos fuéramos a dormir. Estaba muy seria, casi no quería platicar; así se pone cuando está preocupada y lo mejor es no molestarla; por eso nos fuimos a nuestros cuartos sin protestar mucho, aunque nosotros también estábamos un poco preocupados. La verdad es que yo estaba muy nervioso y no quería estar solo. Le dije a mi hermano que jugáramos a algo, pero no quiso, y como no me podía dormir, me salí al balcón de mi cuarto a ver pasar gente.

Ahí estaba cuando un taxi se estacionó frente a nuestra casa, se abrió la puerta de atrás y mi papá bajo cargando una caja.



Me metí rápido al cuarto para que no me viera y cerré la puerta del balcón. Escuché que subía corriendo las escaleras y que llamaba a mi mamá; platicaron mucho rato y aunque mi papá hablaba bastante fuerte, yo no podía entender bien lo que decía porque tenía cerrada la puerta de su cuarto. Ya me había acostado, pero como tenía calor, no me había tapado todavía. De pronto, oí que salían de su cuarto y que se acercaban al mío; no me dio tiempo de taparme, pero sí de hacerme el dormido, justo cuando abrieron la puerta.

“Sí, Alfonso, bájalo”, murmuró entonces mi mamá. “Será un recuerdo que lo acompañará toda su vida. Pero ¿No crees que es todavía muy chico? ¿No crees qué se asuste?” Y cerró la puerta. ¡Al pozo! ¿Me quieren bajar al pozo? Pensé alarmado. “No, no puede ser. Nunca nos dejan meter en donde están trabajando. ¿Por qué querrían bajarme al pozo?”

En una exploración arqueológica, los investigadores excavan en busca de restos que les permitan conocer mejor las civilizaciones antiguas.

Alfonso Caso, *Explorador de Monte Albán*, Ana Bonilla Rius ilus. México, SEP–SM, 2004.

91. La pata de palo, el parche negro sobre el ojo

Todos, en alguna época de nuestra vida, hemos sentido deleite y emoción leyendo las increíbles aventuras de los piratas: asaltos, abordajes, incendios, tomas de ciudades... y por nuestra imaginación pasaban las legendarias figuras de aquellos corsarios, de aquellos piratas, de aquellos bucaneros, de aquellos filibusteros con nombres resonantes llenos de hazañas, algunos de ellos con el ojo tapado con un parche negro, otros con una pierna de madera, generalmente con un loro hablador en el hombro.

Era el decorado de un mundo de fabulosas aventuras. Detrás de todo esto existe una realidad. Hubo una época en que los piratas impusieron su ley en la extensión del Mar Caribe, tuvieron una importancia extraordinaria y contaron entre sus hombres a personajes no menos pintorescos que los de las novelas y los cuentos, y que realizaron hazañas increíbles, en medio de su codicia, de su falta de escrúpulos y de su facilidad para robar, matar y destruir.

El testimonio de un cirujano–barbero

Tenemos documentos muy importantes sobre la vida y sobre la historia de los piratas del Caribe, y uno de los más interesantes es un libro que apareció en Europa a fines del siglo XVII, cuyo autor es un holandés que se llamaba Alejandro Oexmelin, que había sido médico.

El de médico es un título un poco pomposo. En realidad en esa época había lo que llamaban “cirujanos–barberos”, es decir, gente cuyo oficio principal era el de afeitar y cortar el pelo, y que también podían hacer una sangría, componer un brazo roto y curar una herida: de modo que desempeñaban las dos funciones, eran peluqueros, fundamentalmente, y luego componedores de huesos y sanadores de heridas.

Este hombre viajó y estuvo al servicio de piratas y filibusteros famosos durante el siglo XVII, y luego escribió un libro sobre los filibusteros del Mar de las Antillas, que es una de las fuentes de información más interesantes que hay. Filibustero viene del inglés “free booter”, que significa disponer el botín libremente.

92. Adorno y decoración

Hombres y mujeres usaban joyas en La Edad de Piedra. Hacían collares y pendientes de todo tipo de materiales y objetos naturales. Piedritas de colores brillantes, caracoles, huesos de pescado, dientes de animales, conchas, cascarones, nueces y semillas servían para hacer joyas. Luego se usaron ámbar semiprecioso, jade y cuentas de barro hechas a mano. Las cuentas se juntaban ensartadas en tiras de piel o de fibras naturales, para formar collares y pulseras.

Otras joyas eran pulseras hechas en trozos de colmillo de elefante o de mamut. Tiras de conchas y dientes servían como diademas. Las mujeres trenzaban y anudaban hacia arriba su cabello con peinetas y pasadores. Es posible que decoraran su cuerpo y delinearan sus ojos con pigmentos como el rojo ocre. También usaban tatuajes y se perforaban partes del cuerpo.

Decoración natural

Sabemos, por las pinturas de las cuevas y los grabados descubiertos, sobre la variedad de materiales usados en La Edad de Piedra para joyería. Las conchas tenían alto valor y algunas se vendían en lugares distantes. Otros materiales eran dientes de venados, dientes de marfil del mamut y de la morsa, huesos de pescado y plumas de aves.

El tocado de un guerrero consistía en dientes de jabalí y collares de conchas y huesos. Estos objetos tenían un significado espiritual para el hombre de La Edad de Piedra. Quien usaba estos adornos quizás creía que le daban la fuerza y el valor del animal del que se habían obtenido. El hombre de La Edad de Piedra creía que un collar con una garra de leopardo tenía un poder mágico.

Charlotte Hurdman, *Un viaje a la Edad de Piedra*. México, SEP–La vasija 2004.

93. Explorador de Monte Albán

Hace unos días leímos otro de los episodios de este libro: un muchacho, hijo de un arqueólogo, acompaña a su padre a la exploración de Monte Albán, la ciudad zapoteca, en Oaxaca.

Jamás voy a olvidar cuando mi papá se me quedó viendo y me preguntó: “¿Quieres bajar a la tumba, Alejandro?”

En ese momento mire mis calcetines llenos de cardos del monte, respiré hondo y pensé que si mis hermanos mayores ya habían bajado, yo no me podía quedar atrás.

—Sí, sí quiero —le dije.

Mi papá me tomó por las muñecas y sosteniéndome con los brazos extendidos me fue introduciendo por el negro agujero de cincuenta centímetros de diámetro. Suspendido en el aire, fui bajando dentro de un espacio vacío y oscuro hasta que mis pies tocaron el fondo. Quedé paralizado.



—¡No te muevas! Me gritaron. No tenía la menor intención de hacerlo: estaba totalmente pasmado y nunca habría dado un paso en aquella tenebrosa oscuridad. Mi corazón latía como loco y me retumbaba el pecho; por fin me bajaron una lámpara de mano atada a una cuerda y, cuando la encendí, la rueda de luz iluminó unos viejos muros de piedra aprisionados por raíces.

—¡No vayas a tocar nada! —alcancé a oír que me advertían desde la boca del agujero.

¿Habría muertos? Me pegué lo más que pude a la pared e iluminé a mí alrededor. Así era: a pocos centímetros de mis pies estaba un cráneo humano semicubierto de turquesas, con una afilada nariz de obsidiana, que me miraba con dos conchas redondas incrustadas en los huecos de los ojos.

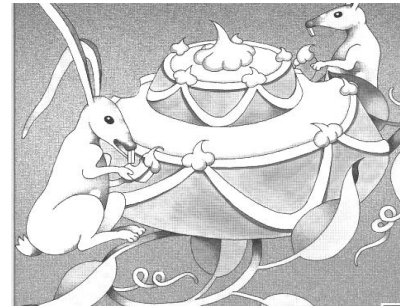
Alumbré el fondo de la tumba. Entre el fino polvo que cubría el suelo se veían, en confusión, huesos, perlas, turquesas y el reflejo amarillento de los objetos de oro. Moví la linterna y cerca de una esquina yacía un esqueleto con pulseras de oro y plata puestas en los brazos. En medio de la tumba vi una gran urna blanca y me sorprendió que se volviera traslúcida cuando la iluminé.

Traslúcida quiere decir que, sin ser transparente, deja pasar la claridad de la luz.

94. Gatos y ratonejos

No se sorprendan. Ustedes saben que en un cuento todo, todo, absolutamente todo puede pasar. Para gozar algunos cuentos hay que aprender a disfrutar un poco del absurdo.

Los gatos no sabían volar, pero decían que no era necesario, y así fueron a caza de ratonejos; vieron a un grupito en la hierba y se dijeron: “Ojalá sean rápidos, si no, nos vamos a aburrir. De pronto, mientras estaban pegados al suelo para resistir una furibunda ráfaga de viento, oyeron un svisscccc y vieron cruzar el aire, a tres metros de sus cabezas, a unos treinta ratonejos de orejas larguísimas. Cuando se recobraron de la sorpresa, los ratonejos habían desaparecido.



Ahora bien, eran gatos que conocían su oficio y se sentían capaces de agarrar ratones que tuvieran cualquier tipo de orejas, pero, ¿qué hacer con unos que en lugar de esconderse se echaban a volar?

No quedaba más que atraparlos cuando aterrizaran; pero parecía que el viento lo hacía adrede: cada vez que los cazadores avistaban a sus presas, se levantaba una polvareda, los gatos quedaban medio asfixiados y los ratonejos se esfumaban.

Entonces los gatos se dijeron que si los procedimientos acostumbrados no servían, habría que recurrir a algo diferente; por ejemplo, colocarse en la posición adecuada para que el viento los alzara, o adivinar dónde aterrizarían los ratonejos, o atraerlos a una emboscada; pero por más trucos que intentaban, ninguno les servía. Al final del día, cansados y hambrientos, se refugiaron en la cocina, con el firme propósito de retomar la caza los días siguientes.

Una mañana, salieron de casa. El sol brillaba, el viento acababa de calmarse y en la huerta las hojas se movían, pero no todas juntas, sino en pequeños grupos, aquí y allá, como si alguien caminara por debajo de ellas. ¿Alguien... quién?

Se agacharon para ver, y descubrieron una gran cantidad de deliciosos ratonejos, que comían ávidamente los frutos. Les entró la desesperación, se volvieron de un hermoso

color morado, se jalaban la nariz, torciéndosela hacía ambos lados, y levantaron las piernas medio metro, primero una y luego la otra, porque en su país era lo que se acostumbraba. Por fin, cuando se cansaron de esa gimnasia, decidieron que era inútil enojarse. Lo mejor era preguntar a los robots. Los robots iban y venían arriba abajo de día y de noche, observándolo y registrándolo todo, así que seguramente sabrían si era una costumbre de los ratonejos comer los frutos.

—Sí, señores —confirmó el robot—. Lo hacen a menudo, les gusta mucho. ¿Por qué hay tantos? ¿Por qué los gatos no los agarran? No pueden, no saben volar. ¿Entonces qué comen los gatos? Bisteces, los toman de la cocina.

Renata Schiavo, *El planeta de los ratonejos*, Vicent Marco, ilus. México, SEP-FCE, 2004.

95. Grandes maravillas del mundo

La forma piramidal ha inspirado a los constructores desde los tiempos más remotos, aún en culturas que no tuvieron contacto unas con otras, como las del norte de África y las de Mesoamérica.

A lo largo de un período de casi cinco mil años, las pirámides fueron erigidas como tumbas o centros religiosos. Éstas fueron las construcciones más altas creadas por dichas civilizaciones, por lo que la gente que las contempló en su esplendor debió haberse sorprendido de su tamaño. Su apariencia sencilla, pero impresionante, sigue fascinando a los arquitectos, y el siglo XX fue testigo del “renacimiento” del estilo piramidal en modernos hoteles y edificios de oficinas.

La capital del imperio mexica, Tenochtitlan (hoy ciudad de México), fue un centro de gobierno densamente poblado. En el centro de la ciudad existía un recinto rodeado de muros, que contenía muchos templos. El Templo Mayor era el más grande e importante. Aunque sus treinta metros de altura eran impresionantes, equivalía apenas a una quinta parte de la Gran Pirámide de Giza, en Egipto. En su cumbre existían dos templos. En el primero, dedicado a Huitzilopochtli, dios de la guerra y del Sol, se practicaban sacrificios

humanos para que el Sol se levantara. El segundo estaba dedicado a Tláloc, dios de la lluvia. Su culto era importante para asegurar buenas cosechas.

La ciudad de Uxmal, en la península de Yucatán fue construida por los mayas entre los años 700 y 1000 de nuestra era, y abandonada en el siglo XV. De acuerdo con la leyenda, la Pirámide del Adivino (que mide 39 metros de altura) fue construida en una sola noche por el dios hechicero Itzamná. Las investigaciones de los arqueólogos han revelado que en realidad fue construida en cinco etapas.

Ash Russell, *Grandes maravillas del mundo*. SEP-Planeta, 2002

96. El diablo de la botella

Quien tuviera la botella podía pedirle lo que quisiera al diablo que estaba dentro. Pero si no se deshacía de ella antes de morir, iría al infierno. Hoy veremos cómo sufre un joven matrimonio que se ama y que no puede vender la botella porque –se me olvidaba– la obligación es venderla más barata que como se compró: alguno de los dos tendrá que condenarse.

La tristeza se apoderó de su espíritu. Se sentaban de noche en su casa nueva, después de un día agotador, y no cruzaban una palabra; o de repente, el silencio se rompía con los sollozos de Kokua. Algunas veces rezaban juntos; otras veces ponían la botella en el piso y observaban toda la noche cómo se movía la sombra adentro. En esos momentos les daba miedo descansar. Pasaba mucho tiempo antes de que pudieran entregarse al sueño, y si uno de los dos dormitaba, era sólo para despertar y escuchar al otro llorando silenciosamente en la oscuridad; o quizás se despertaba y se hallaba solo, porque el otro había huido de la casa, para alejarse de esa botella, para pasear bajo los plátanos en el jardín, o para recorrer la playa a la luz de la luna.

Una noche Kokua se despertó, y vio que Keawe se había ido. Tocó la cama, y su lugar estaba frío. Entonces el miedo se apoderó de ella. Un poco de luz de luna se filtraba por las persianas. El cuarto estaba iluminado y podía verse la botella en el piso. Afuera, el viento soplaba con fuerza, los árboles de la calle gemían y las hojas caídas crujían en el balcón. En medio de esto, Kokua distinguió otro sonido; si acaso era de una bestia o de un ser humano, apenas podía saberlo, pero era un sonido tan triste como la muerte, y la

hería hasta el alma. Suavemente se levantó, entreabrió la puerta, y vio el jardín iluminado por la luna. Allí, bajo los plátanos, estaba Keawe, con la boca en el suelo, gimiendo.

Lo primero que se le ocurrió a Kokua fue ir corriendo a consolarlo; pero se detuvo. Keawe se había comportado delante de su esposa como un hombre valiente; ella no podía, en su momento de debilidad, entrometerse en su pena. Pensando en esto, regresó a la casa.

Robert Louis Stevenson, *El diablo de la botella*. México, SEP–Norma, 2002.

97. La energía

Prendes un apagador y tienes luz, producida con electricidad. Existen varias maneras de obtener electricidad.

La producción de la electricidad a partir de la energía solar se basa en el hecho de que cuando la luz incide en ciertos materiales, como el silicio, modificados con algunos átomos de fósforo y boro, algunos electrones saltan de sus órbitas y se produce una corriente eléctrica que se puede aprovechar. La electricidad producida es poca, por lo que este método se aplica sobre todo a uso doméstico o en lugares aislados. Aunque las instalaciones son relativamente caras, se amortizan en unos pocos años debido a que el combustible, en este caso la luz solar, es gratuito.

La luz solar incide o llega sobre unos paneles o laminillas formadas por células fotovoltaicas, es decir, sensibles a la luz y de esa manera producen electricidad.

Los paneles se orientan de manera que reciban la mayor cantidad posible de radiación solar durante todo el año; la energía eléctrica producida, pasa de ahí a otros dispositivos para poder ser utilizada.

El descubridor del efecto fotoeléctrico, en 1902, fue el húngaro Lenard, que lo descubrió en 1902, y en 1905 explicó la manera en que la energía contenida en la radiación luminosa actuaba sobre algunos metales, haciendo que se desprendieran electrones de ellos. Gracias a este trabajo recibió el premio Nobel de Física.

Y también gracias a su descubrimiento es ahora es tan fácil disfrutar de luz en la oscuridad.

Néstor Navarrete, *La energía*. México, SEP–Parramón, 2004.

98. A golpe de calcetín

A las seis de la mañana del día siguiente ya estaba de pie otra vez y con un sabrosísimo café negro entre las manos. Me sentía de tan buen humor que, a golpe de calcetín entre la bodega y la esquina, logré vender más de la mitad de los periódicos que me tocaban. La noticia, al parecer, era interesante para todos. Decía que a todos los trabajadores mexicanos que estaban en Estados Unidos los habían mandado de regreso a nuestro país. Me puse a imaginar que llegaba a México con sus maletas y sin un lugar donde pudieran ponerse a trabajar. Tendrían que dormir en el Zócalo o en la Alameda o en el Parque Lira, porque hay demasiados habitantes en la ciudad. Dice mi papá que casi un millón.



Pero la noticia más importante era otra, al menos para mí. En la segunda sección de *El Universal*, la de robos y asesinatos, encontré la fotografía de mi dizque papá, Teófilo Garduño. La noticia completa decía:

El señor Teófilo Garduño murió anoche en el Hospital Militar, luego de haber sido sometido a una segunda cirugía a corazón abierto. Como se recordará, el señor Garduño, junto con otro maleante al que aún no se identifica, asaltó el Banco de Londres y México la semana pasada. El botín, que todavía no aparece, fue de nueve mil pesos. Se continúa buscando al cómplice del ratero fallecido para que la policía pueda localizar el lugar donde se encuentra el dinero.

Hasta entonces supe que no se trataba de una broma y que los dos tipos tampoco estaban zafados de la cabeza. Aurelio tenía que ser ese otro ratero a quien buscaba la policía. Y la dirección que Teófilo Garduño había escrito en el reverso de la carta era, seguramente, la del lugar donde estaban escondidos los billetes. Mientras veía la fotografía en el periódico me temblaban las manos y las piernas, como cuando mi papá está enojado y me grita. Más o menos me acordaba de la dirección que había escrito Teófilo.

También recordé que la carta se encontraba en la bolsa del pantalón que le había regalado a Chucho.

La historia parece estar bastante enredada y el fragmento que acabamos de leer es de lo más sugestivo. ¿Cómo conocerla completa? Pues hay que buscar el libro, como siempre.

Francisco Hinojosa, *A golpe de calcetín*, Rafael Barajas, ilus. México, SEP-FCE 2001.

99. El mundo de las aves

Más de 5,600 de las 9,000 especies de aves que hay en la Tierra son pájaros, pertenecientes al orden de los Paseriformes (con forma de pájaro), que comprende a gorriones, golondrinas, aviones, mirlos, petirrojos, currucas, trepadores, cuervos, jilgueros, aves del paraíso, carboneros, ruiseñores, aves lira, alondras, canarios, urracas, tordos. Buenos voladores y excelentes cantores, tienen todos patas con tres dedos hacia adelante y uno hacia atrás, en un mismo plano, con las cuales andan bien por el suelo y se agarran mejor a las ramas.



Sus picos varían mucho, desde los gruesos de los que comen granos y semillas hasta los finos y cortos de los que se alimentan de insectos, incluyendo los curvados de algunos que son cazadores, los muy fuertes de los cuervos o los largos y curvos de algunos pinzones.

Sin duda es el grupo de vertebrados de mayor éxito del planeta.

En un grupo vamos a meter a aves muy diferentes que tienen que ver con el agua, para dar un rápido paseo por los 28 órdenes de las aves conocidas.

Más o menos acuáticas pueden ser los pingüinos, que son tan nadadores que han transformado sus plumas en unas muy diferentes a las demás aves para protegerse de las aguas heladas donde pasan casi toda su vida.

También contamos con aves capaces de nadar, flotando sobre el agua, e impulsándose con unas patas con membranas entre los dedos, como los colimbo, albatros, patos, gansos, cisnes, gaviotas, pelícanos, frailecillos, fragatas, todas ellas buenas pescadoras.

Pero también podemos incluir a diversas aves zancudas cuya vida depende del agua, donde capturan su alimento con el pico, mientras caminan con el agua por las rodillas. Se trata de cigüeñas, garzas, ibis, grullas, espátulas o flamencos.

También podemos meter en este grupo a una serie de pájaros de orilla como los chorlitos, zarapitos, andaríos o vuelve piedras y algunos nadadores como la focha y las gallinas de agua.

Y para completar la información nos falta el precioso martín pescador: un pequeño pájaro que desde una rama se lanza de cabeza al agua para capturar pequeños peces con una destreza increíble.

Como ves, el agua es el hogar de muchas de las aves que habitan la Tierra.

Grupo Edider, *Animalia. El mundo de los animales*. México, Pimakius, S.L., 2003.

100. Aventuras de La Mano Negra

Ésta es una lectura de suspenso, así que no se sorprendan si algunas cosas quedan en el misterio. ¡Atención!

La Mano Negra observó con desconfianza al hombre que leía el periódico al revés. De pronto Kiki jaló a Félix de la manga.

—¡El maletín!—murmuró al verlo, y miró de reojo las maletas que estaban enfrente de ellos—. Antes de que entrásemos en el túnel, ese hombre no tenía ningún maletín.

Cuando poco después se detuvo el tren, el primero en bajar fue el extraño viajero. Los cuatro amigos saltaron tras él.

—¡Hola niños! —gritó un hombre y les hizo señas con el sombrero. Era el tío de Rollo. Pero no le hicieron mucho caso, pues miraban al sospechoso que acababa de salir del andén.

—¡Miren el número de su maletín! —ordenó Félix.

Sólo entonces saludó La Mano Negra a su anfitrión y al cochero, que se llamaba Luis.

—Y ahora suban, muchachos —gritó el tío Pablo.

La Mano Negra no obedeció porque observaba atentamente al hombre del tren que abría la portezuela del coche.

Kiki pellizcó a Adela en el brazo y le guiñó un ojo. Luego dijo en voz baja:

—¡Esténse tranquilos! Yo sé dónde está el maletín.

Que el maletín del sospechoso estuviera precisamente bajo el pescante, el asiento del cochero, cerca de Luis, seguía extrañando a Rollo. Y todavía por la noche, ya en la cama, continuaba cavilando.

El reloj de la torre acababa de dar las 10, cuando oyó pasos fuera. Se levantó y miró por la ventana.

—¡Despierta! —siseó.

El resto de La Mano Negra se levantó.

—¿Qué pasa? —preguntó Adela, y bostezó.

—Luis, con el maletín —murmuró Rollo.

En seguida estuvieron todos completamente despiertos.

—¡Ponte los calcetines! —ordenó Félix.

Luego descendieron al piso de abajo. A los pocos pasos Rollo levantó la mano en señal de aviso.

—¡Allí, una luz!

A través de un agujero en el suelo salía una luz mortecina. Rollo se arrastró con cuidado y contuvo la respiración. Miró por la rendija y vio la habitación de Luis, que en ese momento estaba abriendo la maleta y sacaba una lata. Luego cogía una navaja y —¡zas!— levantaba la tapa. Luis echó el contenido en la mesa y comenzó a contarlo.

—¡Si yo pudiera ver qué cosas está contando! —murmulló Rollo.

También los otros miraron a través de la rendija del suelo y en último lugar lo hizo Adela. Cuando se levantó, se tocó la frente y suspiró:

—¡Ni se lo imaginan, muchachos! ¿Saben qué es lo que cuenta este individuo ahí abajo?

Si los miembros de La Mano Negra lo saben, ¡bien por ellos!, pero yo no lo sé, y me urge saberlo. ¿Alguien ya leyó el libro?

101. Todo está en la mente

Observa un espejo. ¿Qué ves? Un ser humano al que reconoces como tú mismo. Cada segundo que pasamos despiertos, sabemos que estamos vivos, tenemos un sentido del "ser" y sabemos que hay un pasado, un presente y un futuro. Este conocimiento, llamado conciencia, se produce en la mente. Contar con una mente es exclusivo de los seres humanos... ¿O no es así?

Mentes artificiales

Desde que se construyeron las primeras computadoras, a finales de los años 1940, los científicos han soñado con crear un cerebro artificial con pensamientos y sentimientos propios. También han querido equiparlo con un cuerpo sintético para crear un robot similar a un ser humano, que camine y hable por él mismo.

Hoy en día, la realidad es que hay muchos robots, pero la mayoría no se parecen a nosotros. Los encuentras en las líneas de producción de las fábricas haciendo trabajos aburridos y repetitivos que las personas no quieren hacer. Es bastante difícil hacer que un robot se mueva y piense como nosotros. Algunos científicos piensan que, algún día, computadoras mucho más poderosas harán posible que los cerebros artificiales imiten a los cerebros humanos.

Otros aseguran que es imposible, pues ninguna máquina podría imitar el funcionamiento de la compleja red de células nerviosas de un cerebro viviente.

Mente y personalidad

Durante cientos de años, la gente pensaba que el cerebro funcionaba como una máquina que recibía instrucciones desde una mente localizada fuera del cerebro, como un radio que recoge señales de radio.

Actualmente, sabemos que la mente es parte importante del cerebro y sus actividades. ¿Pero a qué nos referimos cuando hablamos de mente? La mente se compone de actitudes, inteligencia, sentimientos, reacciones y muchas otras cosas. Todas estas características de la mente difieren de una persona a otra, dándonos una personalidad única.

Richard Walker, *El cerebro: cómo funciona la materia gris*. México, SEP-Planeta, 2003.

102. Un viaje a Mesopotamia

¿Se acuerdan de Mesopotamia? Creo que ya hemos leído sobre esta región, que se extiende entre dos ríos —eso es lo que quiere decir su nombre— en el Asia Menor, donde floreció la cultura de Babilonia, y hoy en día corresponde a Irak.

La música instrumental y el canto tenían un papel importante en la vida de Mesopotamia. Los músicos entretenían a la corte del rey y tocaban en los rituales del templo. El rey Judea de Lagash escribió una obra erudita sobre música. La mayoría de las obras musicales que han llegado hasta hoy son himnos a dioses y reyes. Por ejemplo, sabemos que la hija de Sargón de Acad, que se llamaba nada menos que Enheduanna [*no estaría mal escribir estos nombres en el pizarrón*], compuso un himno al dios de la Luna, en la ciudad de Ur. La gente debió divertirse con la música, cantando y bailando en casa y en el mercado.

Un poema sumerio sobre la diosa Inanna y su amado Dumuzi cuenta que fueron a mirar a un hombre que cantaba y bailaba en la plaza pública. Aún hoy, músicos y narradores de relatos divierten a la gente en plazas de las ciudades del Oriente Medio.

El arpa y la lira eran dos de los Instrumentos musicales más populares en Mesopotamia. A veces se tocaban en cortejos fúnebres. En un relieve de terracota se muestra que el arpa tiene siete cuerdas, probablemente hechas de tripas de animal.

En un muro de un palacio se encontraron pinturas de músicos que tocan platillos, un tambor e instrumentos de cuerda. Había diferentes clases de tambores en Babilonia. Uno era el *balag*, que tenía la forma de un reloj de arena. Se usaba en rituales del templo para deleitar a los dioses. Otro era el *lilissu*, que se ponía en los patios de los templos y se hacía sonar cuando había un eclipse de Luna. También se tocaban flautas. Hace poco más de cien años se encontró un silbato babilónico de barro. Desafortunadamente, ahora está perdido.

Los músicos amenizaban festejos de victoria. En un relieve se muestra como tocan en la ceremonia para celebrar la victoria del rey Asurbanipal sobre el rey Elam. También tocaban en otros ritos, como el que se hacía después de cazar al león, cuando los reyes asirios ofrecían los animales muertos a los dioses.

103. Las brujas

Estoy seguro de que ya les ha tocado alguna otra lectura de este libro, tan divertido, que nos explica cómo son estos seres malignos:

Mientras ella estaba allí sentada, fumando su maloliente puro y charlando, yo no dejaba de mirarle esa mano a la que le faltaba el pulgar. No podía remediarlo. Me fascinaba y no paraba de preguntarme qué cosas espantosas le habrían sucedido aquella vez en que se encontró a una bruja.

Tenía que haber sido algo verdaderamente espeluznante y aterrador, porque, de lo contrario, me lo habría contado. Puede que le hubieran retorcido el pulgar hasta arrancárselo. O quizá le habían obligado a meter el dedo en una cafetera hirviendo hasta que se le coció. ¿o se lo arrancaron de la mano como se hace con una muela? No podía remediar el intentar adivinarlo.



—Dime qué hacen esas brujas inglesas, abuela.

—Bueno —dijo ella, chupando su apestoso puro—, su artimaña favorita es preparar unos polvos que convierten a un niño en algún bicho que todos los mayores odian.

—¿Qué clase de bicho, abuela?

—Muchas veces es una babosa —dijo ella—. Una babosa es uno de sus preferidos. Entonces los mayores pisan a la babosa y la apachurran sin saber que es un niño.

—¡Eso es absolutamente bestial! —exclamé.

—También puede ser una pulga —dijo mi abuela—. Pueden convertirte en una pulga y, sin darse cuenta de lo que pasa, tu madre echaría insecticida y adiós.

—Me estás poniendo nervioso, abuela. Creo que no quiero volver a Inglaterra.

—Sé de brujas inglesas —continuó ella— que han convertido a niños en faisanes y luego los han soltado en el bosque justo el día antes de que empezara la temporada de caza del faisán.

—¡Aug! —dije— ¡Y los matan!

—Claro que los matan. Y luego les quitan las plumas y los asan y se los comen para cenar.

Me imaginé a mí mismo convertido en faisán, volando desesperadamente por encima de los hombres con escopetas, girando y bajando, mientras las escopetas disparaban.

–Sí –dijo mi abuela–, a las brujas inglesas les encanta contemplar a los mayores eliminando a sus propios niños.

–De verdad no quiero ir a Inglaterra, abuela.

–Claro que no. Ni yo tampoco. Pero no tenemos más remedio.

Roald Dahl, *Las brujas*, Quentin Blake, ilus. México, SEP–Alfaguara, 2002.

I04. Un viaje a ... la Edad de Piedra

Durante la última glaciación, los clanes cazaban manadas de bisontes, caballos, renos y mamuts que recorrían la tundra y los pastizales. Al principio usaban hachas de piedra y lanzas de madera; luego hicieron lanzas con puntas de hueso y pedernal y empezaron a usar arcos y flechas que tenían mayor alcance.

A veces se atacaba directamente a los animales, y a veces se ponían trampas. Se podía cazar una manada entera haciéndola caer a un despeñadero. Éste era un buen método para obtener carne. Cuando los bosques se fueron expandiendo, se facilitó la caza con arcos y flechas. Para el año 12000 a.C., aproximadamente, los cazadores usaban perros domesticados para ayudarse en la cacería.

Cada parte del animal era útil. Para alimentarse, la carne se cocía o se conservaba seca. La piel se usaba para vestirse y la grasa para prender lámparas. Con huesos y cuernos se hacían utensilios y armas.

Los cazadores solían decorar sus armas con tallas de los animales que cazaban.

Tallaban figuras de animales como el mamut sobre huesos como el omóplato de algún animal.

Los cazadores actuaban en grupo para matar animales tan grandes que uno solo podía alimentar a una familia durante meses.

Las paredes de las cuevas del suroeste de Francia y el norte de España están llenas de pinturas, casi de tamaño natural, de animales que se cazaban en ese tiempo. Los antiguos

cazadores conocían las rutas de migración de los grandes mamíferos como el bisonte y el reno. Atacaban animales enfermos o débiles, o en momentos oportunos, en que no podían huir, como al cruzar un río. Hay una cueva en Francia donde por el año 16000 a.C. fueron pintados bisontes

Hoy, uno de los pocos animales que puede sobrevivir a los fríos inviernos de la tundra es el bisonte. Es corpulento y de piel gruesa, con espeso y peludo abrigo. En el último glacial, el bisonte representó un gran atractivo para los cazadores de Europa, Asia y Norteamérica.

Charlotte Hurdman, *Un viaje a ... La Edad de Piedra*, México, SEP–Correo del Maestro, La Vasija, 2009.

105. ¿Por qué ronca la gente?

Zzzzzz. Un zumbido llena la habitación. No se trata de una sierra; es alguien que duerme plácidamente y que hace un escándalo al roncar.

Mucha gente ronca. Algunos roncan toda la noche. Otros, de vez en cuando. En general, quienes roncan lo hacen cuando duermen boca arriba.

Quizá alguna vez has usado el tallo de una hierba para hacer un silbato. Cuando soplas en el tallo hueco, vibra y produce un sonido. Los ronquidos se producen de manera parecida. Al estar acostado, la gravedad empuja la lengua hacia atrás. La gravedad también afecta a otros tejidos blandos, como la pequeña masa carnosa que cuelga al fondo de la garganta y que se llama úvula —o *campanilla*, en lenguaje cotidiano—. Estos tejidos cierran parcialmente el paso del aire a los pulmones. Al ser inhalado, el aire entra rápidamente por la estrecha abertura y hace vibrar las partes blandas de la boca. Esto provoca los ruidos que hacemos al roncar. Algunas veces los ronquidos son tan molestos que se busca una solución médica para acabar con ellos.

Pedro Larios Aznar, “¿Por qué ronca la gente?” en *Los porqués de la gente*. México, SEP, 2002.

106. El maravilloso viaje de Nico Huehuetl a través de México

—Ahora, si eres valiente, la ballena te mostrará toda la Baja California.

El muchacho dijo que sí con la cabeza. No se sentía nada valiente, pero tenía muchas ganas de ver aquella tierra donde tan difícil era llegar.

Remando, remando, se acercaron más a la ballena, hasta que la barca le rozó el costado. Desde ahí parecía una montaña, tan grande era, tan inmóvil estaba.

—¿Ves? —dijo el pescador—. Está amansada. ¿Tienes miedo?

—No —contestó Nico.

Era mentira. Tenía miedo.

—Pues, ven.

El viejo agarró al muchacho y, ¿quién hubiese dicho que tenía tanta fuerza?, lo alzó encima de la cabeza de la ballena. Nico, espantado, quiso retroceder.

—Si te asustas, no haremos nada —advirtió el viejo.

—No —dijo Nico, resuelto.

Y se dejó izar. Quedó sentado sobre el morro de la bestia.

—Pase lo que pase, no te asustes —dijo el viejo—. No más abre bien los ojos y mira.

—Sí.

La ballena abrió el surtidor. Un chorro ancho, espumante, cogió a Nico por debajo y lo alzó. Entonces, sí que tuvo pánico al sentirse levantado de aquella manera.

Buscó desesperadamente donde agarrarse, pero sólo tenía a su alcance agua y espuma; agua y espuma, no obstante, que a su alrededor formaban una especie de baranda. Se dio cuenta de que estaba cómodamente sentado en el chorro tibio igual que sobre un cojín; que no le sucedía nada malo, y que iba subiendo, subiendo. Se tranquilizó. Recordó la recomendación del viejo: “Abre bien los ojos y mira”.

Miró. Casi debajo de él las olas batían la costa mellada del oeste del golfo: las rocas y una isla, a la derecha de Nico; playa y playa, punteadas de islotes, a la izquierda, hasta el horizonte.



Ya no se elevaba más. Veía la otra costa, la del Océano Pacífico que desde allí se extiende hasta el Asia. La Península de Baja California es como un dedo delgado y nudoso, el meñique de la América del Norte estirado sobre el mar. Vio que hacia arriba había montañas boscosas que iban bajando como gradas hasta las tierras llanas del sur. También al norte, en la costa del otro lado, vio dos puertos, dos ciudades.

Anna Murià, *El maravilloso viaje de Nico Huehuetl a través de México*, Felipe Dávalos, illus. México, SEP-C.E.L.T.A. Amaquemecan, 2002.

I 07. Pibe, chavo y chaval

Conocí a Fer y a Aldo sólo porque hablamos español. Al menos, eso creímos todos al principio. Y luego empezaron los problemas y las confusiones... Todo justo por eso, por hablar español.

Me explico. Todo comenzó en unas simples vacaciones en la playa, a las que yo no tenía nada de ganas de ir, además de que ya había hecho planes con mis amigos de la colonia para todo el verano. La playa puede ser muy divertida pero, después de dos días de arena y mar, como que necesitas un compañero para pasártela bien. Y con mi familia es medio imposible. Supongo que es lo malo de ser hijo único. Mi papá y mi mamá se la toman como descanso absoluto y ni de chiste se meten a la alberca o al mar; se la pasan tirados bajo una palapa, con lentes oscuros, embarrados de bloqueador solar y con los ojos pegados a uno de los miles de libros que transportan de un lado a otro.

A esa playa van muchos extranjeros, o sea, turistas de otros países que hablan alemán, francés, ruso y hasta chino, y es muy difícil hacer amigos. Al cuarto día yo ya estaba aburrido de construir castillos, de enterrarme solo en la arena y de pescar bolsas de plástico en el mar. Había explorado todos los rincones del hotel y nadado en la alberca más de mil kilómetros en todas las especialidades.

Intenté platicar con un niño más o menos de mi edad, pero como a mí no se me da el inglés y el gringuito no sabía más que decir. Gracias y por favor, la plática terminó a los

cinco minutos; por lo menos le enseñé a decir adiós y algunas groserías y maldiciones que pueden ser útiles algún día.

Yo no sé por qué siempre da curiosidad saber cómo se dicen las groserías en otros idiomas pero, por alguna razón, son las palabras más fáciles de aprender, aunque no las digas nunca.

A nuestro alrededor había casi sólo alemanes y coreanos. Tal vez iban en un paquete de esos que organizan las agencias de viajes en los que meten a mucha gente en los camiones para llevarla con un guía, que siempre trae un sombrero y un banderín, al que hay que seguir por todos lados.

Bueno, no nos enteramos que tiene que ver el hablar español con lo que leímos, pero podemos imaginárnoslo, si nos fijamos en el título de la lectura, porque para decir muchacho un argentino dice pibe, un mexicano dice chavo, y un español dice chaval. Creo que es una lectura muy divertida.

Ana Luisa Anza, *Pibe, chavo y chaval*. México, SEP-SM, 2004.

108. Doce

La lectura de hoy es continuación de la de ayer, ¿se acuerdan? Un chamaco en la playa, de vacaciones... Ahora lo vamos a ver de regreso en su escuela.

El primer día de clases después de las vacaciones más emocionantes de mi vida fue muy aburrido.

Aunque llevé mis ejemplares del periódico de la playa y pasé un buen rato platicándole a mis amigos sobre el tesoro, los malos y hasta mis pasos de baile en el escenario, la verdad es muy difícil volver de vacaciones y pensar que otra vez hay que hacer tareas y estudiar y ponerse el uniforme y...

Mi amigo Pablo, que es un *nerd* de las computadoras y siempre anda bien clavado con lo último de la tecnología, ya está planeando hacer una especie de lista de correos por internet para que nos podamos escribir con Fer y Aldo. Ya muchos del salón quieren tener amigos que hablen español, pero que vivan en otros países. Yo creo que con esto

podemos aprender muchas cosas distintas que no vienen en los libros... ni en los diccionarios.

Y justo en eso estábamos cuando se nos acercó un niño nuevo, no es que sea nuevo como niño, porque sería un bebe recién nacido, sino que es nuevo en esta escuela, de reciente ingreso sería lo correcto, supongo.

–Espero que no me tomen por averiguao –nos dijo–; oí que son fiebrúas de las computadoras, así que espero que lleguemos a ser buenos panas.

Pablo y yo nos miramos sin entender, y es que, aparte de las palabras, habla con un acento muy raro, mucho más que los argentinos o los españoles. Resulta que el nuevo, que se llama Hernando, aunque él se auto llama Helnando, porque no pronuncia bien la *r*, viene de Puerto Rico, Puelto Lico en su idioma.

–Y, ¿Qué te parece la escuela? ¿Y México? –le pregunté, como para empezar a platicar, porque se ha de sentir muy gacho cuando nadie te pela en una escuela nueva, y más en un país nuevo.

–La escuela está gufiá, todo chévere, lo único que extraño es la comida boricua...

Me late que la escuela será divertida este año.

Y habrá que empezar otra vez con las traducciones...

El español se habla en toda Hispanoamérica, las Filipinas, España, los Estados Unidos, Angola –en África–. Y en cada uno de esos sitios es especial. Ninguno es mejor que los otros. El que se habla en Colombia es tan bueno como el de Cuba o el de México, así como no es mejor el de los yucatecos que el de los sonorenses o los oaxaqueños.

Ana Luisa Anza, Pibe, Chavo y Chaval. México, SEP-SM, 2004.

109. La Primera Mujer

En el quinto mundo, que es en el que vivimos nosotros, había cuatro luces: blanca al este, azul al sur, amarilla al oeste y negra –la luz de la oscuridad– desde el norte.

Todo el mundo se quejaba de no tener suficiente luz para ver y trabajar, así que la Primera Mujer ideó un plan.

Cogió un enorme trozo de cuarzo y lo puso en una manta donde ella y sus ayudantes recortaron dos grandes ruedas de esa piedra.

El primero lo decoraron con turquesa, coral rojo y plumas de cuatro de sus pájaros: el cardenal, el pájaro carpintero, la alondra y el águila. Como querían colocarlo en lo alto del cielo, el Hombre de Fuego les sugirió que lo llevaran a la cima de la montaña más alta, desde donde lo engancharon al cielo con rayos zigzagueantes.

El segundo círculo se suponía que era el portador de la frescura, por eso lo decoraron con conchas blancas y polen amarillo y le pusieron las plumas de la urraca, el caracatey, el pavo y la grulla. Lo cogieron y lo llevaron a otra montaña para sujetarlo con rayos difusos.

El problema era que este Sol y esta Luna primitivos eran simplemente piedras y no podían moverse.

Entonces, dos sabios ancianos ofrecieron sus espíritus para dar vida a los círculos de cuarzo. Así que uno entró al círculo de turquesa y se convirtió en el portador del Sol, y el otro se adentró en el disco blanco y se convirtió en el portador de la Luna.

La gente estaba contenta. Pero la Primera Mujer aún tenía montones de astillas de cuarzo que le habían sobrado. Con mucho cuidado las convirtió en estrellas.

El coyote quería ayudarlo, y este animal no se caracteriza por ser paciente. La Primera Mujer le dio unas cuantas estrellas para que las colocara, pero el coyote se cansó enseguida de subir hasta el cielo para ir colocando estrella por estrella. Así que cogió dos extremos de la manta y lanzó hacia arriba todos los trozos de cuarzo que quedaban. Con eso se creó un gran arco que atravesaba de lado a lado el horizonte: la Vía Láctea.

“La primera mujer” en Mary Hoffman (comp.), *Cuentos del Sol, la luna y las estrellas: mitos, leyendas y tradiciones de todas las culturas*. México, SEP– Art Blume: Distribuidora Marin, 2007.

110. Mi comunidad

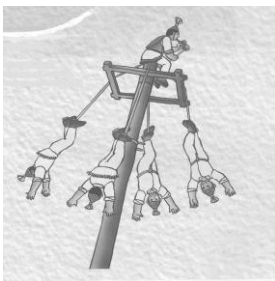
Vamos a leer a un niño indígena que nos cuenta cómo es su comunidad, el lugar donde vive.

Mi comunidad está formada por aproximadamente 80 a 90 casas; en comparación con las comunidades que existen alrededor, es la más pequeña. Pero se distingue por la naturaleza que la rodea.

Existen gran variedad de plantas, desde lo más pequeño hasta los árboles más altos, hasta de 20 metros y más, tales como: chalawites, cedros, carbonillos, ocotes, jonotes, naranjo, pavas, aguacates, encino, zapote cabello, zapote negro, chacal, entre otras.

Si seguimos avanzando por el bosque podremos contemplar la gran variedad de animales, tales como: víboras, coyotes, conejos, tejones, lagartijas, primavera, codornices, tordos, papanes, tuzas, zorros, armadillos, ardillas, onza, tortugas terrestres, y muchos más.

En mi comunidad, como en el municipio y en sus alrededores habitamos gentes indígenas tutunaku (totonaco), que en español significa “hombre de tres corazones”. Hablando un poco de la vestimenta de mis padres y los demás habitantes, utilizan los siguientes vestuarios: Los hombres utilizan camisa y calzón de manta, sombreros de plástico, y calzan huaraches de correa.



Las mujeres utilizan blusa bordada, enaguas blancas, fajas rojas en la cintura y en el cuello hasta la cintura el quexkeme, hacen trenzas con listones de diferentes colores y no utilizan calzado.

Mi localidad también se ha distinguido por sus costumbres y creencias muy antiguas, que nuestros abuelos y padres han venido conservando. Una de ellas, de las que más me gustan, es la fiesta patronal.

Esto se inicia el 19 de marzo, y se celebra de allí en adelante y no tiene fecha para finalizar, porque depende de la participación de la gente.

La fiesta es en honor a San José. Durante esta celebración participan diferentes danzas indígenas y para agrandar más la fiesta participan tríos, huapangueros, mariachis, jaripeos, carrera de cinta, pelea de gallos, juegos mecánicos, misas, quema de juegos artificiales y muchos adornos que cubren las principales calles.

“Mi comunidad” en Ivette González Parada (comp.), *Las narraciones de niños y niñas indígenas*, Sergio Domínguez y Héctor Castillo, ilus. México, SEP-DGEI, 2003

III. Canción de la Tierra

No hay nada más emocionante que el resplandor de una luz brillante en una noche oscura. Las primeras luces nocturnas fueron la Luna y las estrellas, que han dado lugar a suficientes historias como para llenar las páginas de centenares de libros. Si observas el cielo nocturno en el momento apropiado del año, podrás ver algunos de los signos del zodiaco, como el Cangrejo, el Toro y el Aguador. También encontrarás héroes griegos como Orión el cazador y Perseo, que mató a Medusa; animales como la Osa Mayor y Pegaso, y mujeres tan hermosas como sus nombres: Andrómeda, Casiopea y las Pléyades.

Fueron los babilonios los que pusieron nombre a la constelación del Dragón, un conjunto de dieciséis estrellas que rodean a la Estrella Polar. Si miras al norte en primavera podrás verla con su cola enrollada en torno a la Osa Menor, dirigiéndose hacia Hércules. El cielo nocturno está lleno de historias fascinantes.

Los seres humanos también tenemos nuestros propios fuegos nocturnos. Durante sus ceremonias rituales, los antiguos habitantes de las islas británicas y de muchos otros lugares usaban el fuego para hacer sacrificios. Hoy en día nos conformamos con los fuegos artificiales. En las grandes celebraciones como el Año Nuevo, nunca faltan los fuegos artificiales, un regalo tanto para los ojos como para el espíritu.

Mary Hoffman, *Canción de la Tierra*. México, SEP-Art Blume, 2001.

II 2. El vampiro vegetariano

Bice se había pasado la mañana en casa leyendo y tenía ganas de salir a dar una vuelta.

Cuervo se había ido "al lugar más adecuado para descansar en paz", según le había dicho riendo al despedirse, o sea, al cementerio, y no volvería en dos o tres días. Por una parte, Bice no quería salir sola; pero, por otra, no le hacía ninguna gracia la idea de pasarse varios días encerrada en casa, de modo que decidió dar un paseo por el parque.

Hacía una tarde cálida y soleada, y el parque estaba lleno de flores y aromas. Por un rato, Bice olvidó sus preocupaciones y paseó a la sombra de los árboles. Pero de pronto le pareció que un hombre la seguía a cierta distancia. Por su aspecto (alto, bien trajeado,

con anteojos oscuros) podía ser uno de los detectives de Van Helsing. Ella no tenía nada que temer de él; pero no podía permitir que la siguiera y averiguara dónde vivía Cuervo.

Súbitamente, Bice echo a correr, dobló a la derecha para salir del campo visual de su presunto perseguidor y se escondió entre unos matorrales, que la ocultaban sin impedirle ver lo que ocurría.

Esperó unos minutos, pero el hombre no apareció. Había sido una falsa alarma. Se disponía a salir de su escondite cuando aparecieron un niño y una niña de su edad y se sentaron en un banco que había justo al lado de los matorrales entre los que estaba agazapada. Bice decidió esperar un poco para no levantar sospechas; se iría cuando los niños estuvieran distraídos.

—¿Estás más tranquilo? —le pregunto la niña del banco a su compañero.

—¿Tranquilo? —exclamó él, regordete aunque sin llegar a obeso—. ¡No volveré a estar tranquilo en toda mi vida!

—No exageres, Tomi —dijo la niña—. No es para tanto.

—¿No es para tanto? —casi gritó él—. ¡Un maldito vampiro está a punto de chuparme hasta el tuétano, y tú dices que no es para tanto!

Al oír la palabra vampiro, Bice se estremeció y aguzó el oído para no perderse detalle de la conversación.

—Lucarda tuvo un trastorno momentáneo —dijo la niña—. Pero en cuanto le hablé, te soltó sin hacerte el menor daño.—¡Casi me rompe la muñeca! —protestó el niño—. Y el daño psicológico ¿qué? ¡No podré volver a dormir solo mientras viva! ¡Y tendremos que mudarnos de casa!

—No exageres, Tomi, cálmate.

—Claro, yo siempre exagero. A nadie le molesta tener un vecino vampiro, menos al exagerado de Tomi, que se asusta por cualquier tontería, como que intenten chuparle la sangre.

—Ya te dije que Lucarda es vegetariana; sólo toma sangre vegetal...

Al escuchar esto Bice se quedó tranquila y se fue a su casa.

Esto está muy misterioso y me mata la curiosidad, ¿a ustedes no?

Carlo Frabetti, *El Mundo inferior*. México, SEP-SM, 2006.

I 13. Palacetes y encajes de metal

Para la Primera Exposición Universal, que se celebra en Londres en 1851, el príncipe Alberto, esposo de la famosa reina Victoria, desea que se construya el edificio más grande del universo. Pero ni el tiempo ni el dinero permiten que se edifique con semejantes proporciones en ladrillo o en piedra. Se recurre entonces a un antiguo jardinero, Joseph Paxton, que ha diseñado unos invernaderos para albergar plantas de flores gigantes que flotan en el agua.

Paxton propone un almacén de metal con cristal. Esa catedral transparente de medio kilómetro de largo se monta en Hyde Park. La revista humorística Punch llama, en tono de burla, “Crystal Palace” (Palacio de Cristal) a este edificio. Y así se sigue llamando.

Rascacielos con esqueletos de acero

Tras las vallas, las excavadoras cargan la tierra en camiones. Una vez terminada la excavación, se hacen los cimientos del rascacielos. Luego se fabrican los pilares y los suelos colando concreto en las cimbras de madera, que contienen una armadura metálica. Las grúas, altas como jirafas, suben los materiales. Una vez terminado el esqueleto del edificio, éste se reviste con una piel de vidrio, de metal o de concreto.

Los rascacielos alcanzan cada día mayores alturas

La cima de algunos de estos edificios es tan alta que se balancea por efecto del viento. Un edificio de 300 metros de altura se puede desplazar 1.20 metros en la cima, causando a los ocupantes de los últimos pisos... ¡un buen mareo!

Un hogar sobre una cascada

“La verdadera arquitectura es poesía; un edificio es el más bello poema si mitiga las tensiones de la vida cotidiana dándole más valor, más sentido”, decía Frank Lloyd Wright. Este gran arquitecto norteamericano construye en 1936, en Pensilvania, una casa célebre en el mundo entero “Falling Water” (Casa de la Cascada). Tejados y terrazas se confunden, extendiéndose horizontalmente por el bosque.

Esta vivienda, con sus losas de concreto armado, que dominan osadamente la cascada, constituye una hazaña técnica. Cuando llegó el momento de quitar las cimbras, los

albañiles temieron que el edificio se derrumbara. El arquitecto agarró entonces un pico y liberó el hormigón de su molde de madera. ¡Y la casa se mantuvo en pie!

Béatrice Fontanel, *El arte de construir*. México SEP–Yolihue, 2004.

114. ¿Puedes hacer crecer el agua?

Entre las curiosidades físicas que presenta el agua, está la variación de su volumen según el estado en el que se encuentre.

Podríamos creer que un litro de agua ocupa el mismo espacio sin importar su estado: gaseoso, líquido o sólido. Haz esta sencilla prueba para salir de toda duda.

– Si tienes refrigerador en tu casa, llena una botella con agua hasta el borde y colócala dentro, sin tapa y en posición vertical. Luego de algunas horas, cuando toda el agua se congele, observa si el agua –ahora sólida–, sigue al ras de la botella.

– Si no tienes refrigerador, haremos una prueba recorriendo el camino inverso, es decir, llevando el agua de sólida a líquida. Coloca dos cubos de hielo dentro de un vaso de vidrio. Llénalo de agua hasta el borde del recipiente. Deposítalo sobre una mesa y espera hasta que los hielos se hayan derretido totalmente.

¿Qué sucedió con el nivel del agua?

En el primer caso verás que el agua sólida ocupa un volumen mayor que cuando se encuentra en estado líquido, simplemente observando que ocurrió en el cuello de la botella.

En la segunda situación, el fenómeno es el inverso. Comprobarás que, al derretirse los hielos, y ya que el volumen que ocupaban era mayor, el nivel del agua bajó un poco.

El agua pura, para pasar del estado líquido al gaseoso, necesita alcanzar una temperatura de 100° C a nivel del mar.

Hernán Sorhuet, *El agua nuestra de cada día*. México, SEP–Latinbooks International, 2006.

115. La casa imaginaria

Yo vivo en la buhardilla de un edificio muy especial que da al parque del Retiro, en Madrid, y, desde mi ventana, por una pendiente de tejados rojos y antenas parabólicas, se divisan las copas entrelazadas de los árboles, el brillo del lago donde paseamos en lancha y las luces del rayo láser que se proyecta de noche en el cielo cuando está abierta la discoteca.

Vine a instalarme en secreto a finales del verano, y no hay mucha gente que conozca la existencia de este refugio. Todo el mundo supone que vivo en una casa normal, con el frigorífico lleno de frasquitos de yogurt, y docenas de calcetines deportivos puestos a secar en el tendedero del patio; que mi madre me obliga a cepillarme los dientes, como corresponde a una niña de mi edad, y me prepara el desayuno antes

Pero yo nunca desayuno leche con miel. Un día tomo fresas y manzanas, otro pan de dulce, según lo que me encuentre cuando me levanto. Luego me voy a clase y nadie sabe de dónde vengo. Un día me baño en la regadera y me pongo la camiseta limpia, y otro no. Un día aprendo la lección de historia, y otro no. Esa es la ventaja de vivir en una casa como la mía. Puedes hacer lo que se te antoje. Y nadie te obliga a apagar la luz a la hora de dormir, ni a cerrar los balcones cada vez que hay tormenta.

Por eso prefiero pasar las tardes aquí, en vez de reunirme mis amigos a ver videos. Tampoco suelo asistir fiestas de cumpleaños; unas veces porque no me invitan y otras porque no tengo muchos amigos, esa es la verdad. Hasta que apareció Valentina nunca había ido al cumpleaños de nadie. El año pasado ni siquiera estuve en el mío.

Valentina nos llamó la atención cuando llegó al colegio porque es negra y en mi colegio no había alumnos negros. Llevaba el pelo recogido en una trenza que le colgaba hasta la cintura. Y el primer día se dedicó a esquivar los tirones de los muchachos con una habilidad que le granjeó la simpatía de toda la clase. No se enfrentó con ellos directamente. Se puso a hablarles de futbol y motociclismo, y se inventó que era amiga de ese campeón que sale en todos los periódicos. Ninguno consiguió jalarle la trenza y todos se quedaron tan contentos.

—Esta sí que es una muchacha con la que se puede hablar — comentaron—, no como Claudia.

Y es que yo enseguida me pongo furiosa porque no aguanto las injusticias. "Claudia es una antipática", dicen.

116. Un niño juguetero

La calle de Alfonso Herrera, en la colonia San Rafael, es tranquila. Los días la sorprenden con el sol mañanero, el que es fresco y aparece en las montañas poco a poco, con timidez. Pero las noches son diferentes. En el número 91 de esa calle, hay una casa cuya fachada es clásica, de los cuarenta: balcones, puerta central con medio arco, no cuadrada, como las hacen en la actualidad; ventanas pequeñas, pisos de madera y techos altos.

Decía que las noches son diferentes en esa calle. En esa casa, aparentemente, el tiempo pasa como en todas partes, pero no es así, allí las horas y los minutos, hasta los segundos parecen dar marcha atrás, como si las manecillas del reloj se movieran contra el tiempo. La Luna oculta sus verdaderas intenciones y la casa se remonta al pasado para revivir su tragedia.

Los vecinos dicen que oyen los pasos apresurados de un niño, pero eso no puede ser porque ahora alberga oficinas y durante el día sólo se escuchan los rumores de voces adultas, computadoras, en fin todo el ruido característico de una oficina; pero en la noche, todo cambia.

Con el silencio, únicamente se oyen los pasos cansados y tranquilos de don Facundo, el velador, cuya presencia anuncia con su linterna, cuando le da flojera prender las luces.

Si está arriba, oye aquellos pasitos que corren por la planta baja y si está abajo, las carreras se escuchan arriba.

Al principio se asustaba, se ponía nervioso, le sudaban las manos y prendía toda la casa. Así dejaba que las horas se desgranaran lentamente, sobre todo las de la madrugada, las más pesadas y largas. Don Facundo llegó a pensar que tenían más de los sesenta minutos de rigor y les tomó el tiempo. Efectivamente, las horas de la madrugada sólo tenían los sesenta minutos ordinarios, sin embargo, por su miedo y por sus nervios, parecían más largas.

Pero Don Facundo, con el tiempo, dejó de asustarse, se acostumbró tanto que a veces ni oía los pasos del chamaco.

Cecilia Colón, "Un niño juguetero" en *La Bailarina Del Astoria y otras Leyendas*, México, SEP-Plaza y Valdés, 2004.

117. El color de los animales

Muchos de los objetos coloridos más hermosos de la naturaleza son animales o se derivan de ellos; el color en los animales es tan importante como la supervivencia misma. Algunas especies, como los pavorreales, llaman la atención de su pareja desplegando los vivos colores de su cola; otras muestran sus colores para alejar a sus enemigos de su territorio.

El color blanco de los osos polares, de las alas de algunas mariposas y de las plumas de algunos animales se debe a que en el pelo, las alas y las plumas existen espacios con aire o grasa que dispersan la luz. Lo mismo sucede con el color de la nieve: no está pintada de blanco, es un fenómeno de dispersión luminosa.

Los ojos azules, la piel azul en la cara y ancas de ciertos primates y el azul de las plumas del pavorreal se producen por este mismo efecto. En el mundo animal el color tiene dos causas: efectos luminosos y presencia de pigmentos. Los colores iridiscentes muy comunes en los animales, se deben a la reflexión de la luz. Las alas de algunas mariposas, los tonos de arcoíris brillantes que se observan en las plumas del colibrí, de los faisanes y de los pavorreales y en la superficie de las perlas y las conchas de moluscos, este fenómenos es el mismo que se produce cuando observas contra el sol la funda de plástico de un disco compacto o un charco de agua con aceite en su superficie.

Glinda Irazoque, *La Ciencia y sus Laberintos*. México, SEP-Santillana, 2004.

118. Dama Dulce

Erase una vez una anciana llamada Dama Dulce que se pasaba los días trayendo niños al mundo y cuidándolos. Una nevada noche de invierno recibió la visita de un desconocido: un jinete vestido de negro le suplicó que fuera a cuidar de su hijo, pues la madre estaba enferma.

Dama Dulce estaba acostumbrada a esa clase de peticiones. Metió algunos de sus efectos personales en una maleta y subió al caballo detrás del jinete. La noche era tan oscura y el caballo tan veloz que Dama Dulce no tenía la menor idea de hacia dónde se dirigía.

Al rato llegaron a la casa del desconocido, una cabaña remota bastante acogedora, amueblada con sencillez. Un fuego ardía en la chimenea, de una de las vigas del techo colgaba una lámpara de aceite, y la mujer del desconocido estaba sentada en la cama meciendo a su bebé. Sus otros hijos se habían sentado en diferentes partes de la habitación y leían o jugaban tranquilamente.

La mujer enferma entregó el bebé a Dama Dulce, junto con una pequeña jarra de plata que contenía un ungüento con olor a almendras. “Si el niño se despierta, suavízale los párpados con esto”, le dijo.

Dama Dulce se instaló en la cabaña, y mientras mecía al niño, ayudaba a la madre en las tareas de la casa. Cuando el bebé se despertó, Dama Dulce le untó ambos párpados con una pequeña cantidad de ungüento.

En todos los años que llevaba cuidando niños Dama Dulce no había oído hablar de esta práctica. Los ojos del bebé estaban sanos, y no entendía por qué la madre insistía en que se le untaran los párpados.

Su curiosidad, sin embargo, se vio satisfecha. Un día, cuando nadie la veía, introdujo un dedo en la jarra y se untó un poco de aquel ungüento en el párpado del ojo derecho.

En cuanto lo hizo, la cabaña y sus habitantes se transformaron; era como si los muebles fueran de oro y el fuego de la chimenea ardiera en llamaradas de color azul; el bebé ya no era un querubín de rostro colorado: las orejas eran puntiagudas, los ojos verdes, y los dientes afilados; en la cabeza, en vez de cabello fino y suave, tenía ciempiés.

El desconocido que la había llevado a la casa se había encogido a la mitad de su estatura, y sus manos parecían garras. La madre también se había transformado, la cama en la que yacía estaba hecha de hierba y los niños, a su alrededor, tenían pezuñas en lugar de pies.

Si Dama Dulce cerraba el ojo derecho todo parecía normal, pero en cuánto lo abría volvían las espantosas apariciones. La aterrorizada mujer supo que para conservar la cordura, y quizás incluso la vida, debía salir de inmediato. Soltó aquello que sostenía, y se adentró en la noche.

Dama Dulce no volvió jamás a abrir el ojo derecho; lo selló con la cera de una vela y lo mantuvo cerrado, como la tapa de una tumba.

Brian Patten, *El gigante de la historia*. México, SEP–Océano, 2004.

119. Camino del Norte

Entre otras cosas, los árabes inventaron el cero —como los mayas— y el álgebra. El personaje de esta lectura es un muchacho que quiere ser matemático. Un muchacho nativo de Córdoba, una ciudad árabe de España. Aquí apenas vamos a conocerlo. Para saber si podrá cumplir sus sueños habrá que leer el libro completo.

La caravana viajaba sin prisa hacia el Norte. El sol poniente incendiaba de rojo la altiplanicie que se extendía hasta más allá del horizonte. La debían atravesar por completo.

Al caer la noche se buscaban refugios o se acampaba bajo las estrellas. Entonces los muleros, después de agrupar los animales en improvisados corrales, encendían hogueras para cenar y cantaban viejas canciones de amor que traían ecos de un pueblo que había viajado durante mucho tiempo por el desierto y había dormido bajo las estrellas de todo el mundo conocido.

José no se unía a los cantos; se sentaba contemplando la hoguera, con su tazón en la mano y, en ocasiones, se le llenaban los ojos de lagrimas. Nadie le decía nada. Los hombres de la caravana no lo conocían y él no había sido amistoso; su padre lo había confiado al jefe de la caravana con instrucciones muy precisas y sin decir el verdadero motivo de la partida del muchacho.



José llevaba un cinturón lleno de monedas de buena plata cordobesa pegado a la piel y cartas de presentación de Rezumando, el obispo de Córdoba, donde le darían posada y que en principio era su destino. Recordaba la reunión en su casa y la bendición de despedida del obispo:

“Los caminos del Señor son extraño, José Ben Alvar. Tienes que salir de tu patria y no serás un sabio maestro cordobés en las cuatro ciencias; no serás Sidi Sifr, el señor del Cero, pero tal vez te esté reservado un destino más alto. Acuérdate de Daniel en la corte de Nabucodonosor y de los otros personajes de la Biblia. Tú eres inocente, hijo; la bendición del Señor te acompañará.”

“¿Siendo espía?”, preguntó José.

“Tu conciencia te aconsejará lo mejor.” Había dicho su padre. “El cadí ha sido muy generoso al fiarse de tu palabra. Tu patria es Córdoba, hijo. Tú has nacido aquí, y aquí

nacieron tus abuelos y bisabuelos. El resto es política. Nosotros somos cordobeses; nuestra familia ha vivido en esta ciudad desde los tiempos de los antiguos romanos, más de lo que el más viejo puede recordar. No hemos querido nunca emigrar porque ésta es nuestra tierra, gobernarse quien gobernase. Día llegará en que podamos adorar a nuestro Dios libremente en nuestro país; también los romanos y los godos, en los primeros tiempos, perseguían a los de nuestra fe. Bajo los musulmanes nuestro pariente fue mártir por su fe en tiempos de Eulogio y ahora mi hermano goza de la confianza del Califa y es uno de sus embajadores en la corte de Bizancio; sin traicionar nuestra fe, siendo veraces y honrados, haremos lo que podamos para sobrevivir.”

María Isabel Molina, *El Señor del Cero*, Francisco Solé, ilus. México, SEP–Santillana, 2004.

I 20. Lindos gusanos, buenos gusanos



¡Arriba diablillos!, gruñó Shanta dando unos pasitos de tap con sus botas de hule. El blanco de sus ojos y dientes relucía contra la intensa oscuridad india de su piel. Estaba de mal humor.

¡Vamos, vamos!, dijo a los gusanos, que no querían oírla. Permanecieron en el suelo. Shanta se llevó la flauta de madera a los labios y tocó su melodía especial para encantar gusanos. La tocó con

gran sentimiento. Los gusanos no se dieron por aludidos.

Por encima del hombro, Crump le preguntó: “¿Por qué no te quitas, o te callas, o algo?” Hablaba con cierto enfado. Sentía que Shanta le estaba distrayendo a sus gusanos. Pero entonces su arrugado rostro, tan arrugado que sus ojos parecían estar siempre cerrados, se estiró para dar paso a una sonrisa de gnomo.

“¡Otro!”, exclamó. Sacó al gusano y contempló cómo se estiraba antes de mostrárselo a Shanta. Ella produjo un ruido rápido y violento con la flauta. Crump hizo una mueca: “No es tan bueno como las viejas varillas de metal”, les dijo mientras las ponía a vibrar.

Las varillas, casi tan altas como el mismo Crump, producían un sonido vago al vibrar; algo como “buruuump... purrum”.

Él las clavaba unos treinta centímetros en el suelo y luego las tocaba con los dedos. Los gusanos se volvían locos.

Desde muy lejos gritó Horrie: “¿Cuántos tienes, Crump?”

“Muchos. Más que tú. Muchos.”

“A que no.”

“A que sí, ven a ver. Trae tu frasco.”

Horrie Horowitz, tan gris y húmedo como el clima veraniego, adelantó el brazo y el pie derechos y echó a andar hacia ellos. Tenía once años, más o menos la misma edad que los demás, pero parecía de cien. Tenía los ojos grises, la cara gris, incluso su rubio cabello parecía cubierto de un polvillo grisáceo.

“No te imagino de bebé”, le había dicho alguna vez Jen. Ella era el cuarto miembro de los Eg, los encantadores de gusanos. “Debes de haber sido todo un espectáculo”, añadió.

“Lo era”, respondió Horrie. “Hay fotos. Yo en mi carriola. Algo cómico—espantoso, en serio.”

Horrie había inventado una máquina especial para encantar gusanos. Pagó treinta peniques en una venta de fierros viejos y así se había hecho de una lavadora de ropa Vibro Milagro Supersónica Acme. Se suponía que uno debía echar a andar aquella cosa, que parecía una pequeña nave espacial toda abollada.

¿Encantadores de gusanos? ¿Qué les parece? ¿Para qué? Tenemos que buscar el libro para no quedarnos con las ganas de saberlo.

121. Negocios curiosos

En la lectura de hoy vamos a ver cómo trabajan unos detectives juveniles, que se enfrentan a un crimen horrendo: engañar a los enfermos vendiéndoles medicinas que ya no sirven.

—¿Qué negocios? —le preguntó Horrie al señor Pollitt.

—Drogas —contestó Pollitt—. Pero no cocaína, ni inhalantes; no de esa clase de drogas que convierte a la gente sana en gente enferma. El señor Brasen anda en un chanchullo mucho peor. Él convierte a los enfermos en moribundos. Y a los moribundos en muertos.

—¿Cómo? —preguntó Jen.

—Les vende medicinas viejas que los matan en vez de curarlos.

—No entiendo —dijo Crump—. Uno compra las medicinas porque va al doctor, recibe una receta y luego, en la farmacia, te la venden.

—Enséñeles, sargento —dijo el señor Pollitt.

El sargento puso dos cajas de cartón frente a los EG. Las cajas parecían iguales. Ambas tenían una marca, Digitalinex, impresa en letras grandes sobre la tapa y en letras pequeñas a los lados.

—Tú tienes setenta y siete años —dijo el señor Pollitt apuntando a Jen con un dedo huesudo—; eres una viejecita simpática, con mucho por qué vivir; los nietos van a verte el domingo, pero tienes un problemita en tu corazón. “Oh, doctor, doctor —dices—, me dan unos dolores como si me hundieran un cuchillo en el pecho, ¡Me dan un miedo mortal!” “¡Ah! —dice el doctor— No podemos permitir eso, ¿o sí? ¡Aquí tiene, querida viejecita: Digitalinex! No deje de tomarse las píldoras y estará bien.” Así que se toma las píldoras y muere... porque las píldoras están vencidas. Son una farsa; no sirven.



—El doctor —siguió Pollitt— recetó las píldoras correctas. Un buen producto, hace maravillas. Y el farmacéutico hizo el pedido correcto a su distribuidor. Tantos paquetes de Digitalinex, en cajas como ésta —dijo el señor Pollitt alzando una de las dos cajas para que Jen pudiera verla—. Pero algo malo pasó a medio camino. ¿No es cierto? ¿Qué creen que pudo ser?

—Paquetes falsos —dijo Horrie.

–Con píldoras viejas –dijo Crump.

–Exacto, exacto –dijo el señor Pollitt–. Muy inteligente de su parte. Muy astuto. ¡Aprendices de detective!

Hablaba sólo para darse tiempo de decidir lo que diría después, pero Jen, en un arranque, bramó.

–¡No nos trate como simples... niños!

El señor Pollitt se le quedó mirando con las cejas bien arqueadas, lo que le formaba en la frente una docena de arrugas, y dijo:

–No, no lo hago. Ustedes no son simples niños. No para mí. Nosotros hemos estado haciendo la investigación al modo oficial, y ustedes las han hecho a su manera... pero vamos por el mismo camino. ¿No es cierto?

–Perdóneme si he sido grosera –dijo Jen–. Es que tengo tantas ganas de que Shanta vuelva.

Nicholas Fisk, *Los encantadores de gusanos*. México, SEP-FCE, 2004.

I 22. El espejo del viajero

Era un día de lluvia continua. Una lluvia fina y fría que no cesaba si no era para dar paso al granizo o a la nieve. No podía esperarse que la noche fuese mejor después de un día como aquél; antes bien, todo lo contrario, y así fue. Además soplaba tal ventarrón que hacía que andar por los caminos fuese una tarea trabajosa y desagradable. Tuve que bajarme del caballo y llevarlo de la rienda, porque el animal, desorientado por el viento y el agua, no se dejaba guiar en la negrura de aquella noche sin la más mínima luz de la luna. Si al principio era el animal el que tropezaba amenazando derribarme, luego era yo el que daba continuos topetazos, y solamente la fuerza del caballo y mis manos fuertemente asidas al ronزال impedían que me cayese y que no fuese más allá de meter una rodilla en el barro del camino.

Por la mañana, cuando me había puesto en marcha, pensaba que sólo me faltaban dos jornadas para llegar a mi destino y que ni siquiera una ausencia de siete años de andar por

aquellos caminos sería capaz de desviarme ni un paso de la dirección correcta. Y así había sido durante el día, que, aunque oscuro y desapacible, permitía avanzar con seguridad.

Después con la certeza de haberme perdido, solamente buscaba un cobijo para pasar la noche antes de que me extraviase por completo.

Procuraba caminar con la cabeza a la par de la del animal para protegerme del viento y del agua. De esa manera anduve mucho tiempo hasta que a lo lejos me pareció ver una luz. Fuese o no, me encaminé hacia ella. A medida que pasaba el tiempo, más seguro estaba que no era una fantasía producto de mi imaginación, porque siempre volvía a aparecer cuando los desvíos a que me obligaban los accidentes del camino hacían que la dejase de ver.

No tardé en situarme a una distancia de la luz que me permitió identificarla como procedente del interior de una casa. En cuanto bajase del cerro en el que me encontraba, ya sólo me separaría de su puerta un pequeño bosque de castaños.

Después de dejar atrás el último árbol, a veinte pasos escasos de la casa, me dirigí a la enorme puerta que, con el postigo abierto, dejaba salir una luz casi cegadora, parecida a la luz que debe salir por las puertas de la gloria, pero yo me hubiese acercado a ella aunque tuviese la certeza de que el resplandor procedía de las llamas del mismo infierno.

Xabier Puente Docampo, *Cuando de noche llaman a la puerta*. México, SEP–Anaya, 2008.

123. El cumple muertes (I)

Le gustaría poder recordar todo cuanto había hecho el día en que recibió la primera carta, pero hacia ya tanto tiempo que se le escapaban muchísimos detalles. Tampoco tenía ahora tanta importancia aquello. Lo ya pasado se iría con él para siempre; aciertos y errores formaban un todo indivisible que se llamaba pasado inamovible. Debería concentrar todas sus fuerzas en el tiempo que le quedaba por delante, y mucho más ahora que creía que ya le quedaba poco. Aquella mañana había recibido por tan extraño correo el mismo sobre sin remitente que le había llegado tal día como hoy del año pasado y del anterior. Era un sobre de los que se llamaban de luto, con una tira negra alrededor. Dentro, orlada igualmente de negro, una tarjeta y, atravesándola todo el texto “¡Feliz cumple muertes!” Abajo, en el ángulo derecho, la fecha.

Era el tercer año en que recibía esta tarjeta y sabía bien que ya no le quedaban más.

Todo había comenzado un día en el que al llegar a casa retiró del buzón un sobre que ya le había resultado extraño. Le traía recuerdos de la infancia, tanto porque era de luto, como por su propia textura. Era de los llamados de tela, que tenían efectivamente un tacto como de tejido fino. Lo abrió, y dentro, en papel de luto, pudo leer un texto escrito con letra bien formada, inclinada hacia la derecha y algo cursi en los trazos que subían y bajaban, y que decía:

Distinguido señor:

De la misma manera que la gente felicita a los amigos cuando cumplen años del día en que nacieron, le envío mi felicitación porque hoy es el aniversario del día en que va a morir. Le parecerá una broma, pero puedo asegurarle que no lo es. Se perfectamente que usted morirá un día como hoy (permítame que no le diga aún de que año, todo llegará). Sé que al principio esto podrá parecerle una mala noticia, pero una vez que usted se reponga de la sorpresa inicial y medite un poco, se dará cuenta de que esto es un privilegio, más que otra cosa, porque le permitirá poder hacer una preparación que a pocos les está permitida, ya que los hombres viven como si nunca fuesen a morir. Nada hay tan cierto y seguro para el hombre como la muerte; por tanto, cualesquiera otro acontecimiento que nos pueda suceder son mucho más ajeno a nosotros.

Permítame, pues, que me despida por ésta de usted, deseándole un feliz día de su cumple muerte.

Xabier Puente Docampo, *Cuando de noche llaman a la puerta*. México, SEP-Anaya, 2008.

I 24. El cumple muertes (II)

Ayer leímos sobre esa extraña carta que alguien recibe por su cumple muerte. Vamos a seguir esa historia.

Tomó la carta como una broma de mal gusto. La guardó para comparar la letra con la de los compañeros de trabajo para ver si descubría al poseedor de un sentido de humor tan macabro. Con todo tipo de excusas fue cogiendo muestras de letra de las personas que conocía y cada noche las comparaba con las de la carta, pero no pudo descubrir al autor.

Poco a poco fue olvidando el asunto hasta que un día llamaron a la puerta y se encontró a un hombre que traía un ramo de flores a su nombre. Venía atado con una cinta

en la que se podía leer: *No te olvido*. Aquello ya comenzaba a pasar de broma, porque seguramente se trataba de una broma.

Como no hubo más manifestaciones, pensó que el bromista se había cansado. De todas maneras, cuando se acercaba el mismo día del año siguiente, comenzó a ponerse nervioso. Andaba inquieto. Quería retardar el paso del tiempo, y todo lo hacía muy despacio: trabajaba, andaba, comía muy despacio...

Y llegó el día. No fue a trabajar y estuvo toda la mañana vigilando la llegada del cartero. Cuando lo vio venir fue a su encuentro.

Ya de lejos vio, entre las cartas que el hombre traía, que una de ellas venía orlada en negro. Sintió una cuchillada en el pecho. El cartero le entregó dos cartas, la del sobre de luto y otra. Cuando las cogió, las manos le temblaban.

Echó a caminar, casi a correr hacia su casa, y cuando estuvo dentro, se dejó caer en una silla mirando el sobre de luto. Le dio vueltas y vueltas sin atreverse a abrirlo. Lo dejó en la mesa y no pudo apartar los ojos de él. Se levantó y se puso a caminar por la casa, parándose delante de la mesa en la que había depositado el sobre, con los ojos fijos en él, como intentando adivinar su contenido para no tener que abrirlo. Varias veces pensó en romperlo sin abrirlo, pero no fue capaz de hacerlo.

Aquello no podía ser otra cosa más que una broma; nadie podía saber la fecha de la muerte de nadie a no ser que se tratase de alguien que quisiera matarlo y, si así fuese, ya se cuidaría de no avisarle, porque entonces él podría poner los medios para evitarlo.

Así que lo mejor era tirar el sobre al bote de la basura o abrirlo. Las cosas no podrían ser distintas porque lo leyese o lo dejase de leer. Lo abrió por fin. Contenía una carta en papel de luto, más corta que la primera.

Distinguido señor:

Por segundo año consecutivo me dirijo a usted para desearle un feliz cumple muerte. Sepa que ya sólo le mandaré otras dos felicitaciones, aunque no dejará de tener noticias mías y pruebas de mi presencia y vigilancia.

Que pase un buen día.

Xabier Puente Docampo, *Cuando de noche llaman a la puerta*, México, SEP–Anaya, 2008.

I 25. Una semana con el ogro de Cornualles

A cien leguas de Cornualles, vivían Bastián y Bastiana, una pareja de humildes e ingenuos campesinos, con un hijo llamado Crispín. A diferencia de sus padres, el pequeño Crispín no tenía nada de humilde, y mucho menos de ingenuo.

Cuantos lo conocía aseguraban que era tan digno y formal, que parecía hijo de un duque y, tan astuto, que bien habría podido engañar al recaudador de impuestos del rey.

Un domingo por la mañana, Bastián y Bastiana tuvieron que viajar a Cornualles para vender un ternero, y no se les ocurrió mejor idea, puesto que el viaje era largo y penoso, que dejar a su retoño al cuidado del vecino Cometodo.

“Ni hablar –protestó Crispín–, todo el mundo sabe que Cometodo es un ogro tan famoso que hasta sale en los cuentos.”

“Pero, ¡qué tontería! –respondieron sus padres–; en verdad tiene un aspecto poco agradable y, ciertamente, puede resultar algo huraño... La gente habla mal de él, pero no es conveniente prestar oídos a la maledicencia; es un buen vecino, y te quedarás con él hasta que regresemos dentro de una semana.”

En vano se quejó Crispín y adujo toda clase de razones. Sus padres no lo tomaron en serio y, pocas horas después, lo dejaron en el lóbrego caserón del ogro, quien a pesar de su aspecto nada tranquilizador, lo recibió amablemente y prometió cuidarlo hasta que volvieran sus vecinos.

El resto del día transcurrió tranquilamente, pero al llegar la noche, el siniestro hombretón puso a hervir una gran marmita y comenzó a afilar un descomunal cuchillo, al tiempo que cantaba con voz estentórea:

Es hora de cocinar, pues la luna va a salir.

Un niño voy a cenar, ¡y qué a gusto iré a dormir!

Al escuchar semejante atrocidad, el niño, en lugar de echarse a llorar o tratar de esconderse, como probablemente habría hecho cualquier niño, se dirigió al ogro, pues, naturalmente, se trataba de un ogro y le dijo, tranquilamente:

“¿Y con qué piensas guisarme, buen hombre?”

“¡Con longaniza! Yo sólo sé cocinar con longaniza.”

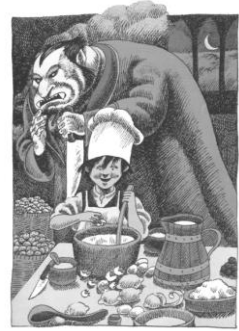
“¡Qué monstruosidad! –dijo Crispín– No me extraña que se te vea tan obeso.

“Es verdad, últimamente he engordado más de cien kilos... pero no sé guisar con otra cosa.”

“Sin embargo, tienes un jardín lleno de ciruelos. ¿Has probado alguna vez el excelente sabor de las maravillosas ciruelas?”

“No, pero vivo tan aislado, que, ¿Quién podría enseñarme a prepararlas?”

“Yo, naturalmente. No me eches en la olla. Déjame que te haga un buen aperitivo a base de ciruelas, y veamos cómo te sientes después. Pero tienes que acompañarme al jardín y ayudarme a traer unas cuantas canastas.”



Miguel Ángel Pacheco, *Una semana con el ogro de Cornualles*. México, SEP–Anaya, 2004.

126. Aquellos que vuelan

Cuando los españoles e internaron desde la costa en lo que ahora es Veracruz, México, se quedaron atónitos ante un espectáculo nunca visto. En la punta de un mástil de madera de entre 40 o 50 metros, un hombre se movía al ritmo de una flauta y de un tamborcito que el mismo ejecutaba, mientras que cuatro hombres pájaros con trajes de quetzales, águilas o garzas, se lanzaban al vacío amarrados con cuerdas; por fin, después de dar 13 vueltas—ni una más ni una menos— tocaban el suelo. Si bien algunos cronistas lo consideraron invención del demonio, aquellos que vuelan es una danza ritual que aún se practica en la zona de la huasteca.

Hoy en día, existen danzantes que presentan el espectáculo ante los turistas, como si fuera una acrobacia. Sin embargo, en la región de donde es oriundo, el rito se ejecuta paso por paso: El grupo de voladores y su capitán ayunan; luego van al monte y escogen el árbol apropiado; bailan alrededor y le piden perdón por su muerte; lo talan y le quitan las ramas y lo llevan frente a la iglesia. instalan el tecomate o manzana y el cuadro, que sirve de soporte giratorio como si formaran un carrusel; el trinquete, donde se impulsan los voladores, y la liana por donde van a subir.

Después alimentan el palo para que no se cobre con la vida de uno de los voladores y se planta en un pozo de alrededor de tres metros de profundidad: antes de lanzarse, cada volador se coloca hacia un punto cardinal diferente; el palo señala la quinta dirección: tierra cielo. Es un rito por la fecundidad del suelo.

Zoraida Vázquez, *501 Maravillas del viejo nuevo mundo*. México, SEP, 1994.

I27. Que no lo toquen ni las moscas

Ahora que estoy viejo debo confesarlo: yo fui un niño insoportable.

Sí, consentido, grosero y llorón. De esos que escupen, pican los ojos y muerden; que le levantan la falda a sus compañeras del salón; que rompen los juguetes ajenos, y también los propios si ya están aburridos; que se meten los dedos a la nariz; que hacen la tarea sólo cuando se les da la gana; de esos que se meten a la boca doce barras de chicle para después pegarlas en la cola de un gato o en el pelo de una niña gorda.

“Federico, me pegó un chicle en la cabeza”, solían acusarme señalando las pecas de mi nariz.

“¿Yo? –contestaba yo– No es cierto.”

Me encantaba tocar los timbres del vecindario y salir corriendo, romper vidrios con la resortera, y si se trataba de jugar con niñas les metía unos buenos pellizcotes, aplastaba sus pastelitos de tierra o pisaba sus muñecas. No era raro que alguien fuera con el chisme a mi mamá, pero al poco tiempo dejaron de hacerlo porque ella siempre contestaba lo mismo:

“Creo que usted está diciendo una mentira. Mi angelito no sería capaz de hacer eso.”

Y cuando se alejaba quien me había acusado, yo lo alcanzaba, le sacaba la lengua y le hacía una sonora trompetilla.

Yo era el rey de la casa, me compraban lo que quería, tenía un cuarto lleno de juguetes donde había desde bicicletas, balones y rifles de diábolos, hasta yoyos de todos los colores. Sólo comía lo que se me antojaba y, aunque era un glotón de lo peor, estaba tan flaco como una lombriz pues mi dieta era a base de pastelitos, dulces y refrescos de cola. Si a la hora de la comida me ponían un plato con sopa de verduras, yo decía:

¡Guácala!

De hígado encebollado:

¡Guácala!

De pollo:

¡Guácala!

Siempre contestaba lo mismo. Por si esto fuera poco, mis papás me cuidaban como a un tesoro: me traían arropado con un suéter, aunque hiciera calor, y desinfectaban cualquier cosa que tocara mi piel. No dejaban que se me arrimara ningún perro, a menos que estuviera vacunado, y estaban atentos de matar cualquier araña, cucaracha o mosca que se me acercara.

Este libro es la historia de cómo cambió mi vida y me convertí en un niño diferente.

Y, ¿cómo le habrá hecho? Porque un niño así es insoportable. ¿O no? ¿Quiénes de ustedes son insoportables? Por favor, alcen la mano.

Oscar Martínez Vélez, *¡Guácala!* México, SEP-SM, 2004.

I 28. ¡Casi medio año!

Me acabo de encontrar este cuaderno tirado en un sillón de la sala. Está vacío, parece nuevito. Ha de ser de la mensa de Mariana, que siempre está haciendo que mi mamá le



compre cosas y luego ni las usa. Como ayer: fuimos al súper porque faltaban unas latas de atún para hacer la cena y como de costumbre esta tonta empezó a berrear:

—¡Quiero ver las muñecas, quiero ver las muñecas!

Y mi mamá, que yo no sé por qué siempre le hace caso, me dice:

—Lleva a tu hermana a ver las muñecas en lo que yo escojo unas papitas.

—Bueno —dije, y me fui detrás de ella. Se estuvo media hora babeando con cada muñeca. Yo no sé qué chiste les encuentra; todas hacen puras cosas tontas. Algunas echan babas, otras lloran y otras hasta se hacen caca en los pañales. Qué asco, ni que fuera tan

divertido. Es más, no hace mucho, cuando mi mamá tenía que cambiarle los pañales a Mariana, ella ponía siempre cara de asco y yo corría lejos. Es que también los niños de verdad hacen muchas cochinas. Me acuerdo de una vez que fuimos a Acapulco, que por cierto fue la última vez que viajamos con mi papá. Llegando nos metimos a la alberca con todo y Mariana. Una señora gorda y pelirroja, que quién sabe quién era, se acercó a mi mamá y le dijo que si la dejaba cargar tantito a Mariana. Mi mamá se la prestó, y ella la levantó y se puso a zarandearla. Yo me le quedé viendo un rato, pensando en las cosas horribles que podían pasar, y justo cuando iba yo a avisarle que mejor no la zarandeara porque veníamos de la carretera, Mariana hizo unos ruidos con la boca y devolvió en la cara de la señora todo lo que se había comido en el camino. Eso sí que fue asqueroso. La señora gorda tenía vomitada toda la cabeza y aventó a mi hermana en el agua y casi se ahoga porque estaba muy chiquita y no sabía nadar. No es porque fuera chiquita, ahora es más grande y todavía no sabe. Claro que una buena razón es que no tenemos agua cerca para enseñarle.

Me acuerdo que mi mamá se enojó con la señora gorda porque por su culpa mi hermana estuvo a punto ahogarse; pero en ese momento pensé que yo también hubiera aventado a Mariana, porque es muy feo vomitar encima de las personas y de las albercas. Yo no pude volver a nadar ahí en todo el viaje, porque me acordaba de los pedacitos de comida que Mariana le había echado y me daban náuseas. A pesar de que vi que mis papás sí se metieron y a cada rato me decían: “Ven, ven, no seas payaso”, yo prefería irme a nadar al mar porque, aunque ahí también se hacen pipí, el agua se limpia sola.

129. Carta de Don Benito Juárez a su esposa Margarita

Juárez fue un magnífico esposo y un padre ejemplar. Hay una enorme ternura en las cartas que mandaba a su familia, mientras iba de un lado a otro para defender la República en contra del imperio de Maximiliano.

Villa del Paso, marzo 2 de 1866.

Mi estimada Margarita:

En el correo pasado recibí tu carta de 31 de enero con la de Beno y en el de anoche recibí la otra de 7 de febrero. He leído ambas con mucho gusto porque me dices que tú y nuestros hijos siguen sin novedad, y esto me tiene muy contento, como debes suponer.

He visto la carta que te escribió nuestro hermano Pepe, el que nos informa de la mala situación que guardan los traidores de Oaxaca cercados por nuestras fuerzas.

Creo que pronto quedará restablecido el orden en aquel estado. Cuando le escribas a Pepe dale mis memorias, lo mismo que a Candelaria y a la comadre Pérez.

Enseñé a Goytia el párrafo de tu carta en que me hablas de su familia. Recibe carta que le mandó Santacilia.

Quedo enterado de que te disponías ir a Washington. Romero también me lo anuncia diciéndome que pensaba darte un baile si lograba algunos fondos que estaba buscando. Sea que haya baile o no, me parece muy bien que vayas a visitar la capital de esa república. Ya me dirás lo que haya habido en tu viaje y visita.

Dile a mi Beno que he leído con mucho gusto su cartita y que me alegro de que se esté apurando en sus lecciones. Procura que esté siempre aseado. A nuestra Nela dile que veo con mucho aprecio sus letras y estoy muy contento con que María esté cada día más traviesa y encantadora. Cuídenla mucho, mientras tenga yo el gusto de tenerla en mis brazos. En fin, a las demás muchachas diles que no las olvido un momento y que no pierdo la esperanza de que pronto las estreche en mis brazos.

Tu esposo que te ama.

Mi primer diario. México. Número 20, SEP–Gobierno del Distrito Federal.

I 30. Los espíritus con aspecto de zorro

Había un pueblo en Japón donde todo el mundo creía que los zorros eran seres mágicos en quienes habitaban espíritus que disfrutaban engañando a las personas. El único que no lo creía era un hombre llamado Tokutaro, un ser repugnante que aprovechaba cualquier oportunidad para poner en ridículo las creencias de sus vecinos.

–Aunque fuera verdad que los espíritus viven en el cuerpo de los zorros, nunca conseguirían tomarme el pelo –alardeó este personaje.

Finalmente sus compañeros se hartaron de sus burlas y lo desafiaron.

–Si pasas una noche entera en los campos donde viven los espíritus con aspecto de zorro y no te sucede nada, te obsequiaremos durante un año con todo el vino y la comida que necesites –le dijeron–; pero si te ocurre algo y los zorros te engañan, entonces nos tendrás que pagar tú a nosotros.

Tokutaro aceptó el reto.

–Voy a pasar el mejor año de mi vida –dijo, y partió de inmediato a ganar su apuesta.

Al anochecer Tokutaro llegó a un bosquecillo de bambú que se estremecía y susurraba al son del viento. Vio cómo un zorro entraba en el bosquecillo y poco después vio salir a una joven, por lo que se preguntó si sería posible que al fin y al cabo los aldeanos tuvieran razón.

Las sospechas de Tokutaro habían empezado a despertarse, así que siguió a la muchacha buscando en vano la cola de un zorro. Poco después, la joven llegó a una minúscula casa de madera plantada en un corral lleno de esqueletos de pollo y de otras pequeñas criaturas que a los zorros les resultaban sabrosas. Fueron los huesos más que ninguna otra cosa los que convencieron a Tokutaro de que había estado siguiendo a un espíritu con aspecto de zorro.

Tokutaro aguardó a que la joven saliera, pero la espera acabó con su paciencia y entró bruscamente en la casa, donde halló a la muchacha y a sus padres junto a la chimenea.

Cuando le dijo a los sobresaltados padres de la joven que su hija era en realidad un zorro disfrazado, éstos intentaron echarlo de la casa, pero no pudieron competir con Tokutaro, quien los apartó de su camino y con un golpe derribó a la joven.

—¡Muéstrate tal y como eres en realidad! —gritó, saltando sobre la muchacha y moliéndola a patadas; su rabia era tal que acabó por matarla y, aun así, no se produjo ninguna transformación.

Ese hombre era una bestia, ¿no creen? ¿Quedará su crimen sin castigo? Al rato que salgamos voy a buscar el libro, porque quiero saber qué pasó.

Brian Patten, *El gigante de la historia*. México, SEP—Océano, 2004.

131. El día en que se perdió la inmortalidad

Las diferentes criaturas han terminado viviendo del modo en que lo hacen por causa de algo que les aconteció en el pasado. La paloma, por ejemplo, vive cómodamente en un palomar, alimentándose de semillas y yendo y viniendo a su antojo, porque la paloma ayudó a Noé cuando iba en el arca.

Otras criaturas no tuvieron tanta suerte en el pasado. Pensemos, si no, en la lechuza, el topo, la rana y la polilla. Hace mucho tiempo todas esas criaturas vivían juntas en un gran huerto, sin que les faltara de nada; sin embargo, una noche apareció un viajero pidiendo ayuda y ellas le ofrecieron una tienda de plata, a orillas de un río, que reservaban para sus invitados. Este invitado era bastante especial, pues llevaba consigo un frasco que contenía el elixir de la vida, es decir, la inmortalidad.

Hay quien dice que aquel extraño era un ángel; otros no están tan seguros de ello. Fuera como fuere, aquel hombre tenía el sueño muy agitado, y esa noche, sin saberlo, tiró su valioso frasco al río, y la inmortalidad se perdió para siempre.

A la mañana siguiente, todos se quedaron horrorizados al descubrir que el frasco había desaparecido, y sin saber que lo había arrastrado la corriente, se pusieron a buscarlo. La lechuza buscó entre ruinas acalladas por el musgo y en bosques tenebrosos, el topo excavó la tierra, la rana buscó en pozos húmedos y debajo de las piedras, la polilla escudriñó los armarios, mirando en las mangas de los trajes y en los pliegues de los

vestidos: Todos buscaron el elixir de la vida, pero ninguna de aquellas criaturas logró hallarlo. Por eso hoy por hoy todavía viven del mismo modo, todavía siguen buscándolo.

Brian Patten, *El gigante de la historia*. México SEP–Océano, 2004.

I 32. La maestra Sofía

Todos fuimos muy felices hasta hoy, que llegó la maestra Sofía y lo primero que dijo, sin saludar ni nada, fue:

–Saquen una hoja, vamos a hacer un examen sorpresa.

Nos lo dijo tan sonriente y amable que parecía que no se daba cuenta de lo trágico que era para nosotros. Para todos menos para José Manuel, que en lugar de levantar la mano y reclamar –como hicimos todos los demás, que somos personas normales–, sacó su hoja y su lápiz y nos dijo que nos calláramos, que los exámenes sorpresa eran un buen método para comprobar qué tan flojos éramos.

Yo odio los exámenes. Sobre todo cuando no sé cómo contestarlos. Además pienso que si la maestra quiere probar qué tan estudiosos somos, sería mejor que avisara, así nosotros podríamos estudiar y ella sería más feliz si no reprobáramos tanto.

Y yo, que ya había inventado un nuevo método para hacer trampa en los exámenes y no lo pude usar porque éste fue de improviso. El truco consiste en escribir en la goma la respuesta que uno está solicitando y pasarla a un compañero inteligente que no sea José Manuel porque él nunca sopla. El compañero inteligente escribe la respuesta del otro lado y manda la goma de regreso. No lo pude hacer porque mi lugar de siempre queda entre Javier y Luis Arturo, y no me dio tiempo de cambiarme de lugar. Javier es igual de estudioso que yo (o sea no mucho), pero Luis Arturo es el más burro de la clase, y creo que de la escuela y quizá hasta de todo México.

Nos dimos cuenta una vez que la maestra Sofía le preguntó qué era un ave canora y el muy bruto dijo que era una cruce de perro y ave. Todos nos reímos mucho y la maestra le dijo que no era eso, que pensara bien. Luis Arturo dijo entonces que un ave canora era un pájaro que viajaba en barco, y lo que pasa es que dijo a lo que le sonaba la palabra y se le

había olvidado que la maestra Sofía nos enseñó que a los pájaros que cantan se les llama aves canoras.

Hubiera sido yo muy idiota de pedirle a Luis Arturo las respuestas sabiendo las barbaridades que siempre contesta. Y me moría de envidia cuando vi a Edgar, que tuvo la suerte de tener sentada a María Esther junto a él; aunque María Esther es horrorosa, siempre le va bien en la escuela, y como está enamorada de Edgar, le pasó el examen completito. Claro que Edgar se tuvo que pasar el recreo sentado con ella, pero dice que valió la pena.

Mónica Beltrán Brozón, *¡Casi medio año!* México, SEP-SM, 2003.

133. Futbol y carreras

El futbol es uno de los deportes de mayor popularidad en todo el mundo. Surgió en Inglaterra y luego se extendió a otros países. En México fue introducido por un grupo de mineros ingleses que se establecieron en la ciudad de Pachuca, Hidalgo, a principios del siglo XX. Desde entonces se practica en todo el territorio nacional.

Identificamos a nuestro equipo favorito por los colores de su uniforme y por su escudo.

El pintor duranguense Ángel Zárraga, quien vivió en Francia durante muchos años, dedicó varios de sus cuadros al tema del futbol. En ellos retrató a mujeres y hombres futbolistas, ataviados con elegantes camisas, pantalones cortos y medias de colores combinados y contrastados.

Se cuenta que dicho pintor se interesó en este tema porque su esposa fue una entusiasta jugadora de futbol, pero más allá de esta influencia, la verdad es que al pintor, como a muchos de sus contemporáneos, el tema le parecía fascinante.

Las hazañas deportivas continúan atrayendo poderosamente la imaginación de los niños y los adolescentes.

Algo sobre las carreras

Los primeros juegos deportivos se llevaron a cabo hace mucho tiempo en la ciudad de Olimpia, en Grecia. Fue también cuando se realizó la primera prueba de atletismo y los competidores recorrieron una distancia de 185 metros. Al paso del tiempo, surgieron otras pruebas de diferentes distancias que se corren en la pista de un estadio o fuera de él, como sucede con la prueba de maratón.

La velocidad y resistencia que desarrollan los grandes atletas para ganar las competencias despiertan en nosotros una emoción especial.

El movimiento de sus cuerpos, sus características corporales y su vestimenta llaman poderosamente nuestra atención, al igual que han estimulado la imaginación de los pintores.

No todos los que practican el atletismo son deportistas profesionales. A diario vemos pasar por calles y parque a corredores aficionados que disfrutan ejercitándose de esa manera.

Miguel Ángel Echegaray, *Tesoro de Arte Mexicano, Deportes*. México, SEP–Pinacoteca, 2004.

I 34. Mi tío Teo

Sonia y yo nos acercamos despacio al caballo. Lo llamamos por su nombre para ver si respondía y nos miró. Ya no tuvimos duda de que era el mismo del sueño.

—¡Nos reconoció! —exclamó Sonia emocionada—. ¿Te das cuenta? ¡Sabe que somos nosotras!

—Vamos a ver si tiene la marca —propuse yo.

Dejó que le sujetáramos las riendas y que buscáramos debajo de su oreja izquierda. Era él. Tenía la marca secreta en forma de hoja de trébol.

—Es idéntica —comentó Sonia—. Y en el mismo sitio.

Nos pusimos muy alegres las dos, porque no esperábamos verlo otra vez. Es lo malo que tienen los sueños. Que nunca dejan la dirección para que puedas volver otra noche.

Nos quedamos con él, cuidándolo y haciéndole caricias. Le sacudimos algunas pajas que tenía en las patas y le peinamos las crines. El camarero pelirrojo vino a charlar con nosotras.

—¿A que es precioso? —dijo—. Es el caballo del general.

Nos invitó unas palomitas, y el caballo se las comía de mi mano. Una señora muy pequeña andaba de un lado para otro esgrimiendo una brocha y poniendo polvos en la nariz a la gente que se encontraba en su camino. Al pie de un arco estaba el general, entre un grupo de militares, y tenía un aire grave y solemne. La funda de su espada centelleaba bajo las luces.

—El general se parece a uno que salió en la tele —dijo el tío Teo.

—Uno que salió en la tele se parece al general —dijo el camarero.

—El que yo digo era un ladrón de brillantes —puntualizó el camarero.

Sonia y yo escuchábamos asombradas.

Estaban el uno junto al otro, muy sonrientes, enfrascados en su conversación.

—Las películas de miedo son las más divertidas, ¿verdad?

—Verdad. Las más divertidas son las películas de miedo.

—Y las de risa, claro.

—Claro, y las de risa.

Eso era lo que hacían. Los dos decían lo mismo en distinto orden. Y yo no entendía por qué hablaban así, hasta que llegó la señora de la brocha y se dirigió al camarero.

—Doroteo, por favor —le dijo—, que no coma nada el caballo.

Bueno, apenas nos asomamos a esta historia. Es como si de pronto llegáramos a una fiesta, a una reunión, y no supiéramos qué sucede, porque no conocemos a la gente que está allí. Pero hay una manera de conocerla: hay que ir a buscar al libro.

Pilar Mateos, *Mi tío Teo*. México, SEP—Anaya, 2002.

135. El libro de la selva

En El libro de la selva, Mowgli es un niño que queda abandonado cuando un tigre ataca a sus padres, y crece entre los animales de la jungla, en la India, protegido por unos lobos que lo adoptan.

—El pueblo de la Selva no puede tener trato alguno con los monos. Tenlo siempre presente —dijo Bagheera, la pantera—. Y lo extraño es que Balú no te lo haya advertido.

—¿Yo? —se extrañó Balú— Jamás podría haber adivinado que Mowgli iba a jugar alguna vez con semejante gentuza. ¡Los monos! Me dan asco.

Se repitió el chaparrón. Balú y Bagheera se fueron corriendo hacia otro sitio arrastrando consigo a Mowgli.

Balú estaba en lo cierto con respecto a los monos. Vivían en las copas de los árboles. Las fieras no suelen mirar hacia lo alto. Por eso los caminos de los monos y los de los demás animales de la selva jamás se cruzaban.



Pero era doloroso que en cuanto veían a un animal de la selva enfermo o herido, los monos se ensañasen con él. Arrojaban toda clase de cosas sobre cualquier fiera. Y lo hacían sencillamente para llamar la atención. Aullaban, cantaban canciones estúpidas invitando a los demás animales a que se subieran a los árboles para pelear con ellos.

Ellos mismos andaban siempre enzarzados en terrible luchas por cualquier nadería.

Eran desagradables. En muchas ocasiones habrían podido tener una organización con jefe, leyes y costumbres propias. Pero jamás lo lograban definitivamente. Peleaban, se olvidaban de todo y los consolaba esta frase: Toda la selva llegará a pensar como nosotros.

Ningún animal del bosque podía llegar hasta las alturas en las que ellos estaban. Por eso se emocionaron cuando Mowgli quiso compartir sus juegos. Y fue divertido, sobre todo porque vieron cómo todo eso molestaba a Balú.

Así quedó todo. Normalmente los monos no tienen iniciativa alguna. Pero uno de ellos pensó algo que a todos los demás les pareció magnífico. Era conveniente conservar en su tribu a Mowgli. Sabía entrelazar ramas.

Y ese entramado era una magnífica protección contra el viento. Mowgli lo hacía casi sin darse cuenta. Al ser su padre leñador, solía construir chozas con ramas caídas. Mowgli había heredado esa habilidad. No pasó inadvertido a los monos ese hecho. Se vieron con un gran jefe y como el pueblo más sabio de la tierra. Seguramente todos los demás los admirarían. Por eso, sin hacer ruido alguno, siguieron a Mowgli, Bagheera y Balú por toda la selva. Mowgli se echó a dormir entre el oso y la pantera. Juró que jamás trataría con los monos.

Rudyard Kipling, *El libro de la selva*. México, SEP-SM, 2002.

I 36. Thor, el dios del Trueno

Cuentan las leyendas nórdicas que Odín, el Padre Supremo, y Firgga, su esposa, crearon la tierra y la poblaron. Antes de esta creación nada había, sólo oscuridad, silencio y niebla. Los primeros seres vivientes fueron los gigantes de hielo, raza agresiva y de mal corazón.

Thor, el más poderoso de los dioses e hijo de Odín, su amigo Loki –dios de la Travesura– y su escudero Thialfi, joven ágil como el viento, decidieron emprender una aventura en la tierra de los gigantes. Después de caminar muchos días descansaron en una caverna que tenía cinco salas, donde pasaron la noche. Pero unos fuertes ronquidos que hacían temblar la gruta, no les permitieron conciliar el sueño.

Al amanecer, Thor y sus amigos vieron con sorpresa que los ronquidos provenían de un gigante que yacía dormido en el suelo y que, para asombro de los viajeros, se irguió de inmediato al notar su presencia. Como si quisieran resaltar más la altura de aquel coloso, los árboles apenas si llegaban a acariciar su pecho.

–¿Cómo te llamas? –preguntó Thor.

–Me llamo Skrymit –dijo el gigante, mientras se colocaba un guante en una mano y buscaba el otro, de la mano izquierda. A los ojos de aquel enorme ser, apareció el guante, que no era sino la gruta, con sus cinco salas, que había servido de estancia a los viajeros.

El gigante decidió proseguir el viaje con el dios del Trueno y sus amigos. Llegada la noche, vano fue el intento de Thor y sus compañeros para conciliar el sueño, ya que los ronquidos del gigante ahora eran más intensos. Con furia, Thor asestó tres mazazos en la cabeza del gigante, quien apenas si despertó.

A la mañana siguiente, Skrymit se despidió y dijo a Thor:

—Ten cuidado; tú y tus amigos pronto llegarán a la ciudad de los gigantes; allí vive nuestro rey y junto con los gigantes, no quieren a los orgullosos ni a los bromistas—. Dicho lo anterior, el gigante partió hacia otro rumbo.

Pronto Thor y sus amigos llegaron a la gran ciudad, cuyas murallas se elevaban hasta las nubes. Tras concederles una audiencia, el gigantesco rey se dirigió a los viajeros diciéndoles:

—Así es que tú eres el famoso Thor de quien tanto he escuchado hablar. Quiero decirte que en mi reino no aceptamos a personas insignificantes; para que puedan quedarse aquí deben mostrar su capacidad y valentía.

Muy molesto Loki, El Astuto, se adelantó a Thor y dijo:

—A cualquiera de tus súbditos lo desafío a que coma más que yo.

¿Podrá Loki comer más que los gigantes? A ver quién de ustedes es el primero en leer el libro, para que nos lo cuente.

María Cristina Hernández Salazar, 200 días, lecturas. México, SEP, 1998.

137. Viaje al centro de la Tierra

Un grupo de intrépidos expedicionarios entra por un volcán al interior de la Tierra, en una famosa novela de Julio Verne. Aquí vamos a verlos en un aprieto: se han quedado sin agua.

La que teníamos no podía durar más de tres días. No había esperanza de encontrar ningún manantial en aquellos terrenos.

El camino no subía. Hasta algunas veces parecía que andábamos cuesta abajo.

La luz eléctrica hacía centellear espléndidamente las calizas y las antiguas areniscas rojas de las paredes.

Aquellos mármoles ofrecían huellas de animales primitivos.

En lugar de trilobites rudimentarios, distinguían restos de un orden más perfecto; entre otros, peces ganoides y esos sauropteros en que la perspicacia de los paleontólogos ha descubierto las primeras formas de reptil.

Los mares devónicos estaban habitados por un gran número de animales.

Mi tío esperaba dos cosas: o un pozo vertical, que se abriese a sus pies y le permitiese seguir bajando, o un obstáculo que le impidiese proseguir aquella senda. Pero llegó la noche sin que se hubiese realizado su esperanza, en uno o en otro sentido.

Llegamos a un punto en que el túnel se hacía más angosto, y yo me apoyé con la mano en su pared izquierda.

Cuando la aparté estaba enteramente negra. Miré con más atención. Estábamos en una mina de carbón piedra.

Seguíamos caminando, y yo era el único de los expedicionarios que olvidaba las molestias del camino, distraído con mis consideraciones geológicas. La temperatura seguía siendo lo que era cuando pasábamos entre lavas y esquistos. Pero había afectado mi olfato un olor muy subido de protocarburo de hidrógeno. Reconocí desde luego en aquella galería la presencia de una notable cantidad de ese fluido peligroso a que los mineros de ciertas comarcas dan el nombre de grisú, y cuya explosión ha causado con mucha frecuencia espantosas catástrofes.

Las tinieblas, profundas a veinte pasos de distancia de nuestras lámparas, impedían apreciar la longitud de la galería, y yo empezaba a creerla interminable, cuando de repente, a las seis, se nos presentó un murallón impenetrable. Ni a derecha ni a izquierda, ni arriba ni abajo, había ningún paso. Habíamos llegado al fondo de un saco, de un callejón sin salida.

Julio Verne, *Viaje al centro de la tierra*, Mario Julio del Campo V (adaptación), México, Ediciones Koala S.A. de C.V., 2004.

138. El hipo de Inés

Antiguamente se creía que las sangrías, sacar sangre del cuerpo cortando una vena o aplicándole unas sanguijuelas –un animalito que parece una babosa–, eran un remedio espléndido para muchas enfermedades. En esos tiempos los barberos, los peluqueros, practicaban esta cura.

–No está enferma –dijo resuelto el médico, que a Inés le pareció el ser más despreciable del mundo–, pero las sangrías siempre aprovechan para la enfermedad venidera, igual que se come para no tener hambre; y más hoy que es Luna llena. Los astros nos favorecen.

Inés fue amarrada a su cama. El barbero le descubrió el brazo y lo metió en agua caliente. Después lo refregó hasta que las venas se hicieron visibles. Cuatro dedos arriba de donde la iba a sangrar, le amarró una correa de piel. Luego pidió que le trajeran de la cocina un poco de sangre de alguna gallina que acabaran de matar y se la untó en el brazo para que las sanguijuelas se pegaran con facilidad, atraídas por el olor. Por medio de un carrizo fue metiendo una a una las que traía en un frasco; entonces comenzaron a chupar la sangre de Inés, quien se cansó de gritar inútilmente porque las sanguijuelas no se desprendieron hasta que, hinchadas, cayeron al suelo.

La escena fue observada por la india vendedora de comales. Acaso fuera la primera vez que veía una sangría porque, intrigada, le preguntó a Pascuala qué estaba sucediendo.

–La niña Inés inventó que tenía hipo porque no le gusta coser por las tardes con sus hermanas –explicó Pascuala–. El médico descubrió el engaño y decidió sangrarla.

–¿No le gusta coser? –interrogó sorprendida la india–, ¿Pues qué no enterraron su ombligo cerca del fogón?

–¿El ombligo? ¿Para qué? –preguntó Pascuala, llena de curiosidad.

–Si el niño nace varón, el ombligo se entrega a los soldados para que lo entierren en el lugar donde se dan las batallas –contestó la india–; así, cuando crezca será aficionado a la guerra. El de la niña se entierra cerca del fogón para que le guste estar en casa y hacer de comer.

139. Grandes maravillas del mundo

El famoso templo de Artemisa, una de las Siete Maravillas, no fue el primer templo construido en Éfeso, pero sí el más espléndido. La antigua ciudad, en la costa occidental de lo que hoy es Turquía, era el centro de un importante culto religioso.

El primero de los templos de la ciudad, construido alrededor del año 850 a.c., estaba dedicado a Kybele, diosa de la fertilidad y antecedente de Artemisa. Este centro de devoción fue reconstruido muchas veces. Uno de los más bellos templos fue patrocinado por Craso, el rey de los lidios, inmensamente rico. Sin embargo, en 356 a.c., un loco llamado Eróstrato incendió el templo de Craso, y no fue sino hasta finales del siglo IV a.c. cuando fue construido el templo que habría de ser incluido en la lista de las Siete Maravillas. Las crónicas describen cómo algunos visitantes, que conocían muchos otros monumentos griegos, quedaban deslumbrados ante el Templo de Artemisa; de manera que debió ser realmente espectacular. Más tarde fue saqueado por los invasores, y destruido cuando el cristianismo se convirtió en la religión oficial del Imperio Romano.

La diosa Artemisa era hija de Zeus y Leto, y hermana gemela de Apolo. Durante 600 años (del siglo III a.c. al siglo III d.c.) la gente veneró a esta diosa en el Templo.

La estatua original de Artemisa fue probablemente destruida, pero aún existen muchas copias. Es una imagen similar a Kybele, la diosa madre de Frigia, en Asia Menor, con muchos senos que simbolizan la fertilidad. En Éfeso, Artemisa fue también la diosa protectora de las bestias salvajes. No debe ser confundida con la otra Artemisa, la diosa griega de la cacería, ni con Diana, su equivalente romana.

La gente realizaba grandes festivales en honor a Artemisa y llevaba una estatua de la diosa desde el Templo hasta el teatro, de manera que pudiera presenciar los juegos celebrados en su honor. Los fieles más ricos llevaban ofrendas que incluían metales preciosos, joyas, ropa y grabados.

Ash Russell, *Grandes maravillas del mundo*. México, SEP-Planeta 2002.

140. Un lúgubre cementerio

Observé en la yerba cierto número de piedras gastadas por la intemperie evidentemente trabajadas con herramientas. Estaban rotas, cubiertas de musgo, y medio hundidas en la



tierra. Algunas estaban derribadas, otras se inclinaban en ángulos diversos, pero ninguna estaba vertical. Sin duda alguna eran lápidas funerarias, aunque las tumbas propiamente dichas no existían ya en forma de túmulos ni depresiones en el suelo. Los años lo habían nivelado todo. Diseminados aquí y allá, los bloques más grandes marcaban el sitio donde algún

sepulcro soberbio había lanzado su frágil desafío al olvido. Estas reliquias, estos vestigios de la vanidad humana, estos monumentos de piedad y afecto me parecían tan antiguos, tan deteriorados, tan gastados, tan manchados, y el lugar tan descuidado y abandonado, que no pude más que creermelo el descubridor del cementerio de una raza prehistórica de hombres cuyo nombre se había extinguido hacía muchísimos siglos.

Sumido en estas reflexiones, permanecí un tiempo sin prestar atención al encadenamiento de mis propias experiencias, pero después de poco pensé: “¿Cómo llegué aquí?” Un momento de reflexión pareció proporcionarme la respuesta y explicarme, aunque en forma inquietante, el extraordinario carácter con que mi imaginación había revertido todo cuanto veía y oía. Estaba enfermo. Recordaba ahora que un ataque de fiebre repentina me había postrado en cama, que mi familia me había contado cómo, en mis crisis de delirio, había pedido aire y libertad, y cómo me habían mantenido a la fuerza en la cama para impedir que huyese. Eludí la vigilancia de mis cuidadores, y vagué hasta aquí para ir... ¿a dónde? No tenía idea. Sin duda me encontraba a una distancia considerable de la ciudad donde vivía, la antigua y célebre ciudad de Carcosa.

En ninguna parte se oía ni se veía signo alguno de vida humana. No se veía ascender ninguna columna de humo, ni se escuchaba el ladrido de ningún perro guardián, ni el mugido de ningún ganado, ni gritos de niños jugando; nada más que ese cementerio lúgubre, con su atmósfera de misterio y de terror debida a mi cerebro trastornado. ¿No estaría acaso delirando nuevamente, aquí, lejos de todo auxilio humano? ¿No sería todo

eso una ilusión engendrada por mi locura? Llamé a mi mujer y a mis hijos, tendí mis manos en busca de las suyas, incluso caminé entre las piedras ruinosas y la yerba marchita.

Mauricio Molina, *Cuentos de terror*. México, SEP–Alfaguara, 2002.

141. Campamento de Zitácuaro

Desde las afueras de Zitácuaro un grupo numeroso de hombres armados, más de trescientos, contemplaba bajo la lluvia la ciudad que se veía borrosa a la luz pálida del atardecer: parecía estar desierta. De pronto, el general ordenó a uno de los oficiales:

–Peñadura, hágame favor de ir con varios hombres a reconocer el terreno y regrese luego con las noticias.

Sin decir palabra el oficial picó con las espuelas a su caballo y salió como rayo hacía Zitácuaro. Cinco de sus hombres lo siguieron como si le hubieran adivinado el pensamiento.

Al poco rato volvieron; los caballos sudaban y resoplaban. Traían con ellos a un hombre que venía a pie. Por su cara podía verse que estaba fatigado y también muy asustado. Su uniforme compuesto por una casaca azul y pantalones rojos, mostraba sin duda que aquel joven era un oficial del ejército francés que había venido a México a combatir a favor del emperador Maximiliano. Peñadura llegó ante el general y le informó:

–Con la novedad, mi general, de que los imperialistas han abandonado la plaza. Éste – dijo señalando al prisionero– se quedó rezagado y lo atrapamos. Si usted así lo ordena, le damos una lanceadita para que diga lo que sabe.

A esto, el general respondió un poco molesto:

–Por lo que se ve, teniente, este hombre es un oficial francés. Nada sabe él que nos haga falta saber y tampoco es necesario picarle el cuerpo. De modo que trátemelo bien y cuídelo como si fuera carabina nueva.

Luego el general preguntó al prisionero:

–Votre nom, Monsieur [¿Su nombre, señor?]

–Teniente Michel Picard –contestó en español–, de la segunda división de infantería del Ejército Expedicionario Francés.

–No tema usted nada –dijo el general–. Es usted prisionero del Ejército Republicano del Centro. ¡Compañeros –exclamó después, dirigiéndose a la tropa–, Zitácuaro es nuestro!

Los soldados se alegraron mucho porque esa noche harían campamento en la ciudad; no los molestarían la lluvia ni el frío del amanecer y, con suerte, con mucha suerte, encontrarían una cama de verdad para dormir.

José Ortiz, *Campamento en Zitácuaro*. México SEP–FCE, 2004.

I 42. ¡Guácala!

Todo comenzó cuando yo iba a cumplir diez años, fecha que mi papá planeaba festejar por una semana entera.

–Ya verás –me dijo–, iremos a un lugar diferente cada día y para tu cumpleaños haremos una gran fiesta con globos, dulces y payasos.

¡Guácala! Como ya saben, ésa era mi contestación a todo. Me atiborraron de juguetes: un trenecito eléctrico, un disfraz de piel roja, dos cajas de soldaditos, un avión de control remoto y un montón de cosas más. De todo eso algo que no me gustó, que me pareció lo más aburrido, fue un regalo que no era juguete. Venía envuelto en papel dorado y cuando lo abrí me dieron ganas de tirarlo.

–¿Qué es esto, papá?

–Es una agenda electrónica.

Aquello era como una pequeña televisión con un teclado.

–¿Y para qué la quiero?

–Ahí puedes apuntar los teléfonos de tus amiguitos.

–No tengo amiguitos.

–Déjame buscar algún número para que la estrenes –me contestó.

Abrió su agenda, que era un cuadernillo viejísimo.

–Aquí hay dos, son de tus padrinos –me dijo.

–No los conozco –le contesté.

–Aunque últimamente no los hayamos visto –me dijo–, debes saber que tienes dos padrinos.

Esos días estuvieron llenos de paseos. Fuimos al zoológico, al circo, a la casa de los espantos, al museo de cera y a remar al lago. Una noche antes del gran día, o sea el de mi cumpleaños, papá dijo:

–Hoy vamos a ir a un lugar mejor que el de ayer.

–¡Guácala! ¿Vamos a ir a una juguetería? –pregunté.

–No.

–¿Al cine?

–No.

–Ya dime, papá, por favor.

–Vamos a ir a ver al Gran Morlesín.

–¿Y quién es ese señor, papá?... eso suena medio Guácala.

–Es el mejor mago del mundo. Dicen que es capaz de adivinar cualquier cosa; los pensamientos de la gente, el futuro y el pasado; que puede hacer levitar a un elefante, o a un camión de mudanzas; ve a través de las paredes aunque sean muy gruesas, y ha desaparecido de todo, desde hormigas y lombrices hasta locomotoras y ballenas.

–¡Guauuuuuuu! –dijo mi mamá, que siempre trataba de animarme– ¡Eso suena sensacional!

A mí no me parecía tanto. En ese tiempo todo lo veía muy aburrido.

–Y no sólo eso, también es capaz de comer cualquier cosa –mi papá siguió–. Desde chinches y moscas hasta clavos y herraduras. Tenemos que irnos, la función está por empezar.

Acompañados hasta por el Pirata, mi perro, y yo con mi cara de guácala, nos montamos en el coche y nos fuimos al teatro.

Óscar Martínez Vélez, *¡Guácala!* México, SEP–SM, 2004.

I 43. Alicia tiene que crecer

Alicia en el país de las maravillas es un cuento que muchos de ustedes conocen. Hoy vamos a leer uno de sus episodios. Alicia ha bebido un líquido que redujo su tamaño. Y eso la mete en problemas.

“Lo primero que debo hacer”, se iba diciendo Alicia mientras corría por el bosque, “es recuperar mi tamaño normal. Creo que ése es el mejor plan.”

Sin duda, parecía un plan excelente, sencillo y muy claro. El único problema era que no tenía ni la menor idea de cómo llevarlo a cabo. Y mientras miraba entre los árboles con ansiedad, un agudo ladrido, encima de su cabeza, hizo que alzase la mirada rápidamente. Un enorme cachorro de perro de grandes ojos redondos la estaba mirando y, estirando una pata, trataba de tocarla. “¡Pobrecito!”, dijo Alicia con voz mimosa, e intentó silbarle. Pero estaba tan asustada que pensó que quizá el perrito tendría hambre y, en ese caso, sería muy probable que se la comiese a pesar de sus mimos. Sin saber muy bien lo que estaba haciendo, cogió una vara y se la tiró al cachorro. Inmediatamente el perrito saltó dando un ladrido de alegría y se abalanzó sobre el palito. Entonces Alicia se ocultó detrás de un gran cardo [*una planta espinosa*] para que el perrito no la atropellara. Cuando apareció por el otro lado y volvió a tirar el palo, el perro, por las prisas, dio una voltereta. Temiendo que la aplastara, Alicia dio la vuelta al cardo y tiró el palo por tercera vez. Entonces el cachorro salió corriendo y ladrando todo el tiempo hasta que al final se sentó lejos, muy lejos, jadeante, con la lengua fuera y sus grandes ojos medio cerrados.

Ésta le pareció a Alicia una gran oportunidad para escapar. Así que inmediatamente salió y corrió hasta quedarse sin aliento, mientras el ladrido del perrito se desvanecía lejos, muy lejos, en la distancia.

“Y a pesar de todo, ¡que perrito tan bonito!”, dijo Alicia, recargada en una campanilla para descansar, abanicándose con una hoja. ¡“Me habría encantado enseñarle a hacer gracias si... si hubiese tenido el tamaño adecuado! ¡Dios mío! ¡Casi olvido que tengo que crecer otra vez! Veamos, ¿cómo voy a arreglármelas? Supongo que debería comer o beber algo, pero la cuestión es ¿qué?”

Realmente la gran cuestión era ¿qué? Alicia miró las flores y las briznas de hierba que tenía alrededor, pero no encontró nada que fuese apropiado para comer o beber. Cerca

de ella crecía una gran seta, más o menos de su altura y, tras buscar algo debajo, a ambos lados y detrás de la misma, se le ocurrió que sería buena idea ver que había encima de ella.

Lewis Carroll, *Alicia en el país de las maravillas*. EDIMAT libros, 1999.

I 44. ¡Increíble Kamo!

Con una rodilla en tierra, le enseñé los dos impactos de bala. Una había perforado el cuadro de la bicicleta (justo entre la pantorrilla y el muslo del abuelo, que no había pedaleado más de prisa en su vida) y la otra la salpicadera trasera (el abuelo consiguió eludir el tiroteo).

Pope, mi padre, no había querido reparar los daños. Pensaba que aquellas huellas heroicas le gustarían a Kamo.

—De verdad que lo siento por tu padre, pero no pienso subirme a esta bicicleta.

—¿Prefieres la mía?

Claro; para un principiante, a lo mejor era más fácil la mía, totalmente nueva, ligera como una gacela, con cantidad de piñones...

—Prefieres la mía. ¿Es eso?

—Ni la tuya, ni ninguna otra; no montaré jamás en una bici. Punto.

—¿Has hecho una promesa, o qué? Si hay más de mil millones de chinos que montan en bici, ¿por qué tú no? ¿Es que quieres distinguirte una vez más?

La verdad es que estaba empezando a irritarme.

Pope mi padre, se había pasado horas dejando como nueva la bicicleta en cuestión especialmente para Kamo. Una espléndida máquina checoslovaca de antes de la guerra, con frenos de varilla y salpicaderas cromadas como las defensas de un carro. Una auténtica maravilla... Con toda la calma que pude, expliqué:

—Kamo, aquí en el Vercors, en primavera, la única distracción que tenemos Pope, Moune y yo son los paseos en bici, ¿comprendes? Pasamos días enteros fuera. Hacemos picnic. Es la actividad familiar desde que yo era pequeño y me encanta.

En mi voz, sin embargo, debía notarse la cólera porque soltó la bicicleta y se volvió hacia mí apuntándome con el dedo.

–Escucha, tú: ya no soy un niño y esto no es un capricho. No sabría explicarte por qué, pero en la vida me subiré a una bicicleta, y no hay más que hablar. No pretendo molestar a nadie. Váyanse los tres a dar una vuelta como de costumbre, que yo los esperaré aquí y les prepararé la cena.

Con todo, hubo una sonrisa:

–Y no te preocupes. Me conoces, ¿no? Yo nunca me aburro...

¿Por qué Kamo no quiere andar en bicicleta? ¿Qué se imaginan ustedes? ¿Alguien conoce la historia? Hay que buscar el libro para salir de dudas.

Daniel Pennac, *¡Increíble Kamo!* México, SEP–SM, 2002.

145. Matilda

¿Ya vieron la película de Matilda? Es la historia de una niña a quien le gustaba muchísimo leer, pero tenía una familia terrible: el papá era un vendedor tramposo, la mamá no sabía hacer otra cosa que arreglarse y jugar cartas, y el hermano era flojísimo, un glotón incorregible. Por suerte, Matilda llegó a una escuela donde había una maestra dulce, cariñosa y muy sabia. Aquí Matilda llega a casa de su maestra, que está bastante destartada.

Matilda estaba horrorizada. ¿Era allí donde realmente vivía su aseada y pulcramente vestida profesora? ¿Era allí donde iba tras un día de trabajo? ¿Qué razones había para ello? Seguramente había algo muy extraño en todo esto.

La señorita Honey [Miel] colocó la bandeja sobre la caja que hacía de mesa.

–Siéntate, querida, siéntate –dijo– y tomemos una taza de té bien caliente. Sírrete tú misma el pan. Las dos rebanadas son para ti. Yo nunca como nada cuando vuelvo a casa. A la hora del almuerzo me doy una buena comilona en la escuela y eso me mantiene hasta la mañana siguiente.

Matilda se sentó con cuidado en una de las cajas y, más por educación que por otra cosa, cogió una rebanada de pan con margarina y empezó a comérsela. En su casa hubiera

tomado una rebanada untada de mantequilla y mermelada de fresa y, probablemente un trozo de pastel. Y, sin embargo, esto era mucho más divertido. En aquella casa se escondía un enigma, un gran enigma, de eso no había duda y Matilda estaba dispuesta a averiguar que era.

La señorita Honey sirvió el té y añadió un poco de leche a ambas tazas. No parecía preocuparle en absoluto estar sentada en una caja boca abajo, en una habitación desprovista de muebles y tomando té de una taza que apoyaba en la rodilla.



—¿Sabes una cosa? —dijo—. He pensado mucho en lo que hiciste con el vaso. Es un gran poder que tienes, chiquilla.

—Sí, señorita Honey, lo sé —dijo Matilda, al tiempo que masticaba el pan con margarina.

—Por lo que yo sé —prosiguió la señorita Honey—, no ha existido nadie jamás en el mundo que haya sido capaz de mover un objeto sin tocarlo o soplando sobre él o empleando algún método externo.

Matilda asintió con la cabeza pero no dijo nada.

—Lo fascinante —dijo la señorita Honey— sería averiguar el límite real de ese poder. Ya sé que tú crees que puedes mover lo que quieras, pero yo tengo mis dudas sobre eso.

—Me encantaría intentarlo con algo realmente grande —dijo Matilda.

—¿Y a qué distancia? —preguntó la señorita Honey—. ¿Tienes que estar siempre cerca del objeto que tratas de mover?

—Francamente, no lo sé —dijo Matilda—. Pero sería divertido averiguarlo.

Roald Dahl, *Matilda*, Quentin Blake, ilus. México, SEP—Alfaguara, 2002.

146. La fórmula del Doctor Funes

Tanto misterio ya estaba empezando a molestarme. No se me ocurría qué otra cosa podría interesarle más a Pablo que haber convertido en niños a cuarenta y siete viejitos.

Pensé en su actor favorito de cine, en algún viejo jugador de fútbol a quien Pablo, o más bien el doctor Funes, hubiera admirado de niño, en un elefante del zoológico, en el señor Delgado, que a esas horas seguramente estaría vomitando manzanas.

A Pablo no le importó que la curiosidad me tuviera de tan mal humor. Guardó en su bolsa el frasco con la fórmula y me dijo que ya era hora de salir. Antes de despedirnos de mis papás, que estaban muy entretenidos jugando con el gato, tomó un momento el periódico y, sin decir nada, me señaló con un dedo un artículo:

Misterio en un asilo de ancianos.— Los ancianos que hasta ayer habitaban en el Asilo Bellavista desaparecieron misteriosamente. Los vecinos del lugar se dieron cuenta de la desaparición cuando encontraron a medio centenar de niños jugando y cantando en las afueras del Asilo.

La policía, ante la demanda de algunos familiares que habían acudido al lugar a visitar a sus parientes, está sobre la pista. Al parecer, los raptos se llevaron a los ancianos en un camión. Se espera que de un momento a otro alguno de los plagiarios llame para pedir el dinero por su rescate. Entre tanto, los niños que jugaban afuera del Asilo, y algunos más que se encontraban en su interior, se niegan a abandonarlo. La policía busca también a los desobligados padres, de quienes se sospecha que dejaron allí a sus hijos y huyeron...

¡Hasta donde había llegado la refrescante agua de Jamaica que Pablo y yo preparamos! Para algunos, la policía y los familiares de los ancianos, significaba una fuerte preocupación y un gran trabajo inútil por delante, y para otros, los propios viejitos, era el motivo seguramente de más alegría en sus vidas.

¿Para qué servía la fórmula del Doctor Funes?

Francisco Hinojosa, *La fórmula del doctor Funes*. México, SEP-FCE, 2001.

I 47. Solomán

Solomán salió disparado como un rayo. Apenas había acabado de hablar el presidente, cuando ya se había lanzado al pasillo para llamar el elevador. Todos los superhéroes soltaron risitas de compasión.

–¡Pobre muchacho, tiene que usar el elevador como cualquier ser humano!– comentaban entre sí, disponiéndose unos a salir por las ventanas, mientras los otros trepaban a la azotea del edificio para marchar a través de los tejados de la ciudad.

–¿Qué piensas hacer? –preguntó Spiderman a Flash–Gordon, deslizándose ambos por la cornisa de un décimo piso.

–¡No hay prisa, amigo mío, no hay prisa! Mientras el pobre novato se mata para llevar la amapola a la muchacha, utilizando autobuses, taxis y quién sabe si el mismísimo metro, nosotros, con nuestros superpoderes, resolveremos la cuestión en un abrir y cerrar de ojos, ¿no te parece?

–¡Por supuesto! Y, por cierto, ¿tú conoces alguna tienda de flores por aquí cerca?

–Hay una en la Plaza Amarilla. Podemos acercarnos y comprar de paso nuestra amapola. ¡Todavía no acabo de creerlo! ¿Tú te ves con una amapola en la mano, amigo Spiderman? ¡Ja, ja, ja...!

Los dos superhéroes rieron con ganas y, por arte de birlibirloque, se presentaron en la puerta de la florería en menos de lo que se tarda en decir amén.

En ese mismo instante llegaba Superman, aterrizando triunfalmente en la acera con los puños estirados y la capa flameando al viento. Los tres entraron en la tienda.

–¿Qué desean los... señores? –les preguntó una joven dependienta, sin poder disimular su asombro ante personajes tan extraños.

–Queremos tres amapolas, señorita.

–¿Tres qué?

–A–ma–polas.

La dependienta comenzó a reírse con una risita nerviosa al principio, y a grandes carcajadas después.

–¡Pero qué graciosos son los señores, ja, ja, ja, qué graciosos y qué bromistas, ja, ja, ja, mira que venir a pedir amapolas, ja, ja, ja, amapolas aquí, qué gracioso, ja, ja, ja...!

–¿Pero no es ésta una tienda de flores, señorita?

–¡Claro que sí, pero la amapola es una flor silvestre, señores, una flor del campo, y no una flor de jardín o de invernadero!

I 48. De cuatro en cuatro

Los lakota y los demás pueblos de las praderas de Norteamérica, agrupan cuanto existe en el mundo en grupos de cuatro.

Según ellos cuatro son las direcciones: el Poniente, el Norte, el Sur y el Oriente. El tiempo también se divide en cuatro: el día, la noche, las lunas y el año. Todas las plantas que brotan de la tierra tienen cuatro partes: las raíces, los tallos, las hojas y los frutos. Cuatro son las especies de seres que respiran: los que se arrastran, los que vuelan, los que caminan en cuatro patas y los que caminan en dos. Hay cuatro cosas sobre nuestra tierra: el Sol, la Luna, el cielo y las estrellas. Cuatro son las deidades: los Grandes, los Ayudantes de los Grandes, los que están por debajo de ellos y los Espíritus. La vida del hombre también se divide en cuatro etapas: la primera infancia, la niñez, el estado adulto y la vejez. Por último los hombres tienen cuatro dedos en sus cuatro manos y pies. Los dedos pulgares y dedos gordos de los pies están frente a ellos para ayudarlos a trabajar y también son cuatro.

El gran espíritu hizo todo en grupos de cuatro y los hombres deben obedecer esta norma y agrupar las cosas y tiempos así.

Además, las cuatro partes del mundo tienen forma de círculo, pues el Gran Espíritu también quiso que todo fuera circular. Estas son las palabras de un chamán de los oglala, que son parientes de los lakota:

“El gran Espíritu hizo que todo fuera circular, excepto las piedras. Por eso las piedras destruyen. El Sol y el cielo, la Luna y la Tierra son redondos como escudo; el cielo además es hondo como un tazón. Cuanto respira es redondo, como el cuerpo de los hombres. Cuanto crece de la tierra es redondo como los tallos. Si así lo hizo el Gran Espíritu, los hombres deben considerar al círculo sagrado, pues es el signo de la naturaleza. Es el signo de los cuatro confines del mundo y los vientos que entre ellos vuelan. También es el signo del año. El día y la noche, la Luna, dan vueltas en el cielo. El círculo es el signo de los tiempos.

149. Gregorio y el mar

De noche, y por culpa del gato de a bordo, fue descubierta Pino-polizón. Todo sucedió así: Eran como las nueve de la noche, y la niña aún no se había despertado, pero su trenza



amarilla salía por debajo de la funda que cubría el bote de salvamento. El gato vio la trenza en el aire y empezó a dar saltos y a pegarle zarpazos para tratar de atraparla. Un marinero observó las maniobras del animal, se acercó a ver de qué se trataba y, por supuesto, descubrió a la dueña de la trenza. Enseguida dio la voz de alarma. En el barco se armó un gran

revuelo:

–¡Encontraron una polizón! ¡Una niña polizón! –gritaban todos.

Entonces empezaron los comentarios de los marineros, que conocían todo tipo de anécdotas de polizones, y alguien contó:

–Tres amigos míos, Francisco, Vicente el hijo de Constancia y Chano El Peligroso, se fueron a Cuba de polizones; y los mandaron de regreso cuando los descubrieron. Enseguida les sacaron esta copla:

*Los trajeron de regreso
porque eran revoltosos,
a Vicente el de Constancia,
a Pancho y al Peligroso.*

Pino aguantó la curiosidad de los tripulantes y las preguntas del capitán, a quien le dijo casi toda la verdad, pero aquél no le creyó. Entonces decidió no dar más explicaciones y, ya que iba para La Habana, tratar de encontrar allá a Pepe para contarle lo que había ocurrido. El capitán, no obstante, le aseguró que la llevaría de vuelta a Canarias en el viaje de regreso, igual que a todos los polizones que encontraban. Mientras tanto debía ayudar en la cocina y a arreglar las mesas. Tan pronto se acercaran a Cuba la encerraría en un camarote hasta que el barco volviera a partir hacia Las Palmas.

Emma Romeu, *Gregorio y el mar*, Ángel Mora, ilustr. México, SEP–Alfaguara, 2001.

I 50. El coyote mentiroso

Un día, el conejo y el coyote se encontraron en el camino y siguieron andando los dos juntos. Y un día el conejo le preguntó al coyote:

–¿Por qué usted ha crecido más? Yo quiero crecer como usted.

Contestó el coyote:

–Durante mucho tiempo nos llevamos bien, pero si usted quiere saber porqué he crecido, es porque yo como bien: como carne y fruta. Y si usted quiere crecer como yo, algún día encontraremos buena comida.

Un día fueron a la milpa, hallaron una papaya madura, y le dice el coyote al conejo:

–Te toca cortar la papaya y vamos a comer la mitad y te vas a transformar como yo – el conejo de momento se alegró.

Dice el coyote:

–Yo reparto la mitad de la papaya; el que lo termina de comer, alegre, y el que no lo termina de comer, triste.

Entonces el conejo se quedó triste, porque aunque se comió la fruta no creció como el coyote, y se fue caminando y se encontró con el tlacuache que le preguntó:

–¿Por qué estas triste?

Dijo el conejo:

–Estoy triste, es que el coyote me engañó; de comer la papaya yo iba a crecer como él.

Dijo el tlacuache:

–Vamos a seguir caminando para encontrar al coyote mentiroso.

Pasaron por una milpa y vieron la huella del coyote donde pasó, y el tlacuache le dijo al conejo:

–No tengas miedo, el engaño que te hizo lo tiene que pagar el coyote.

Llegaron a un potrero, encontraron dos matas de zapote, y allí estaba el coyote esperando zapote maduro para comer. Allí se saludaron y pensaron cómo iban a comer el zapote maduro; dijo el coyote:

–Tenemos que nombrar un jefe que no tenga cola larga.

Dijo el tlacuache:

–Yo propongo al conejo como jefe, él no tiene cola larga.

–Contestó el conejo:

–De respeto soy orejón y me tienen que cumplir la orden que les digo. Primero al coyote: tienes que cortar tres zapotes maduros.

El coyote hizo el intento de cortar los zapotes maduros, pero nunca pudo subir al árbol del zapote.

Dijo el coyote:

–Ya me cansé, nunca podré subir– y empezó a llorar.

Ivette González Parada, *Las narraciones de niñas y niños indígenas*, Tomo I, México, SEP, 2001.

151. Caperucita Verde

¿Ustedes creen que todas las Caperucitas son Rojas? Van a ver que no.

En una casita, en medio de un prado, vive Caperucita Verde. Es una niña muy buena y simpática.

Un día su mamá le puso en la cabeza una caperuza hecha de hojas verdes, muy ridícula, pero a Caperucita le gustó tanto que la lleva siempre puesta: sólo se la quita para dormir.

Una rana, que se llama Verdecita, es muy amiga de Caperucita Verde y juegan siempre juntas. Pero Caperucita Verde tiene también otros amigos y amigas: esta Zip, que es un chapulín, y tiene este nombre porque de repente salta como un resorte. Después están Josefina, la tortuga, y Chicharito, el caracol, que siempre echan carreras, y Zip juega con ellos saltando sobre uno y sobre otra.

La mamá de Caperucita Verde tiene un regalo para llevar a la abuela Esmeralda, que vive en otra casita al otro lado del bosque. Se trata de una bonita canasta hecha de ramas verdes trenzadas, y dentro una botella de menta, tantito perejil, una lechuga y un paquetito de té de menta envuelto en papel con dibujos verdes.

–Llévale esta canasta a la abuela –dice la mamá a Caperucita Verde, y Caperucita se pone el vestido verde y los zapatos verdes, con los calcetines verdes.

–Ten cuidado –le dice su mamá–; cuando atraveses el bosque, estate atenta a los peligros, mira dónde pisas, no te ensucies, no te pierdas, no molestes a las hormigas y regresa pronto.

–Ven conmigo, Verdecita –dice Caperucita Verde. Después da un beso a su mamá y sale de la casa hacia la de su abuela.

Después de caminar un poco, llega al bosque de luz verde.

Caperucita camina con paso seguro, llevando la canasta con las cosas para la abuela.

Qué bonito está el bosque: hay hojas por todos lados, delante, detrás, arriba y abajo, hojas de todo tipo, estrechas, anchas, largas, con dientes o lisas, hojas que pinchan, hojas suaves...

La rana Verdecita se divierte saltando como una loca: salta sobre las hojas, salta sobre las piedras, salta sobre la hierba, Caperucita Verde camina de prisa escuchando el canto de los pájaros.

Bruno Munari y Enrica Angostinelli, *Caperucita Roja, Verde, Amarilla, Azul y Blanca*. México, SEP–Anaya, 2001.

I52. El cielo, visto por los egipcios

El universo de los egipcios se inició en el agua y la oscuridad. Atum, el primer dios del Sol, surgió de un montículo que emergió del agua; aún chisporroteaba cuando se separó del lodo y se puso de pie. Estornudó y nació su hijo Shu. Atum escupió para aclararse la garganta y apareció su hija Tefnut.

Los gemelos Shu y Tefnut eran mitad humanos, mitad leones. Ellos, a su vez, también tuvieron gemelos, Nut y Geb, que se convirtieron en el cielo y la tierra. Nut fue la diosa del cielo. Estiró su gran cuerpo sobre el mundo y éste se cubrió de estrellas, que eran algunos de sus numerosos hijos.

Ayudado por los vientos, el poderoso Shu hizo que Nut se quedara estirada sobre el mundo para que el cielo no cayera sobre los seres que habitan bajo el estrellado arco de

su cuerpo. Bajo ella está el agua de la creación, que también le impide acercarse a la tierra. Los pies de Nut están colocados al este y sus manos al oeste.

El dios del Sol de los Egipcios tiene muchos nombres y personalidades. Por ejemplo, Ra, que cada día navega en un bote a lo largo y ancho del cuerpo de su madre Nut. Al final del día, cuando el bote de Ra llega al oeste, Nut se lo traga para sacarlo de este mundo.

Cada mañana, Nut hace renacer al dios del Sol y Ra emprende el viaje de regreso en un bote diferente a través del cielo. Cuando los antiguos egipcios morían, creían que podrían vivir en las estrellas, así que en la parte interior de las cubiertas de sus ataúdes solían pintar la imagen de Nut estirando su cuerpo estrellado más allá de la muerte.

Mary Hoffman, *Cuentos del Sol, la luna y las estrellas: mitos, leyendas y tradiciones de todas las culturas*. México, SEP–
Art Blume: Distribuidora Marin, 2007.

153. La historia de Sputnik y David,II

David es un niño afortunado: recibió como mascota un caimán. Sputnik es un caimán afortunado: su dueño es David. Pero claro que no se puede tener como mascota un lagarto sin meterse en problemas.

Su familia había prohibido siempre que David llevara a Sputnik a la escuela. “No quieren que me eduque”, pensaba el caimán.

Pero he aquí que un día el maestro de zoología les dejó como tarea llevar un animalito vivo que pescaran en la naturaleza, para luego disecarlo.

David entendió que disecar era lo que él se hacía al salir de la regadera. Explicó que el maestro exigía la presencia de Sputnik y que debía llevar también una toalla.

—Así son las escuelas modernas —dijo su padre, y en su Volkswagen metió a hijo y lagarto. Los llevó a clases y una cola verde salía por la ventana y un gran hocico de Sputnik por la otra; así de pasada se tragó cinco algodones de azúcar que un vendedor llevaba en un arbusto portátil de algodones, todos clavados en su vara.

Entraron los dos a la escuela, se sentaron; los compañeros habían traído grillos, ranas, mariposas, pollitos, sapos y lagartijas.

El maestro fue ahora más explícito y al fin entendió David algo horrible: disecar no tenía que ver con toallas sino con navajas y era despellejar y abrir la panza de los animalitos.

–Yo traje a Sputnik con su toalla, pero no le voy a hacer eso que usted dice.

–¿Sputnik?

Fue cuando el maestro lo vio, avanzando bastante aprisa hacia él, dando colazos coléricos...

–Vamos a ver quien disea a quien –murmuraba entre sus muchísimos dientes.

El maestro se subió al escritorio.

–Si te lo llevas, te pongo diez en el examen final –propuso.

Sputnik daba colazos que hacían cimbrar la tarima y el escritorio.

–Si no les hacen nada a los otros animales y les pone diez a mis cuates, me lo llevo –contraofreció David.

–¡Todos tienen diez, ya váyanse! –gritó el profesor.

¡Qué alegría! Salieron corriendo y gritando de gusto.

Soltaron a sus animales, que se largaron aprisa, como mejor podían. Las niñas le pusieron un moño a Sputnik en el cuello y otro en la cola; se fueron todos de día de campo y el caimán comió cuarentaitrés sandwiches de varias clases y se bebió quince sidrales.

De esa ocasión y de las cosas muy cultas que los niños discutieron, acerca de su nombre, le quedó a Sputnik una noción notable: se enteró que los soviéticos habían lanzado al espacio una luna artificial bautizada con su nombre. Claro, la imaginó como un gran caimán, veloz en el espacio, compitiendo con las estrellas, muy ocupado en cumplir su órbita y en transmitir saludos a la Luna, cada vez que su gran silueta sauria se recortaba contra esa rueda encendida de pantalla cinematográfica.

Este es uno de los libros más divertidos que existen, se los aseguro. Y después de que lo lean, busquen otros libros de su autor, Emilio Carballido.

154. Un pozo, la historia del agua en la tierra

Al igual que las plantas, los animales (inclusive tú) están hechos de agua, en su mayoría. El agua es muy importante para los animales. Acarrea los nutrientes, ayuda a la digestión, elimina los desechos, controla la temperatura, limpia los ojos y lubrica (aceita) las articulaciones.

Los hábitats de agua son también el hogar de muchos de los animales de tierra, y en donde muchos animales encuentran su alimento. Las especies acuáticas, como peces, cangrejos, camarones y plancton, son una parte importante de las cadenas alimenticias en todo el mundo.

Una cadena alimenticia es el enlace que conecta a los animales (y otras especies) con base en quién se come a quién. Sin las especies acuáticas, las cadenas alimenticias y las redes alimenticias (grupos de cadenas alimenticias) se derrumbarían. Los animales morirían de hambre.

Los animales no sólo necesitan agua para sobrevivir, ellos también son parte del ciclo del agua. Agregan agua a la atmósfera al respirar, sudar, orinar e incluso babear. El agua con la que te lavaste los dientes esta mañana quizá fue el chorro de una ballena beluga hace diez años.

Uno de los animales más “mojados” de la Tierra son las medusas; son casi 95 por ciento de agua. Las ranas y los gusanos de tierra son casi 80 por ciento agua, mientras los perros, los elefantes y los humanos son casi 70 por ciento agua.

Todos los animales necesitan agua para beber, incluso los del desierto. Ellos obtienen mucha del agua que necesitan a través de los alimentos que comen.

La vida animal se inició en el mar. Luego, hace cerca de 360 millones de años, algunos animales comenzaron a evolucionar. Sus cuerpos empezaron a cambiar y lentamente se adaptaron a vivir en tierra.

Se requiere mucha agua para producir los alimentos que comes. Se requieren cerca de 183 litros de agua para producir un solo vaso de leche. Esto incluye el agua que bebe la vaca, el agua que se usa para producir el alimento para la vaca y el agua que se necesita para procesar la leche.

Rochelle Strauss, *Un pozo: la historia del agua en la tierra*. México, SEP-Planeta Mexicana, 2007.

155. Curiosidades librescas

El día del libro se festeja en todo el mundo el 23 de abril. ¿Por qué ese día? Porque el 23 de abril de 1616 fallecieron tres importantísimos escritores: Miguel de Cervantes Saavedra, William Shakespeare y el Inca Garcilaso de la Vega.

Louis Braille fue un francés que se quedó ciego a los cuatro años. En 1829, este señor inventó un sistema que les permite leer a los ciegos. El método consiste en asignarle a cada número, signo y letra del alfabeto una combinación de puntos que sobresalen del papel. Para leer un texto en braille hay que pasar el dedo sobre la hoja (y conocer el código, ¡obvio!).

En la antigua Roma vivía Itelio, un comerciante ricachón. Como quería hacerse el culto, obligó a cada uno de sus esclavos a aprender de memoria un libro distinto. Y en vez de llamarlos por su nombre, los llamaba por el título de la obra. Cuando hacía una fiesta en su casa, les ordenaba a los esclavos que recitaran alguna parte de los libros, para impresionar a sus invitados.

Los verdaderos ratones de biblioteca no son ningunos sabios. Acostumbrados a comer plantas, estos roedores se sienten atraídos por la celulosa del papel. Para ellos, los libros son como una montaña de papas fritas. Y para los bibliotecarios, los ratones son una pesadilla.

Ensayo sobre el silencio es el título del libro que publicó el escritor norteamericano Elberd Hubbard. Éste libro sólo contiene hojas en blanco y está encuadrado en gamuza café con filos dorados. ¿Cuántos libros como éste podrías escribir?

¿Alguna vez pensaste que los libros podrían ser armas mortales? Uno de los métodos homicidas más originales que se usaban antiguamente era envenenar las páginas de algún libro que le gustara leer a la víctima. Como las páginas se pegaban entre sí, las personas solían chuparse el dedo índice antes de dar vuelta a la página. Así, mientras leían, se envenenaban de a poquito.

156. El arco iris

Lo que hace que el arco iris sea tan enigmático y bello es su repentina aparición y el modo inesperado como se desvanece; su tamaño enorme y el esplendor de su geometría perfecta. Como un gigantesco fantasma, va y viene sin avisar. Cuando llueve y sale el Sol, quizá podamos disfrutarlo si miramos rápidamente en dirección opuesta a la estrella que nos da vida. Generalmente el arco iris forma un círculo perfecto, aunque esto sólo puede apreciarse si vamos en un avión. Lo que observamos en la tierra es media circunferencia, tan delgada como una hoja de papel, mientras el resto se oculta detrás del horizonte.

¿Te has dado cuenta de que, no importa dónde te encuentres, siempre verás el mismo arco iris? Es que no estás en presencia de un objeto, sino de una ilusión óptica que se mueve con el observador y nunca cambia de forma. Es como si no se formara un solo arco iris, sino muchos; podríamos decir, uno para cada observador. Las gotas de lluvia y la luz del Sol engañan nuestra vista y, al mismo tiempo, nos ofrecen un espectáculo peculiar, ya que un arco iris no se refleja en la superficie de un lago ni en un espejo, como lo hacen las cosas ordinarias.

En 1270, el filósofo Roger Bacon y un monje alemán, Teodorico de Frieburgo, estudiaron por primera vez a fondo el enigmático fenómeno del arco iris bajo la lupa del atomismo. Años más tarde, Teodorico descubrió la clave que revela el secreto. Un arco iris se forma no por acción de una nube entera, sino por la contribución de gotas individuales. Desde luego, él sabía que las gotas de agua no eran átomos, aunque en el cielo las gotas del arco iris son tan invisibles como los átomos.

Carlos Chimal, *Más allá del átomo*. México, SEP-Altea, 2007.

157. El África antigua

Hace aproximadamente 5,500 años, las praderas del Sahara comenzaron a secarse y a convertirse en desierto. Así, África quedó cortada a la mitad. Hasta la introducción del camello, proveniente de Arabia, hacia el año 100 a.C., casi no había comunicación a través

del desierto de arena. Grandes civilizaciones florecieron al sur del Sahara. La más antigua se encontraba en Nubia, en el alto Nilo. El reino de Nubia llegó a ser tan poderoso que en determinado momento gobernó todo Egipto, pero Meroe, que se había convertido en capital luego de que Nubia fue saqueada por los egipcios, fue finalmente conquistada por el reino cristiano de Axum, precursor de la moderna Etiopía.

En el oeste, los habitantes de Nok aprendieron a trabajar el hierro; además produjeron hermosas figuras de terracota. Los vecinos bantúes también fueron hábiles herreros que poco a poco propagaron su lenguaje y su tecnología por toda África hacia el este y el sur, con excepción del extremo sur del continente. A pesar de esto, en muchas regiones los pueblos africanos permanecieron en la Edad de Piedra, cazando y recolectando alimento en bosques y llanuras a su alrededor.

Hacia el año 6000 a.C., los campesinos comenzaron a pintar en las rocas del una vez fértil Sahara.

Desde el año 500 a.C., aproximadamente, los artesanos de Nok produjeron hermosas cabezas y figuras de barro, que se encuentran entre las primeras artesanías de África al sur del Sahara que se han conservado. También aprendieron a fundir mineral de hierro para confeccionar armas y herramientas, una valiosa habilidad cuando la mayoría de sus enemigos sólo tenían lanzas de madera y piedras para defenderse. Más arriba del valle del río Níger, la ciudad de Jenne-jeno, la ciudad más antigua que se conoce al sur del Sahara, se convirtió en eje del comercio a través del desierto, en el que los mercaderes utilizaban camellos para transportar oro, plata, marfil y sal.

Simón Adams, *Atlas del mundo antiguo*. México, SEP–Correo del Maestro, La Vasija

158. Las orejas de Urbano

Una lengua, diez dedos, dos orejas.

Urbano es un niño como muchos de los que pueblan el mundo: se llena la boca de dulces, hace travesuras cuando menos se lo esperan sus papás, le gusta buscar caramelos, explora el fondo de sus narices, le parece horrible el sabor de la zanahoria cocida, sabe hacer excelentes pasteles de lodo, es un buen conductor de bicicletas y avalanchas, y además tiene una boca, una lengua, dos brazos, diez dedos en las



manos y otros tantos en los pies, pelo en la cabeza y un solo ombligo en el centro de la panza.

En lo único en lo que Urbano es distinto de los demás es en las orejas: una es un poquito más grande que la otra, aunque la verdad hay que fijarse mucho para descubrir que son de diferente tamaño.

Su mamá, que había notado ese pequeño detalle desde su nacimiento, nunca le dio la mayor importancia. Y como a Urbano siempre le gustó tener el pelo largo, sus orejas casi no se veían. Con el paso del tiempo, tanto él como sus papás olvidaron esa pequeña desigualdad de tamaño.

Por eso Urbano era igualito a todos. O al menos así fue durante varios años.

¿Y después? ¿Qué sucederá cuando Urbano descubra que en ese pequeño detalle él es diferente. ¿Le parecerá un pequeño detalle, o le dará más importancia? ¿Qué se imaginan ustedes?

Francisco Hinojosa, *Las orejas de Urbano*. Rafael Barajas “El fisgón”, ilus. México, SEP–Santillana, 2007.

159. A la maestra le duele la cabeza

Ayer nos enteramos de lo que sucede con las orejas de Urbano. Vamos a enterarnos un poco más de lo que sigue en esta historia.

Un día, cuando Urbano festejaba su cumpleaños número diez, sus orejas comenzaron a hacerle pequeñas travesuras: la oreja chica empezó a escuchar cosas que la oreja grande no captaba. Y por su parte, la oreja grande continuó oyendo las cosas que a la pequeña ya no le interesaban.

Por la oreja grande, Urbano pudo escuchar *Las mañanitas* que le cantaron por su cumpleaños, las palabras de su papá cuando le entregó su regalo, las risas de sus amigos, las canciones que surgían del aparato de música, los estornudos de su abuela y el regaño que le puso su maestra el lunes siguiente por no llevar la mochila. O sea: la oreja grande de Urbano funcionaba exactamente igual que cualquier oreja del mundo.

En cambio, su oreja chica empezó desde ese día a escuchar cosas que otras orejas no oían.

Al día siguiente de su fiesta de diez años, mientras desayunaba en compañía de sus papás y de su hermano mayor, Urbano escuchó muy claramente, a través de su oreja más pequeña, lo que estaba pensando su papá: "Dentro de quince días empiezan las vacaciones y a mí todavía no se me ha ocurrido qué hacer. A lo mejor no es mala idea ir otra vez a la playa..."

—Sí, papá —se apresuró a comentar Urbano con entusiasmo—, me encantaría que fuéramos otra vez a la playa. Estuvo de lujo el año pasado, ¿verdad?

—Yo no dije nada —aseguró el papá sorprendido.

—¿Por qué dijiste eso de ir a la playa? —preguntó la mamá, también extrañada.

—Lo oí clarito...

— ¡Yo no dije nada! Sólo estaba pensando...

—Yo tampoco oí nada —se metió el hermano en la conversación—, aunque la verdad no estaría nada mal. A mí también me gustaría ir otra vez a la playa.

El lunes en la escuela volvió a sucederle lo mismo: escuchó los pensamientos de su maestra: "Con este dolor de cabeza, no sé por qué vine a dar clases..."

—Si le duele la cabeza, maestra —dijo Urbano en cuanto ella le permitió hablar—, podemos salir al patio...

—¿Y por qué crees que me duele la cabeza? —le preguntó.

—Es que usted lo dijo...

—¡Yo no dije nada! —gritó, verdaderamente molesta de que uno de sus alumnos se hubiera dado cuenta de su malestar—. De cualquier manera es una buena idea: salgan al patio, anden, salgan todos al patio y déjenme en paz...

Durante los siguientes días el oído chico de Urbano continuó escuchando lo que pensaban sus papás, su hermano su abuela, su tía Ernestina, sus vecinos, sus compañeros de escuela y el dueño de la tienda de helados.

Para él mismo, los extraordinarios poderes que tenía eran del todo inexplicables. De cualquier manera, la vida seguía su curso y nadie se tomaba en serio las locuras de un niño que aseguraba oír lo que pensaban los demás.

160. Antes de que el monstruo fuera mío

Vive en la oscuridad, bajo mi cama. De día se hace pequeño; pero por la noche, en cuanto mamá apaga la luz, se hincha. Sólo sabe hincharse en la oscuridad. Con la luz se encoge.



Cuando aún no éramos amigos, le tenía mucho miedo. Incluso antes de que mamá viniera a besarme y a darme las buenas noches, cuando todavía la luz de la habitación estaba encendida, ya tenía miedo y jamás me sentaba en la cama con las piernas colgando. Debía tener cuidado, especialmente después del baño, cuando iba descalzo. Entonces, saltaba de un solo brinco hasta la cama, desde lejos, y me arrebujaba rápidamente.

En realidad, también ahora me da un poco de miedo, pero no mucho. Tengo un conjuro contra él, por si acaso. Cada noche sale de su caja, aunque yo la cierre muy fuerte, la envuelva en un papel, la meta en una bolsa de plástico y la até con un cordón. Pero no le hace falta abrirla cuando quiere salir. Creo que sale por los espacios que hay entre los átomos. Papá me lo explicó. Toda la materia está formada por pequeñísimos fragmentos adheridos entre sí. Cantidad de átomos. Solamente se ven a través del microscopio. Los pequeños átomos no están pegados como las piedras en una muralla, sino como si fueran personas, separadas unas de otras pero con las manos fuertemente enlazadas. De forma que se puede pasar entre ellas, y esto es lo que hace el monstruo de la oscuridad cuando quiere salir a través del metal de la caja, del papel y del plástico. Lástima que yo no pueda hacerlo. Si fuera como él, podría atravesar la pared o el cristal.

El monstruo que habita bajo mi cama en la oscuridad no siempre ha sido mío ni siempre se ha ocultado de día dentro de una caja. Al principio no lo conocía. Recuerdo que mamá apagaba la luz, me daba las buenas noches me besaba y salía. Le pedía que no cerrara la puerta. Pero, cuando la oía hablar con papá en la cocina, inmediatamente el monstruo se inflaba, salía de debajo de la cama y llenaba toda la oscuridad de la habitación. Mientras yo notaba el beso de mamá en la mejilla, el monstruo permanecía inmóvil y yo tenía tiempo suficiente para arroparme bien, tal como papá me había enseñado. Él me

remetía la colcha tres veces, una por los pies y una por cada lado; era como un saco de dormir. Solamente hay que meterse con cuidado para que no se salga la ropa y fijarse, al apagar la luz, en que todo esté como es debido. Sin ningún hueco entre la sábana y la colcha. Y después hay que taparse bien hasta debajo de la barbilla. Solamente la cara debe quedar fuera. El monstruo sabe que la cara no se toca.

Uri Orlev, *El monstruo de la oscuridad*. Antonio Santolaya, ilus. México, SEP-SM, 2006.

161. La litera superior

Era un camarote corriente aunque espacioso. Unas cortinas color arena cerraban a medias la litera superior, que estaba desocupada. Esperaba tener el camarote para mí solo. Sin embargo, esa noche, nada más abandonamos el muelle, me decepcionó comprobar que tenía un compañero.

No había visto al viajero. Sólo me di cuenta de su presencia por su maleta, que estaba en un rincón, y por su paraguas y algunas cosas que había dejado encima de su litera. Y no llevaba yo mucho rato acostado, cuando entró él. Era un hombre alto, muy delgado, muy pálido, con el pelo y el bigote rubios y los ojos grises. No volví a verlo después de esa primera noche.

Dormía yo profundamente cuando me despertó un ruido. Me pareció que mi compañero saltaba de su litera. Lo oí forcejear con la manivela de la puerta. Luego oí que echaba a correr por el pasillo, dejando la puerta abierta.

La puerta empezó a oscilar con el balanceo del barco, así que me levanté a cerrarla y regresé a tuestas a mi litera, en medio de la oscuridad.

Al despertarme, aún estaba oscuro. El aire era frío y húmedo. Había en el camarote un olor especial, como si estuviese empapado de agua de mar. Me tapé lo mejor que pude y continué en la cama. Noté que mi compañero daba vueltas en su litera. Me pareció oírlo gemir, y supuse que se habría mareado. Seguí durmiendo hasta el amanecer.

El barco se movía bastante. La luz grisácea que entraba por la ventanilla cambiaba a cada balanceo. Y hacía un frío terrible. Para mi sorpresa, vi que la ventanillita estaba abierta y trabada para que no se cerrase. Me levanté a cerrarla. A continuación decidí vestirme. Había desaparecido el olor a humedad de la noche. La litera de arriba tenía las cortinas corridas. Mi compañero de habitación seguía durmiendo.

Subí a cubierta. El día era cálido y nublado, y el mar tenía olor a aceite. Paseando por la cubierta topé con el médico de a bordo.

–Vaya una mañanita tenemos –dijo el doctor.

–Pues anoche hizo un frío que para qué –contesté–. Y encima, la humedad que hay en mi camarote.

–¿Humedad? –dijo el doctor–. ¿Qué camarote le tocó?

–El ciento cinco.

El doctor se estremeció, cosa que me dejó confuso

–¿Qué ocurre? –pregunté.

–Eh... nada, nada –contestó–. En los tres últimos viajes, todos los pasajeros se han quejado de ese camarote. Para mí que hay algo... Pero bueno, no es mi misión inquietar a los pasajeros.

–A mí no me da miedo la humedad –contesté.

–No se trata de la humedad. Pero no importa –dijo el doctor–. ¿Tiene compañero de habitación?

–Sí. Uno que salta de la litera en mitad de la noche y sale corriendo sin pararse a cerrar la puerta.

¿A quién le gustaría ir en ese camarote? A mí no.

“La litera superior” en Steven Zorn (comp.), *Relatos de fantasmas*. México, SEP–Limusa, 2007.

162. Donde habitan los ángeles

Mis vacaciones habían terminado y había regresado a la casa de huéspedes en el Distrito Federal. Toda la semana estuve pensando en Chucho y en Mariana. El sábado siguiente, cuando llegué a la casa, encontré a Chucho muy contento. Su padre, al fin, había accedido a ir a pedir la mano de Mariana.

–¡Mira, Pancho! Me dijo Chucho emocionado–. Mi tía Chabela quiere que sea de Mariana el anillo que mi tío le dio cuando se comprometieron –me lo enseñó en su estuche.

Una oleada de envidia me envolvió, pero logré disimular.

–¡Qué bueno! –le dije, admirando el anillo que siempre creí sería para mi novia.

Chucho pareció no darse cuenta de mi perturbación, pues siguió hablando entusiasmado:

–Mi tío Tacho se ofreció para organizar una cena en el salón Embajadores para el próximo sábado. ¿Te imaginas, Pancho? No sé como agradecerle todo esto.

–Me alegro mucho por ustedes –le dije sinceramente.

El día de la petición, en la casa todo era movimiento. Mariana y Doña Rosa, su mamá, habían ido a que mi tía Chabela les ayudara con su arreglo.

–¡Ay, Chabelita! ¡Me está picando! –gritó doña Rosa cuando mi tía le detuvo el cabello con un prendedor.

–Ni modo, Rosita, así se le ve muy bien; recuerde que las elegantes se aguantan –respondió mi tía fijando con firmeza el broche.

–Tienes razón, Chabelita – admitió doña Rosa con lágrimas en los ojos–; pero, ¿antes de irnos me podría dar una aspirina?

–¡Claro que sí, Rosita! –Sacó una tira–. Y se lleva las demás por si las dudas.

Llegamos al salón. Mariana y Chucho estaban felices. Al poco tiempo llegaron mis tíos Juan y Cotí con mi prima Caty.

Habían invitado a los amigos más allegados: los Torres, los García, los Mayers, los López Mendívil, los Aragón y los Mir.

Del pueblo llegaron: mi abuela, mis tíos y primos, y mis padrinos Pedro y Sara. No me extrañó que mi mamá no asistiera.

¿Y por qué no asistió la mamá del narrador? Eso hace falta aclararlo. Pedir la mano de una muchacha; esto es, que los padres del novio vayan con los de la novia y les pidan que estén de acuerdo en que los muchachos se casen es una de las tradiciones de nuestra vida familiar.

163. Tú sí sabes lo que es un grillo

¿Verdad? ¡Claro que lo sabes! Y seguro que hasta has visto alguno. Y más de uno: dos, tres, un montón, ¿cuántos?

Pues yo no. Yo no sé lo que es, ni he visto un grillo nunca. Bueno, no es cierto: no había visto jamás un grillo hasta que viví esta fascinante historia que voy a contarte. Y la razón es muy sencilla: yo soy Ygriegus, un muchacho del año dos mil cuatrocientos tantos, ¿comprendes? Oye, ¿y tú cómo te llamas? ¿Juan? ¿Quizá Dionisio? ¿O Ramón?

Verás, me gustaría que no te hicieses un lío con lo que te estoy diciendo. Voy a tratar de ser claro como el agua: yo soy un muchacho del año dos mil cuatrocientos y pico, al que se le ha ocurrido escribirte una carta a ti, que vives a principios del siglo XXI. Una carta *bolitelepática*, por supuesto. Yo no sé si podré explicarte con exactitud de qué se trata.

Mira, para que entiendas, es algo así como si tú le escribieras por ejemplo... a Cristóbal Colón. ¡Eso es!

Sí, señor, sí, una carta a un personaje que vivió seis siglos antes que tú; no estoy diciendo tonterías.

Claro está que eso ustedes no pueden hacerlo, pero yo sí. Con mi *bolitelepático*, se entiende. Un aparatito en forma de bolígrafo que, mientras escribo transmite mis pensamientos tanto hacia el futuro como hacia el pasado. Si aprieto un botón rojo, puede conocer lo que estoy escribiendo alguien que vivirá después que yo, en el año 5000, por ejemplo; y si aprieto el botón azul, puede recibir mi mensaje un muchacho anterior a mi época: por ejemplo, tú.

¿Que cómo se puede explicar? Eso ya es más difícil. ¡Es la ciencia del año dos mil cuatrocientos y pico, no lo olvides! A lo mejor, cuando tú seas viejo ya se inventó el *bolitelepático* y entonces logras entenderlo.

Sin embargo, para que te hagas una idea, te diré que todo se basa en la llamada telepatía, que, como sabes, consiste en poder comunicarse una persona con otra sin necesidad de palabras ni de gestos: solamente con el pensamiento. Yo le pregunto una

cosa con el pensamiento a un amigo y él me responde también con el pensamiento, ¿comprendes?

Verás, toda esta historia comenzó un día de clase en el que la profesora nos preguntaba –telepáticamente, por supuesto, sobre la lección titulada “El campo”.

¿Se imaginan cómo será el campo en el año dos mil cuatrocientos y pico? Sobre eso deberían escribir ustedes.

Ramón García Domínguez, *Un grillo del tercer milenio*. México, SEP–Norma, 2004.

164. Macario

Hay un cuento tradicional europeo, que los hermanos Grimm recogieron con el nombre de “El ahijado de la muerte”, y luego otro escritor, B. Traven, volvió a escribirlo y lo llamó “Macario”, y lo hicieron película, y aquí está adaptado para el teatro. Un campesino muy pobre comparte su alimento con una mujer más pobre que él, quien luego resulta que es la Muerte, y para agradecerle lo que hizo le ofrece que cuando la vea al lado de la cama de un moribundo puede pedirle que se vaya para salvarle la vida, excepto si ve que... Bueno, no les voy a contar toda la historia. Este es un episodio. Y, por cierto, paupérrimo quiere decir pobrísimo.

Personajes

Macario: campesino paupérrimo que vive de las cargas de leña que vende en el pueblo.

La de los ojos tristes: esposa de Macario, delgadísima, con los ojos tristes del hambre que pasa.

Cuatro hijos: el matrimonio tiene en total once.

Escena primera Habitación única de una casa muy humilde.

Macario (*Entra con una pesada carga de leña y un rostro en el que se refleja un total cansancio. La deja caer y se sienta en una silla que le acerca su mujer*): ¿Qué hay de comer, mujer?

La de los ojos tristes (*Con abatimiento, le acerca un plato*): Frijoles negros, un chile verde, dos tortillas, sal y té de limón.

Escena segunda

De los once hijos que tiene el matrimonio, poco a poco se van acercando cuatro, con cara de hambre.

Niño 1: ¿Te vas a acabar todo, papá?

Macario. ¿Mujer, qué estos niños no han comido?

Niño 2: Es que siempre tenemos hambre.

Niño 3: Mamá, el tata ya se quedó dormido, ¿me puedo comer sus tortillas?

Niño 4: Y yo, ¿sus frijoles?

La de los ojos tristes: ¡Macario! La cena está servida.

Macario (*Despierta poco a poco y musita*): Demos gracias a Dios por las mercedes que dispensas a nosotros, pobres pecadores. (*Empieza a comer.*)

La de los ojos tristes: Hijos, váyanse pajuera, que su tata no come tranquilo. Órale, a buscar tunas en los nopales.

Macario (*Termina de comer. Se limpia la boca con la manga de la camisa rota*): Oh, Señor, si por lo menos una vez en mi pobre vida pudiera comerme entero un guajolote asado, moriría feliz y descansaría hasta el día del Juicio Final. ¡Pero ya sé que de esas mariposas no cogen mis redes!

Niño 2 (*Entra corriendo*): ¿Dejó algo? ¡Ay, siempre con el mismo deseo del pavo! Yo creo que tata Dios ya se aburrió de oírlo y por eso no le hace caso.

Escena tercera

Poco a poco se oscurece. Se elabora un dibujo de la luna en papel cartoncillo y se le hace aparecer. Todos se acomodan en el suelo y se duermen. Se ve cómo amanece. Se pone un dibujo del Sol, hecho con cartulina y se le hace aparecer. Macario se levanta con aire cansado y profunda desesperanza. Sólo su mujer está despierta.

La de los ojos tristes: Ora sí, viejo, ¡qué sorpresota! ¡Pos que creibas, que yo no oía lo que le pedías a Diosito! ¡Pos ya se te hizo! Tres años me llevó juntar los centavitos, pero aquí está el pavo y te lo preparé sin que naiden se diera cuenta. Como hoy es tu santo, felicidades y llévate a lo más profundo del bosque para que no te molesten y puedas comértelo solo. ¡Pero córrele! Si los niños lo huelen, tendrás que compartirlo.

Bruno Traven, "Macario" (fragmento) en Lucero Lozano (comp. y adaptación escénica), *Lecturas para adolescentes*. México, Libris Editores, 2004.

I 65. Las medias de los flamencos

Cierta vez las víboras dieron un gran baile. Invitaron a las ranas y a los sapos, a los flamencos, y a los yacarés y a los pescados. Los pescados, como no caminaban, no pudieron bailar, pero siendo el baile a la orilla del río los pescados estaban asomados en la arena, y aplaudían con la cola. Los yacarés, para adornarse bien, se habían puesto en el

pescuezo un collar de bananas y fumaban cigarros paraguayos. Los sapos se habían pegado escamas de pescado en todo el cuerpo y caminaban meneándose, como si nadaran. Las ranas se habían perfumado todo el cuerpo y caminaban en dos pies. Pero las que estaban hermosísimas eran las víboras. Todas, sin excepción, estaban vestidas con trajes de bailarina, del mismo color de cada víbora y las más espléndidas de todas eran las víboras de coral. Sólo los flamencos, que entonces tenían las patas blancas y tienen ahora como antes la nariz muy gruesa y torcida, sólo los flamencos estaban muy tristes porque como tienen muy poca inteligencia no habían sabido como adornarse. Envidiaban el traje de todos y sobre todo el de las víboras de coral.

Un flamenco dijo entonces:

—Yo sé lo que vamos a hacer. Vamos a ponernos medias coloradas, blancas y negras, y las víboras de coral se van a enamorar de nosotros.

Y levantando todos el vuelo fueron volando a la cueva de la lechuza.

—¡Buenas noches, lechuza! Venimos a pedirte unas medias coloradas, blancas y negras. Hoy es el gran baile de las víboras

—¡Con mucho gusto! —Respondió la lechuza— Esperen un segundo y vuelvo en seguida. Y echando a volar, dejó solos a los flamencos; y al rato volvió con las medias.

Locos de alegría se pusieron las medias y muy contentos se fueron volando al baile.

Y ¿qué pasará después? ¿Cómo van a reaccionar las víboras? Les aseguro que la historia vale la pena. Espero que hallen pronto el libro.

Horacio Quiroga, *Las medias de los flamencos*. México, Porrúa, 2005.

I 66. Kaa sale de caza

Todo lo que vamos a contar ahora sucedió no mucho tiempo antes de que Mowgli fuera arrojado de la manada y de su venganza contra Shere Khan. Baloo le enseñaba la Ley de la Selva. El oso pardo, adusto, viejo, inmenso, se sentía orgulloso de tener un discípulo tan inteligente. Normalmente, los lobatos aprenden sólo lo que hace referencia a las necesidades de su manada. Es lo único que les interesa de la Ley de la Selva. de la mítica Canción de Caza sólo memorizan:

Pies silenciosos, ojos que traspasan la noche, orejas capaces de distinguir los distintos ruidos y a distancia, los dientes listos, esto es lo que caracteriza a nuestros hermanos. Todos somos así, menos Tabaqui, el chacal y la hiena, a la que odiamos con toda el alma.

Mowgli ya era un hombrecito, necesitaba aprender mucho más. Bagheera sentía una gran curiosidad por ver los progresos del cachorro humano al que tanto quería.

Descansaba contra un árbol y ronroneaba mientras escuchaba gustosamente como Mowgli recitaba su lección a Baloo.

Trepaba a los árboles ágilmente. Era para él un ejercicio tan normal como andar. Nadar y correr no tenían secretos para él. Por eso Baloo le enseñó la Ley del Bosque y la del Agua; la ciencia de distinguir una rama sana de una carcomida; la de hablar suavemente a las abejas salvajes cuando tuviera que pasar por debajo de una de sus colmenas, suspendida unos metros por encima de su cabeza; lo que tenía que decir a Mang, el murciélago, cuando éste se empeñara en no dejarlo descansar durante el día, y el lenguaje que tenía que emplear con las serpientes de agua antes de lanzarse a una laguna entre ellas.

Fue muy sabia para Mowgli la consigna del Cazador extraño. Hay que repetirla en voz alta hasta que alguien conteste: *Dadme permiso para cazar en este territorio. Tengo hambre. La respuesta tiene que ser: Caza, pero solamente para comer. No busques en la caza tu diversión.* Ya veis la cantidad de cosas que tuvo que aprender Mowgli, y aprenderlas de memoria. Se cansaba, pues había cosas que tenía que repetir hasta cien veces. Hasta hubo un día en que baloole pegó. Cuando Mowgli se fue malhumorado, Baloo le dijo a Bagheera:

—Una cría humana es una cría humana. Debo enseñarle toda la Ley de la Selva. Debe aprender más que nadie.

—Pero ten en cuenta que es todavía un cachorro —dijo Bagheera enternecida. Hubiera llenado de mimos a Mowgli de haber estado encargada de su educación—.

Su cabeza es todavía pequeña y tus enseñanzas demasiado largas. No le pueden entrar en ella.

Rudyard Kipling, “Kaa sale de caza” en *El libro de la Selva*. México, SEP–SM, 2002.

I 67. Entre periódicos y zapatos

Ya hace más de un año que ando metido en esto de vender periódicos en las calles. Apenas cumplí los diez años mis papás me dijeron “adiós a la escuela” y me llevaron derecho hasta una bodega muy grande, atestada de periódicos y revistas. Me pusieron entre las manos un montón de periódicos que apenas podía sostener, me enseñaron una tonadita y me dijeron:

–Ahora vas a leer lo que dicen las letras y lo vas a gritar, como te enseñamos, por las calles del Centro. La gente te los va a ir comprando: cada periódico cuesta cinco centavos. Sólo cuando hayas acabado de venderlos todos puedes volver a casa.

–En esta bolsa de tela –añadió mi mamá– mete las monedas. Ten mucho cuidado con ellas, no las vayas a perder ni dejes que te las roben.

Al principio me daba mucha vergüenza andar pegando de gritos por las banquetas. Sentía que todos se volvían a mirarme y decían: "Luego luego se nota que este niño es un principiante." Pero en cuanto vendí mi primer periódico me dio tanto gusto que se me acabó la vergüenza. Poco a poco me fui acostumbrando a gritar las noticias y a ir cobrando de cinco en cinco centavos.

Aunque mis papás me dijeron que no me alejara mucho de la esquina de avenida Madero e Isabel la Católica, muy pronto me dio por callejear más allá. Al poco tiempo ya conocía todas las esquinas y callejones del rumbo. También empecé a tener amigos: Chucho, que iba y venía con su cajón para bolear zapatos; don Justo, que vendía cachitos de lotería, Samuel, que tenía un puesto de tacos y que a veces, cuando estaba de buen humor, me regalaba uno; Aniceto, el organillero, y muchos más: todos los mendigos de Catedral, todos los vendedores del Centro.

Según qué tal ande de suerte o qué tan buena sea la noticia, a veces vendo los periódicos muy pronto, como la semana antepasada, cuando fue la final de futbol, o como hace algunos meses, cuando le dieron un balazo a don Pascual justo cuando empezaba a ser presidente de México. La gente, en vez de ir a la Cruz Roja a esperar noticias sobre su salud, compraba el periódico y así se enteraba de todo lo que pasaba.

El dinero que saco de las ventas se lo paso toditito a mamá, y de ese dinero ella me da quince centavos cada domingo. Antes me lo gastaba en paletas heladas de limón y en

chicles de maqueta, pero desde hace un mes lo he estado ahorrando para poder ir alguna vez al cine.

Todas las tardes voy al pueblito de Tlalpan a ayudar Julián, un zapatero remendón, porque mis papás dicen que tengo que formarme un oficio para cuando sea grande y así no convertirme en una lata para los demás.

Francisco Hinojosa, *A golpe de calcetín*. México, SEP-FCE, 2001.

168. Un favorcito

La historia que comenzamos a leer ayer es una de mis favoritas. Vamos a ver otro episodio.

No había vendido más que dos periódicos cuando vi que un carro se detenía frente a mí.

—¡Chamaco! ¡Acércate! —me dijo desde adentro del auto un señor con un bigote que le tapaba la boca—. Quiero comprar todos tus periódicos.

—¿Para qué los quiere todos si son igualitos? —le contesté, pero me arrepentí de inmediato al acordarme de que en la casa no tendríamos qué comer si yo no vendía el montón completo.

—Te repito que los quiero todos, todos... con tal de que me hagas un pequeño favor. Ven, sube.

Que conste que estoy acostumbrado a andar a golpe de calcetín casi todo el día y a ver tipos de lo más chiflado en las esquinas, pero ese señor me pareció más zafado todavía. No sólo me había dicho que quería comprarme todos los periódicos sino que también me invitaba a subirme a su carro. Para nada me daba buena pinta, aunque es cierto que tampoco parecía ser ninguno de esos robachicos de los que me ha contado mi abuela, pues ese señor iba muy bien vestido, elegante y limpio, con un sombrero que parecía recién estrenado y con auto Ford último modelo.

—Sí, quiero comprar todos tus periódicos a cambio de un favorcito. Es más: te voy a dar un peso extra. Lo que tienes que hacer es muy sencillo: llevarle una carta a un señor que está enfermo. Se trata de algo en verdad fácil: te llevo al hospital; allí tú te bajas, le entregas la carta, te traigo de regreso al Centro, te doy el dinero y listo... ¿Qué dices?

— ¿Y qué hago mientras con los periódicos?

– ¡Los puedes dejar aquí! –contestó enfadado—. Es más, te los voy a pagar ahora mismo, y el otro peso te lo daré cuando salgas del hospital y hayas hecho bien tu trabajo. ¿Trato hecho?

–Sale, pues –le dije, sabiendo que no tenía nada que perder y que un peso de más podría ayudarnos a comer algunos días. Son veintisiete periódicos, señor. O sea: un peso con treinta y cinco centavos.

¿Qué le irá a pedir ese señor al papelerito, al voceador? ¿Qué se imaginan?

Francisco Hinojosa, *A golpe de caletín*. México, SEP-FCE, 2001.

169. Para reír un poco

Uno de orates. Un loco trabaja en el patio del manicomio donde se halla internado. De pronto una teja que se desprende y se estrella a sus pies.

–¡De la que me salvé! –exclama el orate–; si me llega a caer en la cabeza, el golpe me habría vuelto loco.

Esos médicos. –Doctor, vengo a que me reconozca.

–Ya te reconocí. Eres Pepe.

Pregunta la niña.

–Mamá, ¿por qué tienes cabellos blancos y cabellos negros?

–Porque tú eres mala y me das muchos disgustos.

–Pues entonces tú serás peor que yo.

–¿Por qué, hija mía?

–Porque mi abuelita tiene toda la cabeza blanca.

Consuelo.

–Soy muy desgraciado, señora. Primero, perdí a mi mujer, y ahora, la vaca.

–No se aflija; hay muchas mujeres en el pueblo.

–Sí; todos me ofrecen otra mujer. Pero ninguno me ofrece otra vaca.



Los cien cuentos de Matilda. México, Fernández Editores, 1986.

170. Tres enamorados miedosos (cuento maya)

Vivía en un pueblo una muchacha muy bonita; tan bonita, que tres hermanos comenzaron a enamorarla. Ella los oyó a los tres y no sabía cómo decirles que no, sin molestarlos. Esto fue lo que se le ocurrió al fin:

Llegó el mayor a declarar su amor.

—¿De veras me quieres tanto? —le preguntó la joven.

—Ay, niña. Tanto te quiero, tanto, que haría cualquier cosa que me pidieras.

—¿Irías a cuidar a un muerto en el cementerio?

—Sí.

—Ven en la noche, el muerto estará listo, lo llevarás al camposanto.

—Bueno.

Al rato llegó a declararse el segundo hermano.

—Haría lo que me pidieras, para que supieras cuánto me gustas.

—¿De veras?

—Claro.

—Pues esta noche harás como si fueras muerto.

El muchacho aceptó y le tomaron las medidas para hacerle su caja. El tercer hermano llegó más tarde.

—Ay, niña, eres mi amor. Haría por ti lo que me ordenaras.

—¿Harías de diablito?

—De lo que pidas y mandes.

Lo citó para la noche.

Cuando llegó el que iba a hacer de muerto, lo amortajó y lo metió al ataúd.

Al rato llegó el que debía cuidarlo: la muchacha le dio cuatro cirios y lo mandó al panteón con el difunto a velarlo.

Al más chico lo vistió con un traje cubierto de latas agujeradas. Cada lata llevaba una vela encendida. Le pusieron cuernos. Salió lanzando destellos y chispas; tintineaba al caminar.



—¿Y qué debo hacer? —preguntó.

—Ve al panteón y te pones a dar de brincos.

Llegó al panteón y, aunque con miedo, comenzó a saltar.

—¡Ave María Santísima, qué es eso! —gritó el que estaba cuidando al muerto. Se echó a correr.

—¡Jam, un diablo! —gritó el muerto y escapó.

—¡Un muerto que corre! —gritaba el diablito al emprender la huida.

EL primero volteaba y veía que lo perseguían. No paró hasta su casa. Se aventó a su hamaca.

El segundo, para escapar del diablo, se escondió en la misma hamaca.

El diablo, con el susto, ni vio que el muerto venía delante de él, se fue a encontrarlo en su mismísima hamaca.

Cuando se dieron cuenta de la broma y de su miedo, dejaron en paz a la muchacha; ni la volvieron a ver; ni adiós le dijeron.

Elisa Ramírez y Ma. Elena Rodríguez, (comps.), *Tres enamorados miedosos*. Cuentos y narraciones indígenas, José Antonio Hernández, ilus. México, SEP, 1990.

171. De cómo le crecieron las orejas al conejo (cuento maya.)

El conejo era pequeño, y cuando se paraba delante del sol su sombra era muy chica. Pensó ir a donde vivía el Gran Dios y pedirle que lo hiciera más grande, no estaba conforme.

Comenzó a ir, ir, ir, hasta que llegó a donde era su casa.

Tocó. El ayudante del Gran Dios le abrió.

—¿Que quieres, Juan Conejo?

—Quiero hablar con el Gran Dios; voy a pedirle que me haga más grande, no me gusta estar así de chico.

—Espérate, voy a avisarle, a ver qué dice —y le contó.

—Ayudante —dijo el Gran Dios— si lo hacemos más grande, quien sabe qué fin tendrá.

Si así de chiquito es tan travieso y llegó hasta acá, imagínatelo grande. Pero vamos a darle gusto: le pondremos una condición difícil. Si la cumple, lo agrandaremos; si no la cumple, así lo dejamos. Pasaron a Juan y le dijeron la condición:

–Tienes que traer noventa pieles de mono para mañana. Si las traes, te agrandamos; si no, pues no se va a poder.

–Bueno, voy por ellas.

Juan cogió su camino. No sabía todavía qué hacer.

Llegó a una casa vieja y vio tirado un costal.

–Eso me va a servir –dijo.

Lo cogió y siguió caminando. Al rato se encontró una lata vieja. También la recogió. La metió a su costal y siguió caminando. Al rato llegó a un platanar, había plátanos maduros. Comenzó a cortarlos y a meterlos en el costal.

–Me van a servir.

Siguió caminando y llegó al monte. Comenzó a tocar con su lata: traca, traca, traca, traca ta.

Como los monos, por si alguien no lo sabe, son muy curiosos, comenzaron a asomarse, a ver qué cosa era lo que sonaba.

Juan Conejo seguía con su lata: traca, traca, traca, traca ta. Y los monos se acercaron más.

–Vengan, miren, les traje unos plátanos para que coman. Los changos se acercaron a comer.

–Traje bastantes, no se los van a terminar ustedes solitos, vayan a invitar a otros compañeros para que coman todos. Los monos se fueron a traer más monos. Regresaron haciendo mucho ruido. Cuando ya estaban terminando de comerse los plátanos, el conejo gritó:

–Ahí vienen otros changos; métanse en el costal, escóndanse para que les toquen más plátanos.

Los monitos se metieron al costal y ya dentro los apaleó y les quitó la piel. Y así siguió hasta juntar las noventa pieles que le habían pedido para hacerlo más grande. No bien las tuvo listas, se fue a la casa del Gran Dios.

—Aquí está lo que me pidieron.

—Está bien. Ayudante, agárrale las orejas y yo le agarraré la cola.

¿Qué creen que le hicieron al conejo para que su sombra fuera más grande?

“De cómo le crecieron las orejas al conejo” en Elisa Ramírez y Ma. Elena Rodríguez, (comps.), *Tres enamorados miedosos. Cuentos y narraciones indígenas*. México, SEP, 1990.

I 72. Retahílas o encadenamientos

El cura no va a la iglesia,

la niña dirá por qué:

—Porque no tiene zapatos,

zapatos yo le daré.

Los zapatos con tacón,

y aquel bastón.

El cura no va a la iglesia,

la niña dirá por qué:

—Porque no tiene calcetas,

calcetas yo le daré.

Las calcetas con soletas,

los zapatos con tacón,

y aquel bastón.

El cura no va a la iglesia,

la niña dirá por qué:

—Porque no tiene calzones,

calzones yo le daré.

Los calzones con botones,

las calcetas con soletas,

los zapatos con tacón,

y aquel bastón.

El cura no va a la iglesia,

la niña dirá por qué:

—Porque no tiene camisa,

camisa yo le daré.

La camisa ya está lista,

los calzones con botones,

las calcetas con soletas,

los zapatos con tacón,

y aquel bastón.

El cura no va a la iglesia,

la niña dirá por qué:

—Porque no tiene chaleco,

chaleco yo le daré.

El chaleco con su fleco,

la camisa ya está lista,

los calzones con botones,

las calcetas con soletas,

los zapatos con tacón,

y aquel bastón.

El cura no va a la iglesia,

la niña dirá por qué:

—Porque no tiene sotana,

sotana yo le daré.

La sotana es de lana,
el chaleco con su fleco,
la camisa ya está lista,
los calzones con botones,

las calcetas con soletas,
los zapatos con tacón,
y aquel bastón.

“Retahilas o encadenamientos” en Marínés Medero (comp.), *Volvamos a la palabra*. México, SEP-Limusa, 1994.

173. Una viuda y el diablo (cuento huave)

Cuentan que una vez, el diablo se enamoró de una viuda. Llegaba a su casa y le platicaba. A la señora no le gustaba y además, tenía miedo de que se enojara. Tanto



y tanto le ofrecía el diablo que por fin la señora dijo:

–Bueno, seré tu mujer si me construyes una casa bonita.

El diablo se la hizo. La viuda fue a buscar al cura para que le echara agua bendita; así, el pobre diablo no podría entrar a la casa

que el mismo había hecho.

El cura le advirtió:

–Si no encuentras el modo de acabar con él, el acabará contigo.

La mujer pensó bien el asunto y esto hizo: buscó dos montones de botellas, uno blanco y otro oscuro. Se sentó en la enramada, era la hora en que acostumbraba llegar el diablo. La encontró muy atareada.

–¿Qué haces?

–Aquí, lavando botellas. ¿No me ayudas?

–Sí.

–Lava ese montón de botellas –le dijo señalando las oscuras–, hasta que queden limpias, como esas –y señaló el otro montón.

–¿Y cómo crees que voy a hacer claro lo oscuro? No se puede.

–Claro que sí, mira ya todas las que llevo.

–¿Y cómo le hiciste?

–Ah, es que se tienen que lavar por dentro. Si eres poderoso, ¿por qué no te

metes?

El diablo entró en una botella y la mujer luego la tapó. Ya que tuvo encerrado al diablo, fue al monte y, con todo y botella, lo enterró.

Y por eso dicen que sólo las mujeres son más listas que el diablo.

“Una viuda y el diablo” en Elisa Ramírez y Ma. Elena Rodríguez, (comps.), *Tres enamorados miedosos*. Cuentos y narraciones indígenas. México, SEP, 1990.

174. En un lugar de Atocha

En Madrid, en la Estación de Atocha, el más importante complejo ferroviario de España, el 11 de marzo de 2004 ocurrió un terrible ataque terrorista: entre las 7:36 y las 7:40 de la mañana, una hora pico, hubo diez explosiones en cuatro trenes, que dejaron 191 muertos y 1,858 heridos.

Acabo de encender la lámpara de mi buró, me he frotado los ojos para quitarme las lagañas, y leo los dígitos de la pantalla del reloj: son las 6:15 del jueves 11 de marzo de 2004... Un gran día para mí.

Va a ser un día padrísimo y nada lo va a estropear. Seguramente, por eso estoy contento y, por primera vez en muchas veces, he dormido bien. No he tenido una de esas pesadillas en las que aparecen dragones que echan fuego por la boca mientras me persiguen para devorarme. Debe de ser por lo contento que estoy: ¡Hoy voy con mi madre a Madrid para estar con mi padre, al que no veo desde hace un montón de semanas! ¡Guaauuuuu!

Después de treinta minutos viajando en el tren le pregunto a mi mamá: —¿Puedo llamar ya a papá?

Mamá abre su bolso, saca el aparato, aprieta una tecla y me lo entrega.

—Ya está marcando —dice.

Espero un poco y, al cabo de tres llamadas, escucho la voz de mi padre:

—¿Hola?

—¡Papá! ¡Papá, soy yo, Quique!

—Hijo, ¿cómo estás?

–Bien, ya estamos llegando. Vamos a entrar a la estación... Hemos tomado el tren de las siete y cinco, así que llegaremos unos minutos más tarde.

–¿No vienen en el de las siete?

–No, venimos en el que llegará a las ocho menos veinte. Estamos cerca.

–Sí creo que ya veo el tren.

–¿Nos ves? ¿De verdad que nos ves? ¿Estás en la estación?

–Claro que sí; estoy en los andenes esperándolos.

¡Braaaaaaooooouuummmmm!

¡Un golpe seco! ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha sido eso? ¿De dónde viene ese ruido?

Todo el mundo se queda sorprendido y más de uno protesta, sin saber exactamente por qué ni de qué se queja.

–¿Qué diablos pasa? –grita un hombre muy enfadado.

Un hombre pega la cara al cristal de la ventana y mira hacia delante. La gente se inquieta y alguien grita:

–Dos trenes chocaron delante de nosotros!

–No, se cayeron los cables eléctricos! –advierde otro.

–¡Hay humo... y llamas! –grita una mujer– ¡Es un accidente!

–¡Dos trenes chocaron!

Las luces de nuestro tren se apagan. Tiene que haber sido algo grave.

La gente se está poniendo muy ner...

¡Braaaooooouuummm!

–¡Uuuuffffff!

–¡Otra vez!

–Pero, bueno, ¿qué pasa?

Sonó igual que la primera... ¿Es un trueno? Enseguida me doy cuenta de que no es eso, es un ruido que creo que proviene del tren que iba delante de nosotros, el que por un pelo se nos fue en la estación de. Alcalá... El mismo que ha tenido un accidente hace un momento... ¿Ha vuelto a chocar con otro tren o le han caído un millón de cables eléctricos encima?

Se me ocurre pensar que hemos tenido suerte de haberlo perdido, a lo mejor ahora estaríamos pasándolo mal a causa de ese accidente o lo que sea.

Nosotros sabemos qué sucedió. Pero ¿cómo lo cuenta este libro? A ver quién es el primero en leerlo.

Santiago García-Clairac, *En un lugar de Atocha...* México, SM, 2005.

175. Los maleficios

Camelot es el castillo del rey Arturo. ¿Se acuerdan? Ya leímos algo de este personaje. Y Merlín es un hechicero que lo protege. Pero, ¿quién protege a Merlín? —y en aquel reino hay muchos peligros.

Nunca había existido una corte tan majestuosa como la de Camelot. El mundo entero cantaba las alabanzas de su rey, valiente y generoso. A medida que transcurrían los años, Arturo se volvía más maduro y más ardiente, como el vino añejo. Aumentó su caudal de sabiduría y ya no recurría a Merlín en busca de consejos. Ese cambio de actitud de Arturo hirió profundamente el orgullo del anciano mago.

Merlín estaba celoso pues comprobaba que Arturo sólo confiaba ahora en su esposa, la reina Ginebra. “¡Qué cosa! —pensó Merlín—. ¡Aquí estoy, he vivido casi siete siglos y nunca he saboreado los frutos del amor!”

Empezó a buscar en los sitios más recónditos del reino y en las capas polvorientas de su memoria, pues intentaba encontrar una mujer que fuese capaz de satisfacer sus gustos. Y, dondequiera que dirigía su atención, sus pensamientos lo conducían a Nimue, la Dama del Lago. Fue corriendo hacia el bosque y la llamó para que saliera de las aguas ondulantes.

—Nimue —susurró—, te amo.

Al principio, la bella Nimue se limitó a reírse y lo tomó a broma. Pero Merlín hizo un hechizo para ligarla a su lado con lazos invisibles. Entonces ella se asustó.

Nimue sabía que los poderes de Merlín abarcaban tanto la magia negra como la magia blanca, y que, cuando se proponía algo, su deseo era inamovible como las montañas. Entonces, decidió simular que ella podría aprender a corresponder a ese amor. Mientras tanto, le pidió que le enseñara los secretos de su magia. El embelesado Merlín aceptó.

Llevó a la Dama a través de los campos, rumbo a Camelot, y más tarde se encaminaron hacia una cueva apartada, cuya entrada ocultaban unos helechos perfumados. Hilos de plata iluminaban la roca en el interior de la cueva, y el musgo cubría el suelo como una suave alfombra.

Nimue comprendió que allí se le presentaba su oportunidad.

Convenció a Merlín de que la dejara entrar. Después comenzó a cantarle una canción de encantamiento que él mismo le había enseñado, hasta que logró adormecerlo. Merlín cayó en un sueño profundo, antinatural. Nimue salió sigilosamente de allí y con otros maleficios cerró tanto la entrada de la cueva que sólo dejó una estrecha, impenetrable, grieta.

Así fue como la Dama del Lago escapó del amor de Merlín, y el mago fue condenado a dormir para siempre en esa inquietante oscuridad.

Arturo lo extrañaba poco al principio. Pero a medida que iban aumentando los rumores que hablaban de la desaparición de Merlín, una profunda melancolía se apoderó de él.

Su desaliento no pasó inadvertido porque en el círculo interno de su corte acechaba un grupo de bribones que esperaba ansiosamente la oportunidad de destronarlo. Ellos consideraron que la desaparición de Merlín les indicaba que había llegado el momento de empezar a conspirar contra su rey.

Pobre Arturo. Ahora ¿quién podrá defenderlo? Y pobre Merlín, que quedó dormido. Si alguien ya sabe cómo termina esta historia, que nos la cuente.

Rosalind Kerven, *El rey Arturo*. México SEP–Cordillera de los Andes, 2005.

176. La luna

La Luna se puede tomar a
cucharadas
o como una cápsula cada dos horas.
Es buena como hipnótico y sedante
y también alivia a los que se han
intoxicado de filosofía.
Un pedazo de Luna en el bolsillo
es mejor amuleto que la pata de conejo:
sirve para encontrar a quien se ama,
y para alejar a los médicos y las clínicas.
Se puede dar de postre a los niños
cuando no se han dormido,

y unas gotas de Luna en los ojos de los
ancianos ayudan a bien morir.

Pon una hoja tierna de la Luna
debajo de tu almohada
y mirarás lo que quieras ver.
Lleva siempre un frasquito del aire de la
Luna para cuando te ahogues,
y dale la llave de la Luna
a los presos y a los desencantados.
Para los condenados a muerte
y para los condenados a vida
no hay mejor estimulante que la Luna
en dosis precisas y controladas.

Jaime Sabines, *La luna*. México, CONACULTA, 1990.

177. Un hombre que se salvó en una canoa de salate

Un hombre había comenzado a cortar árboles para limpiar la milpa donde iba a sembrar, pero cada mañana encontraba de pie todos los que había tumbado la víspera. Siguió cortándolos, hasta que a los cinco días se cansó de trabajar en balde. Volvió al lugar al día siguiente, decidido descubrir cómo sucedía aquello. Cortó unos árboles y se fue a sentar en la orilla de la milpa; se quedó mirando, y pronto vio salir de la tierra, en el centro del claro, a una viejita con un bastón en la mano. La anciana levantó el palo y apuntó al norte, al sur, al poniente y al oriente, arriba y abajo, y todos los árboles que había cortado el hombre se volvieron a poner de pie. Era la vieja Nacawé, la diosa de la tierra que hace

brotar la vegetación, esposa del armadillo. El hombre vio cómo deshacía su trabajo, y enojado le reclamó:

—¿Tú eres quien ha estado deshaciendo lo que yo hago?

—Sí —contestó ella— porque tengo algo que decirte: estás trabajando en vano, pues va a caer un gran diluvio antes de cinco días. Vendrá un viento muy fuerte con olor a chile y te hará toser. Haz una canoa de tu tamaño con el tronco de un salate, y le pones una buena tapa para que puedas encerrarte bien en ella; llévate cinco granos de maíz de cada color y cinco semillas de frijol, también de cada color; llévate lumbre y cinco guías secas de calabaza para alimentar el fuego. También llévate a una perra prieta.

El hombre reunió lo que le ordenó la anciana y se puso a hacer la caja. A los cinco días la tuvo lista, con todas las cosas que le había dicho. Se metió en la caja con la perra negra, y la viejita puso la tapa, cubriendo todas las aberturas con pegadura.

Después, ella misma se sentó encima de la embarcación, con una guacamaya en el hombro.

La caja flotó sobre el agua durante un año con dirección al sur, otro año hacia el norte, un tercero hacia el poniente y el cuarto año hacia el oriente. El quinto año fue levantada muy alto por el agua, pues todo el mundo se había inundado, y el sexto comenzó a descender y se detuvo sobre una montaña, cerca de Santa Catarina, donde todavía puede verse.

El hombre levantó la tapa y vio que la tierra aún estaba anegada. Pero luego, la guacamaya abrió barrancas con su pico y las aguas empezaron a correr, separadas por el ave en cinco mares. Fue entonces cuando comenzó a secarse la tierra y nacieron los árboles y la yerba.

Elisa Ramírez Castañeda, *Cuando se volteó al revés el mundo*. México, Pluralia, 2006.

178. Elegía

Mi perro era negro y blanco,
la noche en él con el día,
y adentro de su mirada
vivió siempre la alegría.

¡Qué lana rebelde y suave,
qué hocico leve y certero,
y aunque chiquito, valiente,
y si valiente, ligero!

Cuando más contento estaba
su cola era un remolino.

Los perros la cola mecen:
¡la vieras tú hecha un molino!

Por el trillo del jardín
corrió feroz una tarde,

¡y en brazos volvió, tan gacha
la oreja como su alarde!

Le tiraban de la cola
los niños con él jugando.

Su paciencia era un reproche
como quien dice ¡hasta cuándo!

Tobi se llamó mi perro.
Si me preguntas por qué,
te digo: “Pues por lo mismo
que tú Pablo, Juan, José”.

¡Buen amigo, camarada!
Se me murió un mediodía;
sin embargo, ¿no es extraño?,
me acompaña todavía...

179. Se busca un niño

(Este anuncio se publicó a principios de este siglo).

Se busca un niño que se mantenga erguido, que se siente bien derecho, que actúe rectamente y que hable con corrección.

Un niño que no tenga las uñas sucias, que lleve las orejas limpias, los zapatos lustrados, la ropa cepillada, el pelo peinado y los dientes bien cuidados.

Un niño que escuche atentamente cuando le hablen, que haga preguntas cuando no comprenda y que no pregunte sobre asuntos que no sean de su incumbencia.

Un niño que se mueva con agilidad y que arme el mínimo alboroto.

Un niño que silbe en la calle, pero que no lo haga en los lugares donde debe estar callado.

Un niño alegre, dispuesto a sonreír a todo el mundo, y que nunca este enfurruñado.

Un niño educado con todos los hombres y respetuoso con todas las mujeres y las niñas.

Un niño que no fume ni desee aprender a hacerlo.

Un niño que prefiera aprender a hablar bien su idioma en lugar de expresarse como un patán.

Un niño que no maltrate nunca a otros y que no permita que los demás niños le maltraten.

Un niño que cuando no sepa algo diga “No lo sé”.

Y que cuando cometa un error diga: “Lo siento”.

Y que cuando se le pida hacer algo diga: “Lo intentaré”.

Un niño que cause buena impresión y que siempre diga la verdad.

Un niño deseoso de leer buenos libros.

Un niño que no pretenda pasarse de listo ni llamar la atención.

Un niño que prefiera perder su trabajo o que lo expulsen del colegio antes de decir una mentira o ser un canalla.

Un niño que guste a los otros niños.

Un niño que se sienta cómodo con las niñas.

Un niño que no se autocompadezca y que no pase todo el tiempo hablando de sí mismo y pensando en sí mismo.

Un niño cariñoso con su madre y que confíe en ella más que en nadie.

Un niño que haga sentir bien a quien este junto a él.

Un niño que no sea afectado, presuntuoso ni hipócrita, sino sano, alegre y lleno de vida.

Se busca este niño en todas partes. La familia lo busca, la escuela lo busca, la oficina lo busca, los niños lo buscan, las niñas lo buscan, toda la creación lo busca.

Todo esto, pero por supuesto, también se aplica a las niñas.

Frank Crane, *El libro de las virtudes para niños*. España, 1997.

180. El berrinche de Moctezuma

El monarca Moctezuma
hoy está de mal humor.
Se han cansado de pedirle
que sonría, por favor.

—¡No sonrío! ¡Hoy no quiero!
¡Por favor, déjenme en paz!
¡Que se quede mi ayudante!
¡Que no entre nadie más!
—¡Pero si hay mucho trabajo!
¿Qué no ha oído el caracol?

Ya sonó para la junta,
allá, en el Templo del Sol.
Y recuerde que hoy le toca
cuatro códigos dictar...

Muy furioso Moctezuma
le termina por gritar:
—¡A volar con los ministros!
¡Con los códigos también!
¡Ya no quiero ver a nadie
porque no me siento bien!
—¡Está bueno! ¡Ya me iba!

¡No se puede hablar de nada,
porque está usted de peor genio
que una serpiente enojada!

En la casa del monarca
todo el mundo preocupado
se pregunta en los pasillos
—¿Qué mosquito le ha picado?

Le llevaron de regalo
fino traje de guerrero;
Moctezuma emberrinchado
les gritó: —¡Que no lo quiero!

Consiguieron un penacho
con mil plumas de colores.
¡Tantas aves desplumadas
no cambiaron sus humores!

Y se hicieron sacrificios
y vinieron los danzantes...
Pero el recio Moctezuma
les gritaba más que antes.

Ya después de mucho rato
alguien vio la solución:
—Que preparen enseguida
xocolátl del fogón.

Reinó entonces el silencio
todo el mundo se calló
se detuvo el teponaxtle
y la música paró.

—Aquí tiene mi monarca,
mi señor, gran Moctezuma:
xocolátl calentito,
bien batido y con espuma.

Al momento de probarlo
el monarca se quemó.
Pero al templarse el jarrito
relamiéndose gritó:
—¿Por qué todos me están viendo?
¡Bailen! ¡Toquen otro son!
¡Xocolátl para todos
porque alegra el corazón!

Varios siglos han pasado,
la conquista, el misionero,
pero nuestro xocolátl
hoy alegra al mundo entero.

Nuria Gómez Benet, *El berrinche de Moctezuma y otros poemas*. México, SEP-Verdehalago, 2006.

181. A la luz de una vela

En 1761 una niña de siete años que acababa de llegar de África, fue vendida como esclava en la ciudad de Boston, en los Estados Unidos, a la señora Susana Wheatley.

La gente que vio a la negrita en ese muelle de Boston, no podía saber que esa pequeña niña enfermiza, sería un día conocida como la primera poetisa afroamericana. Doña Susana compró a Phillis, la niña, porque vio en ella algo interesante y quería darle una oportunidad.

Como la señora Wheatley quería que Phillis se ocupara de los asuntos domésticos, le enseñaron a hacer las inacabables tareas que formaban parte de la vida de una casa importante. Pero para Phillis esas tareas pronto acabarían para siempre.

Gracias a su inteligencia, pudo cambiar su vida. Tras sólo 16 meses en los Estados Unidos, Phillis no sólo hablaba inglés, ¡sino que también podía leerlo! Lo había logrado en una época en que la mayoría de las mujeres no leían ni escribían, y cuando casi no había ningún esclavo que pudiera leer o escribir.



La facilidad con la que Phillis aprendió inglés alegró mucho a la señora Wheatley quien decidió asegurarse de que no le asignaran trabajos pesados. En algunas familias de esa época, se castigaba muy severamente a una esclava que demostrara tanto talento.

A la edad de 12 años Phillis entendía latín y escribía poesía. La señora Wheatley se conmovió tanto con sus poemas que le permitió que encendiera una vela todas las noches para leer o estudiar. El fuego de la vela se mantenía encendido toda la noche, para que la muchacha no tuviera frío mientras escribía.

No obstante, seguía siendo una esclava y no podía hacer lo que quería. Era en algunos sentidos, como un pájaro enjaulado. Phillis era propiedad de los Wheatley. Incluso le dieron su apellido.

Muchos de los textos escritos por Phillis Wheatley trataban sobre asuntos religiosos. Pero había algunos que hablaban de lo que significaba ser esclava en un país que había comenzado a pelear por su propia independencia.

En la década de 1770, los colonos ya no querían que los británicos continuaran gobernándolos.

Antes de que comenzara la Guerra de Independencia, en 1773 Phillis Wheatley consiguió su propia libertad. Partió para Inglaterra, donde consiguió publicar su primer libro de poemas; sólo tenía 20 años.

Este libro de Phillis Wheatley fue el primero escrito por una persona afroamericana, y el segundo escrito por una colona.

Phillis Wheatley logró algo que no sólo es casi increíble, sino también muy importante. Tras la publicación de su libro, la gente pudo leer poesía de una esclava. Ver la esclavitud desde la perspectiva de un esclavo fue una importante lección para muchos colonos.

H. H. Cardigan, *A la luz de una vela*. México, McGrawHill Interamericana, 2006.

182. Ocho décimas

¡Qué tranquilo va ese piojo
sobre el lomo del león!
Tiene aplomo y decisión
al prenderse como abrojo!
Es gran domador, pero ¡ajo!,
que si el felino se enoja,
su sangre se vuelve roja
y ruge que es un contento.
¡Y entonces sí, lo lamento,
porque la cosa se empioja!

¡Dónde se ha visto que el can
deje de correr al gato!
Parece que hubiera un trato
en que los dos “van y van”.
Se pone como un volcán
todo perro por su lado
y sale el gato espantado
ante la causa asesina.
Y esta historia no termina
porque el perro esta emperrado.

¡Cuándo se ha visto que un pato
vuele mejor que un halcón!
Pero hubo un pato chiflón
que cual deportista nato
se esforzó en todos sus ratos
hasta estar bien entrenado.
Desafió al campeón alado
a una carrera de aliento
y con ayuda del viento
el pato salió empatado.

Quién del burro no conoce
su paciencia en el trabajo,
su silencio por lo bajo,
¡tanto tiempo sin un goce!
Lo de él no es una pose
en las horas discurridas,
iguales y sostenidas.
En fin, y aunque él se ufane,
es vida que poco vale.
Más que aburrada, aburrida.

Hay un oso diligente
que procura para él
un panal lleno de miel
con las abejas ausentes.
Llegan estas de repente
y encuentran todo el destrozo.
Con un vuelo presuroso
van al caco a interpelar,
¡más para qué reclamar
cuando el oso... se hace el oso!

A la sombra de un cerezo
se reencontraron dos pavas.
Se dieron, tan finas damas,
a su manera dos besos
y empezaron, pan y queso,
una charla prolongada.
Hicieron una ensalada
de chismes y habladurías
que fueron, como diría,
pavadas, puras pavadas.

Cayeron al mediodía
a la casa de una avispa
dos bichos ojos de chispa
vendiendo mil chucherías.
“¡Mire qué mercadería!
¡La traemos importada!”
Mas la avispa, desconfiada,
se plantó que no y que no,
y uno al otro murmuró:
“Esta avispa... esta avispada”.

Un baile de ambiente chato
en la selva discurría.
Ni jarana, ni alegría,
según recuerda el relato.
Dijo un cuervo: “Ya hace rato
que no hay ocasión de nada”.
En eso, de una enramada
se descolgaron tres monos
y al baile le dieron tono
porque eran una monada.

183. Rogaciano

La Huasteca está de luto,
se murió su huapanguero;
ya no se oye aquel falsete
que era el alma del trovero

Rogaciano se llamaba,
Rogaciano el huapanguero,
y eran sones de la sierra
las canciones del trovero.

La Azucena y la Adelita
lloran, lloran sin consuelo,
malagueña salerosa,
ya se fue tu pregonero.

El cañal está en su punto,
hoy comienza la molienda;
el trapiche está de duelo
y suspira en cada vuelta.

Más allá de aquel potrero,
hay quien dice que de noche
por los verdes cafetales,
se aparece el huapanguero.

“Rogaciano” en José Luis Almeida (comp.), *Sinfonía de cantares*. México–SEP, 1991.

184. El rey y el halcón

Genghis Khan fue un gran rey y un gran guerrero que conquistó numerosas tierras. En todos los países la gente hablaba de sus hazañas y decían que, desde Alejandro Magno, no había habido otro rey como él.

Una mañana cabalgó hasta el bosque para cazar.

Posado en su antebrazo el rey llevaba a su halcón favorito, ya que en esos tiempos los halcones eran entrenados para cazar.

Había sido un día caluroso y el rey estaba sediento. Su halcón había abandonado su brazo y alzado el vuelo.

El rey cabalgó pausadamente. Recordaba haber visto un arroyo cerca de ese camino. ¡Si pudiera encontrarlo! Pero el calor había secado todos los riachuelos de las montañas.



Por fin, vio un hilillo de agua que se deslizaba por la hendidura de una roca. Tenía tanta sed que apenas podía esperar; colocó un vaso y cuando estuvo casi lleno, el rey se dispuso a beber.

De repente, un zumbido cruzó el aire y el vaso cayó de sus manos. El agua se derramó por el suelo.

El rey levantó la vista para ver quién había provocado el accidente y descubrió que había sido su halcón.

El ave pasó volando unas cuantas veces y finalmente se quedó posado en las rocas cerca del manantial.

El rey se puso furioso, volvió a llenar el vaso. Pero antes desenfundó su espada.

—Ahora, señor halcón —dijo—, no volverás a jugármela.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando el halcón se dejó caer en picado y derramó el agua otra vez. Pero el rey lo estaba esperando. Con una rápida estocada, alcanzó al halcón.

El pobre animal cayó mortalmente herido a los pies de su amo.

—Esto es lo que has conseguido con tus bromas —dijo el rey.

“Tendré que beber directamente de la fuente”, pensó.

Entonces se dirigió al lugar de donde procedía el agua. No era fácil, y cuanto más subía, más sediento estaba, pero por fin llegó.

Encontró un charco de agua. Pero allí, justo en medio, estaba muerta una enorme serpiente de las más venenosas.

El rey se paró en seco y olvidó la sed. Sólo podía pensar en el pobre halcón muerto tendido en el suelo.

—El halcón me ha salvado la vida —exclamó—, ¿y cómo se lo he pagado? Era mi mejor amigo y le he dado muerte.

Regresó, levantó al ave con suavidad y lo puso en su morral de cazador. Entonces montó en su corcel y cabalgó velozmente hacia su casa. Y se dijo a si mismo:

—Hoy he aprendido una triste lección: nunca hagas nada cuando estés furioso.

185. El Zoológico decimal

Abejas

A unas cuadras de un rosal,
luciendo su traje a rayas,
unas abejas ensayan
su danza fenomenal.
Con público del panal,
muestran la coreografía,
que les sirve como guía
para buscar nuevo polen,
y en el aire lo componen,
para hacer la miel del día

Zorrillo

Triste con grande sollozo,
pues se siente repudiado,
va un zorrillo preocupado
por la fama de apestoso.
Pero le ha gustado el gozo
prefiriendo la vagancia,
y en colores de elegancia,
aunque no se vaya en coche,
le encanta salir de noche
despidiendo su fragancia.

Caimancito

Disfrazado en un estero,
un caimancito lloraba.
Lagrimones derramaba
por no hallar un compañero
con el cual jugar primero,
pues se quedó sin hermanos,
por culpa de los humanos,
que por hacer más zapatos
hoy los cazan cada rato,
pa dejar solo el pantano.

Araña



Mírala más de una vez
en aquella oscura esquina,
desde donde bien domina
lo que a veces tú no ves.
Un derecho y un revés,
graduada en alta costura,
porque tejer qué le dura
aunque lo haga en forma extraña,
pues hasta hoy no he visto araña
que teja en máquina alguna

Y, ¿por qué se llama decimal este zoológico?

Eduardo Bustos, *El zoológico decimal Poesía popular de la Huasteca*, México SEP-Artes de México, 2006.

186. Por qué el cóndor tiene la cabeza calva

Al principio, las aves no tenían plumas. Revoloteaban por el mundo desnudas y eso les daba mucha vergüenza. Además de la vergüenza, en el invierno pasaban frío. Cuando ya no pudieron más, se reunieron en consejo y decidieron suplicarles a los dioses que les concediesen unos vestidos.

Los dioses escucharon la suplica y respondieron:

—Hace tiempo que sus vestidos están listos. Se encuentran amontonados en la cima de una montaña y sólo falta que cada una vaya a recogerlos por su cuenta.



Las aves se miraron unas a otras en silencio, porque nadie se atrevía a emprender un viaje tan largo. El único que no tenía miedo era el cóndor.

—Iré yo —exclamó altanero, y se puso en marcha.

Viajó mucho tiempo. Consumió todas las provisiones que llevaba consigo y, por ello, tuvo que alimentarse con lo que encontraba. Más de una vez se vio obligado a comer carne en mal estado, carroña. Desde aquella época, no ha perdido ese hábito. Finalmente, llegó a la montaña donde estaban amontonadas las ropas destinadas a las aves. Las había de todo tipo: de un solo color, multicolores, blancas y negras. El cóndor eligió el traje que le pareció más bonito y se lo puso. Pero le quedaba estrecho. Entonces eligió otro, del mismo color. Pero tampoco éste era lo bastante grande. Uno tras otro, el cóndor se probó todos los plumajes de colores, hasta que encontró uno totalmente negro. Éste le iba bien, pero era un poco corto: no le cubría ni la cabeza ni el cuello.

—No hay nada que hacer —se dijo el cóndor—. Cuando vea a los dioses, les pediré que me den algo para cubrirme la cabeza.

Así pues, se puso las plumas negras que aún lleva hoy. Después de vestirse, el cóndor tomó todos los demás plumajes, batió las alas y emprendió el viaje de retorno. Durante el trayecto, a cada minuto se le caían al suelo algunos vestidos y el cóndor debía volver a recogerlos. Dando amplios giros se acercaba a la tierra y volvía a alzarse entre las nubes. Este es también su modo actual de volar.

El viaje del cóndor de ida y vuelta a la montaña duró tanto que las aves se cansaron de esperar, disolvieron el consejo y volvieron a casa. Cuando el cóndor llegó al lugar de la reunión, no encontró ni un alma. Tuvo que volar buscando de nuevo a todas las aves, hasta que las reunió de nuevo y repartió entre ellas los vestidos. Desde aquel día, las aves tienen plumas. Pero el cóndor no volvió a ver a los dioses, por lo que no pudo pedirles que le diesen algo para cubrirse la cabeza y el cuello. Esta es la razón de que el cóndor tenga, aun hoy, la cabeza y el cuello sin plumas, como su hermano el buitre.

Gianni Rodari, *Biblioteca de los cuentos*. Barcelona, Edebé, 2006.

187. Las hormigas y el granero

Salió del hormiguero una hormiga,
 escaló la colina con fatiga,
 de la colina descendió hasta el valle
 y al granero llegó por una calle:
 un grano ella cogió de aquel granero
 y lo llevó oronda a su hormiguero.
 Salió entonces una segunda hormiga,
 escaló la colina con fatiga,
 de la colina descendió hasta el valle
 y al granero llegó por una calle:
 un grano ella cogió de aquel granero
 y lo llevó oronda a su hormiguero.

Salió entonces una tercera hormiga,
 escaló la colina con fatiga,
 de la colina descendió hasta el valle
 y al granero llegó por una calle
 un grano ella cogió de aquel granero
 y lo llevó oronda a su hormiguero.
 Y una a una las buenas hormiguitas
 cruzaron valles, cercas, callecitas,
 y grano a grano todo el gran granero
 lo trasladaron hasta el hormiguero.

Gianni Rodari, *Biblioteca de los cuentos Barcelona*,
 España, Edebé, 2006

188. Los naguales: animales compañeros de los hombres

Los indígenas de México creen que al mismo tiempo que nace un niño o niña, nace también un animal y que la suerte de ambos es semejante: lo que sucede a la persona le



pasa al animal y lo que acontece al animal lo reciente la persona. Si el animal muere, la persona morirá muy pronto. A ese animal que es compañero de una persona se le llama nagual.

Los huaves, que viven en la costa sur de México, creen que cada persona tiene tres naguales que lo acompañan desde su nacimiento, uno de aire, uno de tierra y otro de agua. Los naguales pueden ser animales o también un rayo o un viento o un trueno. Uno de estos naguales es el principal y los otros dos no son tan importantes; si uno de los naguales menores muere, la persona puede seguir viva. Dicen que la persona que ve la cara de su nagual adquiere mucho poder, porque puede aprender a tomar la forma de ese animal.

Antes se podía saber mejor cuál era el nagual de cada persona: se reconocía al fijarse cómo se portaban los niños. Las madres veían a sus hijos para saber cuál era su nagual: si un niño dormía sin cerrar los ojos, su nagual debía ser culebra. Si a otro le ladraban mucho los perros era señal de que su nagual era un tlacuache o algún animal de monte, que no se para por el pueblo. Cuando alguien no se podía estar quieto y de cualquier cosa brincaba, nervioso, a lo mejor tenía nagual tigre.

Se sabía si una mujer era viento del sur en la forma de caminar. Un hombre era culebra si caminaba como por abajo, agachado.

Eso era posible antes porque tardaban en bautizar a las criaturas y se les notaba más su nagual. Ahora ya no es tan fácil, porque un nagual apenas se deja ver en personas ya bautizadas y con nombres cristianos, ya benditos.

189. El hombre descontento

Había una vez un hombre descontento. Siempre se lamentaba por su mala suerte y decía:

–Si me favoreciera la fortuna, verías de qué cosas soy capaz.

Lo creas o no, la fortuna al fin lo favoreció. Un día, yendo a su trabajo, encontró en el suelo una bolsa llena de monedas de oro.

–¡Ahora soy afortunado! –exclamó muy contento–. Por fin podré ser dueño de mí mismo. Pero dejar las monedas guardadas en la bolsa no me servirá de nada. Tengo que comprar algo más útil.

Ese mismo día, compró la mejor casa de los alrededores. Era una casa muy bonita. Sólo que el asta de la bandera que ondeaba en el tejado estaba muy deteriorada. Cuando el nuevo propietario cerró orgullosamente la puerta, asta y bandera cayeron sobre su cabeza y estuvieron a punto de aplastarlo como a un pastel.

–Francamente he tenido suerte –exclamó el hombre cuando consiguió recuperarse–. Pero, en resumidas cuentas, ¿de qué me sirve una casa? La cambiaré por algo mejor.

Caminó un buen rato y llegó al mar. Junto a la orilla, se mecía una barca.

–Soy un hombre afortunado –exclamó muy contento y cambió la casa por la barca.

Era una barca bonita pero, la primera vez que el hombre salió a navegar, se desencadenó una tormenta y la barca naufragó, estrellándose contra una roca.

–Francamente he tenido suerte –se dijo cuando llegó a la orilla nadando–. Pero, en el fondo, ¿de qué me sirve una barca? Quiero cambiarla por algo mejor.

Caminó un buen rato hasta que se encontró con un caballero montado en su caballo.

–Soy un hombre afortunado –exclamó muy contento y cambió la barca por el caballo.

Era un magnifico caballo pero, cuando el hombre montó en el animal, éste se lanzó a un galope desenfrenado e hizo falta mucho tiempo para que se apaciguara y su jinete pudiese desmontar.

–Francamente he tenido mucha suerte –se dijo palpándose los huesos–. Pero, en el fondo, ¿de qué me sirve un caballo? Quiero cambiarlo por algo mejor.

Caminó un buen rato hasta que se encontró con un campesino y una vaca.

–Soy un hombre afortunado –exclamó muy contento y cambió el caballo por la vaca.

Era una vaca estupenda pero, la primera vez que el hombre intentó ordeñarla, el animal le soltó una patada y él acabó tendido en el suelo cuan largo era.

—Francamente he tenido suerte —se dijo incorporándose sin haberse hecho mucho daño—. Pero, en el fondo, ¿de qué me sirve una vaca? Quiero cambiarla por algo mejor.

Y así continuó cambiando una cosa por otra de menor precio, hasta que se quedó con las manos vacías. Volvió a su trabajo, volvió a lamentarse de su miseria y andaba por ahí diciendo:

—Si me favoreciese la fortuna, verás de qué cosas soy capaz.

Gianni Rodari, *Biblioteca de los cuentos Barcelona*, España, Edebé, 2006.

I 90. Las semillas mágicas

Cierto hermoso día de invierno, Juan, un joven despreocupado, vagaba por el camino cuando empezó a sentir un poco de hambre.

De pronto, lo sorprendió encontrarse con un anciano al que nunca antes había visto, y que en una mano sostenía un largo cayado (*bastón que usan los pastores*), y en la otra tenía dos semillas doradas.

—Soy un hechicero —dijo el anciano— y tengo algo para ti... Son mágicas. Mete al horno una de estas semillas hasta que se ponga roja y luego cómetela. No tendrás hambre durante todo un año. Siembra la otra y cuídala bien; te prometo que crecerá y te dará dos semillas mágicas en otoño.

Juan hizo exactamente lo que el hechicero le indicó. La primavera siguiente un delicado retoño nació, y creció y creció hasta convertirse en una robusta planta.

En el verano, dos bellas flores crecieron en la planta, y poco después las flores se convirtieron en dos frutos.

Y en el otoño, los dos frutos maravillosos produjeron dos semillas, como aquéllas que el hechicero le había regalado.

Cuando el invierno llegó, Juan puso en el horno una semilla para comerla y sembró la otra.

La primavera siguiente llegó y tal como había sucedido antes, una delicada planta creció de la semilla que Juan había sembrado.

Vino el verano: dos bellas flores aparecieron en la planta, seguidas de dos maravillosos frutos.

Llegó el otoño y, nuevamente, los maravillosos frutos dieron dos semillas.

Para el invierno, Juan comió una semilla horneada y sembró la otra.

Y así lo hizo durante tres años. Pero finalmente, Juan comenzó a pensar: “Esto puede seguir así para siempre –se dijo–, mientras haga lo mismo cada año, así que este año sembraré ambas semillas.” “Sobreviviré al invierno de alguna otra forma, comeré algo distinto.”

Así, durante ese invierno Juan sembró dos semillas y las cuidó con gran esmero.

Al siguiente año, ¿qué crees que sucedió? En la primavera, dos retoños nacieron y, para el otoño produjeron cuatro semillas.

Cuando llegó el invierno, Juan horneó y comió una semilla y sembró la otras tres.

Así, en el segundo año después de su descubrimiento, tres retoños nacieron y para el otoño habían producido seis semillas. Durante ese invierno, Juan comió una semilla, sembró las otras cinco, e hizo un espantapájaros para asustar a los cuervos y gorriones e impedir que se comieran las semillas. Cuando soplaba el viento, el espantapájaros se movía y los asustaba.

¿Cuántos frutos crecerán en el campo de Juan al siguiente otoño?

Pues sí, el siguiente año los cinco retoños nacieron y en el otoño brotaron diez semillas.

Para los tres inviernos siguientes hizo lo mismo, sólo puso en el horno una semilla y sembró las demás.

¿Cuántas semillas crecieron el sexto año?

Sí, ese otoño crecieron muchas semillas, tantas que Juan ya no se molestó en contarlas.

Pero estoy seguro(a) de que ustedes si podrán calcular cuántas semillas crecieron en el sexto año.

Mitsumasa Anno, *Las semillas mágicas*. México, SEP-FCE, 2006.

191. Los dos ladrones

Tapatío se les dice a las personas o las cosas que son de Guadalajara (como el Jarabe tapatío, por ejemplo); y mexicano a las que son de México, la capital del país.

Aquí les va el cuento, que está como mole de olla; trata de: “El ladrón tapatío y el ladrón mexicano; de cómo se conocieron y llegaron a compadres”.

Allí tienen que un buen día se toparon en el campo de buenas a primeras y al indagarse de qué se las veían, fue resultando con que los dos eran ladrones; bueno, pues que se hicieron de amistad, y cada uno comenzó a contar sus perrerías tratando de aventajar al otro. Entonces decidieron hacer una prueba para ver cuál era el mejor ratero.

Echaron un volado y la primera prueba le tocó al mexicano; éste dijo que podía robarse los huevos del nido de un gorrión sin que el pájaro lo sintiera. Y así lo hizo: localizó un nido, se subió al árbol y estando el pájaro echado le robó los huevos y se los guardó en la bolsa de la guayabera.

El tapatío se subió tras de él, sin que el mexicano lo sintiera, y con unas tijeras que llevaba le cortó la bolsa y apartó los huevos, de modo que cuando llegaron abajo ya el tapatío traía los huevos y de allí se creyó que era el más hábil.

El mexicano no quedó conforme y pidió que el tapatío también pasara su prueba. Para esto estaban al pie de un cerro muy tupido, cuando vieron a un pastor que venía arriando un borrego muy cebado que llevaba a vender al mercado. Al tapatío le pusieron de prueba que se lo robara. El tapatío, para lograrlo, discurrió despertarle la ambición al pastor, así que se escondió entre unos matorrales y se puso a balar.

El pastor pensó: “Míreme nada más, qué suerte la mía, ese balido me indica que un borrego anda extraviado en el monte; voy a buscarlo y así, en vez de uno, llevaré a vender dos.”

Y haciéndose ese cálculo se fue tras el balido y dejó su propio borrego atado a un árbol. Mientras el tapatío seguía balando. El ladrón mexicano desató al borrego y se lo robó.

El dueño del borrego, cansado de no encontrar el borrego extraviado, regresó a buscar el suyo y al no encontrarlo se echó en cara su propia tontera y creyéndolo perdido regresó a su casa en busca del otro.

El ladrón tapatío, viéndolo alejarse, salió del matorral a buscar el borrego, pero para entonces ya lo traía el mexicano, así que, como en las pruebas salieron mano a mano, se cumplió en ellos el refrán aquél qué dice: “Ladrón que roba a ladrón, tiene cien años de perdón.”

Se hicieron amigos y decidieron de ahora en adelante trabajar juntos. Se fueron a casa del mexicano, con todo y borrego. La mujer del mexicano decidió matar al borrego y hacer barbacoa para celebrar el compadrazgo.

“Los dos ladrones” en Pascuala Corona (comp.), *El pozo de los ratones y otros cuentos al calor del fogón*. México, FCE, 1991.

192. Manchado

Desde pequeño fue travieso; casi acababa de nacer y ya mordía las patas de la madre, una vez que ésta terminaba de amamantar a él y a sus hermanos.

Su cuerpo era diferente y por lo mismo despertaba curiosidad entre sus hermanos; la naturaleza le había llenado de nieve su pelambre, salvo en algunas partes en que resaltaban tres lunares de la noche.

—Manchado es muy inquieto —dijo la madre— habrá que vigilarlo pues le gusta mucho separarse y alejarse de sus hermanos.

—Tienes razón —contestó el padre—; un día puede darnos un dolor de cabeza. Recuerda que ni caso nos hace a veces.

Aquella madrugada, como era costumbre, la madre se dispuso a amamantar a sus cachorros. La blancura de Manchado de inmediato denotaba su presencia; además era el más glotón.

Sin embargo, esa madrugada no brillaba en la oscuridad del alba, su cuerpo; la madre preocupada, avisó al padre para que lo buscara.

—Ya lo busqué por toda la casa, así como en los rincones donde acostumbra esconderse y no se encuentra —comentó el padre—. Salgamos a buscarlo; quizás ande de curioso en la loma que está cerca de aquí.

En la loma, el eco ayudaba a los padres llevando sus desesperados gritos por todos los alrededores. Con ansiedad aguzaban sus orejas esperando oír alguna señal de Manchado, mas como respuesta sólo oían la voz del silencio.

—¿Oyes lo que yo? —dijo el padre.

—Sí; oigo un leve gemido —dijo la madre—; debe estar cerca.

—¡Ven! ¡Busquemos!

Después de un breve tiempo, llegaron al sitio de donde provenían los gemidos. Allí estaba Manchado, sin poder moverse, petrificado por el miedo; con el pavor en sus ojos, temblaba como si su cuerpo estuviera invadido por un frío mortal. Hipnotizado, tenía frente a él una enorme serpiente, con venenosos colmillos en el hocico; ondeaba su escamado cuerpo esperando el momento oportuno para lanzar su ataque mortal.

—Allí está nuestro hijo; está en peligro; ¡salvémoslo!

El padre, con sangre de perro cazador, se lanzó ferozmente sobre la serpiente, quien ante el ataque olvidó a su presa, lo que aprovechó la madre para llevarse al cachorro. Percatado de que su hijo estaba a salvo, el padre se fue retirando del lugar de la pelea. Burlada la culebra, ya en casa, los padres reprendieron a Manchado.

—Hoy, has aprendido una lección muy importante —comentó el padre.

—Sí, lo sé —contestó Manchado. Los he desobedecido, creyendo que sólo lo que yo pensaba era lo correcto y que ustedes no tenían razón. Casi me come esa enorme serpiente. Hoy sé que no siempre tenemos la verdad con nosotros y que los padres nos orientan para hacer frente a la vida.

I 93. Escenarios fantásticos

De un momento a otro iba a comenzar el ensayo general. ¡Podría ver la función un día antes del estreno mundial!

Todo fue un prodigio de imágenes flotantes que se combinaban formando escenas fascinantes. Con mis palabras, difícilmente podré dar idea de la inagotable belleza de aquella danza de espejismos. Sin embargo, intentaré describir algún cuadro para que, con la ayuda de tú imaginación, puedas llegar a comprender el porqué de mi asombro.

Los espejismos, movidos por varias máquinas que lanzaban chorros de aire, salían de las grutas y entraban en un amplio sector del valle que, para entendernos, hacía las veces de escenario. Una vez que cada espejismo había acabado su intervención, era empujado por las máquinas hacia la cueva de acceso que estuviese más cerca. Había algunos que debían ser almacenados bajo compresión, pues al salir al exterior aumentaban rápidamente de tamaño.

Todo estaba milimétricamente sincronizado. Los espejismos aparecían, se movían por la escena, cobraban vida creando efectos inolvidables y desaparecían mientras otros nuevos seguían llegando. En algunos momentos, proyecciones y objetos reales venían a sumarse a la riqueza visual del espectáculo. Pero era muy difícil distinguir las presencias reales de las ilusiones ópticas. Todo estaba profundamente integrado en aquella sinfonía de imágenes.

He aquí mi emocionada descripción—homenaje de una de aquellas escenas prodigiosamente plásticas.

El ballet de las ballenas azules

La escena se pobló de un paisaje desértico sembrado de pirámides dormidas. Colores arenosos, amarillentos, pétreos dorados, ocre refulgentes (*luminosos*) bajo el implacable sol. De pronto, una flota de ballenas apareció volando en el horizonte, surcando los aires. Se aproximaban. Casi enseguida las vi sobrevolando las pirámides. Éstas parecieron despertar y mirar al cielo. Las ballenas celebraban una danza aérea, se cruzaban y giraban sobre sí mismas rítmicamente, hacían volteretas en el aire, caídas en picada, quintuplos saltos mortales, combates simulados en los que hacían chocar sus enormes cuerpos. Era

como el número sensacional de un circo imposible. Los grandes cetáceos lanzaban surtidores de agua sobre las pirámides, refrescándolas del calor abrasador con un líquido que, apenas las mojaba, se evaporaba. Después de haber realizado incontables piruetas aéreas, la bandada de ballenas saludo a las puntiagudas pirámides, como agradeciendo sus aplausos mudos, y se retiró volando alegremente.

Sin embargo, había una ballena que se resistía a partir. Se alejó por los aires con sus compañeras, pero enseguida se volvió y miró atrás. Se adivinaba su deseo de seguir bailando. Parecía la ballena más joven de la manada. Aquello le había gustado y quería continuar. Y así lo hizo. Sin ser vista por las demás, regresó sobre las pirámides. Danzaba tan absorta y entusiasmada, se movía tan ágilmente, que en lugar de una ballena parecía una docena de ellas.

Joan Manuel Gisbert, *Escenarios fantásticos*. México, SEP-SM, 2003.

194. Los cerillos

Qué fácil resulta hoy producir fuego. Qué difícil ha sido, a lo largo de la historia, aprender a controlarlo y poderlo llevar a cualquier parte. Fuego que es luz y calor, tan necesarios para vivir.

En 1680, el químico inglés Robert Boyle fue una de las primeras personas que intentaron producir cerillos. Un ayudante suyo, Godfrey Haukewitz, hacía cerillos con astillas de madera, y cabeza con azufre; pero estos cerillos eran malolientes, peligrosos, caros, y venenosos. En 1830, apareció un tipo de cerillo que consistía en un rollito de papel, el cual tenía en un extremo la mezcla (azufre, clorato de potasio y azúcar) con un tubito hermético que contenía ácido sulfúrico. Rompiendo el tubo con unas tenacillas, o con los dientes, el ácido reaccionaba con la mezcla y la prendía.

A mediados del siglo XIX, tomaba entre media y una hora producir fuego, ya que se hacía golpeando una piedra llamada pedernal, contra acero.

Desde el principio, el ser humano se dio cuenta de que el fósforo era un elemento que desempeñaba una parte importante, ya que se prendía con gran facilidad. Fósforo significa en griego "productor de luz".

Hubo principalmente tres "antepasados" de los cerillos. Los primeros eran unas tiras de papel con puntas de fósforo amarillo. Estos se encontraban sellados en un tubo de vidrio hasta que debían usarse; al ser expuestos al aire, se incendiaban espontáneamente.

Los franceses inventaron "la caja de luz instantánea". Se cubrían varitas de madera con azufre y después con una mezcla de clorato de potasio y azúcar. Las varas eran sumergidas en una botella que contenía asbesto humedecido con ácido sulfúrico. El ácido reaccionaba con el clorato de potasio y producía una rápida reacción que proporcionaba oxígeno para quemar la mezcla compleja de combustible. Estas varas fueron muy utilizadas en el siglo XIX, pues eran más seguras que los cerillos anteriores.

Otros cerillos estaban hechos a base de fósforo blanco o fósforo amarillo. El problema es que esta sustancia es enormemente tóxica, y miles de personas resultaron lesionadas e incluso murieron al ser expuestas a estos cerillos. El peligro no sólo era para los trabajadores de las fábricas, sino para la gente que respiraba los humos cuando los encendía. Y no faltaron personas que se suicidaran o asesinaran con estos humos.

El problema de todos estos cerillos era que con un poco de calor se incendiaban espontáneamente.

En la primera mitad del siglo XX se perfeccionaron nuevas mezclas que incorporaban el fósforo en una forma más segura. Actualmente los cerillos están conformados por parafina y goma. El lado áspero de la caja se hace con goma, vidrio molido y fósforo rojo.

José Antonio Chamizo Guerrero y Rodrigo Chamizo Alberro, *La casa química*. México, ADN editores, 2001.

195. Planeta en peligro



Nunca, en la larga historia de la Tierra, una especie, la humana, había hecho tal impacto sobre el planeta que sustenta toda vida conocida. En las últimas décadas se ha visto una aceleración en los cambios ambientales. Hoy, la gente está alterando el clima del mundo y explotando más recursos que antes. Estamos incluso a punto de causar la extinción de más especies que desde la desaparición de los dinosaurios, hace 66 millones de años.

Cada año, el crecimiento de la población mundial demanda más alimentos, energía, productos domésticos, agua potable, lugar para vivir, autos y caminos. Todo esto afecta a nuestro planeta. Se talan bosques y desecan pantanos para hacer caminos y se cavan minas para hallar minerales; las diversas industrias liberan contaminantes, en tanto el uso de energía en casa, autos y fábricas provoca cambios en el clima.

Mi trabajo de protección al ambiente me ha llevado a distintos países, y en cada punto los retos son diferentes. En países muy pobres, la gente necesita encontrar maneras de proveerse alimento, agua, techo y conservar sus admirables bosques tropicales y el hábitat de la fauna silvestre. En países ricos, el ambiente se debe proteger eliminando la contaminación, ahorrando energía y usando menos recursos, reciclando más, por ejemplo. A fin de cuentas, todos y cada uno de nosotros estamos en el mismo planeta, y por tanto necesitamos cuidarlo, vivamos donde vivamos.

Cuando era niño, y antes de comprender las amenazas al ambiente, poca gente sabía de la contaminación o la desaparición de la fauna silvestre. Hoy, las cosas son diferentes. Más y más gente sabe que debe trabajar duro para proteger al mundo y está haciendo cambios para ello.

En realidad, conservar el ambiente es cuestión de sentido común: asegurar el mejor hábitat para la fauna silvestre, reducir la basura, usar menos el auto, ahorrar energía y aplicar la tecnología para reducir la contaminación. Pero lo más importante de todo es cuidar a la gente, en especial a la más pobre del mundo. Dar mejores medios de vida a cada uno, conservar la fauna silvestre, detener la contaminación y no alterar el clima, son un gran reto. Pero es alcanzable.

En todo el tiempo que he trabajado por la conservación del ambiente he visto muchas y diversas soluciones, y he conocido a mucha gente que sabe cómo resolver los problemas. Pero conservar el ambiente no es sólo trabajo de expertos. Cada uno necesita hacer su parte, porque los grandes cambios se generan por las pequeñas cosas que todos hacemos. Piensa cuál será tú granito de arena. Es un mundo hermoso; cuidémoslo.

196. La viejecita dichosa

Éranse dos viejecitos sumamente pobres. Un día la viejecita, barriendo, se encontró una moneda.

Al momento se pusieron marido y mujer a pensar lo que harían con aquel dinero.

De repente la viejecita salió corriendo y al rato volvió con una escoba, una bolita de hilo y un pedazo de cera. Al punto se puso a hacer, ayudada por su marido, una escalera. Cuando acabaron, la viejecita dijo:

—Ahora, esposo mío, vas tú al cielo y le pides a San Pedro que nos socorra.

El viejecito subió al cielo y, hallando justa su petición, San Pedro le entregó una servilleta diciéndole:

—Cada vez que ustedes quieran comer, no tienen más que decir: "Composte, servilletita", y al punto tendrán abundantes manjares.

Algún tiempo vivieron así, muy tranquilos. Un día se les ocurrió ir a dar un paseo por el campo y decidieron dejar la servilletita en la casa de una vecina. Al entregársela, le dijo la viejecita:

—Nada más le encargo a usted, vecina, que no le diga: "Composte, servilletita".

La vecina se lo ofreció así y los viejecitos se fueron muy contentos.

La prohibición picó la curiosidad de la vecina que, apenas desaparecidos los abuelitos, tomó la servilletita y pronunció las palabras mágicas.

Quedó tan maravillada del prodigio, que decidió entregar a los viejecitos otra igual, conservando ella la verdadera.

A la hora de cenar la servilleta falsa no les dio ningún alimento. Acongojados, los viejecitos atribuyeron el suceso a que la habían dejado abandonada, pero no se les ocurrió que la vecina los hubiera engañado. Al día siguiente la viejecita fue a ver a San Pedro.

—Son ustedes un par de tontos —dijo San Pedro—. Toma —añadió, dándole un palito muy macizo—, a éste le dirás las mismas palabras.

Bajó muy contenta y los dos viejecitos colocaron el garrotito en la mesa, pronunciaron las palabras mágicas, pero aún no habían acabado de decirlas, cuando ya tenían encima la paliza más tupida que pueda recibir un cristiano.

Comprendieron que aquello era un castigo de San Pedro por su torpeza y que aquel garrotito les haría recobrar el tesoro que habían perdido. Pocos días después fueron a ver a su vecina y dándole el palito le rogaron que se lo guardara, encargándole que no le dijera: "Componte, garrotito". La vecina, creyendo que eso era otro tesoro como la servilleta, lo primero que hizo fue encerrarse con el palito y decirle las dichas palabras.

Al siguiente día fueron los viejecitos a recoger su palito. Apenas los vio la vecina, los llenó de insultos y les aventó el garrotito.

—Lárguense de aquí —les decía llena de ira—, su maldito palo por poco me mata.

—¿Y nuestra servilletita? —dijo la viejecita—Si no nos la devuelve, le digo a mi palito que se componga.

Al oír esto, la vecina sacó la servilleta. Dueños otra vez de la servilletita acabaron sus días tranquilos y dichosos.

Alfonso Morales, *La viejecita dichosa*, México, SEP, 1997.

197. El tamborcito de cuero de piojo

Erase un rey muy compadecido, que recibía a todo tipo de gente para conocer sus peticiones y ayudarlos.

Ahí tienes que entonces el rey se fijó en un animalito muy curioso que corría de un lado a otro sobre el tapiz de uno de los sillones. Llegó en eso el mayordomo de palacio y le dijo:

—Perdone, su Majestad, no es más que un piojo que dejaron los pordioseros; mejor sería matarlo.

—No le hagan daño —dijo el Rey—, yo veré que cuiden de él.

Para esto el Rey tenía una hija a la que le gustaban mucho los animales y que, tan luego como vio al piojo, le pidió a su padre que se lo regalara; así el paje y la princesa cuidaban del piojo, le daban su comidita, su agua y lo sacaban al jardín. El piojo, con la buena vida, comenzó a engordar y a crecer, pero una mañana amaneció muerto de frío.

La princesa lloró mucho y el Rey, su padre, para consolarla, mandó llamar a un curtidor para que le preparara la piel y así la niña pudiera conservarla de recuerdo.

–¿Qué haré con la pielecita? –pensaba la princesa.

Y pensando, pensando, pensó hacer un tambor.

Creció la niña y el Rey decidió que ya era necesario que se casara, pero la princesa no estaba de acuerdo, y decía:

–No papacito, ni creas que me casaré nada más así; el que quiera casarse conmigo tendrá que pasar tres pruebas y si no las pasa, penará con la vida.

Una vez la princesa fue de día de campo al monte. Allí la vio un carbonerito que andaba con su burro juntando leña. Cuando la niña se fue, el carbonero regresó a su jacal y le dijo a su madre:

–¡Ay mamacita! Mejor muerto que no volver a ver a la princesa; yo me voy a palacio a pedir su mano.

–No vayas, hijo; podrías morir –le dijo su madre.

–No importa, madre, écheme la bendición y ya verá como antes de los calores regreso.

Y diciendo esto se puso en camino, y andando, andando, encontró a tres hombres Oyín Oyán, (el que oía todo); Corrín Corrán (el más veloz); y Comín Comán (un gran comelón).

–¿A dónde te diriges? –le preguntaron

–Voy a pedir la mano de la princesa –contestó el carbonero–. ¿Quieren acompañarme?

–Sí –le dijeron y se fueron con él.

Así llegaron los cuatro a palacio y el carbonero se presentó a pedir la mano de la princesa.

Con las habilidades que cada uno tenía, lograron fácilmente superar las pruebas y el carbonerito se casó con la princesa.

Al rato que pueda voy a buscar el libro para saber cuáles fueron las pruebas que le pusieron al carbonerito. A mí me encantan los cuentos donde hay tres pruebas, tres deseos, tres anillos, tres hermanos, tres, tres, tres... ¿Se han fijado?

Marinés Medero, *De maravillas y encantamientos*. México, SEP, 1996.

198. ¡No se puede!

–No se puede.

–Pero ¿por qué?

El padre caminaba alrededor de la habitación, movía la cabeza como si tuviera algún tornillo a punto de aflojarse y miraba a la niña.

–Porque eres una niña.

–¿Y eso qué tiene que ver?

¿Qué tenía que ver? Mayte era una niña, eso era cierto, una niña de nueve años, algo bajita y flaca, pero tenía piernas fuertes.



Eso le decían siempre sus amigos, el payaso de Javier que se pasaba todo el día haciendo chistes malísimos o Salvador que siempre parecía tener una patineta pegada a los pies: tienes piernas fuertes, puedes jugar, estamos seguros.

Pero para los padres de Mayte el asunto era diferente: ella era una niña, las niñas juegan con muñecas, hacen comidita se portan bien, dicen buenos días, buenas tardes y todas esas, cosas.

¿Cómo iba a ocurrírsele a Mayte que quería ser jugadora de fútbol?

Pero así era.

–Mayte, ya sabes lo que los vecinos nos comentan casi todos los días. Vienen y nos dicen, ah, su hija es taaan linda, qué lástima que se porte así.

–¡Pero, papá! Esas viejas son unas taradas.

Esa era otra de las cosas que hacía enojar muchísimo al papá de Mayte. La niña no sólo quería jugar fútbol, treparse a los árboles y correr carreras, sino que también era bastante mal hablada.

–¿Qué dijiste?

–Nada, nada, es que esas señoras son muy, muy molestas.

–¿Por qué no podía jugar así?

–¿Quién decía que las niñas no pueden jugar fútbol? Esas eran las preguntas que Mayte siempre se hacía; Le gustaba mucho pensar en las cosas.

Imaginarse un mundo totalmente diferente en el que los grandes campeonatos fueran jugados por mujeres. ¡Qué emocionante sería!

Pero claro, como era muy lista, se daba cuenta de que eso tendría algunas dificultades: por ejemplo, las jugadoras no podían parar el balón con el pecho. Sonrió.

Ahora se imaginaba el final del partido. El grito de las tribunas llenas y otro problema: ¿qué haría cuando llegara el momento de intercambiar camiseta?

Nunca había pensado en eso. ¿Sería esa la razón por la cual sus padres no querían que fuera jugadora?

Si era eso, pensaba Mayte, no habría problema, de ganar un partido no cambiaría su camiseta y arreglado.

Lo que si le gustaba ver eran los partidos y, por suerte, cuando su padre también los veía, podía sentarse y dejarse ir por la emoción.

Roy Berocay, *Pateando lunas*, Gabriela Rodríguez, ilus. México, SEP, 1999.

199. Nos han dado la tierra

Después de tantas horas de caminar sin encontrar ni una sombra de árbol, ni una semilla de árbol, ni una raíz de nada, se oye el ladrar de los perros.

Uno ha creído a veces, en medio de este camino sin orillas, que nada habría después; que no se podría encontrar nada al otro lado, al final de esta llanura rajada de grietas y de arroyos secos. Pero sí, hay algo. Hay un pueblo. Se oye que ladran los perros y se siente en el aire el olor del humo, y se saborea ese olor de la gente como si fuera una esperanza.

Pero el pueblo está todavía muy allá. Es el viento el que lo acerca.

Hemos venido caminando desde el amanecer. Ahorita son algo así como las cuatro de la tarde. Alguien se asoma al cielo, estira los ojos hacia donde está colgado el sol y dice:

—Son como las cuatro de la tarde.

Ese alguien es Melitón. Junto con él, vamos Faustino, Esteban y yo. Somos cuatro. Yo los cuento: dos adelante, otros dos atrás. Miro más atrás y no veo a nadie. Entonces me digo: "Somos cuatro". Hace rato, como a eso de las once, éramos veintitantos; pero puñito a puñito se han ido desperdigando hasta quedar nada más este nudo que somos nosotros.

Faustino dice: –Puede que llueva.

Todos levantamos la cara y miramos una nube negra y pesada que pasa por encima de nuestras cabezas. Y pensamos: “Puede que sí”.

No decimos lo que pensamos. Hace ya tiempo que se nos acabaron las ganas de hablar. Se nos acabaron con el calor. Uno platicaría muy a gusto en otra parte, pero aquí cuesta trabajo. Uno platica aquí y las palabras se calientan en la boca con el calor de afuera, y se le resecan a uno en la



lengua hasta que acaban con el resuello. Aquí así son las cosas. Por eso a nadie le da por platicar.

Cae una gota de agua, grande, gorda, haciendo un agujero en la tierra y dejando una plasta como la de un salivazo. Cae sola. Nosotros esperamos a que sigan cayendo más y las buscamos con los ojos. Pero no hay ninguna más. No llueve. Ahora si se mira el cielo se ve a la nube aguacera corriéndose muy lejos, a toda prisa. El viento que viene del pueblo se le arrima empujándola contra las sombras azules de los cerros. Y a la gota caída por equivocación se la come la tierra y la desaparece en su sed.

¿Quién diablos haría este llano tan grande? ¿Para qué sirve, eh?

¿Qué va a pasar con estos hombres? ¿Qué sucede con el campo en nuestro país? ¿Cómo vamos a arreglarlo? Son preguntas para gente grande, como ustedes. Si no se preocupan ustedes por México, ¿quién lo va a hacer?

Juan Rulfo, *El llano en llamas*. México, FCE, 1975.

200. El gallo mecánico

Era una zona urbana, no demasiada sobre poblada y ese taller mecánico estaba instalado en un terreno bastante grande, entre casas y edificios. Tenía un árbol frondoso a pesar de que el suelo era una melcocha honda de aceite de coche y tierra, incrustada abundantemente con tuercas, alambres, pedazos de motor de diversos tamaños y también ciertas dosis de hojalata y vidrio, porque a veces allí mismo comían los mecánicos y

dejaban tiradas latas de sardinas, cascos de refresco o los envases de aceite que ya vacíos rodaban por allí hasta hundirse en el suelo poco a poco.

¿Y cómo vivía el árbol?

Pues no era estúpido: había estirado sus raíces hacia el patio de junto, que tenía trozos de jardín; de allí recibía agua y alimento nutritivo, incluso abono que un señor maniático y barbudo prodigaba por la colonia de árbol en árbol.

Ese taller ocupaba el espacio donde antes se irguió un pobre casita rodeada de flores. Fue demolida porque alquilar así el terreno vacío era más productivo. Aunque ni aun así habían nunca tantos coches y muchos esperaban afuera, achacosos y humeantes, a que vinieran allí en la calle los mecánicos, para devolverles la salud.

El taller no tenía nombre. Lo cuidaba un perro grandote y poco pulcro, con las patas llenas de aceite y los pelos medio pegoteados. De cachorro le pusieron Canelo, por su color, pero al crecer fue cambiando y acabó negro-gris. Ese nombre, Canelo, hacía pensar en la clientela que la mugre más oscura lo cubría y provocaba bromas muy deprimentes de “Ya báñenlo”, como si la negrura natural fuera a quitársele con agua.

Canelo estaba solo ahí, por las noches, cuidando que no viniera algún ladrón. La verdad, nunca habían venido pero Canelo, celoso del deber, había mordido a varios clientes, por las dudas. Y dado que sus patrones eran bien proletarios, con olor a mecánicos, había mordido sólo a clientes ricos y perfumados. Recibió tales castigos de cintarazos que se prometió a sí mismo ya no morder a nadie:

“Nunca he visto un ladrón –se decía Canelo–. Sepa cómo serán o a qué huelan. Esos riquillos de casimir inglés yo estoy seguro que eran ladrones, trabajaban todos en el gobierno. ¡Los muerdo y me castigan! Pues ahora, que los mecánicos muerdan ellos mismos a quien quieran; yo no.”

Emilio Carballido, *La historia de Sputnik y David*. México, FCE, 1992.

201. El último refugio

Una tarde monótona y gris en que me aburría, mi imaginación, aparentemente molesta por ser ignorada, se tomó unas vacaciones..., y nunca volvió. Había perdido lo que el poeta Wordsworth llamó mi "mirada interior". La había perdido o dejado por ahí en algún lugar del mundo natural.

¿Qué iba a hacer yo, un artista? ¿Cómo iba a trabajar, a pintar, a vivir?

Traté de aferrarme a fragmentos de memoria, pero nunca fueron suficientes. Los recuerdos son como un sombrero viejo, amigo mío; la imaginación, zapatos nuevos. Cuando has perdido tus zapatos nuevos ¿qué más queda por hacer sino ir a encontrarlos?

Guardé mis pinceles y caballetes, empaqué mi maleta y cerré con llave mi pequeña casa. Éste sería el nuevo día de mi destino. A pesar de que yo no tenía idea de cómo o por qué, mi Renault rojo parecía conocer el camino. Circulaba por una transitada avenida hacia la *ciudad de quién sabe dónde* cuando el auto viró súbitamente por un sendero tan largo como la soledad; pasamos por un despeñadero más allá del olvido en medio de una relampagueante noche.

Al fin, mi Renault se detuvo al pie de un extraordinario hotel al lado del mar.

—Disculpa, muchacho— le dije al joven que estaba en la puerta—, ¿en qué lugar del mundo estoy?

Su rostro reflejaba el resplandor de un libro de magia práctica, y dijo... —¿Éste será su último refugio?

Roberto Innocenti, *El último refugio*. México, SEP-FCE, 2004.

202. El misterio de los niños chatarra

Tú eres una persona a la que le gustan las aventuras. Tienes amigos, niños y niñas, a los que también les gustan, pero también conoces niños que no les gustan las aventuras. En esta historia tú serás el personaje principal para resolver el caso.

Todo comenzó cuando estabas leyendo un libro y sonó el teléfono. Cuál no sería tu sorpresa al oír una ronca voz que te dijo:

–Jorge, Amalia y Tico Taco han sido llevados a la Casa de la Chatarra.

¿Qué hacer? Tú conocías muy bien a Jorge, Amalia y Tico Taco.

En un caso así lo mejor era ordenar un poco las ideas. En la escuela, así como en otros lugares, se mencionaba la Casa de la Chatarra como un lugar espantoso, una especie de prisión donde quien entraba no volvía a salir. Pero ahora alguien te había hablado y no te quedaba más remedio que volver a pensar en la Casa de la Chatarra. Como eres una persona lista, consideraste la idea de que se tratara de una broma, así que buscaste los teléfonos de Jorge y llamaste:

–Jorgito está con Amalia –respondió la voz de una mujer que tú supusiste era su mamá.

–¿Amalia?, fue con Tico Taco... –contestó la voz de su hermano.

Le hablaste a Tico Taco, pero te respondieron que no estaba. Ahora ya sabías que ninguno de los niños estaba en su casa. Las probabilidades de que en verdad hubieran ido a parar a la Casa de la Chatarra eran cada vez más grandes. Pensaste un tiempo razonable y luego saliste a indagar.

Habías caminado a toda prisa, pensando en todo lo acontecido, te empezaste a marear y a sudar mucho.

–¿Qué te pasa? ¿Te sientes bien? –preguntó una voz que salía de un zaguán oscuro.

–¿Te sientes bien? –volvió a preguntar la voz.

Penetraste al zaguán sin poder ver casi nada.

–Puedes sentarte aquí –dijo la voz.

Una anciana estaba sentada en una larga banca de madera. Tejía una especie de suéter que te pareció muy extraño ya que tenía tres mangas de distinto largo.

–¿Ya te sientes bien? –preguntó la anciana sin dejar de tejer.

–¿Qué andabas haciendo por esta calle? –te preguntó un viejo elegantemente vestido con un traje claro.

Y le contaste todo lo acontecido desde la llamada telefónica.

–¿Usted que opina don Damián? –preguntó la tejedora al cabo de un rato de silencio.

Don Damián te miró durante un rato y al final te dijo:

Tienes dos posibles caminos... puedes regresar a tu casa y olvidarte de todo, pero esto a lo mejor no te gusta... Por otro lado, puedes ir en busca de esos niños...

–Tú decides que hacer –te dijo la anciana tejedora.

No era fácil escoger, pero al cabo de un rato tomaste una decisión.

¿Cuál habría sido la decisión de ustedes?

Pedro Bayona, *El misterio de los niños chatarra*. México, SEP. 1999.

203. El muchacho afortunado

Había una vez una pobre mujer que dio a luz a un niño y como éste viniera envuelto en la piel de la fortuna, le fue pronosticado que al cumplir los catorce años se casaría con la hija del rey.

Sucedió que muy poco después el rey se enteró de este vaticinio e hizo hasta lo imposible por desaparecerlo y ocasionarle grandes desgracias; pero como era un niño afortunado salió con bien de todas.

Por último le pidió que llevara una carta a la reina:

–Te daré dos monedas de oro –le dijo el rey.

–Será como el rey ordene –contestó el muchacho.

Entonces el rey escribió una carta a la reina, en la que decía: *Tan pronto llegue el muchacho con esta carta, ha de ser muerto y sepultado, y todo antes de mi regreso.*

El muchacho se puso en camino pero se perdió en el bosque y fue a dar a una casita. Al entrar vio a una anciana sentada junto al fuego. Asustada al ver al muchacho, dijo:

–¡Pobre muchacho! Has llegado a una guarida de ladrones, y cuando lleguen te matarán, pero el muchacho le contó su misión y se quedó dormido.

Poco después llegaron los ladrones y preguntaron quién era el muchacho que yacía allí.

–¡Pobre! Es un inocente muchacho que tiene que entregar una carta a la reina.

Los ladrones abrieron la carta y supieron que el muchacho iba a ser muerto en cuanto llegara; entonces sus duros corazones se compadecieron y el que era el jefe, haciendo pedazos la carta del rey, escribió otra en su lugar, diciendo que, inmediatamente después de la llegada del joven debía ser casado con la hija del rey.

A la mañana siguiente y cuando despertó le entregaron la carta y le indicaron el camino que debía seguir.

Después de recibir la carta y de leerla, la reina hizo como se le ordenaba: mandó organizar una gran boda y la princesa fue desposada con el afortunado muchacho, que era hermoso y gentil, así que ella se sentía muy dichosa.

Algún tiempo después el rey volvió a su palacio y se enteró de que el vaticinio se había cumplido.

Marinés Medero, *De maravillas y encantamientos*. México, SEP, 1996.

204. Los tres pelos del diablo

Cuando el malvado rey de la lectura de ayer regresó a su reino, no estuvo de acuerdo con que su hija se casara con el muchacho afortunado, y exigió que el joven pasara una prueba.

El rey proclamó:

—El que quiera casarse con mi hija deberá traerme tres pelos de la cabeza del diablo.

El muchacho afortunado respondió:

—Yo los traeré.

Camino al infierno, llegó a una ciudad donde el centinela le preguntó:

—¿Por qué la fuente de nuestra plaza antes daba vino y ahora ni siquiera mana agua?

—A mi regreso lo sabrás —contestó el joven.

Al llegar a otra ciudad, el centinela le preguntó:

—¿Por qué un árbol de nuestra ciudad que antes daba manzanas de oro, ahora no echa ni hojas?

—A mi regreso lo sabrás —fue la respuesta.

Y llegó a un gran lago que debía atravesar. El barquero le preguntó:

—¿Por qué siempre tengo que ser yo el que esté remando?

—A mi regreso lo sabrás —le dijo el muchacho.

Esa tarde llegó al infierno. Como el diablo no estaba, lo recibió la abuelita del diablo, en una mecedora.

–Necesito tres pelos del diablo y averiguar tres cosas –dijo el joven–; si no, el rey me quitará a mi mujer.

–Cuando el diablo regrese te va a despellejar. Me das tanta pena, que voy a ayudarte –dijo la vieja y lo transformó en hormiga.

Al anochecer el diablo regresó, comió y se durmió. Entonces la vieja le arrancó tres pelos.

–¡Ay! ¿Qué haces? –se quejó el diablo.

–Tuve una pesadilla –dijo la vieja–. Y te jalé de los pelos.

–¿Y qué soñaste? –preguntó el diablo, y su abuela aprovechó para preguntarle sobre la fuente, el árbol y el barquero.

Al día siguiente, cuando el diablo se fue, la abuela devolvió al muchacho su figura humana.

–Aquí están los tres pelos –dijo–. Y ya oíste las respuestas.

El joven se lo agradeció y abandonó el infierno.

Al llegar al lago, el barquero le pidió la respuesta prometida.

–Primero pásame –dijo el muchacho–.

Y ya del otro lado le dio la respuesta:

–Cuando pases a alguien, dale los remos y se quedará en tu lugar.

En la segunda ciudad le dijo al centinela:

–El árbol volverá a dar manzanas de oro cuando mates al ratón que roe su raíz.

Y el centinela le regaló dos burros cargados de oro.

Cuando llegó a la primera ciudad le dijo al centinela:

–La fuente volverá a dar vino cuando se vaya un sapo que está escondido en ella.

Y el centinela le regaló otros dos burros cargados de oro.

Entonces el muchacho llevó al rey los tres pelos del diablo.

–Has cumplido –dijo el rey–, y puedes quedarte con mi hija. Pero, dime ¿de dónde has sacado tanto oro?

–Tienes que cruzar el lago –le dijo el muchacho– y en la otra orilla podrás tomar todo el oro que quieras.

El rey partió a toda prisa y llegó al lago. Vino el barquero, hizo subir al rey, le dejó el remo en las manos y salió corriendo.

Desde entonces, el rey está en el lago, remando de un lado a otro, como castigo a su maldad.

Marinés Medero, *De maravillas y encantamientos*. México, SEP, 1996.

205. Aventuras y desventuras de Casiperro

Si mi madre hubiese tenido dos tetas más, mis desdichas –y también mis dichas, mis aventuras– no habrían siquiera comenzado. Y digo dos –aunque una sola habría bastado– porque he notado que las tetas vienen siempre de a dos. De a dos, o de a cuatro, de a seis... O de a diez, como en el caso de mi madre. Nosotros fuimos once hermanos para diez tetas, y ahí estuvo el problema. Y yo, para colmo, que nací con hambre. Un hambre que ni se imaginan, unas ganas de tragar que ni les cuento. Muchas veces, cuando estoy tirado al sol rascándome la oreja me da por pensar en mi hambre, en por qué será que siempre ando con hambre. No sé si será un defecto mío, que yo nací para siempre hambriento, o si será más bien que nunca tuve bastante comida.

Y todo empezó con la no teta, con la teta que no estaba cuando yo, recién salido de adentro de la panza de mi madre (donde, para ser sincero, había estado bastante apretujado y con la pata de mi hermana, la Manchas, siempre metida en la oreja). Muerto de hambre y de soledad y de frío, con los ojos todavía cerrados, sin haber visto nada del mundo, a tientas, empecé a buscar. Y al buscar encontré. Encontré el lado de afuera de la panza, que no era tan blando ni tan tibio como el lado de adentro pero que de todos modos resultaba atractivo y bastante interesante.

Y, habiendo encontrado, empuje: me abrí sitio lo mejor que pude entre esa muchedumbre de hermanos que acababan de hacer el mismo descubrimiento que yo. Y por fin llegué. Y me ubiqué. Y abrí la boca confiado... Pero no. No y no. Para

mi gran desolación ya no quedaban más tetas.

Mis hermanos y hermanas chupaban llenos de contento y mi madre a ratos se quedaba echada descansando y a ratos alzaba la cabeza, los olisqueaba y les daba unos lengüetazos largos y jugosos. La pobre no sabía contar, se ve, porque insistía en empujarme a mí también contra el montón de hijos que tenía ahí abajo, sin darse cuenta de que yo era el número once y que, por lo tanto, le sobraba un hijo o le faltaba una teta, que más o menos viene a ser lo mismo. Noté que, si me quedaba bien cerca del Tigre, algo podía atrapar. El Tigre chupaba con tanta fuerza y con tanto ruido que salían de mi madre chorros de leche tibia, tan gruesos y caudalosos que a mi hermano la boca no le daba abasto para tragarlos. Y ahí estaba yo, al lado, lamiéndole los pelos del morro, tratando de recoger esa delicia que él desperdiciaba, por nadar, como nadaba, en la abundancia. Así me fui alimentando de esa manera esforzada.

Graciela Montes, *Las aventuras y desventuras de Casiporro del hambre*. México, SEP-Colihue, 2003.

CONTENIDO

- Presentación*
1. *Don Quijote de la Mancha.*
 2. *En México.*
 3. *¿Por qué tienen melena los leones?*
 4. *Labor detectivesca.*
 5. *Rolf y Rosi.*
 6. *Una mirada al espacio.*
 7. *Charles Darwin.*
 8. *El puercoespín y el invierno.*
 9. *Cuento del tonto que comió pollo.*
 10. *Romance de la doncella guerrera*
 11. *La espada en la piedra*
 12. *Barros y espinillas*
 13. *Los dos viejos*
 14. *El hombre es ingenio y el ingenio es hombre.*
 15. *La casa del abuelo*
 16. *¿Tienes hambre?*
 17. *Domingo siete.*
 18. *La historia de Sputnik y David.*
 19. *Una niña de tu tamaño.*
 20. *Una fiesta chipocluda.*
 21. *Carta de amigo.*
 22. *Adivinanzas.*
 23. *¿Sueñan los perros y los gatos?*
 24. *Doña Josefa y sus conspiraciones*
 25. *El arco embrujado, el ciervo mágico y el pájaro parlanchín.*
 26. *Introducción al ajedrez.*
 27. *Obras de ingeniería.*
 28. *Los agujeros negros.*
 29. *Diario secreto de Susi.*
 30. *El león y el perrito.*
 31. *La vida en la tierra.*
 32. *Los insectos bajo el microscopio.*
 33. *Microvida.*
 34. *Diario del universo.*
 35. *Baño de temascal.*
 36. *La noche de los espantos.*
 37. *Viruela...pero no boba.*
 38. *El espejo de los monstruos.*
 39. *Exploradores robot.*
 40. *La sal y el azúcar.*
 41. *El sueño interminable.*
 42. *Payaseando.*
 43. *Drácula (Día 8 de mayo).*
 44. *La vasija que hizo Juan.*
 45. *Tu boca y otras coplas*
 46. *Cuentos mágicos*
 47. *Cantos y cuentos en maya.*
 48. *Pinocho, un muchacho.*
 49. *El petróleo, un viejo conocido.*
 50. *El pollo chiras.*
 51. *Fidencio, aprendiz.*
 52. *Volver a clases.*
 53. *La calle es libre.*
 54. *Amigos del alma.*
 55. *¿Seguiremos siendo amigos?*
 56. *Trabajo en equipo.*
 57. *El pequeño ogro y el niño.*

58. *Turistas en Egipto.*
59. *El cortejo.*
60. *La niña de los hongos.*
61. *Las primeras armas.*
62. *¿Dominaron la tierra los Dinosaurios?*
63. *El tiempo*
64. *Charles Darwin.*
65. *El país de Juan.*
66. *Piropos.*
67. *El cerebro.*
68. *José Martí.*
69. *Guarderías ambulantes.*
70. *Sadako y las mil grullas de papel.*
71. *Ascos y monstruos.*
72. *Una escena de teatro.*
73. *Las montañas de plata.*
74. *La Atlántida.*
75. *El hada electricidad.*
76. *Óyeme con los ojos.*
77. *Egipto, dioses, templos, faraones.*
78. *Cuentos de terror.*
79. *Diario secreto de Paul.*
80. *Niños y niñas.*
81. *Murmullos de la selva.*
82. *La Muralla.*
83. *El truco de Alejandro.*
84. *Lola y el fantasma.*
85. *El hombre lobo.*
86. *Frankenstein.*
87. *Trabalenguas.*
88. *Canción del que no sabe Geografía.*
89. *Relatos de terror.*
90. *Explorador de Monte Albán.*
91. *La pata de palo, el parche negro sobre el ojo.*
92. *Adorno y decoración.*
93. *Exploradores de Monte Albán.*
94. *Gatos y ratonejos.*
95. *Grandes maravillas del mundo.*
96. *El diablo de la botella.*
97. *La energía.*
98. *A golpe de calcetín.*
99. *El mundo de las aves.*
100. *Aventuras de La Mano Negra.*
101. *Todo está en la mente.*
102. *Un viaje a Mesopotamia.*
103. *Las brujas.*
104. *Un viaje a ...la Edad de Piedra.*
105. *¿Por qué ronca la gente?*
106. *El maravilloso viaje de Nico Huehuatl a través de México.*
107. *Pive, chavo, chaval.*
108. *Doce.*
109. *La primera mujer.*
110. *Mi comunidad.*
111. *Canción de la tierra.*
112. *El vampiro vegetariano.*
113. *Palacetes y encajes de metal.*
114. *¿Puedes hacer crecer el agua?*
115. *La casa imaginaria.*
116. *Un niño juguetero.*
117. *El color de los animales.*
118. *Dama Dulce.*
119. *Camino del Norte.*
120. *Lindos gusanos, buenos gusanos.*
121. *Negocios curiosos.*
122. *El espejo viajero.*

123. El cumple muertes (I)
124. El cumple muertes (II)
125. Una semana con el ogro de Cornualles.
126. Aquellos que vuelan
127. Que no lo toquen ni las moscas.
128. ¡Casi medio año!
129. Carta de Don Benito Juárez a su esposa
Margarita.
130. Los espíritus con aspecto de zorro.
131. El día que se perdió la inmortalidad.
132. La maestra Sofía.
133. Fútbol y carreras.
134. Mi tío Teo.
135. El libro de la selva.
136. Thor, el dios del Trueno.
137. Viaje al centro de la tierra.
138. El hipo de Inés.
139. Grandes maravillas del mundo.
140. Un lúgubre cementerio.
141. Campamento de Zitácuaro.
142. ¡Guácala!
143. Alicia tiene que crecer.
144. ¡Increíble Kamo!
145. Matilda.
146. La fórmula del Doctor Funes.
147. Solomán.
148. De cuatro en cuatro.
149. Gregorio y el mar.
150. El coyote mentiroso.
151. Caperucita Verde.
152. El cielo, visto por los egipcios.
153. La historia de Sputnik y David.
154. Un pozo, la historia del agua en la
tierra.
155. Curiosidades librescas.
156. El arco iris
157. El África antigua.
158. Las orejas de Urbano.
159. A la maestra le duele la cabeza.
160. Antes de que el monstruo fuera mío.
161. La litera superior.
162. Donde habitan los ángeles.
163. Tú sí sabes lo que es un grillo.
164. Macario.
165. Las medias de los flamencos.
166. Kaa sale de caza
167. Entre periódicos y zapatos.
168. Un favorcito.
169. Para reír un poco.
170. Tres enamorados miedosos. (Cuento
maya)
171. De cómo le crecieron las orejas al
conejo.
172. Retahílas o encadenamientos.
173. Una viuda y el diablo. (Cuento huave).
174. En un lugar de Atocha.
175. Los maleficios.
176. La luna.
177. Un hombre que se salvó en una canoa
de salate.
178. Elegía
179. Se busca un niño.
180. El berrinche de Moctezuma.
181. A la luz de una vela.
182. Ocho décimas.

183. Rogaciano.
184. El rey y el halcón.
185. El zoológico decimal.
186. Por qué el cóndor tiene la cabeza calva.
187. Las hormigas y el granero.
188. Los nagues: animales compañeros de los hombres.
189. El hombre descontento.
190. Las semillas mágicas.
191. Los dos ladrones.
192. Manchado.
193. Escenarios fantásticos.
194. Los cerillos.

195. Planeta en peligro.
196. La viejecita dichosa.
197. El tamborcito de cuero de piojo.
198. ¡No se puede!
199. Nos han dado la tierra.
200. El gallo mecánico.
201. El último refugio.
202. El misterio de los niños chatarra.
203. El muchacho afortunado.
204. Los tres pelos del diablo.
205. Aventuras y desventuras de casiperro.